

Al pasar por una pequeña aldea situada a alrededor de quince leguas de Manila, capital de las Filipinas, sobre los bordes del gran lago de la isla de Luzón, encontré un arroyo de agua caliente, o más bien de agua hirviente, pues el líquido del termómetro del señor Réamur subió a 69 grados. Sin embargo, el termómetro no fue sumergido más que a una legua de la fuente; con un grado semejante de calor, la mayoría de los hombres supondría que toda producción de la naturaleza debería extinguirse; vuestro sistema y la nota siguiente prueban lo contrario. Encontré tres arbustos muy vigorosos, cuyas raíces se remojaban en esa agua hirviente, y cuyas cabezas estaban rodeadas de su vapor, tan considerable que las golondrinas que se atrevían a atravesar el arroyo a la altura de siete a ocho pies caían sin movimiento; uno de esos tres arbustos era un *agnus castus*,⁷ y los otros dos *aspalathus*. Durante mi estancia en esa aldea sólo bebí agua de ese arroyo, la que hacía enfriar; le encontré un pequeño gusto terroso y ferruginoso. El gobierno español, al creer percibir propiedades en el agua, ha hecho construir diferentes baños, cuyo grado de calor va graduándose, según estén alejados del arroyo. Mi sorpresa fue extrema, cuando visité el primer baño, al encontrar seres vivos en esa agua, cuyo grado de calor no me permitió sumergir los dedos. Hice esfuerzos para sacar algunos de esos peces, más su agilidad y la torpeza de los salvajes rústicos de ese cantón me impidieron tomar alguno para reconocer la especie. Los examinaba nadando, pero los vapores del agua no me permitieron distinguirlos lo suficientemente bien como para relacionarlos con algún género; únicamente los reconocí como peces con escamas de color azulado; los más largos medían alrededor de cuatro pulgadas. ... Dejo al Plinio de nuestro siglo la explicación de esta singularidad de la naturaleza. No hubiera podido contar a muchas personas un hecho que parece tan extraordinario, si no pudiera apoyarlo con el certificado del señor Prevost, comisario de la marina, que recorrió conmigo el interior de la isla de Luzón.

⁷ Arbusto cuyas hojas exhalan olor a alcanfor, y al que se le atribuía la propiedad de preservar la castidad (literalmente "árbol casto").

⁸ Zarza espinosa, cuya resina tiene el olor de la rosa.

IX. VARIEDADES EN LA ESPECIE HUMANA

Todo lo que hasta aquí hemos dicho de la generación del hombre, de su formación, de su desarrollo, de su estado en las diferentes edades de su vida, de sus sentidos y de la estructura de su cuerpo, tal como se la conoce por las disecciones anatómicas, sólo hace la historia del individuo; la de la especie requiere un detalle particular, cuyos principales hechos sólo pueden obtenerse de las variedades que se encuentran entre los hombres de los diferentes climas. La primera y más notable de esas variedades es la del color; la segunda es la de la forma y el tamaño, y la tercera es la de la manera de ser de los diferentes pueblos; cada uno de esos objetos, considerado en toda su extensión, podría llenar un amplio tratado, pero nosotros nos limitaremos a lo que de más general y demostrado hay.

Al recorrer en esta óptica la superficie de la tierra, y empezando por el norte, en Laponia y en las costas septentrionales de Tartaria se encuentra una raza de hombres de pequeña estatura, de extraña figura, cuya fisonomía es tan salvaje como sus costumbres. Esos hombres, que parecen haber degenerado de la especie humana,¹ no dejan de ser muy numerosos y de ocupar vastas comarcas; los lapones, daneses, suecos, moscovitas e independientes; los de Zembla, los boranos, los samoyedos, los tártaros septentrionales, y tal vez los ostiacos en el antiguo continente, los groenlandeses y los salvajes que viven al norte de los esquimales en el otro continente, parecen ser todos de la misma raza que se ha extendido y multiplicado a lo largo de las costas de los mares septentrionales, en los desiertos y bajo un clima inhabitable para todas las otras naciones. Todos esos pueblos tienen la cara ancha y plana, la nariz chata y aplastada, el iris del ojo amarillo oscuro y tirando a negro, los párpados estirados hacia las sienes, las mejillas extremadamente altas, la boca muy grande, estrecha la parte baja de la cara, los labios gruesos y realzados, la voz penetrante, la cabeza grande, los cabellos negros y lisos, la piel bronceada. Son muy pequeños, fornidos aunque delgados; la mayoría sólo mide cuatro pies de alto, y los más grandes únicamente cuatro y medio. Esta raza, como se ve, es muy diferente de las otras; parece ser una especie particular en la que todos los individuos sólo son abortos; pues, si hay diferencias entre esos pueblos, no recaen más que sobre la mayor o menor deformidad. Por ejemplo, los boranos son aún más pequeños que los lapones; tienen el iris del ojo del mismo color, pero el blanco de un amarillo más rojizo; también son más bronceados y tienen las piernas gruesas, mientras que los lapones las tienen menudas. Los sa-

¹ En la *Dégénération des animaux*, 1766, Buffon elaborará la teoría de esta degeneración de las especies animales (XIV, 277): "Desde que el hombre ha comenzado a cambiar de cielo y se ha propagado en diferentes climas, su naturaleza ha sufrido alteraciones." Ni la palabra "degeneración", ni la palabra "degenerante" figuran en la *Enciclopedia*. Buffon también emplea los términos "degradación" o "desnaturalización".

moyedos son más rechonchos que los lapones; tienen la cabeza más grande, la nariz más ancha y la tez más oscura, las piernas más cortas, las rodillas más hacia afuera, los cabellos más largos y menos barba. Los groenlandeses tienen la piel aún más bronceada que cualquiera de los otros; son de color oliváceo oscuro; incluso se supone que entre ellos hay hombres tan negros como los etíopes. Entre todos esos pueblos las mujeres son tan feas como los hombres, y se parecen tanto que al principio no se distinguen. Las de Groenlandia son de tamaño muy pequeño, pero tienen el cuerpo bien proporcionado; también tienen los cabellos más negros y la piel menos suave que las mujeres samoyedas; sus mamas son blandas y tan largas que dan de mamar a sus hijos por encima del hombro; la punta de esas mamas es negra como carbón, y la piel de sus cuerpos es color oliváceo muy oscuro. Algunos viajeros dicen que no tienen pelos más que en la cabeza, y que no están sujetas a la evacuación periódica que es común a su sexo; tienen la cara ancha, los ojos pequeños, muy negros y muy vivos, los pies tan cortos como las manos, y por lo demás se asemejan a las mujeres samoyedas. Los salvajes que están al norte de los esquimales, e incluso en la parte septentrional de la isla de Terranova, se parecen a esos groenlandeses; como ellos, son de estatura muy pequeña; su rostro es ancho y plano; tienen la nariz chata, pero los ojos más grandes que los lapones.

Estos pueblos se parecen no solamente por la fealdad, la pequeñez de su estatura, el color de los cabellos y de los ojos, sino que también tienen todos más o menos las mismas inclinaciones y las mismas costumbres: todos son igualmente groseros, supersticiosos, estúpidos. Los lapones daneses tienen un gran gato negro al que le dicen todos sus secretos y al que consultan en todos sus asuntos, que se reducen a saber si ese día hay que ir de cacería o de pesca. Entre los lapones suecos cada familia tiene un tambor para consultar al diablo; y, aunque algunos sean robustos y grandes corredores, son tan miedosos que nunca se les ha podido hacer ir a la guerra. Gustavo Adolfo había tratado de formar un regimiento pero nunca pudo lograrlo; parece que no les es posible vivir más que en su región y a su manera.

Para correr sobre la nieve se sirven de patines muy gruesos de madera de pino, de alrededor de dos varas de largo y de medio pie de ancho; esos patines se elevan en forma de punta por delante, y están horadados en medio para hacer pasar un cuero que mantiene el pie firme e inmóvil; corren sobre la nieve con tanta velocidad que fácilmente atrapan a los más ligeros animales en la carrera; llevan un bastón herrado, puntiagudo en un extremo y redondeado en el otro; ese bastón sirve para ponerse en movimiento, dirigirse, sostenerse, detenerse y, también, para atravesar a los animales que persiguen en su carrera; con esos patines descienden a las simas más precipitadas y suben las montañas más escarpadas. Los patines que emplean los samoyedos son mucho más cortos y sólo tienen dos pies de largo. En ambos pueblos las mujeres se sirven de ellos, al igual que los hombres. También utilizan todos el arco, la ballesta, y se supo-

ne que los lapones moscovitas lanzan una jabalina con tanta fuerza y destreza que están seguros de dar a treinta pasos en un blanco del tamaño de un escudo, y que a esa distancia atravesarían a un hombre de cuando en cuando. Todos van a la caza del armiño, del lobo cervero, del zorro, de la marta, para obtener pieles, y esas pieles las cambian por aguardiente y tabaco, que les gustan mucho. Su alimento es pescado seco, carne de reno o de oso; su pan es sólo harina de huesos de pescado, triturada y mezclada con corteza tierna de pino o de abedul; la mayoría de ellos no usa la sal para nada.

Su bebida es aceite de ballena y agua, en la cual dejan en infusión granos de enebro. No tienen, por decirlo así, ninguna idea de religión, ni de un ser supremo; la mayoría son idólatras, y todos son muy supersticiosos; son más groseros que salvajes, sin valor, sin respeto por sí mismos, sin pudor; ese pueblo abyecto sólo tiene costumbres dignas de desprecio.² Se bañan desnudos y todos juntos, muchachas y muchachos, madres e hijos, hermanos y hermanas, y no temen que se les vea en ese estado; al salir de esos baños extremadamente calientes van a lanzarse a un río muy frío. Ofrecen sus mujeres y sus hijas a los extranjeros, y toman como gran honor el que se quieran acostar con ellas; ³ esta costumbre está igualmente establecida entre los samoyedos, los borandos, ⁴ los lapones y los groenlandeses. Las laponas se visten en invierno con la piel de los renos, y en verano con la piel de pájaros que han desollado; el uso de la tela les es desconocido. Las de Zembla tienen la nariz y las orejas horadadas para llevar pendientes de piedra azul; también se hacen rayas azules en la frente y en el mentón; sus maridos se cortan la barba en redondo y no llevan cabellos. Las groenlandesas se visten con pieles de perros de mar; también se pintan el rostro de azul y de amarillo, y llevan pendientes en las orejas.

Todos tienen sus viviendas bajo tierra o en cabañas casi enteramente enterradas y cubiertas de cortezas de árboles o de huesos de pescado; algunos hacen zanjas subterráneas de una cabaña a otra para comunicarse con sus vecinos durante el invierno. Una noche de varios meses los obliga a conservar la luz en su morada con unas lámparas que mantienen con el mismo aceite de ballena que les sirve de bebida. El verano no la pasan más a gusto que el invierno, pues están obligados a vivir con-

² Buffon sigue muy de cerca sus fuentes. Ver G. F. Muller, "Moeurs et usages des Ostiacks" en el *Recueil des voyages du Nord*, VIII, 403: "En esta anarquía se abandonan a todos sus deseos desenfadados; así, no debe uno sorprenderse al no encontrar entre ellos más que libertinaje y confusión, sin que haya lugar para esperar que jamás se civilicen, a menos que abracen la religión cristiana." Es de notar que Diderot, en el artículo "Especie humana" de la *Enciclopedia*, elimina los pasajes de tal género.

³ Esta costumbre suscita la curiosidad de todos los viajeros y de los filósofos. Ver, por ejemplo, el artículo "Pernada" de las *Questions sur l'Encyclopédie* de Voltaire.

⁴ Voltaire, en su *Histoire de la Russie sous Pierre le Grand*, declara que "ese pueblo es completamente desconocido". La fuente de Buffon siempre es el *Recueil des voyages du Nord*. En las *Additions* de 1777 responderá a Voltaire que ése es un "pueblo cuyo nombre ha cambiado". Se trata de los pueblos situados al este de Arcángel en la región del río Petchora, entre los lapones y los samoyedos. El hecho ilustra las incertidumbres de la etnología en el siglo XVIII.

tinuamente en una especie de humareda: es el único medio que han imaginado para preservarse de la picadura de los mosquitos, tal vez más abundantes en este clima helado que en los países cálidos. Con esta manera de vivir tan dura y tan triste casi nunca caen enfermos, y todos llegan a una vejez extrema; los viejos son incluso tan vigorosos que cuesta trabajo distinguirlos de los jóvenes: la única incomodidad a la que están sujetos, y que es muy común entre ellos, es la ceguera. Como continuamente están deslumbrados por el destello de la nieve durante el invierno, el otoño y la primavera, y siempre enceguedidos por el humo durante el verano, la mayoría pierde la vista al avanzar la edad.

Los samoyedos, los de Zembla, los borandos, los lapones, los groenlandeses y los salvajes del norte que viven más arriba de los esquimales son, pues, todos hombres de la misma especie, ya que se asemejan en la forma, el tamaño, el color, los usos e incluso en lo extraño de sus costumbres. La de ofrecer a los extranjeros a sus mujeres y de sentirse muy halagados de que deseen hacer uso de ellas, puede venir de que conocen su propia deformidad y la fealdad de sus mujeres; encuentran aparentemente menos feas a aquellas que los extranjeros no han desdeñado; lo que hay de cierto es que este uso es general entre todos esos pueblos, muy alejados sin embargo unos de otros, e incluso separados por un gran mar; se lo encuentra entre los tártaros de Crimea, entre los calmuco y varios otros pueblos de Siberia y de Tartaria, que casi son tan feos como esos pueblos del norte, mientras que en todas las naciones vecinas, como en China, en Persia,⁴ donde las mujeres son bellas, los hombres son extremadamente celosos.

Al examinar a todos los pueblos vecinos de esta larga franja de tierra que ocupa la raza lapona, se encontrará que no tienen ninguna relación con esta raza; sólo los ostiacos y los tungusos se les asemejan; esos pueblos colindan con los samoyedos por el lado del mediodía y el sureste. Los samoyedos y los borandos no se parecen en nada a los rusos; los lapones no se asemejan a los rusos; los lapones no se parecen en nada a los fineses, a los godos, a los daneses, a los noruegos; los groenlandeses son también muy diferentes de los salvajes de Canadá. Esos otros pueblos son grandes, bien hechos y, aunque sean muy diferentes entre sí, lo son infinitamente más de los lapones. Pero los ostiacos parecen ser samoyedos un poco menos feos y menos encogidos que los otros, aunque son pequeños y mal hechos; viven de pescados o de carne cruda, comen la carne de todas las especies de animales sin ningún arreglo, beben con más gusto sangre que agua; la mayoría son idólatras y errantes, como los lapones y los samoyedos. Creo que representan el matiz entre la raza lapona y la raza tártara; o, por decirlo mejor, los lapones, los samoyedos, los borandos, los de Zembla, y tal vez los groenlandeses y los pigmeos del norte de

⁴ La Boulaye dice que después de la muerte de las mujeres del Sha no se sabe dónde están enterradas, para quitarle cualquier motivo de celos; igualmente los antiguos egipcios sólo embalsamaban a sus mujeres cuatro o cinco días después de la muerte, por temor de que los cirujanos tuviesen alguna tentación.

América,⁵ son tártaros degenerados tanto como es posible; los ostiacos, tártaros que se han degenerado menos; los tungusos aún menos que los ostiacos, porque son menos pequeños y menos mal hechos, aunque todos igualmente feos. Los samoyedos y los lapones están por debajo de los 68 o 69 grados de latitud, pero los ostiacos y los tungusos habitan bajo el grado 60. Los tártaros, que están en el grado 55 a lo largo del Volga, son burdos, estúpidos y brutales; se asemejan a los tungusos, que no tienen, como ellos, casi ninguna idea de religión; sólo quieren como mujeres a muchachas que han tenido comercio con otros hombres.

La nación tártara, tomada en general, ocupa regiones inmensas en Asia; está dispersa en toda la extensión de tierra que se encuentra desde Rusia hasta Kamchatka, es decir, en un espacio de once a doce mil leguas de largo, sobre más de setecientas cincuenta leguas de ancho, lo que constituye un terreno veinte veces más grande que el de Francia. Los tártaros limitan con China por el lado norte y oeste; con los reinos de Bután, de Ava, el imperio del Mogol y el de Persia hasta el mar Caspio por el lado norte; se han extendido también a lo largo del Volga y de la costa occidental del mar Caspio hasta Daguestán; han penetrado hasta la costa septentrional del mar Negro, y se han establecido en Crimea y en la pequeña Tartaria cerca de la Moldavia y la Ucrania. Todos esos pueblos tienen la parte alta de la cara muy ancha y arrugada, incluso en su juventud; la nariz corta y gruesa, los ojos pequeños y hundidos, las mejillas muy altas, la parte baja de la cara estrecha, el mentón largo y prominente, la mandíbula superior hundida, los dientes largos y separados, las cejas gruesas, que les cubren los ojos, los párpados gruesos, la cara plana, la tez bronceada y olivácea, los cabellos negros; son de estatura mediana, pero muy fuertes y robustos; tienen poca barba que se da en pequeñas espinas como la de los chinos; sus muslos son gruesos y sus piernas cortas. Los más feos de todos son los calmuco, cuyo aspecto tiene algo de terrible; todos son errantes y vagabundos, habitan bajo tiendas de tela, de fieltro, de pieles. Comen carne de caballo, de camello, etcétera, cruda o un poco macerada bajo la silla de sus caballos; comen también pescado secado al sol. Su bebida más común es la leche de yegua, fermentada con harina de mijo. Casi todos tienen la cabeza rasurada, con excepción del frente, que dejan crecer lo suficiente para hacer una trenza a cada lado del rostro. Las mujeres, que son tan feas como los hombres, se dejan el cabello largo, lo trenzan y lo sujetan con pequeñas placas de cobre y otros ornamentos de esa especie. La mayoría de esos pueblos no tiene religión alguna, ningún recato en sus costumbres, ninguna decencia; todos son ladrones, y los del Daguestán, que son vecinos de los países civilizados, hacen un gran comercio de esclavos y de hombres que se llevan a la fuerza para venderlos después a los turcos y a los persas. Sus principales riquezas consisten en caballos; tal vez haya más en Tartaria que en ninguna otra región del mundo. Esos pueblos

⁵ Es decir los esquimales.

se han acostumbrado a vivir con sus caballos; se ocupan de ellos continuamente; los amaestran con tanta destreza y los ejercitan tan a menudo que parece que el espíritu de esos animales se confunde con el de quien los maneja, pues no solamente obedecen perfectamente al menor movimiento de la brida, sino que sienten, por decirlo así, la intención y el pensamiento del que los monta.

Para conocer las diferencias particulares que se encuentran en esta raza tártara, sólo hay que comparar las descripciones que han hecho los viajeros de cada uno de los diferentes pueblos que la componen. Los calmuco, que habitan en la vecindad del mar Caspio, entre los moscovitas y los grandes tártaros,⁶ son, según Tavernier, hombres robustos, pero los más feos y más deformes que haya bajo el cielo; tienen la cara tan plana y tan ancha que de un ojo a otro hay el espacio de cinco o seis dedos; sus ojos son extraordinariamente pequeños, y lo poco que tienen de nariz es tan plano que sólo se ven dos hoyos en lugar de fosas; tienen las rodillas vueltas hacia afuera y los pies hacia dentro. Los tártaros del Daguestán son, después de los calmuco, los más feos de todos los tártaros. Los pequeños tártaros o tártaros *nogais*,⁷ que habitan cerca del Mar Negro, son menos feos que los calmuco; pero sin embargo, tienen la cara ancha, los ojos pequeños y la forma del cuerpo semejante a la de los calmuco; y se puede creer que esta raza de pequeños tártaros ha perdido una parte de su fealdad porque se han mezclado con las circasianos, los moldavos y otros pueblos de los que son vecinos. Los tártaros vogolistas⁸ de Siberia tienen el rostro ancho como los calmuco, la nariz corta y gruesa, los ojos pequeños, y aunque su lenguaje sea diferente del de los calmuco tienen tanta semejanza que se les debe considerar como si fueran de la misma raza. Los tártaros braski⁹ son, según el padre Avril, de la misma raza que los calmuco. A medida que se avanza hacia el oriente en la Tartaria independiente,¹⁰ los rasgos de los tártaros se suavizan un poco, pero los caracteres esenciales de su raza siempre permanecen. Y, por último, los tártaros mongoles que han conquistado la China, y que de todos esos pueblos eran los más civilizados, son aún hoy día los menos feos y los menos mal hechos; sin embargo tienen, como todos los otros, los ojos pequeños, la cara ancha y plana, poca barba, pero siempre negra o roja, la nariz aplastada y corta, la tez bronceada, pero menos olivácea. Los pueblos del Tíbet y de las otras provincias meridionales de Tartaria son, al igual que los tártaros vecinos de China, mucho menos feos que los otros. El señor Sánchez, primer médico de las armadas rusas, hombre distinguido por su mérito y la amplitud de sus conocimientos, ha tenido a bien comunicarme por escrito las observaciones que ha hecho al viajar a Tartaria.

⁶ Habitantes de la Gran Tartaria (Mongolia).

⁷ Habitantes de la pequeña Tartaria, situada al norte del mar Negro y unida a Rusia.

⁸ O "yougul", grupo oriental de los pueblos fino-ugrianos.

⁹ O "baskirs", que ocupaban la parte oriental del antiguo reino de Kazán.

¹⁰ Turkeistán. Distinguida así de la Tartaria china y de la Tartaria rusa.

En los años 1735, 1736 y 1737 recorrió Ucrania, los bordes del Don hasta el mar de Zabache, y los confines de Kubán hasta Azof; atravesó los desiertos que están entre la región de Crimea y de Backmut; vio a los calmuco que viven, sin tener morada fija, desde el reino de Kasán hasta los bordes del Don; también vio a los tártaros de Crimea y de Nogai, que vagan por los desiertos que están entre Crimea y Ucrania, y también a los tártaros kirguises y cheremises,¹¹ que están al norte de Astrakán desde los 50 hasta los 60 grados de latitud. Observó que los tártaros de Crimea y de la provincia de Kubán hasta Astrakán son de tamaño mediano, tienen los hombros anchos, el flanco estrecho, los ojos negros y el color moreno. Los tártaros kirguises y cheremises son más pequeños y más rechonchos, menos ágiles y más burdos; también tienen los ojos negros, la tez morena, la cara aún más ancha que los primeros. Advirtió que entre esos tártaros se encuentran varios hombres y mujeres que no se les parecen para nada, o que sólo se les parecen imperfectamente, y de los cuales algunos son tan blancos como los polacos. Como entre esas naciones hay varios esclavos, hombres y mujeres, capturados en Polonia y en Rusia, como su religión les permite la poligamia y la multiplicidad de concubinas, y como sus sultanes o murzas, que son los nobles de esas naciones, toman sus mujeres en Circasia y en Georgia, los hijos que nacen de tales alianzas son menos feos y más blancos que los otros; incluso hay entre esos tártaros un pueblo entero cuyos hombres y mujeres son de una singular belleza: son los kabardinski. El señor Sánchez dice haber encontrado trescientos a caballo que venían al servicio de Rusia, y asegura no haber visto nunca hombres más bellos y de una figura más noble y viril; tienen bello el rostro, fresco y bermejo; los ojos grandes, vivos y negros; el tamaño alto y el cuerpo bien formado. Dice que el teniente general de Serapikin, que había permanecido mucho tiempo en Kabarda, le había asegurado que las mujeres eran tan bellas como los hombres. Pero esta nación, tan diferente de los tártaros que la rodean, proviene de Ucrania, por lo que dice el señor Sánchez, y se ha trasladado a Kabarda hace alrededor de ciento cincuenta años.

Esa sangre tártara por una parte se ha mezclado con los chinos, y por otra con los rusos orientales; y esa mezcla no ha hecho desaparecer por entero los rasgos de esa raza, pues hay entre los moscovitas muchos rostros tártaros y, aunque en general esta nación sea de la misma sangre que las otras naciones europeas, se encuentran en ella muchos individuos que tienen la forma del cuerpo cuadrada, los muslos gruesos y las piernas cortas como los tártaros; pero los chinos no son, ni con mucho, tan diferentes de los tártaros como lo son los moscovitas; ni siquiera se está seguro de que sean de otra raza; la única cosa que podría hacerlo creer es la diferencia total de manera de ser, de hábitos y costumbres de esos dos pueblos. Los tártaros, en general, son naturalmente altivos, belicosos,

¹¹ En realidad esos dos pueblos pertenecen a dos grupos diferentes; los kirguises al grupo turco-mongol, los cheremises al grupo ugro-finés, como los yakutos, los buriatos y los tártaros nogai de la región de Dobrudja.

cazadores; les gusta la fatiga, la independencia; son duros y groseros hasta la brutalidad. Los chinos tienen costumbres completamente opuestas; son pueblos blandos, pacíficos, indolentes, supersticiosos, sumisos, dependientes hasta la esclavitud; ceremoniosos, halagadores hasta la insustancialidad y el exceso; pero si se comparan su rostro y sus rasgos con los de los tártaros, se encontrarán características de una semejanza no equívoca.

Los chinos, según Jean Hugon,¹² tienen los miembros bien proporcionados y son grandes y gruesos; tienen la cara ancha y redonda, los ojos pequeños, las cejas grandes, los párpados alzados, la nariz pequeña y aplastada; sólo tienen seis o siete espigas de pelo negro en cada labio y muy poco en el mentón. Los que habitan las provincias meridionales son más morenos y tienen la tez más oscura que los otros; se asemejarían por el color a los pueblos de Mauritania y a los españoles más morenos, mientras que los que habitan las provincias del centro del imperio son blancos como los alemanes. Según Dampier¹³ y algunos otros viajeros, los chinos no son todos, ni con mucho, grandes y gruesos; pero es verdad que toman mucho en cuenta la estatura grande y la lozanía. Ese viajero incluso dice, al hablar de los habitantes de la isla San Juan en las costas de China, que los chinos son grandes, poco cargados de grasa y se mantienen erguidos; que tienen el rostro largo y la frente alta, los ojos pequeños, la nariz bastante ancha y alzada en medio, la boca ni grande ni pequeña, los labios bastante delgados, la tez color de ceniza, los cabellos negros; que tienen poca barba, que la arrancan y sólo dejan salir algunos pelos en el mentón y en el labio superior. Según Le Gentil,¹⁴ los chinos no tienen nada de chocante en la fisonomía; son naturalmente blancos, sobre todo en las provincias septentrionales; aquellos a quienes la necesidad obliga a exponerse a los ardores del sol son morenos, especialmente en las provincias del mediodía; tienen, en general, los ojos pequeños y ovales, la nariz corta, el talle grueso y la estatura mediocre. Asegura que las mujeres se esfuerzan por hacer parecer sus ojos pequeños, y que las muchachas, instruidas por su madre, se estiran continuamente los párpados, con el fin de tener los ojos pequeños y alargados, lo que, unido a una nariz aplastada y a orejas largas, anchas, abiertas y colgantes, las vuelve bellezas perfectas; afirma que tienen bella tez, los labios muy bermejos, la boca bien hecha, los cabellos muy negros, pero que el uso del betel les ennegrece los dientes, y que el de los afeites que utilizan les echa a perder tanto la piel que parecen viejas antes de los treinta años.

Palafox¹⁵ asegura que los chinos son más blancos que los tártaros

¹² En *Indiae Orientalis* (Segunda Parte), Francfort, 1588-1599.

¹³ *Nouveau voyage autour du monde*, Amsterdam, 1698 (original inglés, 1697), muy a menudo reeditado.

¹⁴ La Barbinais le Gentil, autor de un *Nouveau voyage autour du monde* (Perú, Chile, Brasil, China), aparecido en 1727. En 1729 el autor añadió dos relaciones sobre la Cochinchina, Siam y Tonkin.

¹⁵ Su tratado de las *Virtudes del Indio* se encuentra en la colección de Thévenot. Fue traducido en seguida, en 1672.

orientales, sus vecinos; que también tienen menos barba, pero que por lo demás hay poca diferencia entre los rostros de esas dos naciones. Dice que es muy raro ver en China o en Filipinas ojos azules, y que en esos países sólo se los han visto a europeos o a personas nacidas en esos climas pero de padres europeos.

Íñigo de Biervilla¹⁶ afirma que las mujeres chinas están mejor formadas que los hombres. Éstos, según él, tienen el rostro ancho y la tez bastante amarilla; la nariz gruesa y hecha más o menos como un níspero, y en la mayoría aplastada; el talle grueso, más o menos como el de los holandeses. Por el contrario, las mujeres tienen el talle esbelto, aunque casi todas sean de bastante busto, la tez y la piel admirables, los ojos más bellos del mundo; pero en verdad hay pocas, dice, que tengan la nariz bien hecha, porque se les aplasta en su juventud.

Los viajeros holandeses¹⁷ coinciden todos al decir que los chinos, en general, tienen la cara ancha, los ojos pequeños, la nariz chata y casi nada de barba; que los nacidos en Cantón y a lo largo de la costa meridional son tan morenos como los habitantes de Fez en África, pero que los de las provincias interiores son en su mayoría blancos. Si comparamos ahora las descripciones de todos esos viajeros que acabamos de citar con las que hemos hecho de los tártaros, no podremos dudar de que, aunque haya variedad en la forma del rostro y en la estatura de los chinos, tengan sin embargo mucha más relación con los tártaros que con algún otro pueblo, y que esas diferencias y esa variedad vengan del clima y de la mezcla de razas; es la impresión de Chardin:¹⁸ "La estatura de los pequeños tártaros —dice ese viajero— es, por lo general, cuatro pulgadas más pequeña que la nuestra, y son más gruesos en proporción; su tez es roja y morena, sus caras son planas, anchas y cuadradas; tienen la nariz aplastada y los ojos pequeños. Ahora bien, como éstos son exactamente los rasgos de los habitantes de China, he encontrado, después de haber observado bien las cosas durante mis viajes, que hay la misma configuración de rostro y de estatura en todos los pueblos que están al oriente y el septentrion del mar Caspio y al oriente de la península de Malaca, lo que después me ha hecho creer que esos diversos pueblos salen todos de un mismo tronco, aunque aparezcan diferencias en su tez y en sus costumbres; pues, en lo que concierne a la tez, la diferencia proviene de la calidad del clima y de los alimentos, y, respecto a las costumbres, la diferencia proviene también de la naturaleza del terreno y de la mayor o menor opulencia."

El padre Parenin, que, como se sabe, ha permanecido tanto tiempo en China y ha observado tan bien los pueblos y las costumbres, dice que los vecinos de los chinos por el lado de occidente, desde el Tibet hacia

¹⁶ *Voyage [...] a la côte de Malabar, Goa, Batavia, et autres lieux des Indes Orientales*, París, 1736.

¹⁷ En el *Recueil des voyages qui ont servi à l'établissement et aux progrès de la Compagnie des Indes Orientales*, cuya edición más completa es la de Ruán, 1725.

¹⁸ Su *Journal de voyage en Perse* fue constantemente reeditado. Es uno de los viajeros más apreciados por los filósofos.

el norte hasta Chamo, parecen ser diferentes de los chinos en las costumbres, en la lengua, en los rasgos del rostro y en la configuración exterior; que son gente ignorante, grosera, perezosa, defecto raro entre los chinos; que cuando viene alguno de esos tártaros a Pekín y se pregunta a los chinos la razón de tal diferencia, dicen que se debe al agua y a la tierra, es decir a la naturaleza de la región, que efectúa ese cambio en el cuerpo e incluso en el espíritu de sus habitantes. Añade que eso parece aún más verdadero en China que en todos los otros países que ha visto, y que recuerda que, al haber seguido al emperador hasta el grado 48 de latitud norte en Tartaria, encontró chinos de Nankín que se habían establecido allí, y que sus hijos se habían convertido en verdaderos mongoles, pues tenían la cabeza hundida entre los hombros, las piernas patizambas, y en todo el aspecto una grosería y suciedad que chocaban.^b

Los japoneses son bastante semejantes a los chinos, por lo que se les puede considerar una sola y misma raza de hombres; son únicamente más amarillos o más morenos, porque habitan un clima más meridional; en general son de complexión fuerte, tienen la figura rechoncha, la cara ancha y plana, la nariz igual, los ojos pequeños, poca barba, los cabellos negros; son de naturaleza muy activa, aguerridos, diestros, vigorosos, cortesanos y obsequiosos, fecundos en cumplidos, hablan bien, pero son inconstantes y muy vanos; soportan con admirable firmeza el hambre, la sed, el frío, el calor, la falta de sueño, la fatiga y todas las incomodidades de la vida, de la cual no hacen gran caso; como los chinos, se sirven de pequeños palillos para comer, y también hacen varias ceremonias o, más bien, varios gestos y mímicas muy extrañas durante la comida; son laboriosos y muy hábiles en las artes y en todos los oficios; en una palabra, tienen muy de cerca la misma naturaleza, las mismas costumbres y los mismos hábitos que los chinos.

Una de las más extravagantes, y que es común a esas dos naciones, es la de volver los pies de la mujer tan pequeños que no pueden casi sostenerse. Algunos viajeros dicen que en China, cuando una niña ha pasado la edad de tres años, se le rompe el pie, de manera que los dedos se tuerzan bajo la planta, que se aplica allí un ácido que quema las carnes y que se envuelve con varias vendas hasta que el pie se pliega. Añaden que las mujeres resienten ese dolor durante toda su vida, que apenas pueden caminar, y que nada es más desagradable que su paso; que, sin embargo, ellas sufren con alegría tal incomodidad y que, como es un medio de gustar, tratan de hacerse el pie tan pequeño como les es posible. Otros viajeros no dicen que se les rompa el pie en su infancia, sino únicamente que se les aprieta con tanta violencia que se le impide crecer, y convienen con bastante unanimidad en que una mujer de condición, o tan sólo una mujer bonita en China, debe tener el pie lo suficientemente pequeño como para que encuentre cómoda la zapatilla de un niño de seis años.

^b Véase la carta del padre Parennin, fechada en Pekín el 28 de septiembre de 1755, recopilación XXIV de las *Lettres édifiantes*.

Los japoneses y los chinos son, pues, una sola y misma raza de hombres que desde épocas muy antiguas se han civilizado, y que difieren de los tártaros más por las costumbres que por el rostro; la bondad del suelo, la dulzura del clima, la vecindad del mar, han podido contribuir a volver civilizados a esos pueblos, mientras que los tártaros, alejados del mar y del comercio con otras naciones, y separados de los otros pueblos del lado del mediodía por altas montañas, han permanecido errantes en sus vastos desiertos bajo un cielo cuyo rigor, sobre todo por el lado norte, sólo puede ser soportado por hombres duros y groseros.

El país de Yeso, que está al norte del Japón, aunque situado en un clima que debería ser templado, es sin embargo muy frío, muy estéril y muy montuoso; también los habitantes de esta comarca¹⁹ son totalmente diferentes de los japoneses y los chinos; son groseros, brutales, sin costumbres, sin artes; tienen el cuerpo corto y grueso, los cabellos largos y erizados, los ojos negros, la frente plana, la tez amarilla pero un poco menos que la de los japoneses; son muy velludos de cuerpo e incluso de cara; viven como salvajes y se alimentan de grasa de ballena y aceite de pescado; son muy perezosos, muy sucios en su ropa. Los niños van casi desnudos. Las mujeres, para adornarse, no han encontrado otro medio que pintarse de azul las cejas y los labios. Los hombres no tienen otro placer que ir a cazar lobos marinos,²⁰ osos, ciervos, renos, y a pescar ballenas; sin embargo, hay quienes tienen algunas costumbres japonesas, como la de cantar con voz temblorosa, pero en general se parecen más a los tártaros septentrionales o a los samoyedos que a los japoneses.

Ahora bien, si se examinan los pueblos vecinos de China al mediodía y al occidente, se encontrará que los cochinchinos, que habitan una región vasta y más meridional que China, son más morenos y más feos que los chinos y que los tonquineses, cuya región es mejor, y que viven en un clima menos cálido que los cochinchinos, están mejor formados y son menos feos. Según Dampier, los tonquineses son en general de estatura mediana; tienen la tez morena como los indios, pero la piel tan bella y lisa que uno se puede dar cuenta del menor cambio que sucede en su rostro cuando empalidecen o enrojecen, lo que no puede reconocerse en la cara de los otros indios. Por lo general, tienen la cara plana y oval, la nariz y los labios bastante bien proporcionados, los cabellos negros, largos y muy gruesos; se ennegrecen los dientes tanto como les es posible. Según las relaciones que se encuentran a continuación de los "Viajes" de Tavernier,²¹ los tonquineses son de buena estatura y de color algo oliváceo; no tienen la nariz ni la cara tan planas como los chinos y, en general, están mejor hechos.

Esos pueblos, como se ve, no difieren mucho de los chinos; se asemejan

¹⁹ Se trata de los ainos, que parecen haber sido los primeros habitantes del Japón.
²⁰ Se llamaba así a la foca común, también conocida como becerro o perro marino. Véase la *Histoire naturelle*, tomo XIV.

²¹ Véase *Les six voyages de J. B. Tavernier... en Turquie, en Perse et aux Indes*, 1676, y numerosas reediciones.

por el color a los de las provincias meridionales; si son más morenos es porque habitan en clima más cálido y, aunque tengan el rostro menos plano y la nariz menos aplastada que los chinos, se les puede considerar como pueblos del mismo origen.

Sucede lo mismo con los siameses, los peguanos, los habitantes de Aracán, de Laos, etc.; todos esos pueblos tienen los rasgos muy semejantes a los de los chinos y, aunque difieren más o menos por el color, no difieren tanto de los chinos como de los otros indios. Según La Loubère,²² los siameses son más bien pequeños; tienen el cuerpo bien formado; la figura de su rostro tiene menos de óvalo que de rombo: es ancha y elevada por arriba de las mejillas y, de pronto, su frente se achica y termina en punta igual que el mentón; tienen los ojos chicos y hendidos oblicuamente, el blanco del ojo amarillento, las mejillas huecas porque se prolongan demasiado hacia arriba, la boca grande, los labios gruesos y los dientes ennegrecidos; su tez es tosca y de un oscuro mezclado de rojo; otros viajeros dicen que de un gris cenizo, al cual contribuye tanto el bronceado continuo como el nacimiento; tienen la nariz corta y redondeada en la punta, las orejas más grandes que las nuestras y, cuanto más grandes son, más las estiman. Ese gusto por las orejas grandes es común a todos los pueblos de Oriente, pero unos estiran sus orejas hacia abajo para alargarlas, sin horadarlas más que lo que hace falta para poner aretes; otros, como en la región de Laos, agrandan el hoyo tan prodigiosamente que casi se podría pasar el puño, de manera que sus orejas descienden hasta los hombros; pero los siameses sólo las tienen un poco más grandes que las nuestras, y eso naturalmente y sin artificio. Sus cabellos son gruesos, negros y lacios; los hombres y las mujeres los llevan tan cortos que no les bajan más que a la altura de las orejas alrededor de la cabeza. Se ponen sobre los labios una pomada perfumada que los hace parecer más pálidos de lo que serían naturalmente; tienen poca barba y arrancan la poca que tienen; no se cortan las uñas, etc. Struys²³ dice que las mujeres siamesas llevan aretes tan sólidos y pesados que los hoyos a los que están pegados se vuelven tan grandes que puede pasar el pulgar; añade que la tez de los hombres y de las mujeres es morena, que su estatura no es muy alta, pero que está bien proporcionada y es esbelta y que, en general, los siameses son suaves y corteses. Según el padre Tachard²⁴ los siameses son muy ligeros; tienen, entre ellos, hábiles equilibristas en torres y saltarines tan ágiles como los de Europa. Dice que la costumbre de ennegrecerse los dientes²⁵ viene de la idea que tienen los siameses de que al hombre no le conviene tener los dientes blancos como los animales, que

²² *Du royaume de Siam*, París, 1691.

²³ *Voyages de Jean Struys en Moscovitz, en Tartarie, en Perse, aux Indes...*, aparecidos en 1670 y traducidos en 1681.

²⁴ El jesuita Guy Tachard, autor de un *Voyage de Siam* (1686 y reed.) y de un *Second voyage...*, publicado en 1689.

²⁵ Con betel, especie de pimienta, del que se mascan las hojas. El artículo "Betel" de la *Enciclopedia*, sacado por Diderot de la *Histoire des plantes*, de Ray, señala los peligros de tal masticación, que echa a perder los dientes.

por eso se los ennegrecen con una especie de barniz que hay que renovar de tiempo en tiempo, y que cuando aplican ese barniz se ven obligados a no comer durante algunos días, a fin de darle a esa droga el tiempo de adherirse.

Los habitantes de los reinos de Pegu y de Aracán²⁶ se parecen bastante a los siameses, y no difieren mucho de los chinos por la forma del cuerpo ni por la fisonomía; sólo son más oscuros. Los de Aracán estiman una frente ancha y plana, y para hacerla así colocan una placa de plomo en la frente de los niños que acaban de nacer. Tienen las fosas nasales anchas y abiertas, los ojos pequeños y vivos y las orejas tan alargadas que les penden hasta los hombros; comen sin náusea ratones, ratas, serpientes y pescado podrido. Las mujeres son más o menos blancas y llevan las orejas tan alargadas como los hombres. Los pueblos de Achen,²⁷ que están aún más al norte que los de Aracán, tienen también la cara plana y el color oliváceo; son groseros y dejan andar a sus hijos completamente desnudos; las niñas sólo llevan una placa de plata sobre sus partes naturales.²⁸

Todos esos pueblos, como se ve, no difieren mucho de los chinos, y también tienen de los tártaros los ojos pequeños, la cara plana, el color oliváceo; pero, al descender hacia el mediodía, los rasgos empiezan a cambiar de manera más sensible, o al menos a diversificarse. Los habitantes de la península de Malaca y de la isla de Sumatra son negros, pequeños, vivaces y bien proporcionados en su pequeña estatura; incluso tienen el porte altivo, aunque estén desnudos de la cintura hacia arriba, a excepción de un pequeño chal que llevan sobre uno u otro hombro. Son de naturaleza valiente e incluso son de temer cuando han tomado opio, que usan a menudo, y que les causa una especie de ebriedad furiosa. Según Dampier, los habitantes de Sumatra y los de Malaca son de la misma raza; hablan más o menos la misma lengua; todos tienen el humor feroz y altanero, la estatura mediana, la cara larga, los ojos negros, la nariz mediana, los labios delgados y los dientes ennegrecidos por el uso frecuente del betel. En la isla de Pugniatan o Pissagan,²⁸ dieciséis leguas más allá de Sumatra, los naturales son de gran estatura y de tez amarilla, como la de los brasileños; llevan largos cabellos muy lacios y andan absolutamente desnudos. Los de las islas Nicobar, al norte de Sumatra, son de color moreno o amarillento; también andan casi desnudos. Dampier dice que los naturales de esas islas Nicobar son grandes y bien proporcionados, que tienen la cara bastante larga, los cabellos negros y lacios, y la nariz de tamaño mediano; que las mujeres no tienen cejas, que aparentemente se las arrancan, etc. Los habitantes de la isla

²⁶ Reino situado cerca de la desembocadura del Ganges.

²⁷ Se trata sin duda del reino de Asham, Achem o Achen, que se encontraba al norte de Sumatra.

²⁸ Véase *Recueil des voyages de la compagnie hollandaise*, t. IV, p. 63, y el *Voyage de Mandelslo*, tomo II, p. 328.

²⁹ Dicha isla es objeto de un artículo en la *Enciclopedia*.

de Sombreo,²⁹ al norte de Nicobar, son muy negros, y se embadurnan la cara con diferentes colores, como verde, amarillo, etc. Esos pueblos de Malaca, de Sumatra y de las pequeñas islas vecinas, aunque diferentes entre sí, lo son aún más de los chinos, de los tártaros, etc., y parecen haber salido de otra raza; sin embargo, los habitantes de Java, que son vecinos de Sumatra y de Malaca, no se les asemejan, y son bastante parecidos a los chinos, salvo en el color, que es, como el de los malayos, rojo mezclado con negro. Son bastante parecidos, dice Pigafetta,³⁰ a los habitantes de Brasil; son de complexión fuerte y su cuerpo de forma cuadrada; no son ni muy grandes ni muy pequeños, sino musculosos; tienen la cara plana, las mejillas colgantes e infladas, las cejas gruesas y arqueadas, los ojos pequeños, la barba negra; tienen poca barba y muy pocos cabellos, que son muy cortos y muy negros. El padre Tachard³¹ dice que esos pueblos de Java están bien formados y son robustos, que parecen vivaces y resueltos, y que el calor extremo los obliga a andar casi desnudos. En las *Lettres édifiantes* se encuentra que los habitantes de Java no son ni negros ni blancos, sino de un rojo púrpura, y que son dulces, agradables y cálidos. François Leguat³² señala que las mujeres de Java, que no se ven expuestas como los hombres a los ardores del sol, son menos morenas que ellos y que tienen el rostro bello, el pecho alto y bien hecho, la tez lisa y bella, aunque oscura; la mano bella, el aspecto dulce, los ojos vivos, la risa agradable, y hay algunas que danzan muy bonito. La mayor parte de los viajeros holandeses están de acuerdo en decir que los habitantes naturales de esta isla, de la que actualmente son dueños y amos, son robustos, bien formados, nerviosos y muy musculosos; que tienen la cara plana, las mejillas anchas y altas, grandes párpados, ojos pequeños, las mandíbulas grandes, los cabellos largos, la tez morena, y que su barba es escasa, que llevan los cabellos y las uñas muy largos y que se hacen limar los dientes. En una pequeña isla que está frente a la de Java las mujeres tienen la tez morena, los ojos pequeños, la boca grande, la nariz aplastada, los cabellos negros y largos. Por todas esas relaciones se puede juzgar que los habitantes de Java se asemejan mucho a los tártaros y a los chinos, mientras que los malayos y los pueblos de Sumatra y de las pequeñas islas vecinas difieren por los rasgos y por la forma del cuerpo,³³ lo que ha podido suceder muy naturalmente, pues la península de Malaca y las islas de Sumatra y de Java, así como todas las otras islas del archipiélago indio, deben haber sido pobladas por las naciones de los continentes vecinos, incluso por los europeos, que se han aclimatado allí desde hace más de doscientos cincuenta años, lo

²⁹ Una de las islas Nicobar.

³⁰ Su *Relation du voyage autour du monde de Magellan* está en la colección de Harris (I, 6). Primera edición 1522.

³¹ *Voyage de Siam*, 1686 y reediciones.

³² Véase *Voyage et aventures... sur deux îles désertes des Indes Orientales*, Amsterdam, 1708.

³³ Desde el punto de vista etnológico, a esos pueblos se les une ahora en el mismo grupo indonesio (Borneo, Timor, Malaca, Filipinas).

que hace que se deba encontrar una muy gran variedad en los hombres, ya sea por los rasgos de la cara y el color de la piel, o bien por la forma del cuerpo y la proporción de los miembros. Por ejemplo, en esa isla de Java hay un pueblo que se llama *chacrelas*, que es completamente diferente no sólo de los otros habitantes de esa isla, sino incluso de todos los otros indios. Esos *chacrelas*³⁴ son blancos y rubios; tienen los ojos débiles y no pueden soportar la luz del día; por el contrario, ven bien en la noche; durante el día caminan con los ojos casi cerrados. Todos los habitantes de las islas Molucas son, según François Pyrard,³⁵ semejantes a los de Sumatra y Java por las costumbres, la manera de vivir, las armas, los vestidos, el lenguaje, el color, etc. Según Mandelslo, los hombres de las Molucas son más negros que morenos, y las mujeres lo son menos. Todos tienen los cabellos negros y lacios, los ojos grandes, las cejas y los párpados anchos, el cuerpo fuerte y robusto; son hábiles y ágiles; viven mucho tiempo, aunque sus cabellos se encanecen muy pronto. Ese viajero también dice que cada isla tiene su lenguaje particular,³⁶ y que debe creerse que han sido pobladas por naciones diferentes. Según él, los habitantes de Borneo y de Bali tienen la tez más negra que morena, pero, según los otros viajeros, son tan oscuros como los otros indios. Gemelli Careri³⁷ dice que los habitantes de Ternate son del mismo color que los malayos, es decir, un poco más oscuros que los de las Filipinas; que su fisonomía es bella, que los hombres están mejor formados que las mujeres, y que unos y otras tienen gran cuidado de su cabello. Los viajeros holandeses señalan que los naturales de la isla de Banda viven mucho tiempo, y que han visto a un hombre de ciento treinta años y varios otros que se acercaban a esa edad; que en general esos insulares son perezosos, que los hombres no hacen más que pasearse, y que son las mujeres quienes trabajan. Según Dampier, los naturales de la isla de Timor, que es una de las más vecinas de la Nueva Holanda, tienen la estatura mediana, el cuerpo erguido, los miembros finos, la cara larga, los cabellos negros e hirsutos y la piel muy negra; son hábiles y ágiles, pero perezosos en grado extremo. Sin embargo, dice que en la misma isla los habitantes de la bahía de Lopaho en gran parte son morenos y de color de cobre amarillo, y que tienen los cabellos negros completamente lacios.

Si se sube hacia el norte se encuentra Manila y las otras islas Filipinas, cuyo pueblo es tal vez el más mezclado del universo, por las alianzas que han hecho con ellos los españoles, los indios, los chinos, los malabares, los negros, etc. Los negros, que viven en las rocas y los bosques de esta isla, difieren enteramente de los otros habitantes.³⁸ Algunos tienen

³⁴ Se trata sin duda de un grupo de albinos.

³⁵ *Voyage de François Pyrard de Laval... aux Indes Orientales, aux Moluques et au Brésil*, París, 1615 y reediciones.

³⁶ El hecho es exacto.

³⁷ *Voyage autour du monde...*, original italiano, 1699. El autor tiene mala reputación durante el siglo XVIII, la mayoría de los filósofos lo tratan de mentiroso.

³⁸ Se trata de negritos, que comprenden tres grupos: los semnag de Malasia, los insulares de las islas Andamán y los aeta de Filipinas, en el norte de la isla de Luzón y en la isla de Mindanao.

los cabellos crespos, como los negros de Angola; otros los tienen largos; el color de su rostro es como de los otros negros; algunos son un poco menos oscuros. Se ha visto a varios de entre ellos que tenían colas de cuatro a cinco pulgadas de largo, como los insulares de los que habla Tolomeo.³⁹ Ese viajero añade que jesuitas muy dignos de fe le han asegurado que en la isla de Mindoro, vecina de Manila, hay una raza de hombres llamados manghiens,⁴⁰ que tienen todas colas de cuatro a cinco pulgadas de longitud, e incluso algunos de esos hombres con cola habían abrazado la fe católica, y que esos manghiens tienen la cara de color oliváceo y los cabellos largos. Dampier dice que los habitantes de la isla de Mindanao, que es una de las principales y de las más meridionales de las Filipinas, son de estatura mediana; que tienen los miembros pequeños, el cuerpo erguido y la cabeza menuda, el rostro ovalado, la frente plana, los ojos negros y poco hendidos, la nariz corta, la boca bastante grande, los labios pequeños y rojos, los dientes negros y muy sanos, los cabellos negros y lacios, la tez curtida pero tirando más al amarillo claro que la de otros indios; que las mujeres tienen la tez más clara que los hombres; que están también mejor formadas, que tienen la cara más larga y que sus rasgos son bastante regulares, si no es por su nariz demasiado corta y completamente plana entre los ojos; que tienen los miembros muy pequeños, los cabellos negros y largos, y que los hombres en general son ingeniosos y ágiles, pero perezosos y ladrones. En las *Lettres édifiantes* se encuentra que los habitantes de las Filipinas se asemejan a los malayos, que en otro tiempo conquistaron esas islas; que, como ellos, tienen la nariz pequeña, los ojos grandes, el color oliváceo amarillo, y que sus costumbres y sus lenguas son más o menos las mismas.

En el norte de Manila se encuentra la isla de Formosa, que no está alejada de la costa de la provincia de Fukien en China; esos insulares, sin embargo, no se parecen a los chinos. Según Struys, los hombres son de estatura pequeña, particularmente los que habitan las montañas; la mayoría tiene la cara ancha. Las mujeres tienen los senos gruesos y plenos, y barba como los hombres; ellas tienen las orejas muy largas y aumentan todavía su longitud con conchas gruesas que les sirven de pendientes; tienen los cabellos muy negros y muy largos, la tez de color amarillo oscuro; también hay de color amarillo claro y completamente amarillo. Esos pueblos son extremadamente perezosos; sus armas son la jabalina y el arco, con

³⁹ "Ese hecho es sospechoso", dice el artículo "(Especie) humana" en la *Enciclopedia*. Es la conclusión de Buffon, pero esos "hombres con cola", en los cuales Maupertius veía "una especie intermedia entre los monos y nosotros" (*Lettre sur les progrès des sciences*), no dejaron de excitar la curiosidad de aquellos que buscaban entre el hombre y el animal especies intermedias para formar la "escala de los seres". (Véase por ejemplo Robinet, *De la nature*; Maillet, *Tellamed.*) Lineo y Voltaire creían igualmente en ello, aunque por razones inversas. Sin embargo, el padre Lafitau, en su libro sobre las *Costumbres de los salvajes americanos*... (1724) había sugerido, a propósito de los indios, que se trataba de colas "postizas", simples ornamentos de guerra, o bien hombres vestidos con pieles de animales. En el artículo "Loango", De Jaucourt supone que son monos a los que se ha tomado por hombres.

⁴⁰ Los mangyans, en efecto, llevan cinturones de piezas de corteza.

los que tiran muy bien; son también excelentes nadadores, y corren a una velocidad increíble. Es en esta isla donde Struys dice haber visto con sus propios ojos a un hombre que tenía una cola de más de un pie de largo, completamente cubierta de pelo rojo y muy semejante a la de un buey. Ese hombre con cola aseveraba que ese defecto, si era tal, venía del clima, y que todos los de la parte meridional de esta isla tenían colas como él. No sé si lo que dice Struys de los habitantes de esta isla merece una entera confianza, y sobre todo si el último hecho es verdadero; me parece cuando menos exagerado, y diferente de lo que han dicho los otros viajeros respecto a esos hombres con cola, e incluso de lo que dicen Tolomeo, a quien he citado antes, y Marco Polo en su *Descripción geográfica*, impresa en París en 1556, donde señala que en el reino de Lambry hay hombres que tienen colas del largo de la mano, que viven en las montañas. Parece que Struys se apoya en la autoridad de Marco Polo, como Gemelli Careri en la de Tolomeo; y la cola que dice haber visto es muy diferente, por las dimensiones, de las que los otros viajeros dan a los negros de Manila, a los habitantes de Lambry, etc. El editor de las *Relaciones de Psalmanasar sobre la isla de Formosa*⁴¹ no habla de esos hombres extraordinarios y tan diferentes de los otros; incluso dice que, aunque hace mucho calor en esta isla, las mujeres son bellas y muy blancas, sobre todo las que no están obligadas a exponerse a los ardores del sol; que tienen gran cuidado de lavarse con ciertas aguas preparadas para conservar la tez; que tienen el mismo cuidado de sus dientes, que mantienen tan blancos como pueden, mientras que los chinos y los japoneses los tienen negros por el uso del betel; que los hombres no son de gran estatura, pero que tienen en grosor lo que les falta en tamaño; que comúnmente son vigorosos, infatigables, buenos soldados, muy diestros, etc. Los viajeros holandeses no coinciden con los que acabo de citar respecto a los habitantes de Formosa; Mandelslo, así como aquellos⁴² cuyas relaciones han sido publicadas en la recopilación de viajes que han servido al establecimiento de la Compañía de las Indias Holandesas, dicen que esos insulares son muy grandes y mucho más altos que los europeos; que el color de su piel está entre el blanco y el negro, o es de un tono oscuro tirando a negro; que tienen el cuerpo velludo; que las mujeres son de pequeña estatura pero robustas, gruesas y muy bien formadas. La mayoría de los escritores que han hablado de la isla de Formosa no han hecho, pues, ninguna mención de esos hombres con cola, y difieren mucho entre ellos en la descripción que dan de la forma y de los rasgos de esos insulares, pero parecen estar de acuerdo en un hecho que tal vez no es menos extraordinario que el primero: que en esa isla a las mujeres no les está permitido parir antes de los treinta y cinco años, aunque sean libres de casarse mucho antes de esa edad. Rechteren habla de esa costumbre en los siguientes términos:

⁴¹ George Psalmanazaar publicó en 1705 una *Description de l'île Formosa en Asie*, cuya autenticidad es dudosa.

⁴² En particular Rechteren.

Luego que las mujeres se han casado, no traen hijos al mundo; para eso hace falta que tengan treinta y cinco o treinta y siete años. Cuando quedan embarazadas, sus sacerdotisas van a patearles el vientre con los pies si es necesario, y las hacen abortar⁴³ con tanto o más dolor que el que sufrirían dando a luz; no sólo sería una vergüenza, sino incluso un gran pecado, dejar nacer a un niño antes de la edad prescrita. He visto unas que habían hecho perecer su fruto quince o dieciséis veces, y a las que al estar embarazadas por decimoséptima vez se les permitía traer un hijo al mundo.

Las islas Marianas o de los Ladrones, que son, como se sabe, las islas más alejadas del lado del oriente y, por decirlo así, las últimas tierras de nuestro hemisferio, están pobladas por hombres muy toscos. El padre Gobien⁴⁴ dice que antes de la llegada de los europeos nunca habían visto el fuego; que ese elemento tan necesario les era totalmente desconocido; que nunca se sorprendieron tanto como cuando lo vieron por primera vez, cuando Magallanes llegó a una de sus islas. Tienen la tez morena, pero menos morena y más clara que la de los habitantes de Filipinas; son más fuertes y más robustos que los europeos; su estatura es alta y su cuerpo está bien proporcionado, aunque sólo se nutren de raíces, frutos y pescado.

Son tan panzones que parecen estar hinchados, pero esto no les impide ser flexibles y ágiles. Viven mucho tiempo, y no es nada extraordinario ver entre ellos a personas de cien años de edad, y eso sin haber estado enfermas nunca. Gemelli Careri⁴⁵ dice que los habitantes de esas islas son todos de una estatura gigantesca, de corpulencia gruesa y de gran fuerza; fácilmente pueden llevar sobre los hombros un peso de quinientas libras. La mayoría tiene los cabellos crespos, la nariz gruesa, los ojos grandes y el color de la cara como los indios. Los habitantes de Guam, una de esas islas, tienen los cabellos negros y largos, los ojos ni muy grandes ni muy pequeños, la nariz grande, los labios gruesos, los dientes bastante blancos, la cara larga, el aspecto feroz; son muy robustos y de buena estatura: incluso se dice que alcanzan hasta siete pies de estatura.

Al mediodía de las islas Marianas y al oriente de las islas Molucas se encuentra la tierra de los papúas y la Nueva Guinea, que parecen ser las más meridionales de las tierras australes.⁴⁶ Según Argensola,⁴⁷ esos papúas son negros como los cafres; tienen los cabellos crespos, la cara delgada y muy desagradable, y entre ese pueblo tan negro se encuentran algunas personas que son tan blancas y tan rubias como los alemanes; esos blancos

⁴³ Esta extraña costumbre ha interesado a la mayoría de los filósofos. Montesquieu, Diderot, Helvetius la citan como ejemplo de superstición, un uso contra natura. Parece que los viajeros han malinterpretado una práctica destinada a facilitar el alumbramiento.

⁴⁴ Autor de una *Histoire des Îles Mariannes*, 1700.

⁴⁵ *Voyage autour du monde...*, traducido del italiano en 1719.

⁴⁶ El resto de Oceanía estaba inexplorada por entonces.

⁴⁷ Leonardo di Argensola. Su *Histoire de la conquête des îles Molèques* (1609) sólo fue traducida en 1706.

tienen los ojos muy débiles y muy delicados.⁴⁸ En la relación de la navegación austral de Le Maire⁴⁹ se encuentra una descripción de los habitantes de esa comarca, de la que voy a referir los rasgos principales. Según ese viajero, esos pueblos son muy negros, salvajes y brutales; llevan anillos en ambas orejas, en ambas fosas nasales y algunas veces también en el tabique de la nariz, y brazaletes de nácar arriba de los codos y las muñecas, y se cubren la cabeza con un bonete de corteza de árbol pintado de diferentes colores; son fuertes y bien proporcionados en su tamaño; tienen los dientes negros, bastante barba, y los cabellos negros, cortos y crespos que, sin embargo, no se asemejan tanto a la lana como los de los negros; son ágiles al correr; se sirven de mazas y de lanzas, de sables y de otras armas hechas de madera dura, pues les es desconocido el uso del hierro; utilizan también sus dientes como armas ofensivas, y muerden como los perros. Comen betel y pimienta mezclados con cal,⁵⁰ que también les sirven para polvear su barba y sus cabellos. Las mujeres son horribles; tienen largas mamas que les caen hasta el ombligo, el vientre extremadamente grueso, las piernas muy menudas, al igual que los brazos, fisonomías de mono, rasgos feos, etc. Dampier dice que los habitantes de la isla de Sabala, en Nueva Guinea, son una suerte de indios muy morenos, que tienen los cabellos negros y largos, y que por las maneras no difieren mucho de los de la isla de Mindanao y de otros naturales de esas islas orientales; pero que, aparte de éstos, que parecen ser la gente importante de la isla, también hay negros, y esos negros de Nueva Guinea tienen los cabellos crespos y aligdonados; que los habitantes de otra isla que llama *Garret-Denys* son negros, vigorosos y bien formados; que tienen la cabeza gruesa y redonda, los cabellos rizados y cortos; que los cortan de diferentes maneras y los tiñen también de distintos colores, de rojo, de blanco, de amarillo; que tienen la cara redonda y ancha con una gruesa nariz plana; que, sin embargo, su fisonomía no sería totalmente desagradable si no se desfiguraran la cara con una especie de clavija del grueso de un dedo y de cuatro pulgadas de largo, con la que se atraviesan las fosas nasales, de manera que las dos puntas tocan el hueso de las mejillas; que sólo aparece un pedacito de nariz alrededor de este bello adorno; y que también tienen hoyos grandes en las orejas, donde se ponen clavijas como en la nariz.⁵¹

Los habitantes de Nueva Holanda,⁵² que está situada a 16 grados, 15 minutos de latitud meridional y al mediodía de la isla de Timor, son

⁴⁸ Se trata otra vez de albinos.

⁴⁹ El relato de esta navegación se encuentra agrupado con el del holandés Spilbergen, bajo el título: *Miroir Oest et West-Indical...*, Amsterdam, 1621.

⁵⁰ Todos esos ingredientes entran, en efecto, en la composición de un producto a base de betel, que tiene propiedades estimulantes análogas a las del tabaco. Su uso también tiene significación social, ceremonial, religiosa; el hecho de rehusar el ofrecimiento de este betel es considerado como una grave ofensa.

⁵¹ Son mutilaciones rituales practicadas en las ceremonias de iniciación, al igual que la limadura o extracción de dientes, de la que Buffon habla enseguida a propósito de los australianos.

⁵² Es decir Australia. Sólo parte de este continente estaba explorada entonces.

tal vez la gente más miserable del mundo,⁵³ y de todos los humanos los que más se acercan a las bestias; son grandes, erguidos y esbeltos; tienen los miembros ágiles y sueltos, la cabeza grande, la frente redonda, las cejas gruesas. Sus párpados están siempre medio cerrados; adquieren este hábito desde la niñez, para proteger sus ojos de los mosquitos que los incomodan mucho y, como no abren nunca los ojos, no pueden ver de lejos, a menos que levanten la cabeza como si quisieran mirar algo por encima de ellos. Tienen la nariz ancha, los labios gruesos y la boca grande. Aparentemente se arrancan los dos dientes delanteros de la mandíbula superior, pues todos carecen de ellos, tanto los hombres como las mujeres, los jóvenes como los viejos. No tienen barba; su cara es larga, de un aspecto muy desagradable, sin un solo rasgo que pueda agradar. Sus cabellos no son largos y lacios como los de casi todos los indios, sino cortos, negros y crespos como los de los negros.⁵⁴ Su piel es negra como la de los negros de Guinea. No usan ropa sino sólo un pedazo de corteza de árbol atado a la mitad del cuerpo en forma de cinturón, con un puñado de hierbas largas en medio. No tienen casas; se acuestan al aire libre sin ninguna cobija, y por lecho sólo tienen la tierra; permanecen en grupos de veinte o treinta, hombres, mujeres y niños, revueltos.⁵⁵ Su único alimento es un pequeño pescado que atrapan por medio de recipientes de piedra en pequeños brazos de mar; no tienen ni pan, ni granos, ni legumbres, etcétera.

Los pueblos del otro lado de la Nueva Holanda, a 22 o 23 grados de latitud sur, parecen ser de la misma raza que los que acabamos de mencionar; son extremadamente feos; incluso tienen la mirada bizca, la piel negra, los cabellos crespos, el cuerpo grande y esbelto.

Por todas esas descripciones, parece que las islas y las costas del océano Índico están pobladas de hombres muy diferentes entre sí. Los habitantes de Malaca, de Sumatra y de las islas Nicobar parecen tener su origen en los indios de la península de la India; los de Java, de los chinos, con excepción de esos hombres blancos y rubios que se llaman *chacrelas*, que deben provenir de los europeos; los de las islas Molucas parecen también venir, en su mayoría, de los indios de la península, pero los habitantes de la isla de Timor, que es la más cercana a Nueva Holanda, son más o menos semejantes a los pueblos de esta comarca. Los de la isla de Formosa y de las islas Marianas se parecen en la estatura, la fuerza y los rasgos; parecen formar una raza aparte, diferente de todas las otras que están cerca. Los papúas y los otros habitantes de las tierras vecinas

⁵³ Las tribus australianas han seguido siendo nómadas, viviendo de la caza y de la recolección. Su religión prescribe ese modo de vida: el hombre no debe intervenir en el equilibrio de las fuerzas naturales, al trabajar la tierra y obligarla a producir. Lejos de ser "primitivos", los australianos tienen una visión del mundo particularmente rica y original, que los ha preservado de toda influencia europea.

⁵⁴ De hecho hay varias poblaciones distintas: una población primitiva, de tipo negroide, en el sudeste del continente; otra de cabellos lacios, llegada más tarde de Asia.

⁵⁵ Nunca se han constituido en Australia grupos más importantes: cada tribu tiene un territorio de caza que le es reservado y vive en autarquía.

de Nueva Guinea son verdaderos negros y se asemejan a los de África, aunque estén prodigiosamente alejados, y esta tierra esté separada del continente de África por un intervalo de más de dos mil doscientas leguas marinas. Los habitantes de Nueva Holanda se asemejan a los hotentotes. Pero, antes de sacar conclusiones de todas esas relaciones, y antes de razonar sobre esas diferencias, es necesario continuar en detalle nuestro examen de los pueblos de Asia y de África.

Los mogoles y los otros pueblos de la península de la India se asemejan bastante a los europeos en la estatura y los rasgos, pero difieren más o menos en el color. Los mogoles son oliváceos, aunque en lengua india *mogol* quiere decir *blanco*; las mujeres son extremadamente limpias y se bañan muy a menudo; son de color oliváceo como los hombres, y tienen las piernas y los muslos muy largos y el cuerpo bastante corto, al contrario de las mujeres europeas. Tavernier dice que, cuando se ha pasado Lahore y el reino de Cachemira, todas las mujeres del Mogol por naturaleza no tienen pelo en ninguna parte del cuerpo, y que los hombres sólo tienen poca barba. Según Thévenot las mujeres mogolas son bastante fecundas, aunque muy castas; también dan a luz con mucha facilidad, y se las ve a veces andar por la ciudad al día siguiente de haber parido. Añade que en el reino de Decán se casa a los hijos extremadamente jóvenes; desde que el marido tiene diez años y la mujer ocho los padres los dejan acostarse juntos, y hay unos que tienen hijos a esa edad; pero las mujeres que tienen hijos tan pronto dejan por lo regular de tenerlos después de la edad de treinta años, y se ponen extremadamente arrugadas. Entre esas mujeres hay quienes se hacen cortar la carne en forma de flores, como cuando se aplican ventosas; pintan esas flores de diversos colores con jugo de raíces, de manera que su piel parece una tela florida.

Los bengalíes son más amarillos que los mogoles; también tienen costumbres completamente diferentes; las mujeres son mucho menos castas; incluso se pretende que son las más lascivas de entre todas las mujeres de la India. En Bengala se hace un gran comercio de esclavos machos y hembras; también vuelven eunucos a muchos hombres, ya sea que sólo se les quiten los testículos, o bien que se les haga la amputación completa. Esos pueblos son bellos y bien formados, les gusta el comercio y tienen mucha suavidad en sus costumbres. Los habitantes de la costa de Coromandel son más negros que los bengalíes y son también menos civilizados: la gente del pueblo anda casi desnuda. Los de la costa de Malabar son aún más negros; todos tienen los cabellos negros, lacios y muy largos; son de la estatura de los europeos; las mujeres llevan anillos de oro en la nariz. Los hombres, las mujeres y las niñas se bañan juntos y públicamente en estanques situados en medio de las ciudades. Las mujeres son limpias y bien formadas, aunque negras, o al menos muy morenas; se las casa desde la edad de ocho años. Las costumbres de esos diferentes pueblos de la India son todas muy singulares e incluso extrañas.

Los banianos no comen nada de lo que ha tenido vida; incluso temen

matar el menor insecto, ni siquiera los piojos que los roen; lanzan arroz y habas a los ríos para nutrir a los peces, y granos sobre la tierra para alimentar a los pájaros y a los insectos. Cuando encuentran un cazador o un pescador le ruegan encarecidamente desistir de su empresa; y, si es sordo a sus plegarias, ofrecen dinero por el fusil o por las redes; cuando rechazan sus ofrecimientos enturbian el agua para espantar a los peces, y gritan con toda su fuerza para hacer huir la caza y los pájaros. Los naires de Calicut son militares y todos son nobles; no tienen otra profesión más que las armas; son hombres bellos y bien formados, aunque tengan la tez de color oliváceo; tienen una gran estatura y son osados, valientes y muy hábiles para manejar las armas; se agrandan las orejas a tal punto que descienden hasta sus hombros, y algunas veces más abajo. Esos naires no pueden tener más que una mujer; pero las mujeres pueden tener tantos maridos como les plazca.⁵⁶ El padre Tachard, en su carta al padre de La Chaise, fechada en Pondichery el 16 de febrero de 1702, dice que en las castas o tribus nobles una mujer puede legítimamente tener varios maridos; que se han encontrado algunas que habían tenido al mismo tiempo hasta diez, que ellas consideraban como esclavos sometidos por su belleza. Esta libertad de tener varios maridos es un privilegio de nobleza que las mujeres de condición hacen valer tanto como pueden, pero las burguesas sólo pueden tener un marido; es verdad que suavizan la dureza de su condición con el comercio que tienen con los extranjeros, a los que se abandonan sin ningún temor de sus maridos y sin que ellos osen decir nada. Las madres prostituyen a sus hijas lo más jóvenes que pueden. Esos burgueses de Calicut o Moucois parecen ser de otra raza que los nobles o naires; pues son, tanto los hombres como las mujeres, más feos, más amarillos, más mal hechos y de menor estatura. Entre los naires hay ciertos hombres y ciertas mujeres que tienen las piernas tan gruesas como el cuerpo de otro hombre; esta deformidad no es una enfermedad: les viene de nacimiento. Hay quienes sólo tienen una pierna así, y otros que las tienen ambas de este grosor monstruoso; la piel de esas piernas es dura y ruda como una verruga; sin embargo, con eso no dejan de ser muy ligeros. Esta raza de hombres con piernas gordas se ha multiplicado más entre los naires que en ningún otro pueblo de la India; no obstante, se encuentran algunos en otras partes, y sobre todo en Ceilán, donde se dice que esos hombres de piernas gordas son de la raza de Santo Tomás.

Los habitantes de Ceilán se asemejan bastante a los de la costa de Malabar; tienen las orejas igualmente anchas y les cuelgan de la misma manera; sólo son menos negros, aunque sean muy morenos. Tienen aspecto suave y naturalmente son muy diligentes, diestros e ingeniosos; todos tienen los cabellos muy negros; los hombres los llevan muy cortos. La gente del pueblo anda casi desnuda; las mujeres tienen el seno descu-

⁵⁶ Este ejemplo de poliandria es citado por Montesquieu (*Espíritu de las Leyes*, XVI, cap. V) que lo explica por la necesidad de disminuir entre los soldados el apego a una familia. Los naires no son una casta, sino una tribu.

bierto; ese uso es incluso bastante general en la India. Hay especies de salvajes en la isla de Ceilán que se llaman *bedas*; ⁵⁷ viven en la parte septentrional de la isla y sólo ocupan un pequeño cantón. Esos *bedas* parecen ser una especie de hombres completamente diferente de la de esos climas; habitan una pequeña región totalmente cubierta por un bosque tan espeso que es muy difícil penetrar; allí se mantienen tan bien escondidos que cuesta trabajo encontrar a algunos de ellos. Son blancos como los europeos; incluso algunos son rojos. No hablan la lengua de Ceilán, y su lenguaje no tiene ninguna relación con las lenguas de los indios. No tienen ni aldeas, ni casas, ni comunicación con nadie. Sus armas son el arco y las flechas, con las cuales matan muchos jabalíes, ciervos, etc. No cuecen nunca la carne, sino que la confitan en miel, que tienen en abundancia. No se sabe el origen de esta nación, que no es muy numerosa y cuyas familias permanecen separadas unas de otras. Me parece que esos *bedas* de Ceilán, tanto como los *chacrelas* de Java, bien podrían ser de raza europea, tanto más que esos hombres blancos y rubios son poco numerosos. Es muy posible que algunos hombres y algunas mujeres europeos hayan sido abandonados en otro tiempo en esas islas, o que hayan llegado a ellas a raíz de un naufragio, y, por temor a ser maltratados por los naturales del lugar, hayan permanecido ellos y sus descendientes en los bosques y en los sitios más escarpados de las montañas, donde continúan llevando una vida de salvajes, que tal vez tiene sus dulzuras cuando uno se acostumbra.

Se cree que los maldivos vienen de los habitantes de la isla de Ceilán; sin embargo no se les parecen, pues los habitantes de Ceilán son negros y están mal formados, mientras que los maldivos están bien formados y proporcionados y hay poca diferencia entre ellos y los europeos, salvo que son de color oliváceo. Por lo demás, es un pueblo mezclado de todas las naciones. Los que habitan el lado norte son más civilizados que los que habitan en el sur de esas islas; esos últimos ni siquiera están bien hechos y son más negros. Las mujeres son bastante bellas, aunque de color oliváceo; hay también algunas que son tan blancas como en Europa; todas tienen los cabellos negros, lo que consideran como una belleza. Bien puede contribuir el arte, pues tratan de volverlos de ese color manteniendo a las niñas con la cabeza rasurada hasta la edad de ocho o nueve años. También rasuran a los niños, y eso cada ocho días, lo que, con el tiempo, les vuelve los cabellos negros a todos, pues es probable que sin ese uso no los tendrían todos de ese color, ya que se ve a niñitos que los tienen medio rubios. Otro rasgo de belleza en las mujeres consiste en tenerlos muy largos y muy abundantes; se frotan la cabeza y el cuerpo con aceite perfumado. Por lo demás, sus cabellos nunca son rizados, sino siempre lacios. Los hombres son más velludos de cuerpo que en Europa. Los maldivos gustan del ejercicio y son industriuosos en las artes; son supersticiosos y muy dados a las mujeres. Ellas esconden cuidadosamente su

⁵⁷ Grupo étnico de Indonesia que vive en Malasia (Senoí o Sakai) y en Ceilán.

seno, aunque son extraordinariamente depravadas y se abandonan fácilmente; son muy ociosas y se hacen mecer sin cesar; comen en todo momento betel, que es una hierba muy caliente, y muchas especias en su comida. En cuanto a los hombres, son mucho menos vigorosos de lo que convendría a sus mujeres.⁴

Los habitantes de Cambay tienen la tez gris o color cenizo, unos más, otros menos, y los que viven cerca del mar son más negros que los otros; los de Guzarate son amarillentos. Los canarinos, que son los indios de Goa y de las islas vecinas, son oliváceos.

Los viajeros holandeses señalan que los habitantes de Guzarate son amarillentos, unos más que otros; que son de la misma estatura que los europeos; que las mujeres, que sólo se exponen raramente a los ardores del sol, son un poco más blancas que los hombres, y que hay algunas que son casi tan blancas como las portuguesas.

Mendelslo, en particular, dice que los habitantes de Guzarate son todos morenos o de color oliváceo más o menos oscuro, según el clima en el que habitan; que los de la costa del mediodía lo son más; que los hombres son fuertes y bien proporcionados; que tienen el rostro ancho y los ojos negros; que las mujeres son de pequeña estatura, pero limpias y bien hechas; que llevan los cabellos largos; que también tienen anillos en las fosas nasales y grandes pendientes en las orejas. Entre ellos hay pocos jorobados o cojos. Algunos tienen la tez más clara que los otros, pero todos tienen los cabellos negros y lacios. Los antiguos habitantes de Guzarate son fáciles de reconocer; se los distingue de los otros por el color, que es mucho más negro; son también más estúpidos y más toscos.

La ciudad de Goa es, como se sabe, el principal establecimiento de los portugueses en la India, y aunque ha decaído de su antiguo esplendor, no deja de ser aún una ciudad rica y comerciante. Es la región del mundo en la que se vendían en otro tiempo más esclavos; se podían comprar muchachas y mujeres muy bellas de todos los países de la India; esas esclavas en su mayoría saben tocar instrumentos, coser y bordar a la perfección. Las hay blancas, oliváceas, morenas y de todos colores; de las que más se enamoran los indios son de las muchachas cafres de Mozambique, que son todas negras. "Algo notable entre todos esos pueblos indios —dice Pyrard— es que he observado que, tanto en machos como en hembras, el sudor no apesta, en tanto que los negros de África, tanto más acá como más allá del cabo de Buena Esperanza, huelen de tal manera cuando están acalorados que es imposible aproximarse a ellos; apestan tanto que su olor es tan malo como el de los puercos verdes." Añade que las mujeres indias gustan mucho de los hombres blancos de Europa, y que los prefieren a los blancos de la India y a todos los demás indios.

Los persas son vecinos de los mogoles y se parecen bastante; sobre todo los que habitan las partes meridionales de Persia no difieren casi de los indios. Los habitantes de Ormuz, y los de las provincias de Bascie y

Balascie, son muy oscuros y muy morenos; los de la provincia de Chesmur y de las otras partes de Persia, donde el calor no es tan grande como en Ormuz, son menos morenos, y finalmente los de las provincias septentrionales son bastante blancos. Las mujeres de las islas del Golfo Pérsico, según la relación de los viajeros holandeses, son morenas o amarillas y muy poco agradables; tienen la cara ancha y los ojos feos; también tienen modas y costumbres parecidas a las de las mujeres indias, como la de poner en el cartílago de la nariz anillos y un afiler de oro a través de la piel de la nariz, cerca de los ojos; pero es verdad que este uso de horadarse la nariz para llevar anillos y otras joyas se ha extendido mucho más lejos, pues hay muchas mujeres, entre los árabes, que tienen una horadación en la fosa nasal para pasar por allí un anillo muy grande; y es una galantería entre esos pueblos besar la boca de sus mujeres a través de esos anillos, que algunas veces son lo suficientemente grandes como para abarcar toda la boca.

Jenofonte, al hablar de los persas, dice que en su mayoría eran grandes y gruesos; por el contrario, Marcellin dice que desde siempre fueron flacos y secos. Olearius,⁵⁸ que hace esta observación, añade que ahora, como en el tiempo de este último autor, son flacos y secos, pero que no dejan de ser fuertes y robustos; según él, tienen la tez olivácea, los cabellos negros y la nariz aguileña. La sangre de Persia, dice Chardin, es naturalmente grosera; eso se ve en los guebros, que son los descendientes de los antiguos persas; son feos, mal hechos, pesados, con la piel ruda y la tez colorada; eso se ve también en las provincias más cercanas de la India, donde los habitantes no están menos mal hechos que los guebros, porque no se alían más que entre ellos. Pero, en el resto del reino, la sangre persa se ha vuelto actualmente muy bella, por la mezcla de la sangre georgiana y circasiana, las dos naciones del mundo donde la naturaleza forma las personas más bellas; así, no hay casi ningún hombre de calidad en Persia que no haya nacido de una madre georgiana o circasiana; el mismo rey por lo regular es georgiano o circasiano de origen, por el lado materno; y desde hace muchos años, cuando empezó esa mezcla, el sexo femenino se ha embellecido como el otro, y las persas se han vuelto muy bellas y muy bien hechas, aunque no tanto como las georgianas. En cuanto a los hombres, son comúnmente altos, erguidos, bermejitos, vigorosos, de buen aspecto y bella apariencia. La buena temperatura de su clima y la sobriedad en la cual se les educa contribuyen en mucho a su belleza corporal, que no reciben directamente de sus ancestros, pues sin la mezcla de la que acabo de hablar las gentes de calidad de Persia serían los más feos hombres del mundo, ya que son originarios de Tartaria, cuyos habitantes son, como lo hemos dicho, feos, mal hechos y toscos; son, por el contrario, muy delicados y tienen mucho ingenio; su imaginación es viva, pronta y fértil; su memoria fácil y fecunda; tienen mucha disposición para las ciencias y las artes liberales y mecánicas, así como para las armas;

⁵⁸ Adam Oelschläger, llamado Olearius, autor de *Voyages très curieux et très renommés en Moscovie, Tartarie et Perse...* Olearius era bibliotecario del duque de Holstein.

⁴ Véase los *Voyages* de Pyrard, pp. 120 y 324.

aman la gloria, o la vanidad que es su falsa imagen; su naturaleza es flexible y dócil, su espíritu fácil e intrigante; son galantes, incluso voluptuosos; les gusta el lujo, gastar, hasta entregarse a la prodigalidad: así, no entienden ni la economía ni el comercio.^e

En general son bastante sobrios y, sin embargo, immoderados en la cantidad de frutas que comen. Es muy común verlos comer un *man* de melón, es decir doce libras de peso; incluso hay quienes comen tres o cuatro *mans*: así, mueren muchos por el exceso de fruta.

En Persia se ve una gran cantidad de mujeres hermosas de todos colores, pues los mercaderes que las llevan de todos lados eligen las más bellas. Las blancas vienen de Polonia, de Moscovia, de Circasia, de Georgia y de las fronteras de la gran Tartaria; las morenas, de las tierras del gran Mogol y de las del rey de Golconda y del rey de Visapur; y en cuanto a las negras, vienen de la costa de Melinda y de las costas del Mar Rojo. Las mujeres del pueblo tienen una singular superstición: las que son estériles se imaginan que, para volverse fecundas, deben pasar bajo los cuerpos muertos de los criminales que están colgados en el patíbulo; creen que el cadáver de un macho puede influir, incluso de lejos, y hacer que una mujer sea capaz de tener hijos. Cuando ese remedio singular no da resultado, van a buscar los canales de las aguas que se escurren de los baños y esperan el momento en que en esos baños se encuentran muchos hombres; entonces atraviesan varias veces el agua que de allí sale, y, cuando eso no les da mejor resultado que la primera receta, finalmente se determinan a tragarse la parte del prepucio que se cercena en la circuncisión; ése es el soberano remedio contra la esterilidad.

Los pueblos de Persia, Turquía, Arabia, Egipto y de toda la Berbería pueden ser considerados como una misma nación, que, desde los tiempos de Mahoma y sus sucesores, se ha extendido extremadamente, ha invadido tierras inmensas y se ha mezclado prodigiosamente con los pueblos naturales de todas esas regiones. Los persas, los turcos, los moros se han civilizado hasta cierto punto; pero los árabes han permanecido en su mayoría en un estado de independencia que supone el desprecio de las leyes; viven, como los tártaros, sin regla, sin vigilancia, y casi sin formar una sociedad; el hurto, el rapto, el bandidaje son autorizados por sus jefes; se sienten honrados por sus vicios; no tienen ningún respeto por la virtud, y de todas las convenciones humanas sólo han admitido las que han producido el fanatismo y la superstición.

Esos pueblos son muy resistentes al trabajo. También acostumbran a sus caballos a la mayor fatiga; sólo les dan de beber y comer una vez en veinticuatro horas; así, esos caballos están muy delgados, pero al mismo tiempo son muy prestos para la carrera y, por decirlo así, infatigables. Los árabes, en su mayoría, viven miserablemente; no tienen pan ni vino; no se toman el trabajo de cultivar la tierra; en vez de pan se alimentan con algunos granos salvajes que remojan y amasan con la leche de su ga-

^e Véase los *Voyages de Chardin*, Amsterdam, 1711, t. II, p. 34.

nado. Tienen rebaños de camellos, borregos y cabras, que llevan a pacer por aquí y por allá en los lugares en los que encuentran hierba; allí plantan sus tiendas que están hechas de pelo de cabra, y permanecen con sus mujeres y sus hijos hasta que los animales acaban con la hierba, después de lo cual se van para acampar en otra parte. Teniendo una manera de vivir tan dura y una alimentación tan simple, los árabes no dejan de ser muy robustos y muy fuertes; incluso son de gran estatura y bastante bien formados, pero tienen la cara y el cuerpo quemados por el ardor del sol, pues la mayoría de ellos andan completamente desnudos o sólo llevan una camisa delgada. Los del lado de la Arabia feliz⁵⁹ y de la isla de Socotora son más pequeños; tienen la tez color cenizo o muy morena, y se parecen por la forma a los abisinios. Los árabes tienen la costumbre de hacerse aplicar un color azul oscuro en los brazos, en los labios y en las partes más sobresalientes del cuerpo; ponen ese color en puntitos y lo hacen penetrar en la carne con una aguja hecha con este propósito; la marca es imborrable. Esta singular costumbre se encuentra entre los negros que han tenido comercio con los mahometanos.

Entre los árabes que permanecen en los desiertos, sobre las fronteras de Tremecén⁶⁰ y de Túnez, las muchachas, para parecer más bellas, se hacen figuras de color azul sobre todo el cuerpo con la punta de una lanceta y vitriolo, y las africanas hacen otro tanto siguiendo sus ejemplos, pero no las que permanecen en las ciudades, pues ellas conservan la misma blancura del rostro con la que han venido al mundo; algunas sólo se pintan una florecita o alguna otra cosa en las mejillas, en la frente o en el mentón, con humo de unas larvas y azafrán, lo que hace la marca muy negra; se ennegrecen también las cejas.^f La Boulaye⁶¹ dice que las mujeres de los árabes del desierto tienen las manos, los labios y el mentón pintados de azul; que la mayoría tiene anillos de oro y plata, de tres pulgadas de diámetro, en la nariz; que son tan feas porque están perpetuamente al sol, pero que nacen blancas; que las muchachas son muy agradables; que cantan sin cesar, y que su canto no es triste como el de las turcas o las persas, pero que es más extraño, porque exhalan el aliento con toda su fuerza y articulan de manera extremadamente rápida.

"Las princesas y las damas árabes, que me han sido mostradas en el rincón de una tienda —dice otro viajero— me han parecido muy bellas y muy bien formadas; por éstas se puede juzgar, y por lo que se me ha dicho, que las otras no lo son menos; son blancas, porque siempre están a cubierto del sol. Las mujeres comunes están extremadamente curti-

⁵⁹ Es decir la provincia de Yemen, particularmente fértil. Es Tolomeo el que distingue entre Arabia feliz, Arabia pétrea (es decir pedregosa) y Arabia desierta.

⁶⁰ Tremecén = Tlemcén. En los mapas de la época la región desértica situada al sur de Tlemcén, lleva el nombre de "Desierto de Angad".

^f Véase *Afrique de Marmol*, tomo I, p. 62. [Luys de Marmol, Carvajal; su descripción general de África (1573), cuya segunda parte, aparecida en 1599, lleva el título de "Tierra de los negros", había sido traducida al francés en 1667.]

⁶¹ La Boulaye Le Gouz.

das; además del color oscuro y moreno que tienen naturalmente, su rostro me ha parecido muy feo, y en ellas no he visto sino las gracias ordinarias que acompañan a una extrema juventud. Esas mujeres se pican los labios con agujas, y encima ponen pólvora de cañón mezclada con hiel de buey, que penetra la piel y los vuelve azulosos y lívidos para todo el resto de su vida; se hacen puntitos de la misma manera en las comisuras de la boca, en los lados del mentón y sobre las mejillas; ennegrecen el borde de sus párpados con un polvo negro compuesto de tucía, y con ese negro hacen una línea por fuera de la comisura del ojo para hacerlo parecer más rasgado, pues en general la principal belleza de las mujeres de Oriente consiste en tener grandes ojos negros, bien abiertos y prominentes. Los árabes expresan la belleza de una mujer diciendo que tiene los ojos de una gacela; todas sus canciones amorosas sólo hablan de los ojos negros o de los ojos de gacela, y este animal es al que siempre comparan con sus amantes. En efecto, no hay nada tan bonito como esas gacelas; sobre todo se ve en ellas un cierto temor inocente, que se asemeja mucho al pudor y a la timidez de una muchacha. Las damas y las recién casadas se ennegrecen las cejas hasta unírselas en la mitad de la frente; también se pican los brazos y las manos, formando varias suertes de figuras de animales, de flores, etc.; se pintan las uñas de un color rojizo, y los hombres pintan también del mismo color las crines y la cola de sus caballos; ellas tienen las orejas horadadas en varios lugares con otros tantos pequeños aretes y anillos; llevan brazaletes en los brazos y en las piernas.”²

Por lo demás, todos los árabes son celosos de sus mujeres, y aunque las comprenden o las raptan, las tratan con ternura, e incluso con cierto respeto.

Los egipcios, que son tan vecinos de los árabes, que tienen la misma religión y que están como ellos sometidos a la dominación de los turcos, tienen sin embargo costumbres muy diferentes de las de los árabes; por ejemplo, en todas las ciudades y aldeas a lo largo del Nilo se encuentran muchachas destinadas a los placeres de los viajeros, sin que estén obligados a pagarlas; es el uso tener casas de hospitalidad siempre llenas de esas muchachas, y las gentes ricas, al morir, tienen como deber caritativo mandar fundar esas casas y poblarlas con muchachas que hacen comprar con esta perspectiva piadosa. Cuando dan a luz a un niño están obligadas a educarlo hasta la edad de tres o cuatro años, después de lo cual lo llevan al patrón de la casa o a sus herederos, que están obligados a recibir al niño y que se sirven de él después como esclavo, pero las niñas permanecen siempre con sus madres, y después sirven para reemplazarlas. Las egipcias son muy morenas; tienen los ojos vivos y su estatura está por debajo de la mediana; la manera en que se visten no es para nada agradable, y su conversación es muy fastidiosa. Por lo demás tienen muchos hijos, y algunos viajeros afirman que la fecundidad oca-

sionada por la inundación del Nilo no se limita sólo a la tierra, sino que se extiende a los hombres y a los animales; dicen que, por una experiencia que nunca ha sido desmentida, las aguas nuevas vuelven a las mujeres fecundas, ya sea que beban de ellas o bien que se contenten con bañarse; que es en los primeros meses que siguen a la inundación, es decir en los meses de julio y agosto, cuando suelen concebir, y que los niños vienen al mundo en los meses de abril y mayo; que en lo que respecta a los animales, las vacas llevan casi siempre dos becerros a la vez, las ovejas dos corderos, etc. No se sabe bien cómo conciliar lo que acabamos de decir de esas benignas influencias del Nilo con las enfermedades molestas que produce; pues el señor Granger⁶² dice que el aire de Egipto es malsano, que las enfermedades de los ojos son muy frecuentes y tan difíciles de curar que casi todos los que son atacados por ellas pierden la vista, que hay más ciegos en Egipto que en ningún otro país, y que en los tiempos de la crecida del Nilo la mayoría de los habitantes se ven atacados por disenterías persistentes, causadas por las aguas de ese río, que en esa época están cargadas de sales.

Aunque las mujeres en Egipto sean comúnmente muy pequeñas, los hombres suelen ser de estatura alta. Unas y otros son, hablando en general, de color oliváceo, y mientras más se aleja uno de El Cairo, adentrándose en el continente, más morenos son los habitantes, hasta los que están en los confines de la Nubia, que son casi tan negros como los mismos nubios.

Los defectos más naturales entre los egipcios son la holgazanería y la cobardía; en el día casi no hacen otra cosa que beber café, fumar, dormir o permanecer ociosos en una plaza, o conversar en las calles. Son muy ignorantes y, sin embargo, están llenos de ridícula vanidad. Los coptos mismos no están exentos de esos vicios, y, aunque puedan negar que han perdido su nobleza, las ciencias, el ejercicio de las armas, su propia historia, e incluso su lengua, y que de una nación ilustre y valiente se han convertido en un pueblo vil y esclavo, su orgullo llega incluso a despreciar a las otras naciones y a ofenderse cuando se les propone hacer viajar a sus hijos a Europa para que se eduquen allí en las ciencias y las artes.

Las naciones numerosas que habitan las costas del Mediterráneo, desde Egipto hasta el océano y toda la profundidad de las tierras de Berbería hasta los montes Atlas y más allá, son pueblos de diferente origen; los naturales de la región, los árabes, los vándalos, los españoles y más antiguamente los romanos y los egipcios, han poblado esa comarca con hombres bastante diferentes entre sí. Por ejemplo, los habitantes de las montañas del Aurés⁶³ tienen un aspecto y una fisonomía diferentes de la de sus vecinos; su tez, lejos de ser morena, es por el contrario blanca y bermeja, y sus cabellos son de un amarillo oscuro, mientras que los cabellos

⁶² París, 1745.

⁶³ Los kabiles, que son de raza beréber.

de todos los otros son negros; lo que, según el señor Shaw,⁶⁴ puede hacer creer que esos hombres rubios descienden de los vándalos, quienes, después de haber sido expulsados, encontraron medio de establecerse de nuevo en algunos lugares de esas montañas. Las mujeres del reino de Trípoli no se parecen en nada a las egipcias, de las que son vecinas; son grandes e incluso hacen consistir la belleza en tener el talle excesivamente largo; como las mujeres árabes, se hacen piquetes en la cara, principalmente en las mejillas y en el mentón; estiman mucho los cabellos rojos, como en Turquía, e incluso hacen pintar con bermellón los cabellos de sus hijos.

En general las mujeres moras prefieren llevar los cabellos largos hasta los talones; las que no tienen muchos cabellos, o que no los tienen tan largos como las otras, los llevan postizos, y todas los trenzan con listones; se tiñen el pelo de los párpados con polvo de mina de plomo; encuentran que la sombra, que eso da a los ojos, es de una belleza singular. Esa costumbre es muy antigua y bastante general, puesto que las mujeres griegas y romanas se oscurecían los ojos como las mujeres de Oriente.^h

La mayoría de las mujeres moras pasarían por bellas incluso en este país; sus hijos tienen la más bella tez del mundo y el cuerpo muy blanco; es verdad que los niños, que están expuestos al sol, se ponen morenos pronto, pero las niñas, que permanecen en la casa, conservan su belleza hasta la edad de treinta años, en que por lo general dejan de tener hijos; en cambio los tienen a menudo a los once años, y se convierten algunas veces en abuelas a los veintidós; y como también viven mucho tiempo al igual que las mujeres europeas, ordinariamente ven varias generaciones.

Al leer en Marmol⁶⁵ las descripciones de esos diferentes pueblos, se puede notar que los habitantes de las montañas de Berbería son blancos, mientras que los habitantes de las costas del mar y de las planicies son morenos y muy oscuros. Expresamente dice que los habitantes de Capez,⁶⁶ ciudad del reino de Túnez en el Mediterráneo, son gente pobre muy negra; que los que habitan a lo largo del río de Dara,⁶⁷ en la provincia de Escura, en el reino de Marruecos, son muy morenos; que por el contrario los habitantes de Zarhu⁶⁸ y de las montañas de Fez, del lado de los montes Atlas, son muy blancos; y añade que estos últimos son tan poco sensibles al frío que en medio de la nieve y de los hielos de esas montañas se visten muy ligeramente, y van con la cabeza descubierta todo el año. Y, en lo que concierne a los habitantes de Numidia, dice que son más morenos que negros; que las mujeres incluso son bastante blancas y muy robustas, aunque los hombres sean delgados; pero que los habitantes de Guadem, muy dentro de Numidia, en las fronteras del Senegal, son

⁶⁴ Shaw, *Voyages (...) dans plusieurs provinces de la Barbarie et du Levant*, traducidos en 1743.

^h *Voyages de M. Shaw*, tomo I, p. 382.

⁶⁵ Ver *supra*.

⁶⁶ Gabès.

⁶⁷ Se trata del ued Draa.

⁶⁸ Azrou.

más negros que morenos, mientras que en la provincia de Dara las mujeres son bellas, frescas, y que por dondequiera hay una gran cantidad de esclavos negros de uno y otro sexo.

Todos los pueblos que habitan entre los grados 20 y 30 o 35 de latitud norte en el antiguo continente, desde el imperio del Mogol hasta Berbería, e incluso desde el Ganges hasta las costas occidentales del reino de Marruecos, no son pues muy diferentes entre sí, si se exceptúan las variedades particulares ocasionales causadas por la mezcla de otros pueblos más septentrionales que han conquistado o poblado algunas de esas vastas comarcas. Esta extensión de tierra en los mismos paralelos es de alrededor de dos mil leguas. Los hombres en general son morenos y oscuros, pero al mismo tiempo son bastante bellos y bien formados. Si examinamos ahora a los que habitan en un clima más templado, encontraremos que los habitantes de las provincias septentrionales del Mogol y de Persia, los armenios, turcos, georgianos, mingrelios, circasianos, griegos, y todos los pueblos de Europa, son los hombres más bellos, más blancos y mejor formados de toda la tierra, y aunque haya mucha distancia de Cachemira a España, o de Circasia a Francia, no deja de haber una semejanza singular entre esos pueblos tan alejados entre sí, pero situados más o menos a igual distancia del ecuador. Los de Cachemira, dice Bernier, son renombrados por la belleza; están tan bien formados como los europeos y no tienen para nada el rostro tártaro; no tienen esa nariz aplastada y esos ojillos de cerdo que se encuentran entre sus vecinos; las mujeres sobre todo son muy bellas; de esa manera la mayoría de los extranjeros recién llegados a la corte del Mogol se proveen de mujeres cachemiras, a fin de tener hijos que sean más blancos que los indios y que puedan así pasar por verdaderos mogoles. La sangre de Georgia es aún más bella que la de Cachemira; no se encuentra una cara fea en esa región, y la naturaleza ha extendido sobre la mayoría de las mujeres gracias que no se ven por otra parte. Son grandes, bien formadas, extremadamente finas de cintura; tienen el rostro encantador. Los hombres son también muy bellos; naturalmente tienen ingenio y serían capaces para las ciencias y las artes, pero su mala educación los vuelve muy ignorantes y muy viciosos, y no hay tal vez ninguna región del mundo en la cual el libertinaje y la borrachera se den en tan alto grado como en Georgia. Chardin dice que los hombres de iglesia, como los otros, se embriagan muy a menudo y tienen en su casa bellas esclavas de las que hacen sus concubinas; que nadie se escandaliza por ello, porque la costumbre es general e incluso autorizada; y añade que el prefecto de los capuchinos le ha asegurado oír decir al *catholicos* (se llama así al patriarca de Georgia) que el que en las grandes fiestas, como Pascuas y Navidad, no se embriague enteramente, no pasa por cristiano y debe ser excomulgado. A pesar de todos esos vicios, los georgianos no dejan de ser atentos, humanos, graves y moderados; solamente muy raras veces montan en cólera, aunque son enemigos irreconciliables cuando han concebido odio contra alguien.

Las mujeres de Circasia, dice Struys, son también muy bellas y muy blancas, y tienen la más bella tez y los más bellos colores del mundo; su frente es grande y lisa y, sin el socorro del arte, tienen tan pocas cejas, que se diría que sólo es un hilo de seda curvado. Tienen los ojos grandes, suaves y llenos de fuego, la nariz bien hecha, los labios bermejos, la boca sonriente y pequeña y el mentón como debe ser para acabar un perfecto óvalo. Tienen el cuello y el pecho perfectamente bien formados, la piel blanca como la nieve, la estatura grande y grácil, los cabellos del negro más bello. Llevan un pequeño bonete de tela negra, sobre el cual está unido un rodete del mismo color; pero algo ridículo es que las viudas llevan en lugar de ese rodete una vejiga de buey o de vaca de las más infladas, lo que les desfigura increíblemente. En el verano las mujeres del pueblo sólo llevan una simple camisa que es regularmente azul, amarilla o roja, y esta camisa está abierta hasta medio cuerpo. Tienen el seno perfectamente formado. Son bastante libres con los extranjeros y, sin embargo, fieles a sus maridos, que no son celosos.¹

Tavernier dice también que las mujeres de Cumania y de Circasia son, como las de Georgia, muy bellas y muy bien formadas; que parecen siempre frescas hasta la edad de cuarenta y cinco o cincuenta años; que todas son muy trabajadoras y que se ocupan a menudo de las labores más penosas. Esos pueblos han conservado la mayor libertad en el matrimonio, pues si sucede que el marido no esté contento de su mujer y sea el primero en quejarse, el señor del lugar hace aprehender a la mujer y la vende, y le da otra al hombre que se ha quejado; e igualmente, si la mujer se queja primero, se la deja libre y se le quita a su marido.

Los mingrelios son, según la relación de los viajeros, tan bellos y tan bien formados como los georgianos o los circasianos, y parece que esos tres pueblos sólo constituyen una sola y misma raza de hombres.

Hay en Mingrelia —dice Chardin— mujeres maravillosamente formadas, de aspecto majestuoso, de rostro y de talles admirables; además de eso, tienen una mirada insinuante que acaricia a todos los que las miran. Las menos bellas y las que tienen más edad se maquillan groseramente, y se pintan todo el rostro, cejas, mejillas, frente, nariz, mentón; las otras se contentan con pintarse las cejas; se adornan lo más que pueden. Su vestido es semejante al de las persas; llevan un velo que sólo cubre la cabeza por arriba y por detrás. Tienen ingenio; son sociables y afectuosas, pero al mismo tiempo muy pérfidas, y no hay maldad que no lleven a cabo para conseguirse amantes, para conservarlos o para perderlos. Los hombres también tienen muchas malas cualidades; a todos se les educa para el hurto, lo estudian, hacen de él su empleo, su placer y su honor; con satisfacción extrema cuentan los robos que han cometido; por ellos son alabados, de ellos obtienen su mayor gloria. El asesinato, el robo, la mentira, eso es lo que ellos llaman buenas acciones. El concubinato, la bigamia, el incesto son costumbres virtuosas en Mingrelia; se quitan las mujeres unos a otros; se toma sin escrúpulos a la tía, la sobrina, a la tía de la mujer; se desposan dos o tres mujeres a la

¹ *Voyages de Struys*, tomo II, p. 75.

vez, y cada uno mantiene tantas concubinas como quiere. Los maridos son muy poco celosos y, cuando un hombre descubre en el lecho a su mujer con su amante, tiene el derecho de obligarlos a pagar un cerdo, y de ordinario no toma otra venganza; los tres comen el puerco. Pretenden que es una muy buena y muy loable costumbre el tener varias mujeres y varias concubinas, porque se engendran muchos hijos que se venden por dinero en efectivo y se cambian por trapos o viveres.

Por lo demás, esos esclavos no son muy caros; pues los hombres de veinticinco a cuarenta años sólo cuestan quince escudos; los de más edad, ocho o diez; las muchachas bellas entre los trece y dieciocho años, veinte escudos, las otras menos; las mujeres, doce escudos, y los niños tres o cuatro.

Los turcos, que compran un gran número de esos esclavos, son un pueblo compuesto de varios otros pueblos: los armenios, los georgianos, los turcomanos; se han mezclado con los árabes, los egipcios, e incluso con los europeos en el tiempo de las cruzadas. No es, pues, posible reconocer a los habitantes naturales de Asia menor, de Siria y del resto de Turquía; todo lo que se puede decir es que en general los turcos son hombres robustos y muy bien formados; incluso es bastante raro encontrar entre ellos jorobados y cojos. Las mujeres también suelen ser bellas, bien formadas y sin defectos; son muy blancas, porque salen muy poco, y cuando salen, siempre van cubiertas por un velo.

No hay mujer de labrador o de campesino en Asia —dice Belon—⁶⁹ que no tenga la tez fresca como una rosa, la piel delicada y blanca, tan tersa y tan lisa que parece terciopelo. Usan tierra de Quíos, que remojan para hacer una especie de ungüento con el cual, antes de entrar al baño, se frotan todo el cuerpo, tanto la cara como los cabellos. Se pintan también las cejas con tinte negro; y otras las depilan con *rusma*,⁷⁰ y se hacen falsas cejas con tinte negro; las hacen en forma de arco y elevadas como medias lunas. Eso es bello de lejos, pero feo cuando se mira de cerca. Ese uso, sin embargo, es muy antiguo.

Añade que los turcos, hombres y mujeres, no se dejan pelo en ninguna parte del cuerpo, excepto en la cabeza y en la barba; que se sirven del *rusma* para quitárselo; que mezclan mitad de cal viva con mitad de *rusma* y remojan todo en agua; que al entrar al baño se aplican esta pomada, que la dejan sobre la piel más o menos el tiempo que se requiere para cocer un huevo. Cuando se empieza a sudar en ese baño caliente el pelo cae por sí mismo, tan sólo lavándolo con agua caliente con la mano, y la piel queda lisa y pulida, sin ningún vestigio de pelo.⁷¹ También dice que en Egipto hay un pequeño arbusto llamado *alcanna*⁷¹ cuyas hojas

⁶⁹ *Observations...*, París, 1555.

⁷⁰ Suerte de vitriolo, dice la *Enciclopedia*, utilizado como depilatorio.

⁷¹ *Observations de Pierre Belon*, p. 198.

⁷¹ O *arcanna* (orcaneta), arbusto cuyas hojas contienen una sustancia colorante. Es el *cypre* de los antiguos y de los hebreos (Cánticos, I,14); dicho de otra manera, la henna.

dsecadas y pulverizadas sirven para teñir de amarillo; las mujeres de toda Turquía lo utilizan para teñirse las manos, los pies y los cabellos de color amarillo o rojo; tiñen también del mismo color los cabellos de los niños pequeños, tanto varones como mujeres, y las crines de sus caballos.⁷¹

Las mujeres turcas se ponen tucía⁷² quemada y preparada en los ojos, para volverlos más negros; para eso se sirven de un pequeño punzón de oro o de plata que mojan con su saliva para tomar ese polvo y hacerlo pasar suavemente entre sus párpados y sus pupilas. Se bañan también muy a menudo; se perfuman todos los días, y no hay nada que no lleven a cabo para conservar o aumentar su belleza. Se supone, sin embargo, que las persas son más meticulosas en cuanto a la limpieza que las turcas. Los hombres tienen también diferentes gustos sobre la belleza; los persas las prefieren morenas, los turcos pelirrojas.

Se ha afirmado que los judíos, que originariamente provienen de Siria y de Palestina, tienen aún hoy la tez morena como la tenían en otro tiempo, pero, como lo observa muy bien Misson,⁷³ es un error decir que todos los judíos son morenos; eso sólo se aplica a los judíos portugueses. Al casarse siempre entre ellos, los hijos de esa gente se parecen a su padre y a su madre, y su tez morena se perpetúa también, con poca disminución, por dondequiera que habitan, incluso en los países del norte; pero los judíos alemanes, como por ejemplo los de Praga, no tienen la tez más morena que los demás alemanes.

Hoy en día los habitantes de Judea se parecen a los otros turcos, sólo que son más morenos que los de Constantinopla, o los de las costas del Mar Negro; como los árabes, también son más morenos que los sirios, porque son más meridionales.

Sucede lo mismo con los griegos; los de la parte septentrional de Grecia son muy blancos; los de las islas o de las provincias meridionales son morenos. Generalmente hablando, las mujeres griegas son aún más bellas y más vivaces que las turcas y tienen, además, la ventaja de una libertad mucho más grande. Gemelli Careri dice que las mujeres de la isla de Quíos son blancas, bellas, vivaces y muy familiares con los hombres; que las muchachas ven muy libremente a los extranjeros, y que todas llevan el pecho enteramente descubierto. También dice que las mujeres griegas tienen los más bellos cabellos del mundo, sobre todo las de cerca de Constantinopla; pero observa que esas mujeres, cuyos cabellos descienden hasta los talones, no tienen los rasgos tan regulares como las otras griegas.

Los griegos consideran como algo muy bello en las mujeres los ojos grandes y muy abiertos y las cejas muy elevadas, y les gusta que los hombres los tengan aún más anchos y grandes. En todos los bustos antiguos, medallas, etc., de los antiguos griegos, se puede observar que los

⁷¹ *Idem*, p. 136.

⁷² Óxido de zinc.

⁷³ *Voyages...*, 1717, II, p. 225.

ojos son de un tamaño excesivo en comparación con los ojos de los bustos y medallas romanos.

Los habitantes de las islas del archipiélago son casi todos grandes nadadores y muy buenos clavadistas. Thévénot⁷⁴ dice que se ejercitan sacando las esponjas del fondo del mar, e incluso los trapos y mercancías de los barcos perdidos, y que en la isla de Samos no se deja casar a los muchachos que no puedan bucear bajo el agua a ocho brazas cuando menos; Daper⁷⁵ dice veinte brazas; y añade que en algunas islas, como en la de Nicaria, tienen una costumbre extraña, que es la de hablarse de lejos, sobre todo en el campo, y que esos insulares tienen la voz tan fuerte que se hablan ordinariamente de un cuarto de legua y a menudo de una legua, de manera que la conversación se corta por grandes intervalos, al no llegar la respuesta más que varios segundos después de la pregunta.

Los griegos, los napolitanos, los sicilianos, los habitantes de Córcega, de Cerdeña, y los españoles, al estar situados más o menos sobre el mismo paralelo, se asemejan en la tez. Todos esos pueblos son más morenos que los franceses, los ingleses, los alemanes, los polacos, los moldavos, los circasianos y todos los demás habitantes del norte de Europa hasta Laponia, donde, como hemos dicho al principio, se encuentra otra especie de hombres. Cuando se hace el viaje a España empieza uno a darse cuenta, desde Bayona, de la diferencia de color; las mujeres tienen la tez un poco más oscura; tienen también los ojos más brillantes.

Los españoles son flacos y muy pequeños; tienen el talle fino, bella la cabeza, los rasgos regulares, hermosos ojos, dientes bastante bien alineados; pero tienen tez amarilla y morena. Los niños nacen muy blancos y muy bellos pero, al crecer, su tez cambia de manera sorprendente: el aire los amarillea, el sol los quema, y es fácil reconocer a un español entre todas las otras naciones europeas. Se ha notado que en algunas provincias de España, como en los alrededores del río de Bidasoa, los habitantes tienen las orejas de tamaño desmesurado.

Los hombres de cabellos negros u oscuros comienzan a ser raros en Inglaterra, en Flandes, en Holanda y en las provincias septentrionales de Alemania; no se encuentran casi en Dinamarca, en Suecia, en Polonia. Según el señor Linnaeus,⁷⁶ los godos son de estatura alta; tienen los cabellos lacios, rubio argentado, y el iris del ojo azulado: *Gothi corpore procereiore, capillis albidis rectis, oculorum iridibus cinereo-coerelescentibus*. Los fineses tienen el cuerpo musculoso y carnoso, los cabellos dorados y largos, el iris del ojo amarillo oscuro: *Fennones corpore toroso, capillis flavis prolaxis, oculorum iridibus fuscis*.

En Suecia las mujeres son muy fecundas; Rudbeck⁷⁷ dice que por lo regular tienen ocho, diez o doce hijos, y que no es raro que tengan die-

⁷⁴ *Relations de divers voyages curieux...*, una de las recopilaciones más apreciadas en los siglos XVII y XVIII.

⁷⁵ *Description des îles de l'Archipel*, Amsterdam, 1703.

⁷⁶ *Fauna Suecica*, 1746.

⁷⁷ Olaus Rudbeck, *Atlantica*, Upsal, 1684.

ciocho, veinte, veinticuatro, veintiocho e incluso treinta. Además dice que a menudo se encuentran hombres que pasan de los cien años, que algunos viven hasta los ciento cuarenta, y que incluso ha habido dos que han vivido ciento cincuenta y seis, uno, y otro ciento sesenta y un años; pero es verdad que este autor es un entusiasta respecto a su patria, pues, según él, Suecia es en todos sentidos el primer país del mundo. Esta fecundidad de las mujeres no implica que tengan mucha inclinación al amor: los hombres incluso son mucho más castos en los países fríos que en los climas meridionales. Se es menos amoroso en Suecia que en España o Portugal, y sin embargo las mujeres tienen muchos hijos. Todo el mundo sabe que las naciones del Norte han inundado a Europa, a tal punto que los historiadores han llamado al norte *officina gentium*.

El autor de los *Voyages historiques de l'Europe* dice, al igual que Rudbeck, que en Suecia los hombres viven por lo regular más tiempo que en la mayoría de los otros reinos de Europa, y que ha visto a varios que se le aseguraba tenían más de ciento cincuenta años. Atribuye esta larga duración de la vida de los suecos a la salubridad del aire de ese clima. Dice más o menos lo mismo de Dinamarca; según él, los daneses son grandes y robustos, de una tez viva y coloreada, y viven mucho tiempo, a causa de la pureza del aire que respiran. Las mujeres también son muy blancas, bastante bien formadas y muy fecundas.

Con el zar Pedro I, los moscovitas eran, se dice, aún bárbaros; el pueblo, nacido en la esclavitud, seguía siendo grosero, brutal, cruel, sin valor y sin tradiciones. Se bañaban a menudo hombres y mujeres mezclados⁷⁸ en estufas calentadas a un grado de calor insoportable para cualquier otro; en seguida iban, como los lapones, a lanzarse al agua fría saliendo de esos baños calientes. Se alimentaban muy mal; su comida favorita sólo consistía en pepinos o melones de Astrakán, que durante el verano ponían a conservar con agua, harina y sal. Se privaban de ciertas carnes, como pichones o becerros, por escrúpulos ridículos. Sin embargo, incluso en ese tiempo, las mujeres sabían ponerse carmín, depilarse las cejas, pintárselas o formarse cejas artificiales; también acostumbraban llevar pedrerías, ornar sus peinados con perlas, vestirse con ricas y preciosas telas. ¿No prueba eso que la barbarie empezaba a terminar, y que su soberano no tuvo tanto trabajo en educarlos como algunos autores han querido insinuar? Ese pueblo actualmente es civilizado, comerciante, curioso por las artes y las ciencias, y gusta de los espectáculos y las novedades ingeniosas. No basta un gran hombre para hacer esos cambios; se requiere también que ese hombre nazca oportunamente.

⁷⁸ Acerca de esta "promiscuidad" ver lo que Buffon decía antes de los lapones. Esa mezcla indiscreta de los sexos a menudo es considerada como signo de "barbarie". Tal vez se recordará que Rousseau juzga a esa mezcla contraria a las "más sabias distinciones de la naturaleza". "Ni a los mismos salvajes se los ve mezclarse indistintamente hombres y mujeres", asegura Saint-Preux en la *Nueva Eloísa* (IV, carta 10). Todo sucede como si la "naturaleza" siguiera "naturalmente" los principios de una civilización cristiana...

Algunos autores han dicho que el aire de Moscovia es tan bueno que nunca ha habido peste; sin embargo, los anales del país informan que en 1421, y durante los seis años siguientes, Moscovia fue afligida de tal manera por enfermedades contagiosas que la constitución de los habitantes y de sus descendientes se alteró; después de esa época pocos hombres llegaban a la edad de cien años, mientras que antes había muchos que rebasaban ese término.

Los ingrianos y los carelios, que habitan las provincias septentrionales de Moscovia, y que son naturales de la región de los alrededores de Petersburgo, son hombres vigorosos y de constitución robusta; en su mayoría tienen los cabellos blancos o rubios. Se asemejan bastante a los fineses y hablan la misma lengua, que no tiene ninguna relación con todas las demás lenguas del norte.

Al reflexionar sobre la descripción histórica que acabamos de hacer de todos los pueblos de Europa y de Asia, parece que el color depende mucho del clima, sin que se pueda decir, sin embargo, que depende enteramente de él. En efecto, hay diversas causas que deben influir en el color e incluso en la forma de los cuerpos y de los rasgos de los diferentes pueblos; una de las principales es la alimentación, y examinaremos después los cambios que puede ocasionar; otra, que no deja de producir su efecto, son las costumbres o la manera de vivir. Un pueblo educado que vive con cierto bienestar, que está acostumbrado a una vida regulada, dulce y tranquila; que, por los cuidados de un buen gobierno, está al abrigo de cierta miseria y no carece de las cosas de primera necesidad, estará, por esa sola razón, compuesto por hombres más fuertes, más bellos y mejor formados que una nación salvaje e independiente, donde cada individuo, al no obtener ningún socorro de la sociedad, está obligado a procurarse su subsistencia, a sufrir alternativamente el hambre o los excesos de una alimentación a menudo mala, a agotarse por el trabajo o la lasitud, a sentir los rigores del clima sin poderse proteger de ellos, a actuar, en una palabra, más a menudo como animal que como hombre. Suponiendo que esos dos diferentes pueblos vivieran en un mismo clima, es de creerse que los hombres de la nación salvaje serían más morenos, más feos, más pequeños, más arrugados que los de la nación civilizada. Si tuvieran alguna ventaja sobre éstos, sería en la fuerza o más bien en la dureza de su cuerpo; podría ocurrir también que en esta nación salvaje hubiera mucho menos jorobados, cojos, sordos, bicos, etc. Esos hombres defectuosos viven, e incluso se multiplican, en una unión social donde se soportan los unos a los otros, donde el fuerte no puede nada contra el débil, donde las cualidades del cuerpo valen mucho menos que las del espíritu; pero, en un pueblo salvaje, como cada individuo no subsiste, no vive, no se defiende sino por sus cualidades corporales, su destreza y su fuerza, los que desgraciadamente han nacido débiles y defectuosos o quedan lisiados dejan pronto de formar parte de la nación.

Admitiría, pues, tres causas que contribuyen a producir las variedades que observamos en los diferentes pueblos de la tierra: la primera

es la influencia del clima; la segunda, que depende mucho de la primera, es la alimentación; y la tercera, que depende tal vez aún mucho más de la primera y de la segunda, son las costumbres. Pero, antes de exponer las razones en las que creemos deber fundar esta opinión, es necesario dar la descripción de los pueblos de África y de América, como hemos dado la de los otros pueblos de la Tierra.

Ya hemos hablado de las naciones de toda la parte septentrional de África, desde el mar Mediterráneo hasta el trópico; todos los que están más allá del trópico, desde el Mar Rojo hasta el Océano, en una amplitud que comprendé alrededor de cien o ciento cincuenta leguas, son aún especies de moros, pero tan morenos que parecen casi completamente negros; los hombres sobre todo extremadamente oscuros; las mujeres son un poco más blancas, bien formadas y bastante bellas. Entre esos moros hay una gran cantidad de mulatos que son aún más negros que ellos, porque tienen por madres a negras que compran los moros, y de las que no dejan de tener muchos hijos. Más allá de esta extensión de terreno, por debajo de los 17 o 18 grados de latitud norte, y en el mismo paralelo, se encuentran los negros de Senegal y los de Nubia, unos sobre el Mar Océano y los otros sobre el Mar Rojo; y luego todos los otros pueblos de África que habitan desde los 18 grados de latitud sur son negros, con excepción de los etíopes o abisinios. Parece pues que la porción del Globo que la naturaleza ha repartido a esta raza de hombres, es una extensión de terreno paralela al ecuador, de alrededor de novecientas leguas de ancho por un largo mucho más grande, sobre todo en el norte del ecuador; y más allá de los 18 o 20 grados de latitud sur, los hombres ya no son negros, como lo diremos al hablar de los cafres y de los hotentotes.

Por largo tiempo se ha permanecido en el error en cuanto al color y los rasgos del rostro de los etíopes, porque se los ha confundido con sus vecinos los nubios, que son, sin embargo, de raza diferente. Marmol dice que los etíopes son absolutamente negros, que tienen la cara ancha y la nariz aplastada; los viajeros holandeses dicen la misma cosa; sin embargo, la verdad es que son diferentes de los nubios en el color y los rasgos. El color natural de los etíopes es oscuro u oliváceo, como el de los árabes meridionales, de los cuales probablemente provienen. Tienen la estatura alta, los rasgos del rostro bien marcados, los ojos bellos y bien delineados, la nariz bien formada, los labios pequeños y los dientes blancos; mientras que los habitantes de Nubia tienen la nariz aplastada, los labios gruesos y anchos y el rostro muy negro. Esos nubios, tanto como sus vecinos los barbarinos de la costa de occidente, son una especie de negros, bastante parecidos a los del Senegal.

Los etíopes son un pueblo medio civilizado; sus vestidos son de tela de algodón, y los más ricos los usan de seda. Sus casas son bajas y mal construidas; sus tierras están muy mal cultivadas, porque los nobles desprecian, maltratan y despojan, tanto como pueden, a los burgueses y a la gente del pueblo; sin embargo, habitan separadamente unos de otros en

villas o aldeas diferentes; la nobleza en unas, la burguesía en otras y, por último, la gente del pueblo en otros lugares. Carecen de sal, y la compran a precio de oro. Les gusta mucho la carne cruda, y en los festines el segundo plato, que consideran el más delicado, es en efecto de carnes crudas. No beben vino, aunque tengan viñedos; su bebida ordinaria está hecha con tamarindos, y tiene un gusto algo agrio. Usan caballos para viajar, y mulas para llevar sus mercancías. Tienen poco conocimiento de las ciencias y de las artes, pues su lengua no tiene ninguna regla y su manera de escribir está muy poco perfeccionada; necesitan varios días para escribir una carta, aunque sus caracteres sean más bellos que los de los árabes. Tienen una manera singular de saludar: se toman la mano derecha unos a otros y se la llevan mutuamente a la boca; toman también el chal de quien saludan y se lo envuelven alrededor del cuerpo, de manera que aquellos a quienes se saluda se quedan semidesnudos, pues la mayoría sólo lleva ese chal con un calzón de algodón.

En la relación del viaje alrededor del mundo del almirante Drack ⁷⁹ se encuentra un hecho que, aunque muy extraordinario, no me parece increíble. Hay, dice ese viajero, en las fronteras de los desiertos de Etiopía, un pueblo al que se llama *acridophagos* o *comedores de saltamontes*. Son negros, delgados, muy rápidos en la carrera y más pequeños que los otros. En primavera ciertos vientos calientes que vienen del occidente les llevan un número infinito de saltamones. Como no tienen ganado ni pescado, se ven reducidos a vivir de esos saltamontes, que recogen en gran cantidad; los espolvorean con sal y los guardan para nutrirse durante todo el año. Este mal alimento produce dos efectos singulares: el primero es que viven apenas hasta la edad de cuarenta años, y el segundo que, cuando se acercan a esa edad, en su carne se engendran insectos alados que primero causan una viva comezón, y se multiplican en tan gran número que en poco tiempo toda su carne hormiguea. Comienzan por comerles el vientre, después el pecho, y les roen hasta los huesos, de manera que todos esos hombres, que sólo se nutren de insectos, a su vez son comidos por éstos.

Si ese hecho está bien comprobado, sería materia de amplias reflexiones.

Hay vastos desiertos de arena en Etiopía y en esa gran punta de tierra que se extiende hasta el cabo Gardafuí. Esa región, que se puede considerar como la parte oriental de Etiopía, está casi enteramente deshabitada. Por el mediodía, Etiopía limita con los beduinos y con algunos otros pueblos que siguen la ley mahometana, lo que prueba además que los etíopes son originarios de Arabia; en efecto, no están separados más que por el estrecho de Bab-el-Mandeb. Es, pues, bastante probable que los árabes hayan invadido en otro tiempo Etiopía ⁸⁰ y que hayan expulsado a los naturales del país, que se habrían visto forzados a retirarse hacia

⁷⁹ El original inglés del *Voyage de Francis Drake... à l'entour du monde* es de 1600-1608.

⁸⁰ La islamización tuvo lugar entre 1528 y 1542.

el norte, en Nubia. Esos árabes, incluso, se han extendido a lo largo de la costa de Melinda, pues los habitantes de esa costa sólo son morenos y son mahometanos de religión. En el Zanguenar no son tampoco completamente negros; la mayoría habla árabe y se viste con telas de algodón. Esa región, por otra parte, aunque esté en la zona tórrida, no es excesivamente cálida; sin embargo, los naturales tienen los cabellos negros y crespos como los negros; incluso se encuentran sobre toda esta costa, tanto como en Mozambique como en Madagascar, algunos hombres blancos, que son, según se supone, de origen chino y que radican allí desde el tiempo en que los chinos viajaban por todos los mares de Oriente, como los europeos lo hacen hoy.⁸¹ Independientemente de esta opinión, que me parece aventurada, es cierto que los naturales de esta costa oriental de África son negros de origen, y que los hombres morenos o blancos que allí se encuentran vienen de otra parte. Pero, para formarse una idea justa de las diferencias que hay entre esos pueblos negros, es necesario examinarlos más particularmente.

Al reunir los testimonios de los viajeros, parece en principio que hay tantas variedades en la raza negra como en la blanca; los negros tienen, como los blancos, sus tártaros y sus circasianos. Los de Guinea son extremadamente feos y tienen un olor insoportable; los de Sofala y de Mozambique son bellos y no tienen ningún mal olor. Es, pues, necesario dividir a los negros en diferentes razas, y me parece que se puede reducirlos a dos principales: la de los negros y la de los cafres. En la primera incluyo a los negros de Nubia, Senegal, Cabo Verde, Gambia, Sierra Leona, Costa de los Dientes, Costa de Oro, la de Juda, de Benin, de Gabón, de Lowango, del Congo, de Angola y de Benguela, hasta el Cabo Negro. En la segunda ubico a los pueblos que se encuentran más allá del Cabo Negro hasta la punta de África, donde toman el nombre de hotentotes, y también todos los pueblos de la costa oriental de África, como los de la tierra de Natal, Sofala, Monomotapa, Mozambique, Melinda, los negros de Madagascar y las islas vecinas, que serán entonces cafres y no negros. Esas dos especies de hombres negros se parecen más por el color que por los rasgos del rostro: sus cabellos, su piel, el olor de sus cuerpos, sus costumbres y su manera de ser, son también muy diferentes.⁸²

Enseguida, examinando en particular los diferentes pueblos que componen cada una de las razas negras, veremos tantas variedades como en las razas blancas, y encontraremos todos los matices del moreno al negro, como hemos encontrado en las razas blancas todos los matices del moreno al blanco.

⁸¹ El problema del origen de los malgaches sigue sin resolver: unos piensan que la isla ha sido poblada por los malayos, otros por indonesios, que primero habrían emigrado a África oriental; otros, por poblaciones de origen africano, sometidas después por los indonesios.

⁸² La etnología actual distingue, en efecto, dos grandes grupos lingüísticos: los negros y los bantúes. Los cafres son uno de los grupos bantúes. Hay que notar que los del Congo son también bantúes, y que los hotentotes, como los bosquimanos y negrillos, no se vinculan con los negros ni con los bantúes. Pero, en la época de Buffon, se confundía todavía a los cafres y a los hotentotes.

Comencemos, pues, por los países que están al norte del Senegal y, siguiendo todas las costas de África, consideremos los diferentes pueblos que los viajeros han reconocido y de los cuales han dado algunas descripciones.⁸³ En primer lugar, es cierto que los naturales de las islas Canarias no son negros, puesto que los viajeros aseguran que los antiguos habitantes de esas islas estaban bien formados, eran de bella estatura, fuerte complexión; que las mujeres eran hermosas y tenían los cabellos muy bellos y muy finos, y que los que habitaban la parte meridional de cada una de esas islas eran más oliváceos que los que permanecían en la parte septentrional. Duret,⁸⁴ en la página 72 de la relación de su viaje a Lima, nos enseña que los antiguos habitantes de la isla de Tenerife eran una nación robusta y de alta estatura, pero delgada y morena; que la mayoría tenía la nariz aplastada. Esos pueblos, como se ve, no tienen nada en común con los negros, si no es la nariz aplastada. Los que habitan en el continente de África a la misma altura de esas islas, son moros bastante morenos, pero que pertenecen, tanto como esos insulares, a la raza de los blancos.

Los habitantes del Cabo Blanco son todavía moros que siguen la ley mahometana. No permanecen mucho tiempo en el mismo lugar; son errantes, como los árabes; van de lugar en lugar, según los pastizales que encuentran para su ganado, cuya leche les sirve de alimento. Tienen caballos, camellos, bueyes, cabras, borregos. Comercian con los negros, que les dan ocho o diez esclavos por un caballo, y dos o tres por un camello. Esos moros son los que nos proporcionan la goma arábiga; la hacen disolver en la leche con la que se nutren. Comen carne muy raramente, y sólo matan a sus animales cuando los ven a punto de morir de vejez o de enfermedad.

Esos moros se extienden hasta el río del Senegal, que los separa de los negros. Los moros, como acabamos de decir, sólo son morenos; habitan al norte del río; los negros están al mediodía y son absolutamente negros. Los moros yerran en el campo; los negros son sedentarios y habitan en aldeas. Los primeros son libres e independientes; los segundos tienen reyes que los tiranizan, y de los que son esclavos. Los moros son bastante pequeños, delgados y de mal aspecto, con ingenio y finura; los negros, por el contrario, son grandes, gruesos, bien formados, pero necios y sin genio. Por último, la región habitada por los moros sólo es arena tan estéril que no se encuentra verdura más que en muy pocos lugares; mientras que la región de los negros es fértil, llena de pastizales, fecunda en mijo y en

⁸³ En la primera mitad del siglo XVIII no se cuenta ninguna exploración importante. En la *Histoire des Voyages* de Prevost la descripción de África se apoya en relaciones ya antiguas. En cuanto a los libros muy conocidos del padre Labat, que utilizó las relaciones del señor La Corbe, de Brue, Des Marchais y Cavazzi, su prejuicio los hace sospechosos. Véase Prosper Cutillet, *Histoire du Sénégal...*, París, 1910, y R. Mercier, *L'Afrique noire dans la littérature française*, Dakar, 1962.

⁸⁴ En la *Histoire générale des voyages*, de Prevost, su relación se encuentra en el tomo II (1746).

árboles siempre verdes, aunque en realidad no dan casi ningún fruto bueno para comer.

En algunos lugares, al norte y al mediodía del río, se encuentra una especie de hombres que se llaman *foules*,⁸⁵ que parecen constituir un matiz entre los moros y los negros y que bien podrían ser mulatos producto de la mezcla de esas dos naciones. Esos *foules* no son completamente negros como los negros, pero son mucho más morenos que los moros y están como a la mitad entre los dos; son también más civilizados que los negros. Siguen la ley de Mahoma como los moros, y reciben bastante bien a los extranjeros.

Igualmente las islas del Cabo Verde están totalmente pobladas por mulatos venidos de los primeros portugueses que allí se establecieron, y de los negros que allí se encontraban; se los llama *negros color cobre*, porque, en efecto, aunque se asemejan bastante a los negros en sus rasgos, son menos negros, o más bien amarillentos. Por lo demás, están bien formados y son ingeniosos, pero muy perezosos; sólo viven, por decirlo así, de la caza y de la pesca; entrenan a sus perros para cazar y atrapar las cabras salvajes. Comparten a sus mujeres y a sus hijas con los extranjeros, por poco que éstos quieran pagarles; dan también, a cambio de alfileres u otras cosas de similar valor, muy bellos pericos fáciles de amansar, bellas conchas de mar llamadas *porcelanas* e incluso ámbar gris, etcétera.

Los primeros negros que uno encuentra son, pues, los que habitan el borde meridional del Senegal. Esos pueblos, así como los que ocupan todas las tierras comprendidas entre este río y el de Gambia, se llaman *jalofoes*.⁸⁶ Todos son muy negros, bien proporcionados y de una estatura muy grande; los rasgos de su rostro son menos duros que los de los otros negros; algunos de ellos, sobre todo las mujeres, tienen rasgos bastante regulares. También tienen la misma idea que nosotros de la belleza, pues aprecian los ojos bellos, la boca pequeña, los labios proporcionados y la nariz bien hecha; sólo respecto al color difieren, pues les gusta que sea muy negro y brillante. Tienen también la piel muy fina y muy suave, y entre ellos hay tan bellas mujeres, a excepción del color, como en ningún otro país del mundo. Por lo regular están muy bien formadas, son muy alegres, muy vivaces y muy inclinadas al amor; tienen gusto por todos los hombres y particularmente por los blancos, a los que buscan con diligencia, tanto para satisfacerse como para obtener algunos regalos. Sus maridos no se oponen a su inclinación por los extranjeros, y sólo se ponen celosos cuando ellas tienen comercio con hombres de su nación; incluso por este motivo se baten a menudo a punta de sable o de cuchillo, mientras que ofrecen frecuentemente a los extranjeros sus mujeres, sus hijas o sus hermanas, y consideran un honor no ser rechazados. Por

⁸⁵ Los *peuls*, que en efecto son de raza camítica. Los *camitas*, llegados de Asia Menor, se vinculan étnicamente con los caucasianos; han precedido a los árabes de África.

⁸⁶ Buffon utiliza a Le Maire, *Voyages... aux îles Canaries, Cap-Vert, Sénégal et Guinée*, París, 1695.

lo demás, esas mujeres tienen siempre la pipa en la boca y su piel no deja de exhalar también un olor desagradable cuando tienen calor, aunque el olor de esos negros del Senegal sea mucho menos fuerte que el de los otros negros. A ellas les gusta mucho saltar y danzar al son de una calabaza, de un tambor o de un caldero. Todos los movimientos de sus danzas son otras tantas posturas lascivas y gestos indecentes. Se bañan a menudo y se liman los dientes para tenerlos parejos. La mayoría de las muchachas, antes de casarse, se hace cortar y bordar la piel con diferentes figuras de animales, de flores, etcétera.

Las negras cargan casi siempre a sus hijos pequeños sobre la espalda mientras trabajan; algunos viajeros creen que por esta razón los negros tienen, por lo regular, el vientre grueso y la nariz aplastada; la madre, al levantarse y agacharse con sacudidas, hace que la nariz del niño dé contra su espalda; el pequeño, para evitar el golpe, se retira hacia atrás lo más que puede, adelantando el vientre. Todos tienen los cabellos negros y crespos como lana ensortijada; también en los cabellos y en el color difieren principalmente de los otros hombres, pues sus rasgos no son tal vez tan diferentes de los de los europeos como el rostro tártaro lo es del rostro francés. El padre Dutertre⁸⁷ dice expresamente que si casi todos los negros tienen la nariz plana, es porque los padres y madres aplastan la nariz de sus hijos, que también les aprietan los labios para volvérselos más gruesos, y que aquellos a los que no se les hace ni una ni otra de esas operaciones tienen los rasgos del rostro tan bellos, la nariz tan alzada y los labios tan delgados como los europeos. Sin embargo, eso sólo debe entenderse de los negros del Senegal, que de todos los negros son los más bellos y los mejor formados; y parece que, entre casi todos los otros pueblos negros, los labios gruesos y la nariz ancha y aplastada son rasgos dados por la naturaleza, que han servido de modelo al arte que está en uso entre ellos de aplastar la nariz y engrosar los labios a los que han nacido carentes de esta perfección.

Las negras son muy fecundas y alumbran con mucha facilidad y sin ninguna ayuda; las secuelas de sus alumbramientos no son molestas y sólo necesitan un día o dos para restablecerse. Son muy buenas nodrizas y sienten una gran ternura por sus hijos; son también mucho más ingeniosas y diestras que los hombres; incluso tratan de alcanzar virtudes, como la de la discreción y la temperancia. El padre Du Jaric⁸⁸ dice que para acostumbrarse a comer y hablar poco, las negras *jalofoes* toman agua en la mañana y la mantienen en la boca durante todo el tiempo que se ocupan de los asuntos domésticos, y que sólo la expulsan cuando llega la hora de la primera comida.

⁸⁷ La *Histoire Générale des Antilles habitées par les Français*, París, 1667-1671, trata ampliamente sobre las diferentes razas de negros, sus costumbres, sus cualidades, sus defectos, que los hacen más o menos aptos para proveer de buenos esclavos a las Antillas.

⁸⁸ *Histoire des choses plus mémorables advenues tant en Indes Orientales que autres pays de la découverte des Portugais*, 1608-1613.

Los negros de la isla de Gorea y de la costa de Cabo Verde son como los del borde del Senegal, bien formados y muy negros; toman tanto en cuenta su color, que en efecto es de un negro ébano profundo y brillante, que desprecian a los otros negros que no lo son tanto, como los blancos desprecian a los morenos. Aunque son fuertes y robustos, son muy perezosos. No tienen trigo, ni vino, ni frutos; sólo viven de pescado y de mijo; raramente comen carne; y aunque tengan pocos platillos para elegir, se niegan a comer hierba; comparan a los europeos con los caballos porque comen hierba. Por lo demás, les gusta apasionadamente el aguardiente, con el que se emborrachan a menudo; venden a sus hijos, a sus padres, y algunas veces se venden ellos mismos, con tal de obtenerlo. Andan casi desnudos; su vestido sólo consiste en una tela de algodón que los cubre desde la cintura hasta la mitad del muslo; eso es todo lo que el calor de la región les permite, dicen, llevar sobre ellos. La mala nutrición y la pobreza en que viven no les impiden estar contentos y muy alegres. Creen que su país es el mejor y tiene el más bello clima de la tierra, que ellos mismos son los más bellos hombres del universo, porque son los más negros; y si sus mujeres no demostraran gusto por los blancos, harían poco caso de ellos a causa de su color.

Aunque los negros de Sierra Leona no sean tan completamente negros como los del Senegal, no son sin embargo, como dice Struys (tomo I, página 22), de color rojizo y amorenado; son, como los Guinea, de un negro un poco menos oscuro que los primeros. Lo que ha podido engañar a ese viajero es que esos negros de Sierra Leona y Guinea, se pintan todo el cuerpo de rojo y de otros colores; también se pintan de blanco, de amarillo, de rojo alrededor de los ojos, y se hacen marcas y rayas de diferentes colores sobre el rostro; se hacen también, unos y otros, rasgar la piel para imprimir en ella figuras de animales o de plantas. Las mujeres son aún más depravadas que las del Senegal: un gran número de ellas son públicas, y eso no las deshonorra de ninguna manera. Esos negros, hombres y mujeres, van siempre con la cabeza descubierta; se rasuran o se cortan los cabellos, que son muy cortos, de varias maneras diferentes. Llevan aretes que pesan hasta tres o cuatro onzas; esos aretes son dientes, conchas, cuernos, pedazos de madera, etc. Hay, también, algunos que se hacen horadar el labio superior o las fosas nasales para suspender tales adornos. Su vestido consiste en una especie de delantal, hecho de corteza de árbol, y algunas pieles de mono que ponen encima de ese delantal; a esas pieles atan sonajas semejantes a las que llevan nuestras mulas. Se acuestan sobre esteras de junco y comen pescado o carne cuando pueden; pero su alimento principal son los ñames y los plátanos. El único gusto que tienen es el de las mujeres, y su solo deseo es no hacer nada. Sus casas no son más que miserables cabañas; a menudo viven en lugares salvajes y tierras estériles, cuando podrían vivir en hermosos valles, en colinas agradables y cubiertas de árboles, en campiñas verdes, fértiles y cruzadas por ríos y arroyos deliciosos; pero todo eso no les da ningún placer; tienen la misma indiferencia casi por todas las cosas.

Los caminos que conducen de un lugar a otro son, por lo regular, dos veces más largos de lo necesario: no tratan de hacerlos más cortos y, aunque se les indiquen los medios, nunca piensan en pasar por el más corto; mecánicamente siguen el camino ya hecho y les preocupa muy poco perder o emplear bien su tiempo, que nunca miden.

Aunque los negros de Guinea son de una muy buena y firme salud, raramente alcanzan cierta vejez; un negro de cincuenta años es en su región un hombre muy viejo; parecen serlo desde la edad de cuarenta. El uso prematuro de las mujeres es tal vez la causa de la brevedad de su vida; los niños son tan crapulosos y tan poco constreñidos por los padres y las madres que desde la más tierna juventud se entregan a todo lo que la naturaleza les sugiere; nada es tan raro como encontrar en ese pueblo alguna muchacha que pueda acordarse del tiempo en que dejó de ser doncella.

Los habitantes de la isla de Santo Tomás, de la isla de Anabon, etc., son negros semejantes a los del continente vecino, sólo que mucho menos, porque los europeos los han cazado y únicamente han conservado a los que han reducido a la esclavitud. Andan desnudos, los hombres y las mujeres, con excepción de un pequeño delantal de algodón. Mandelslo⁸⁰ dice que los europeos que han vivido o que actualmente viven en esa isla de Santo Tomás, que sólo está a un grado y medio del ecuador, conservan su color y permanecen blancos hasta la tercera generación, y parece insinuar que después de eso se vuelven negros, pero considero que ese cambio no puede realizarse en tan poco tiempo.

Los negros de la costa de Juda y Arada son menos negros que los del Senegal y Guinea, e incluso que los del Congo. Les gusta mucho la carne de perro y la prefieren a cualquiera otra; por lo regular la primera pieza de su festín es un perro asado. El gusto por la carne de perro no es exclusivo de los negros; los salvajes de América septentrional y de algunas naciones tártaras tienen el mismo gusto; incluso se dice que en Tartaria se castra a los perros para engordarlos y volverlos mejores para comer.¹

Según Pigafetta, y según el autor del viaje de Drack, que parece haber copiado textualmente a Pigafetta en este artículo, los habitantes del Congo son negros, pero unos más que otros, y menos que los senegaleses; en su mayoría tienen los cabellos negros y crespos, pero algunos los tienen rojos. Los hombres son de estatura mediana; unos tienen los ojos oscuros y otros color verde mar; no tienen los labios tan gruesos como los otros negros, y los rasgos de su cara son bastante semejantes a los de los europeos.

En ciertas provincias del Congo tienen usos muy singulares; por ejemplo, cuando alguien se muere en Lowango ponen el cadáver sobre una especie de anfiteatro de seis pies de altura, en la postura de un hombre que está sentado con las manos apoyadas sobre las rodillas; lo visten con

⁸⁰ Mandelslo y Olearius fueron enviados en embajada a Moscovia y Persia por el duque de Holstein en 1633-1639. Sus *Relations* aparecieron en francés en Leyden, 1719.

¹ *Nouveaux voyages aux îles*, París, 1722, tomo IV, p. 165.

lo más bello que tienen, y en seguida encienden fuego delante y detrás del cadáver; a medida que se seca y que se impregnan las telas, lo cubren con otras telas hasta que esté enteramente seco, después de lo cual lo entierran con mucha pompa. En la de Malimba es la mujer la que ennoblesce al marido; cuando el rey muere y sólo deja una hija, ella es dueña absoluta del reino, siempre que haya alcanzado cuando menos la edad núbil. Comienza por hacer una gira por su reino; en todos los pueblos y aldeas por los que pasa todos los hombres están obligados a formar una valla para recibirla, y aquel que le gusta va a pasar la noche con ella; de regreso de su viaje hace venir al que más satisfecha la ha dejado y lo desposa, después de lo cual deja de tener poder alguno sobre su pueblo; a partir de entonces toda la autoridad es atribuida a su marido. He sacado esos hechos de una relación que me ha sido proporcionada por el señor de La Brosse, que escribió en ella las principales cosas que observó en un viaje que hizo a la costa de Angola en 1738. Añade un hecho que no es menos singular:

Esos negros —dice— son extremadamente vengativos; voy a dar una prueba muy convincente. A cada instante mandan pedir a todas nuestras factorías aguardiente para el rey y para los principales del lugar. Un día que se les negó hubo grandes motivos para arrepentirse, pues todos los oficiales franceses e ingleses, después de haber ido de pesca a un pequeño lago para comer su pesca, cuando estaban divirtiéndose al final de su comida, vieron venir en palanquines a siete u ocho negros que eran los principales de Lowango, quienes les tendieron la mano para saludarlos según la costumbre del país; esos negros habían frotado sus manos con una hierba que es un veneno muy sutil y que actúa de inmediato cuando, por desgracia, se toca algo o se fuma sin haberse lavado antes las manos. Esos negros lograron tan bien su mal propósito que de inmediato murieron cinco capitanes y tres cirujanos, entre los que estaba mi capitán.

Cuando esos negros del Congo sienten dolor de cabeza o de otra parte del cuerpo, hacen una ligera herida en el lugar que les duele y sobre ella aplican una especie de pequeño cuerno horadado, por medio del cual chupan, como con un soplete, la sangre, hasta que el dolor se apacigua.

Los negros del Senegal, de Gambia, de Cabo Verde, de Angola y del Congo son de un negro más bello que los de la costa de Juda, de Issigni, de Arada y de los lugares circunvecinos. Están muy negros cuando se sienten bien, pero su tez cambia cuando están enfermos; se vuelven entonces de un color de hollín desteñido, o incluso color de cobre. En nuestras islas se prefiere a los negros de Angola antes que a los de Cabo Verde, por la fuerza corporal; pero huelen tan mal cuando se acaloran que el aire de los lugares por donde han pasado se encuentra infestado por más de un cuarto de hora. Los de Cabo Verde no tienen un olor tan malo, ni con mucho, como los de Angola, y también tienen la piel más bella y negra, el cuerpo mejor formado, los rasgos de la cara menos duros, la manera de ser más dulce y la estatura mayor. Los de Guinea

son también muy buenos para el trabajo de la tierra y para los otros trabajos pesados. Los de Senegal no son tan fuertes, pero son más propios para el servicio doméstico y más capaces para aprender oficios. El padre Charlevoix dice que de todos los negros los senegaleses son los mejor formados, más fáciles de disciplinar y más propios para el servicio doméstico; que los bambaras son los más grandes, pero que son pillos; que los aradas son los que aprenden mejor el cultivo de la tierra; que los congos son los más pequeños, muy hábiles pescadores, pero que desertan fácilmente; que los nagos son los más humanos, los mondongos los más crueles, los mimes los más resueltos, más caprichosos y más sujetos a la desesperación; y que los negros criollos, de cualquier nación que sean originarios, sólo tienen de sus padres y madres el espíritu de servidumbre y el color; que son más ingeniosos, más razonables, más diestros, pero más perezosos y libertinos que los que han venido de África. Añade que todos los negros de Guinea tienen el ingenio extremadamente limitado, que incluso hay varios que parecen ser completamente estúpidos, que algunos no pueden contar más allá de tres, que no piensan en nada por sí mismos, que no tienen memoria, que el pasado les es tan desconocido como el porvenir; que los que tienen ingenio hacen muy buenas bromas y comprenden bastante bien el ridículo; que por lo demás son muy disimulados y que morirían antes de revelar un secreto; que comúnmente tienen una manera de ser muy dulce; que son humanos, dóciles, simples, crédulos e incluso supersticiosos; que son bastante fieles, muy valientes, y que, si se quisiera disciplinarlos y guiarlos, se volverían muy buenos soldados.⁹⁰

Aunque los negros tengan poco ingenio, no dejan de tener mucho sentimiento; son alegres o melancólicos, trabajadores o perezosos, amigos o enemigos, según la forma en que se les trate. Cuando se les alimenta bien y no se los maltrata están contentos, alegres, dispuestos a hacer todo, y la satisfacción de su alma se refleja en su rostro; pero cuando se los trata mal, la pena que sienten es muy honda y a veces perecen de melancolía. Son, pues, muy sensibles al buen trato y a los ultrajes, y adquieren un odio mortal contra los que los han maltratado. Cuando por el contrario se encariñan con un amo, no hay nada que no sean capaces de hacer para mostrar su celo y devoción. Son de natural compasivo e incluso tierno con sus hijos, sus amigos, sus compatriotas; con gusto comparten lo poco que tienen con aquellos que ven en la necesidad, incluso sin conocerlos más que por su indigencia. Tienen pues, como se ve, excelente corazón; poseen el germen de todas las virtudes. No puedo escribir su historia sin enternecerme por su estado; ¿no son bastante desgraciados al verse reducidos a la servidumbre, al estar obligados a trabajar siempre sin poder nunca adquirir nada?; ¿es necesario todavía agobiarlos, golpearlos y tratarlos como animales? La humanidad se rebela contra esos tra-

⁹⁰ Esta caracterología proviene en efecto del padre Charlevoix, quien en su *Histoire de Saint-Domingue* establece un cuadro de cualidades y defectos de los negros "considerados como esclavos", como dice la *Enciclopedia*, que igualmente sigue a Charlevoix.

tamientos odiosos que la avidez de la ganancia ha puesto en uso, y que tal vez se renovarían todos los días si nuestras leyes no hubieran puesto un freno a la brutalidad de los amos y reducido los límites de la miseria de sus esclavos. Se los fuerza al trabajo, se les raciona la comida, incluso la más común. Soportan, se dice, fácilmente el hambre: para vivir tres días sólo requieren lo que un europeo tomaría en una comida; por poco que coman o duerman, siempre son igualmente recios, igualmente fuertes en el trabajo. ¿Cómo hay hombres en los que queda algún sentimiento de humanidad que puedan adoptar esas máximas, hacer de ellas un prejuicio y tratar de legitimar con esas razones los excesos que la sed de oro les hace cometer?⁹¹ Pero dejemos a esos hombres duros y volvamos a nuestro objeto.

No se conoce casi a los pueblos que habitan las costas y el interior de las tierras de África desde el Cabo Negro hasta el Cabo de los Voltas, lo que constituye una extensión de alrededor de cuatrocientas leguas; solamente se sabe que esos hombres son mucho menos oscuros que los otros negros y que se parecen bastante a los hotentotes, de los cuales son vecinos por el lado del mediodía. Esos hotentotes, por el contrario, son bien conocidos y casi todos los viajeros han hablado de ellos; no son negros⁹² sino cafres,⁹³ que sólo serían morenos si no se ennegrecieran la piel con grasas y colores. El señor Kolbe,⁹⁴ que ha hecho una descripción tan exacta de esos pueblos, los considera sin embargo como negros; asegura que todos tienen los cabellos cortos, negros, rizados y lanudos como los de los negros, y que nunca ha visto un solo hotentote con los cabellos largos. Eso solo no basta, me parece, para que se deba considerarlos como verdaderos negros. En primer lugar, difieren absolutamente en el color; el señor Kolbe dice que son color de oliva y nunca negros, por más que lo intenten. En seguida me parece bastante difícil pronunciarse sobre sus cabellos, puesto que no los peinan ni se los lavan nunca, y los frotan todos los días con una gran cantidad de grasa y de hollín mezclados, y que en ellos se acumula tanto polvo y suciedad que, al juntarse a la larga unos con otros, se parecen al vellón de lodo de un borrego negro. Por otra parte, su manera de ser es diferente de la de los negros; a éstos les gusta la limpieza, son sedentarios y se acostumbran fácilmente al yugo de la servidumbre; por el contrario, los hotentotes son de la más horrible suciedad; son errantes, independientes y muy celosos de su libertad. Esas diferencias, como se ve, son más que suficientes para que se deba considerarlos como un pueblo diferente de los negros que hemos descrito.

⁹¹ Diderot, en el artículo "Humana (especie)" de la *Enciclopedia*, ha reproducido este pasaje que se le ha atribuido erróneamente algunas veces.

⁹² Exacto.

⁹³ Inexacto; los bosquimanos y los hotentotes constituyen dos grupos muy distintos de cafres.

⁹⁴ Su *Description du Cap de Bonne-Espérance*, bien recibida en 1741, en 1763 se ve calificada como una "novela tramada de fábulas" por el abad de La Caille, encargado de observaciones astronómicas en la región del Cabo, donde permanece dos años (*Journal historique du voyage fait au Cap*). En 1777 Buffon usará otras fuentes (ver *infra*).

Gama, que fue el primero que dio la vuelta al Cabo de Buena Esperanza y abrió la ruta de la India a las naciones europeas, llegó a la bahía de Santa Elena el 4 de noviembre de 1497; encontró que sus habitantes eran muy negros, de pequeña estatura y de muy mal aspecto, pero no dijo que fuesen naturalmente oscuros como los negros y, sin duda, le parecieron muy negros por la grasa y el hollín con que se frotan para tratar de volverse tales. Ese viajero añade que la articulación de su voz se parece a suspiros, que estaban vestidos con pieles de animales, que sus armas eran palos endurecidos al fuego, armados en la punta con el cuerno de algún animal, etc. Esos pueblos no tenían, pues, ninguna de las artes que conocen los negros.

Los viajeros holandeses dicen que los salvajes que se encuentran al norte del Cabo son hombres más pequeños que los europeos; que tienen la tez rojo-morena, algunos más rojiza y otros menos; que son muy feos, y que tratan de volverse negros con el color que se aplican sobre el cuerpo y el rostro; que su cabellera es semejante a la de un ahorcado que ha permanecido algún tiempo en el patíbulo. En otro lugar dicen que los hotentotes son del color de los mulatos; que tienen la cara deforme; que son de estatura mediocre, delgados y muy ligeros para correr; que su lengua es extraña, y que cacarean como gallos de Indias. El padre Tachard⁹⁵ dice que, aunque tengan comúnmente los cabellos tan algodonosos como los de los negros, hay varios que los tienen más largos y que los dejan caer sobre sus espaldas; incluso añade que entre ellos se encuentran algunos tan blancos como los europeos, pero que se ennegrecen con grasa y polvo de cierta piedra negra con la que se frotan la cara y todo el cuerpo; que sus mujeres son por naturaleza muy blancas, pero que con el fin de gustar a sus maridos se ennegrecen como ellos. Ovington⁹⁶ dice que los hotentotes son más morenos que los otros indios, y que no hay pueblo que se parezca tanto a los negros en el color y en los rasgos; que sin embargo no son tan negros, que sus cabellos no son tan crespos, ni su nariz tan chata.

Por todos esos testimonios es fácil ver que los hotentotes no son verdaderos negros, sino hombres que, en la raza de los negros, comienzan a acercarse al blanco; como los moros, en la raza blanca, comienzan a acercarse al negro. Esos hotentotes son, por lo demás, una clase de salvajes muy extraordinarios; sobre todo las mujeres, que son mucho más pequeñas que los hombres, tienen una especie de excrecencia o de piel dura y ancha que les crece por encima del hueso púbico, y que desciende hasta la mitad de las caderas en forma de delantal.⁹⁷ Thévenot dice lo mismo de las mujeres egipcias, pero ellas no se dejan crecer esa piel y la queman con hierros candentes. Dudo que eso sea cierto, tanto en el caso de las

⁹⁵ En el *Voyage de Siam des Pères jésuites*. Hay que recordar que se iba a las Indias Orientales por la ruta del Cabo. Un gran número de viajeros ha hablado, pues, de los hotentotes.

⁹⁶ *Voyages*..., traducidos del inglés en 1725.

⁹⁷ Buffon sigue de nuevo a Kolbe.

egipcias como en el de las hotentotas. Como quiera que sea, todas las mujeres naturales del Cabo están sujetas a esa monstruosa deformidad, que descubren a quienes tienen bastante curiosidad o intrepidez para pedir verla o tocarla. Los hombres, por su parte, son todos medio eunucos; pero es verdad que no nacen así, y que se les quita regularmente un testículo a la edad de ocho años y a menudo más tarde. El señor Kolbe dice haber visto hacer esta operación a un joven hotentote de dieciocho años. Las circunstancias que acompañan a esta ceremonia son tan singulares que no puedo impedirme referirlas aquí a partir del testigo ocular que acabo de citar.

Después de haber frotado bien al joven con grasa de las entrañas de una oveja que se acaba de matar con este fin, se lo acuesta de espaldas en el suelo, se le atan las manos y los pies, y tres o cuatro de sus amigos lo sostienen; entonces el sacerdote (pues es una ceremonia religiosa),⁹⁸ armado con un cuchillo muy filoso, hace una incisión, quita el testículo izquierdo y en su lugar pone una bola de grasa del mismo tamaño, que ha sido preparada con algunas hierbas medicinales; en seguida cose la herida con el hueso de un pequeño pájaro que le sirve de aguja y un hilo de nervio de borrego. Al terminarse dicha operación se desata al paciente, pero el sacerdote, antes de dejarlo, lo frota con grasa muy caliente de la oveja muerta, o más bien le riega todo el cuerpo con tanta abundancia que, cuando se enfría, forma una especie de costra; al mismo tiempo lo frota tan bruscamente que el joven, cuyos sufrimientos ya son demasiados, suda la gota gorda y echa vapor como un capón que se asa. En seguida el que opera hace, con sus uñas, surcos en esa costra de sebo, de un extremo del cuerpo al otro, y orina encima tan copiosamente como puede, después de lo cual vuelve a frotarlo todavía y recubre con grasa los surcos llenos de orina. De inmediato todos abandonan al paciente; se lo deja solo, más muerto que vivo; se ve obligado a arrastrarse como puede a una pequeña cabaña hecha con este fin muy cerca del lugar en que ha sido realizada la operación; parece o recobra la salud sin que se le dé ningún socorro, y sin ningún otro refresco o alimento que la grasa que le cubre todo el cuerpo y que puede lamer, si quiere. Al cabo de dos días por lo regular se restablece; entonces puede salir y mostrarse y, para probar que está completamente aliviado, se pone a correr con tanta ligereza como un ciervo.

Todos los hotentotes tienen la nariz muy plana y muy ancha; sin embargo, no la tendrían así si sus madres no tomaran como deber aplanársela poco tiempo después de su nacimiento; ellas consideran la nariz prominente como una deformación. Tienen también los labios muy gruesos, sobre todo el superior, los dientes muy blancos, las cejas espesas, la cabeza grande, el cuerpo delgado, los miembros menudos. No viven casi pasados los cuarenta años; la suciedad en la que se complacen y se encenagan, y las viandas infectas y corrompidas que constituyen su prin-

cipal alimentación, son sin duda las causas que más contribuyen a la poca duración de su vida. Podría extenderme mucho más sobre la descripción de ese pueblo vil pero, como casi todos los viajeros han escrito mucho sobre esto, me conformo con remitirlos a ellos; solamente no debo dejar pasar por alto un hecho referido por Tavernier: es el de que los holandeses tomaron a una pequeña niña hotentote poco tiempo después de su nacimiento y la educaron entre ellos; se volvió tan blanca como una europea, y él presume que todo ese pueblo sería bastante blanco si no tuviera la costumbre de embadurnarse continuamente con drogas negras.

Al subir por la costa de África, más allá del Cabo de Buena Esperanza, se encuentra la tierra de Natal. Sus habitantes son ya diferentes⁹⁹ de los hotentotes; son mucho menos sucios y menos feos; son también por naturaleza más negros; tienen la cara ovalada, la nariz bien proporcionada, los dientes blancos, el rostro agradable, los cabellos naturalmente rizados; pero tienen también algo de gusto por la grasa, pues llevan gorros hechos de sebo de buey, y esos gorros tienen ocho o diez pulgadas de altura. Emplean mucho tiempo en hacerlos, pues para eso se requiere que el sebo esté bien purificado; lo aplican poco a poco, y lo mezclan tan bien en sus cabellos que no se deshace nunca. Pero Kolbe afirma que tienen la nariz plana, incluso de nacimiento y sin que se la achaten, y que difieren también de los hotentotes en que no tartamudean, en que no golpean su paladar con la lengua como estos últimos, en que tienen casas, en que cultivan la tierra y siembran una especie de maíz o trigo de Turquía, con el que hacen cerveza, bebida desconocida para los hotentotes.

Después de la tierra de Natal se encuentra la de Sofala y de Monomotapa. Según Pigafetta, los pueblos de Sofala son negros, pero más grandes y más gordos que los otros cafres. Es en los alrededores del reino de Sofala donde este autor sitúa a las amazonas, pero nada es más incierto que todo lo que se ha propalado acerca de esas mujeres guerreras.¹⁰⁰ Los de Monomotapa son, según la relación de los viajeros holandeses, bastante grandes, bien formados para su estatura, negros y de buena complexión. Las muchachas andan desnudas y sólo llevan un pedazo de tela de algodón, pero, desde el momento en que se casan, llevan vestidos. Esos pueblos, aunque bastante oscuros, son diferentes de los negros; no tienen los rasgos tan duros ni tan feos; su cuerpo no huele tan mal, y no pueden soportar la servidumbre ni el trabajo. El padre Charlevoix dice que en América ha visto de esos negros de Monomotapa y de Madagascar, que nunca han podido servir y que, incluso, perecen allí en muy poco tiempo.

Esos pueblos de Madagascar y de Mozambique son negros, unos más y otros menos. Los de Madagascar tienen los cabellos de la coronilla

⁹⁹ Son bantúes (zulúes y basatúes).

¹⁰⁰ Existían en esa época, en África, tribus en las que las mujeres guerreras estaban encargadas de ejecutar las órdenes del rey (por ejemplo en Dahomey).

⁹⁸ En efecto, se trata de un rito iniciático.

menos crespos que los de Mozambique. Ni unos ni otros son verdaderos negros, y aunque los de la costa estén muy sometidos a los portugueses, los del interior del continente son muy salvajes y celosos de su libertad. Siempre andan absolutamente desnudos, tanto los hombres como las mujeres. Se alimentan con carne de elefante y comercian con el marfil. En Madagascar hay hombres de diferentes especies, sobre todo negros y blancos que, aunque muy morenos, parecen ser de otra raza. Los primeros tienen los cabellos negros y crespos; los segundos los tienen menos negros, menos rizados y más largos. La opinión común de los viajeros es que los blancos tienen su origen en los chinos; pero, como bien lo hace notar François Cauche,¹⁰¹ hay más probabilidad de que sean de raza europea, pues asegura que, de todos los que ha visto, ninguno tenía la nariz ni la cara plana como los chinos. También dice que esos blancos lo son más que los castellanos, que sus cabellos son largos, que en relación con los negros no tienen la nariz aplastada como los del continente y que tienen los labios bastante delgados. También hay en esta isla una gran cantidad de hombres de color oliváceo o moreno; provienen aparentemente de la mezcla de negros y blancos. El viajero que acabo de citar dice que los de la bahía de San Agustín son morenos; que no tienen barba, que tienen los cabellos largos y lacios, que son de alta estatura y bien proporcionados y, por último, que todos están circuncidados, aunque hay probabilidades de que nunca hayan escuchado hablar de la ley de Mahoma, puesto que no tienen ni templos, ni mezquitas, ni religión.¹⁰² Los franceses fueron los primeros que emprendieron y fundaron un establecimiento en esa isla, que no se mantuvo.¹⁰³ Cuando desembarcaron en ella encontraron a los hombres blancos de los que acabamos de hablar, y notaron que los negros, que deben considerarse como los naturales del país, tenían respeto por esos blancos. Esta isla de Madagascar está intensamente poblada y abunda en pasturas y en ganado; los hombres y las mujeres son muy depravadas, y las que se abandonan públicamente no se deshonran. A todos les gusta mucho bailar, cantar y divertirse y, aunque sean muy perezosos, no dejan de tener algún conocimiento de las artes mecánicas; tienen agricultores, herreros, carpinteros, alfareros e incluso orfebres; no tienen, sin embargo, ninguna comodidad en sus casas, ningún mueble; se acuestan en esteras; comen carne casi cruda, e incluso devoran el cuero de sus bueyes después de haberle chamuscado un poco el pelo; comen también la cera con la miel. La gente del pueblo anda casi toda desnuda; los ricos tienen calzones o faldas de algodón y de seda.

Los pueblos que habitan en el interior de África no nos son lo suficientemente conocidos como para poder describirlos. Los que los árabes

llaman *zingues* son negros casi salvajes; Marmol dice que se multiplican prodigiosamente y que inundarían todos los países vecinos si, de vez en cuando, no hubiera entre ellos una gran mortalidad, causada por los vientos cálidos.

Por todo lo que acabamos de referir, parece que los negros propiamente dichos son diferentes de los cafres, que son negros de otra especie; pero lo que esas descripciones indican aún más claramente es que el color depende principalmente del clima, y que los rasgos dependen mucho de las costumbres que tienen los diferentes pueblos de aplastarse la nariz, de estirarse los párpados, de alargarse las orejas, de engrosarse los labios, de aplanarse la cara, etc. Nada prueba mejor cómo el clima influye en el color que el hecho de encontrar en el mismo paralelo, a más de mil leguas de distancia, pueblos tan semejantes como son los senegaleses y los nubios, y ver cómo los hotentotes, que sólo han podido tener su origen en naciones negras¹⁰⁴ son, sin embargo, los más blancos de todos esos pueblos de África, porque en efecto están en el clima más frío de esa parte del mundo; y si uno se asombra de que en los bordes del Senegal se encuentre de un lado una nación morena y del otro una nación enteramente negra, puede recordar lo que ya hemos insinuado respecto a los efectos de la alimentación: debe influir en el color como en los otros hábitos del cuerpo; y si se quiere un ejemplo es posible darlo, sacado de los animales, que todo mundo tiene la posibilidad de verificar. Las liebres de las llanuras y de los lugares acuáticos tienen la carne más blanca que las de la montaña y de los terrenos secos; y en el mismo lugar las que viven en las praderas son muy diferentes de las que permanecen en las colinas. El color de la carne viene del de la sangre y de los otros humores del cuerpo, en cuya calidad la nutrición debe influir necesariamente.

El origen de los negros, en todas las épocas, ha planteado una gran interrogante. Los antiguos, que apenas conocían a los de Nubia, los consideraban como el último matiz de los pueblos morenos, y los confundían con los etíopes y otras naciones de esa parte de África que, aunque extremadamente morenos, tienen más de la raza blanca que de la raza negra. Pensaban, pues, que el diferente color de los hombres sólo provenía de la diferencia de clima, y que lo que producía la negrura de esos pueblos era la gran intensidad del sol al que se ven perpetuamente expuestos. Esta opinión, que es muy verosímil, se ha enfrentado a grandes dificultades cuando se ha reconocido que más allá de Nubia, en un clima aún más meridional, e incluso en el ecuador mismo, como en Melinda y Mombasa, la mayoría de los hombres no son negros como los nubios, sino sólo muy morenos,¹⁰⁵ y cuando se observó que, al transportar negros de su ardiente clima a regiones templadas, no perdieron nada de su color y que

¹⁰¹ Su *Relation*... se encuentra en la recopilación de C. B. Morisot, *Relations véritables et curieuses de l'île de Madagascar et du Brésil*, París, 1651.

¹⁰² La influencia del Islam ha sido débil en efecto, pero no la de los árabes, quienes difundieron en la isla sus conocimientos de astrología y medicina.

¹⁰³ En 1665. Fue el conde de Maudave el que en 1768 intentó un nuevo establecimiento. El naturalista Commerson, compañero de Bougainville, estuvo allí en 1771. Más adelante se leerá, en las *Additions* de 1777, sus notas sobre un singular pueblo de pigmeos.

¹⁰⁴ Los etnólogos actuales piensan por el contrario que los bosquimanos y los hotentotes vinieron del norte y fueron rechazados por los invasores negros. La lengua de los hotentotes parece de origen camítico. Buffon estima poco la importancia de las migraciones de las que habla un poco más adelante.

¹⁰⁵ En Kenia. Los masais que pueblan esa región son, en efecto, camitas.

igualmente lo comunicaron a sus descendientes. Pero si se presta atención, por un lado, a la migración de los diferentes pueblos y, por otro, al tiempo que se requiere tal vez para ennegrecer o blanquear una raza, se verá que todo puede conciliarse con el parecer de los antiguos; pues los habitantes naturales de esta parte de África son los nubios,¹⁰⁶ que son negros y originalmente negros, y que seguirán siendo perpetuamente negros en tanto habiten el mismo clima y no se mezclen con blancos. Por el contrario, los etíopes, los abisinios e incluso los de Melinda, que provienen de los blancos, puesto que tienen la misma religión y las mismas costumbres que los árabes, y se les asemejan en el color, son, en verdad, aún más morenos que los árabes meridionales; pero eso mismo prueba que, en una misma raza de hombres, la mayor o menor negrura depende del mayor o menor calor del clima. Tal vez se requieren varios siglos y una sucesión de un gran número de generaciones para que una raza blanca adquiera a través de matices el color moreno y se vuelva por fin completamente negra; pero existe la suposición de que con el tiempo un pueblo blanco, transportado del norte al ecuador, pudiera volverse moreno e incluso completamente negro, sobre todo si ese mismo pueblo cambiara de costumbres y sólo utilizara para alimentarse los productos de la región cálida a la cual hubiera sido transportado.

La objeción que se podría hacer a esta opinión y que se quisiera extraer de la diferencia de rasgos no me parece muy sólida, pues se puede responder que hay menos diferencia entre los rasgos de un negro que no haya sido desfigurado en la infancia y los rasgos de un europeo, que entre los de un tártaro o de un chino y los de un circasiano o un griego; y, en lo que respecta a los cabellos, su naturaleza depende tanto de la piel que sólo debe considerárselos como una diferencia muy accidental, puesto que en la misma región o en la misma ciudad se hallan hombres que, aunque blancos, no dejan por eso de tener los cabellos muy diferentes los unos de los otros, al punto que incluso en Francia se encuentran hombres que los tienen tan cortos y tan crespos como los negros; y por otra parte se ve que el clima, el frío y el calor influyen con tanta fuerza en el color de los cabellos y del pelo de hombres y animales que no hay cabellos negros en los reinos del norte, y que las ardillas, las liebres, las comadrijas y algunos otros animales son allí blancos o casi blancos, mientras que son morenos o grises en las regiones menos frías. Esa diferencia, que es producida por la influencia del frío o del calor, es incluso tan marcada que en la mayoría de los países del norte, como en Suecia, ciertos animales, como las liebres, son completamente grises durante el verano y completamente blancos durante el invierno.

Pero hay otra razón mucho más fuerte contra esta opinión, y que en principio parece invencible: es que se ha descubierto un continente entero, un nuevo mundo, en el que la mayor parte de las tierras habitadas están situadas en la zona tórrida y donde, sin embargo, no se encuentra un

hombre negro; todos los habitantes de esa parte de la tierra son más o menos rojos; más o menos morenos o color de cobre; pues se debería haber encontrado en las islas Antillas, en México, en el reino de Santa Fe, en la Guyana, en la región del Amazonas y en el Perú, negros, o al menos pueblos de color muy oscuro, puesto que esos países de América están situados en la misma latitud que Senegal, Guinea y la región de Angola en África; se debería haber encontrado en Brasil, en Paraguay, en Chile, hombres semejantes a los cafres, a los hotentotes, si el clima o la distancia del polo fueran la causa del color de los hombres. Pero, antes de exponer lo que puede decirse al respecto, creemos necesario considerar a todos esos pueblos de América, como hemos considerado a los de las otras partes del mundo, después de lo cual estaremos en condiciones de hacer comparaciones justas y de obtener resultados generales.

Comenzando por el norte, como lo hemos dicho, se encuentran, en las partes más septentrionales de América, especies de lapones semejantes a los de Europa o a los samoyedos de Asia; y, aunque sean más numerosos en comparación con éstos, no dejan de estar esparcidos en una extensión de territorio bastante considerable. Los que habitan las tierras del estrecho de Davis son pequeños, de tez olivácea; tienen las piernas cortas y gruesas; son hábiles pescadores; comen su pescado y carne crudos; su bebida es agua pura, o sangre de perro de mar; son muy robustos y viven mucho tiempo. He ahí, como se ve, la figura, el color y las costumbres de los lapones; y lo que hay de singular es que, así como en Europa, cerca de los lapones, se encuentran los fineses, que son blancos, bellos, bastante grandes y bastante bien formados; también se encuentran cerca de esos lapones de América otra especie de hombres que son grandes, bien formados y bastante blancos, con los rasgos de la cara muy regulares. Los salvajes de la bahía del Hudson y del norte de la tierra de Labrador no parecen ser de la misma raza que los primeros,¹⁰⁷ aunque sean feos, pequeños, mal formados; tienen el rostro casi enteramente cubierto de pelo, como los salvajes del país de Yezo en el norte de Japón. Durante el verano habitan en tiendas hechas con pieles de alce y de caribú; ^m en el invierno viven bajo tierra, como los lapones y samoyedos, y se acuestan como ellos, mezclados sin ninguna distinción. Viven también mucho tiempo, aunque se alimentan sólo de carne y pescado crudos. Los salvajes de Terranova se parecen bastante a los del estrecho de Davis; son de estatura pequeña; tienen poca o nada de barba; su cara es ancha y plana, sus ojos grandes y, generalmente, su nariz es más bien aplastada. El viajero que da esta descripción dice que se parecen bastante a los salvajes del continente septentrional y de los alrededores de Groenlandia.

Abajo de esos salvajes que se han extendido en las partes más septentrionales de América se encuentran otros salvajes más numerosos, y muy

¹⁰⁶ Los nubios se vinculan de hecho con los etíopes, y no con los negros.

¹⁰⁷ Son sin embargo esquimales, extendidos en toda el área ártica.

^m Es el nombre que se le da a los renos en América.

diferentes de los primeros; esos salvajes son los del Canadá y de todo el interior de las tierras hasta los aisinobils.¹⁰⁸ Todos son bastante grandes, robustos, fuertes y bien formados; todos tienen los cabellos y los ojos negros, los dientes muy blancos, la tez morena, poca barba y nada o casi nada de pelo en ninguna parte del cuerpo; son duros e infatigables en la caminata; muy ligeros para correr, soportan tan fácilmente el hambre como los mayores excesos de alimentación; son osados, valientes, orgullosos, graves y moderados; en fin, se parecen tanto a los tártaros orientales en el color de la piel, de los cabellos y de los ojos, en la escasez de barba y de pelo y también en la manera de ser y las costumbres, que se les creería salidos de esta nación, si no se considerara que están separados unos de otros por un vasto mar. Están también en la misma latitud, lo que prueba además cómo el clima influye en el color e incluso en el rostro de los hombres. En una palabra, se encuentra en el nuevo continente, como en el antiguo, primero hombres en el norte semejantes a los lapones y, luego, hombres blancos y de cabellos rubios, semejantes a los pueblos del norte de Europa; enseguida hombres velludos, semejantes a los salvajes de Yeso, y finalmente los salvajes de Canadá y de toda la tierra firme, hasta el Golfo de México, que se asemejan a los tártaros en tantas cosas que uno dudaría que no fuesen en efecto tártaros, si no constituyera un problema la posibilidad de la migración.¹⁰⁹ Sin embargo, si ponemos atención al pequeño número de hombres que se encuentran en esta extensión inmensa de las tierras de América septentrional, y si ninguno de esos hombres estuviera aún civilizado, no podríamos negarnos a creer que todas esas naciones salvajes fueran nuevas tribus producidas por algunos individuos escapados de un pueblo más numeroso. Es verdad que se supone que en la América septentrional, tomándola desde el norte hasta las islas Lucayas y el Mississippi, actualmente no queda la veinteaava parte del número de pueblos nativos que allí estaban cuando se hizo el descubrimiento, y que esas naciones salvajes han sido destruidas o reducidas a un número tan pequeño de hombres que no debemos considerarlas ahora como las hubiéramos considerado en ese tiempo; pero, aun cuando se aceptara que la América septentrional tenía entonces veinte veces más habitantes de los que quedan hoy, eso no impide que se deba considerarla a partir de eso como una tierra desierta, o tan recientemente poblada que los hombres no habían tenido aún el tiempo de multiplicarse.¹¹⁰ El señor Fabry, a quien he citado, y que ha hecho un muy largo viaje en el interior de las tierras al noroeste del Mississippi donde nadie había aún penetrado, y donde por consiguiente las naciones salvajes no han sido destruidas, me ha asegurado que esta parte de América es tan desierta que a menudo ha hecho cien o doscientas leguas sin encontrar

¹⁰⁸ O asiniboin. En el siglo XVIII se los llama también assinipoels. Son siux. Los siux fueron desplazados hacia el sur por los algonquinos, de los que aquí se trata.

¹⁰⁹ Es probable que las migraciones sucesivas hayan llevado a América, por el estrecho de Behring, grupos muy diversos provenientes de Asia.

¹¹⁰ Los vestigios arqueológicos muestran que los amerindios ya se habían establecido hace 25 mil años.

rostro humano ni ningún otro vestigio que pudiera indicar que hubiese algún lugar habitado cercano a los lugares que recorría; y cuando encontraba alguno, era siempre a distancias extremadamente grandes entre sí, y en cada uno a menudo sólo había una familia, algunas veces dos o tres, pero raramente más de veinte personas juntas, y esas veinte personas estaban alejadas cien leguas de otras veinte personas. Es verdad que, a lo largo de los ríos y los lagos que se han remontado o navegado, se han encontrado naciones salvajes compuestas de un mucho mayor número de hombres, y que aún quedan algunas que no dejan de ser lo suficientemente numerosas como para inquietar a veces a los habitantes de nuestras colonias; pero las naciones más numerosas se reducen a tres o cuatro mil personas, y esas tres o cuatro mil personas se esparcen en un espacio de terreno a menudo más grande que todo el reino de Francia; de manera que estoy persuadido de que podría afirmarse, sin temor a errar, que en una sola ciudad como París hay más hombres que salvajes hay en toda esa parte de América septentrional, comprendida entre el mar del Norte y el mar del Sur, desde el Golfo de México hasta el norte, aunque esta extensión de tierra sea mucho más grande que toda Europa.

La multiplicación de los hombres depende mucho más de la sociedad que de la naturaleza, y los hombres no son tan numerosos en comparación con los animales salvajes más que porque se han reunido en sociedad y se han ayudado, defendido, socorrido mutuamente. En esta parte de América de la que acabamos de hablar, los bisontes^a son tal vez más abundantes que los hombres; pero de la misma manera que el número de hombres sólo puede aumentar considerablemente por su reunión en sociedad, el número de hombres que ya ha alcanzado cierto punto produce casi necesariamente la sociedad. Es pues de suponerse que, como no se ha encontrado en toda esta parte de América ninguna nación civilizada, el número de hombres era aún demasiado pequeño y su establecimiento en esas comarcas muy reciente, para que hubieran podido sentir la necesidad o incluso las ventajas de reunirse en sociedad; pues aunque esas naciones salvajes tuviesen costumbres o hábitos particulares a cada una, y unas fuesen más o menos salvajes, más o menos crueles, más o menos valientes, todas eran igualmente estúpidas, igualmente ignorantes, igualmente desprovistas de artes y de industria.

No creo, pues, deber extenderme mucho en lo que se relaciona con las costumbres de esas naciones salvajes; ninguno de los autores que de ello han hablado, ha parado mientes en que lo que nos daban como usos constantes y hábitos de una sociedad de hombres sólo eran acciones particulares de algunos individuos, a menudo determinadas por las circunstancias o por el capricho. Ciertas naciones, nos dicen, comen a sus enemigos, otras los queman, otras los mutilan. Unas están perpetuamente en guerra; otras tratan de vivir en paz. Entre unas se mata al padre cuando ha alcanzado cierta edad; entre otras los padres y las madres se comen a

^a Especie de bueyes salvajes diferentes de nuestros bueyes.

sus hijos. Todas esas historias, sobre las cuales los viajeros se han extendido con tanta complacencia, se reducen a relatos de hechos particulares, y solamente significan que tal salvaje se ha comido a sus enemigos, tal otro lo ha quemado o mutilado, tal otro ha matado o comido a su hijo, y todo eso puede encontrarse en una sola nación de salvajes como en varias naciones; pues toda nación donde no existe regla, ley, ni amo, ni sociedad habitual, es menos una nación que una reunión tumultuosa de hombres bárbaros e independientes, que sólo obedecen a sus pasiones particulares y que, al no poder tener un interés común, son incapaces de dirigirse hacia un mismo objetivo y de someterse a usos constantes, que suponen todos una serie de designios razonados y aprobados por el mayor número.

La misma nación, se dirá, está compuesta por hombres que se reconocen, que hablan la misma lengua, que se someten a un jefe o se arman cuando es necesario; que vociferan de la misma manera, que se embadurnan del mismo color. Sí, si esos usos fueran constantes, si no se reunieran a menudo sin saber por qué, si no se separaran sin razón, si su jefe no dejara de serlo por su propio capricho y por el de ellos, si su lengua misma no fuera tan simple que les es casi común a todos.

Como sólo tienen un número muy pequeño de ideas, también sólo tienen una cantidad muy pequeña de expresiones, que no pueden relacionarse más que con las cosas más generales y los objetos más comunes; y aun cuando la mayoría de esas expresiones fueran diferentes, como se reducen a un muy pequeño número de términos, no pueden dejar de entenderse en muy poco tiempo, y debe ser más fácil para un salvaje entender y hablar todas las lenguas de los otros salvajes que para un hombre de una nación civilizada aprender la de otra nación igualmente civilizada.

Mientras más inútil sea extenderse tanto sobre los usos y costumbres de esas supuestas naciones, más necesario sería tal vez examinar la naturaleza del individuo; el hombre salvaje, en efecto, es de todos los animales el más singular, el menos conocido y el más difícil de describir; pero distinguimos tan poco lo que la naturaleza sola nos ha dado de lo que la educación, la imitación, el arte y el ejemplo nos han comunicado, o lo confundimos tan bien, que no sería asombroso que nos desconociéramos totalmente en el retrato de un salvaje, si nos fuera presentado con los verdaderos colores y los únicos rasgos naturales que deben formar el carácter.

Un salvaje absolutamente salvaje, tal como el niño criado con los osos del que habla Conor,¹¹¹ el joven encontrado en los bosques de Hanover, o la niña encontrada en los de Francia, sería un espectáculo curioso para

¹¹¹ Bernard Conor, en *Evangelium medici: medicina mystica*, 1697, habla de un niño-oso descubierto en Lituania en 1694. El salvaje Peter fue descubierto en los bosques de Hanover en 1724; la niña encontrada en Francia, en los bosques, es la hija de Sogny, en Champaña, de la que hablan Louis Racine y sobre todo La Condamine, *Histoire d'une jeune fille sauvage...*, 1755. Esos tres ejemplos son citados por Rousseau, junto con otros dos, en la nota c del *Second Discours*. Ver al respecto Lucien Malson: *Les enfants sauvages, mythe et réalité*, Collection 10-18 (con una bibliografía y un cuadro sinóptico de todos los casos).

un filósofo; al observar a ese salvaje podría evaluar exactamente la fuerza de los apetitos de la naturaleza; vería el alma al descubierto, distinguiría todos los movimientos naturales y, tal vez, reconocería allí más dulzura, tranquilidad y calma que en la suya; tal vez vería claramente que la virtud pertenece más al hombre salvaje que al hombre civilizado, y que el vicio sólo ha tenido nacimiento en la sociedad.

Pero regresemos a nuestro principal objeto. Si sólo se han encontrado salvajes en toda la América septentrional, en México y en Perú se han encontrado pueblos civilizados, pueblos educados, sometidos a leyes y gobernados por reyes; tenían artesanías, artes y una especie de religión; habitaban en ciudades en que el orden y la urbanidad eran mantenidos por la autoridad del soberano. Esos pueblos, que por otra parte eran bastante numerosos, no pueden ser considerados como naciones nuevas u hombres provenientes de algunos individuos escapados de los pueblos de Europa o de Asia, de los que están tan alejados. Por otra parte, si los salvajes de la América septentrional se asemejan a los tártaros porque están situados en la misma latitud, éstos, que están como los negros, en la zona tórrida, no se les parecen. ¿Cuál es pues el origen de esos pueblos, y cuál es también la verdadera causa de la diferencia de color en los hombres, puesto que la de la influencia del clima se encuentra aquí completamente desmentida?

Antes de responder en la medida en que pueda a esas interrogantes, hay que continuar nuestro examen y dar la descripción de esos hombres que en efecto parecen tan diferentes de lo que deberían ser, si la distancia respecto al polo fuera la causa principal de la variedad que se encuentra en la especie humana. Hemos dado ya la de los salvajes del norte y de los salvajes de Canadá; los de la Florida, del Mississippi y de otras partes meridionales del continente de América septentrional, son más morenos que los del Canadá, sin que se pueda, sin embargo, decir que son oscuros; el aceite y los colores con los que se frotan el cuerpo los hacen parecer más oliváceos de lo que en efecto son. Coréal¹¹² dice que las mujeres de Florida son grandes, fuertes y de color oliváceo como los hombres; que tienen los brazos, las piernas y el cuerpo pintados de varios colores imborrables, porque han sido impresos en las carnes por medio de piquetes, y que el color oliváceo de unos y otras no viene tanto del ardor del sol como de ciertos aceites con los que, por decirlo así, se barnizan la piel; añade que esas mujeres son muy ágiles, que atraviesan a nado grandes ríos sosteniendo incluso a su hijo con un brazo, y que suben con igual agilidad a los árboles elevados; todo eso les es común con las mujeres salvajes del Canadá y de otras comarcas de América. El autor de la *Histoire naturelle et morale des Antilles*¹¹³ dice que los apalachi, pueblo vecino de la Florida, son hombres de estatura muy grande, de color oliváceo y bien proporcionados; que todos tienen los cabellos negros y largos; y añade que los caribes, o salvajes de las islas

¹¹² La traducción de *Les voyages* de François Coréal había aparecido en 1722.

¹¹³ Atribuida a Du Tertre, publicada por César de Rochefort en 1660.

Antillas, provienen de esos salvajes de Florida¹¹⁴ y que incluso se acuerdan por tradición del tiempo de su migración.

Los naturales de las islas Lucayas¹¹⁵ son menos morenos que los de Santo Domingo y de la isla de Cuba, pero ahora quedan tan pocos de unos y de otros que no se puede verificar lo que nos han dicho los primeros viajeros que han hablado de esos pueblos. Afirmaban que eran muy numerosos y que estaban gobernados por una especie de jefes que llamaban *caciques*; que también tenían una especie de sacerdotes, de médicos o adivinos; pero todo eso es bastante apócrifo y, por otra parte, importa poco a nuestra historia. Los caribes en general son, según el padre Dutertre, hombres de bella estatura y de buen aspecto. Son poderosos, fuertes y robustos, muy ágiles y muy sanos. Hay varios que tienen la frente plana y la nariz aplastada, pero esta forma de la cara y de la nariz no les es natural; son los padres y las madres quienes aplanan así la cabeza del niño algún tiempo después de su nacimiento. Esta especie de capricho que tienen los salvajes de alterar la figura natural de la cabeza es bastante general en todas las naciones salvajes. Casi todos los caribes tienen los ojos negros y bastante pequeños; pero la disposición de su frente y de su cara los hace parecer bastante grandes. Tienen bellos dientes, blancos y bien alineados, los cabellos largos y lacios, y todos los tienen negros: nunca se ha visto a uno solo con los cabellos rubios. Tienen la piel morena u olivácea, e incluso el blanco de los ojos tiene algo de eso; este color moreno les es natural y no proviene únicamente, como algunos autores han señalado, de la bija con que se frotan continuamente, puesto que se ha observado que los hijos de esos salvajes que se han educado entre los europeos y que no se frotaban nunca con esos colores, no dejaban de ser morenos y oliváceos como sus padres y sus madres. Todos esos salvajes tienen el aspecto soñador, aunque no piensan en nada; tienen también la cara triste y parecen ser melancólicos. Son naturalmente dulces y compasivos, aunque muy crueles con sus enemigos. Toman por mujeres con bastante indiferencia a parientes o extrañas; sus primas hermanas les pertenecen por derecho; se ha visto a varios que al mismo tiempo tenían a las dos hermanas, o la madre y la hija, e incluso su propia hija. Los que tienen varias mujeres las ven por turno a cada una durante un mes o un número igual de días, y eso basta para que esas mujeres no tengan nada de celos. Perdonan con gusto el adulterio a sus mujeres, pero nunca al que las ha deprimido. Se alimentan de conchas, de cangrejos, de tortugas, de lagartijas, de serpientes y de pescados, que sazonan con pimientos y harina de mandioca. Como son extremadamente perezosos y están acostumbrados a la mayor independencia, detestan la servidumbre y nunca han podido ser utilizados como los negros; no hay nada que no sean capaces de hacer para recuperar su libertad, y cuando

¹¹⁴ Las primeras tribus arauak y taino, venidas de América a las Antillas, fueron expulsadas por los caribes. Pero el punto de partida de esas migraciones es América del Sur: Venezuela y Guyana, no Florida.

¹¹⁵ Las Bahamas.

ven que eso les es imposible prefieren mejor dejarse morir de hambre y de melancolía que vivir para trabajar. A veces han utilizado a los arrouages,¹¹⁶ que son más tranquilos que los caribes, pero sólo para la caza y la pesca, ejercicios que les gustan y a los cuales se han acostumbrado en su tierra; y todavía es necesario, si se quiere conservar a esos esclavos salvajes, tratarlos al menos con la misma dulzura con la que tratamos a nuestros domésticos en Francia; de lo contrario huyen o perecen de tristeza. Sucede más o menos lo mismo con los esclavos brasileños, aunque de todos los salvajes son los que parecen menos estúpidos, menos melancólicos y menos perezosos; sin embargo, tratándolos con bondad, se los puede comprometer a hacer todo, excepto trabajar la tierra, porque imaginan que el cultivo de la tierra es lo que caracteriza a la esclavitud.

Las mujeres salvajes son todas más pequeñas que los hombres. Las de los caribes son gordas y bastante bien formadas; tienen los ojos y los cabellos negros, la línea del rostro redondeada, la boca pequeña, los dientes muy blancos, el aspecto más alegre, más sonriente y más abierto que los hombres; sin embargo, tienen modestia y son bastante reservadas. Se embadurnan con bija, pero no se hacen rayas negras sobre la cara y el cuerpo como los hombres. Sólo llevan un pequeño delantal de ocho a diez pulgadas de ancho por cinco o seis pulgadas de altura; ese delantal por lo regular es de tela de algodón cubierta de pequeñas cuentas de vidrio; obtienen esa tela y esas cuentecillas de los europeos, que comercian con ellos. Esas mujeres llevan también varios collares de *rassade*,¹¹⁷ que les rodean el cuello y descenden sobre su pecho; usan brazaletes de la misma clase en los puños y arriba de los codos, y aretes de piedra azul o cuentas de vidrio enhebradas. Un último adorno que les es peculiar, y que los hombres nunca llevan, es una especie de borceguíes de tela de algodón, ornados con cuentecillas, que van desde el tobillo hasta arriba de la parte gruesa de la pierna. Desde el momento en que las muchachas han llegado a la edad púber se les da un delantal, y al mismo tiempo se les ponen en las piernas los borceguíes, que nunca se pueden quitar: están tan apretados, que no pueden ni subirse ni bajarse, y como impiden que engorde la parte baja de la pierna, las pantorrillas se vuelven mucho más gruesas y más firmes de lo que serían naturalmente.

Los pueblos que habitan actualmente México y la Nueva España están tan mezclados que apenas se encuentran dos rostros del mismo color. En la ciudad de México hay blancos de Europa, indios del norte y del sur de América, negros de África, mulatos, mestizos, de manera que se ven hombres de todos los matices de color que pueden existir entre el blanco y el negro. Los naturales del país son muy morenos y de color oliváceo, bien formados y ágiles; tienen poco pelo, incluso en las cejas; sin embargo, todos tienen el cabello muy largo y muy negro.

¹¹⁶ Los arauak.

¹¹⁷ Cuentas de vidrio.

Según Wafer,¹¹⁸ los habitantes del istmo de América son por lo regular de buena estatura y de bonito porte; tienen la pierna fina, los brazos bien formados, el pecho ancho; son activos y ligeros para correr. Las mujeres son pequeñas y recias, no tienen la vivacidad de los hombres, aunque las jóvenes sean robustas, de bonito tallo y ojos vivaces. Unos y otras tienen la cara redonda, la nariz gruesa y corta, los ojos grandes y en su mayoría grises, chispeantes y llenos de fuego, sobre todo en la juventud; la frente elevada, los dientes blancos y bien alineados, los labios delgados, la boca de tamaño mediano y, en general, todos los rasgos bastante regulares. También tienen todos, tanto los hombres como las mujeres, los cabellos negros, largos, lacios y ásperos, y los hombres tendrían barba, si no se la arrancaran. Tienen la tez morena, color de cobre amarillo o anaranjado, y las cejas negras como azabache.

Esos pueblos que acabamos de describir no son los únicos habitantes naturales del istmo; entre ellos se encuentran hombres muy diferentes y, aunque en pequeño número, merecen ser observados. Esos hombres son blancos, pero ese blanco no es el de los europeos; es más bien un blanco lechoso, que se acerca mucho al color del pelo de un caballo blanco. También su piel está cubierta, más o menos, de un vello corto y blanquecino, pero que no es tan abundante en las mejillas y en la frente como para que no se pueda distinguir fácilmente la piel. Sus cejas son de un blanco lechoso, así como sus cabellos, que son muy hermosos, de siete a ocho pulgadas de largo, y medio rizados. Esos indios, hombres y mujeres, no son tan grandes como los otros; y lo que además tienen de muy singular es que sus párpados son de figura oblonga, o más bien en forma de media luna cuyas puntas se inclinan hacia abajo. Tienen los ojos tan débiles que casi no ven en pleno día; no pueden soportar la luz del sol, y sólo ven bien a la luz de la luna. Son de complexión muy delicada en comparación con los otros indios; temen los ejercicios penosos. Duermen durante el día, y sólo salen en la noche; cuando la luna brilla, corren a las partes más sombrías de los bosques, tan rápido como los otros pueden hacerlo de día, excepto que no son ni tan robustos ni tan vigorosos. Por lo demás esos hombres no forman una raza particular y distinta; pero sucede que algunas veces un padre y una madre, ambos color de cobre amarillo, tienen un niño como el que acabamos de describir. Wafer, que informa de estos hechos, dice que él mismo ha visto a uno de esos niños que aún no cumplía un año.

Si así es, ese color y ese hábito singular del cuerpo de esos indios blancos no sería más que una especie de enfermedad que les vendría de sus padres y madres. Pero suponiendo que este último hecho no estuviera bien comprobado, es decir que en lugar de venir de los indios amarillos formarían una raza aparte, entonces se parecerían a los chacrelas de Java y a los bedas de Ceylán, de los que hemos hablado; o si

¹¹⁸ Autor de *Voyages dans l'isthme de l'Amérique et la Nouvelle-Espagne*, traducido en 1706 (orig., 1699).

ese hecho es verdadero, y esos blancos en efecto nacen de padres y madres color de cobre, se podrá creer que los chacrelas y los bedas vienen también de padres y madres morenos, y que todos esos hombres blancos, que se encuentran separados por distancias tan grandes, son individuos que han degenerado de su raza por alguna causa accidental.

Confieso que esta última opinión me parece la más verosímil, y es que si los viajeros nos hubiesen dado descripciones tan exactas de los bedas y de los chacrelas como Wafer lo ha hecho de los darienses, tal vez habríamos reconocido que no podían como éstos ser de origen europeo. Lo que me parece apoyar mucho esta manera de pensar es que entre los negros nacen también blancos de padres y madres negros.¹¹⁹ En la *Historia de la Academia*, se encuentra la descripción de dos de esos negros blancos; yo mismo he visto a uno de ellos, y se asegura que se encuentra un número bastante grande en África entre los otros negros. Lo que yo he visto, independientemente de lo que dicen los viajeros, no me deja ninguna duda sobre su origen; esos negros blancos son negros degenerados de su raza; no son una especie de hombres particular y constante; son individuos singulares, que sólo constituyen una variedad accidental; en una palabra, son entre los negros lo que Wafer dice que nuestros indios blancos son entre los indios amarillos, y lo que aparentemente son los chacrelas y los bedas entre los indios morenos. Lo más singular es que esta variación de la naturaleza sólo se encuentra del negro al blanco, y no del blanco al negro; pues sucede entre los negros, entre los indios más oscuros y entre los indios más amarillos, es decir en todas las razas de hombres que están más alejadas del blanco, y entre los blancos nunca sucede que nazcan individuos negros. Otra singularidad es que todos los pueblos de las Indias Orientales, de África y de América entre los cuales se encuentran hombres blancos están en la misma latitud. El istmo de Darién, la región de los negros y Ceylán están exactamente en el mismo paralelo. El blanco parece ser pues el color primitivo de la naturaleza, que el clima, la alimentación y las costumbres alteran y cambian incluso hasta llegar al amarillo, el moreno o el negro, y reaparece en ciertas circunstancias, pero con una alteración tan grande que no se parece al blanco primitivo, que en efecto se ha desnaturalizado por las causas que acabamos de indicar.

En todo, los dos extremos se aproximan casi siempre; la naturaleza, tan perfecta como puede serlo, ha hecho a los hombres blancos, y la na-

¹¹⁹ Albinos. Buffon tiene razón en compararles a los "chacrelas" de Java, que deberían presentar la misma anomalía, pero no a los bedas de Ceylán, que son un grupo étnico particular. Puede suponerse que en el istmo de Panamá, como en Java, los indígenas obligaban a todos los individuos que presentaban tal anomalía a vivir apartados de la comunidad. Se sabe que Voltaire, por su parte, se obstinó en hacer de los albinos o moros blancos una "raza" a igual título que los blancos, los negros, los hotentotes, los lapones, los chinos, los americanos... La explicación de Buffon es, por el contrario, adoptada por De Pauw, en sus *Recherches philosophiques sur les Américains*, cuarta parte, sección 1: "Sobre los blafards y los negros blancos". De Pauw relaciona igualmente a los blafards del Darién con los albinos o dondos de África y con los kackerlakes de Asia. La palabra *chacrelas* es una deformación del malayo *kackerlake*.

turalidad alterada tanto como es posible los vuelve incluso blancos; pero el blanco natural, o blanco de la especie, es muy diferente del blanco individual o accidental; se ven ejemplos en las plantas, así como en los hombres y los animales: la rosa blanca, el alhelí blanco, etc., son muy diferentes, incluyendo el color mismo, de las rosas y los alhelíes rojos que en el otoño se vuelven blancos, cuando han sufrido el frío de las noches y las pequeñas heladas de esa estación.

Lo que puede también hacer creer que esos hombres blancos sólo son, en efecto, individuos que han degenerado de su especie es que todos son menos fuertes y menos vigorosos que los otros, y tienen los ojos extremadamente débiles. Este último hecho parecerá menos extraordinario cuando se recuerde que entre nosotros los hombres que son de un rubio blancuzco tienen por lo regular los ojos débiles; también he observado que a menudo son duros de oído; y se supone que los perros que son absolutamente blancos y sin ninguna mancha son sordos. No sé si eso es cierto en general; sólo puedo asegurar que he visto varios que en efecto lo eran.

Los indios de Perú son también color de cobre, como los del istmo, sobre todo los que viven a la orilla del mar y las tierras bajas, pues los que habitan en las tierras altas, como entre las dos cadenas de las cordilleras, son casi tan blancos como los europeos; unos están a una legua de altura por arriba de los otros, y esta diferencia de elevación sobre el globo es tanto como una diferencia de mil leguas en latitud para la temperatura del clima. En efecto, todos los indios naturales de la tierra firme, que habitan a lo largo del río Amazonas y el continente de la Guyana, son morenos y de color rojizo, más o menos claro. La diversidad del matiz, dice el señor de La Condamine,¹²⁰ tiene verdaderamente como causa principal la diferente temperatura del aire de la región que habitan, que varía desde el más gran calor de la zona tórrida hasta el frío causado por la cercanía de la nieve. Algunos de esos salvajes, como los omaguas, aplanan la cara de sus hijos apretándoles la cabeza entre dos tablas; otros se horadan el tabique nasal, los labios o las mejillas, para pasar por allí huesos de pescado, plumas de aves y otros adornos; la mayoría se horada las orejas, las agranda prodigiosamente¹²¹ y llena el hoyo del lóbulo con un gran ramo de flores o de hierbas que le sirve de arete. No diré nada de esas amazonas de las que tanto se ha hablado;¹²²

¹²⁰ *Relation abrégé d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale*, 1745. De regreso de un viaje a Perú, adonde había ido en una misión científica, La Condamine descendió por todo el curso del Amazonas. Escrita por un sabio renombrado, esta *Relation* fue muy apreciada.

¹²¹ Los famosos "orejones" de *Candide*, grandes devoradores de jesuitas.

¹²² La Condamine, en su *Relation*..., cita a un gran número de testigos: Américo Vespucio, Orellana, Walter Raleigh, etc. Él mismo supone que la condición infeliz de las mujeres salvajes ha podido llevar a algunas de ellas a formar un "establecimiento donde ellas pudiesen vivir en independencia" (p. 106). El artículo "Amazonas" de la *Encyclopédie* remite a La Condamine. Pero esta ingeniosa explicación no es admitida por Diderot, quien en la *Histoire des deux Indes* de Raynal (libro IX, cap. XI), observa que no está

al respecto puede consultarse a los que han escrito sobre ello, y después de haberlos leído, no se encontrará nada lo suficientemente seguro como para comprobar la existencia real de esas mujeres.

Algunos viajeros mencionan una nación de la Guyana cuyos hombres son más negros que los otros indios. Los arras,¹²³ dice Raleigh,¹²⁴ son casi tan oscuros como los negros; son muy vigorosos y se sirven de flechas envenenadas. Este autor también habla de otra nación de indios que tienen el cuello tan corto y los hombros tan alzados que sus ojos parecen estar sobre sus hombros y su boca en el pecho. Esa deformidad tan monstruosa seguramente no es natural y hay mucha probabilidad de que esos salvajes, que tanto se placen en desfigurar a la naturaleza aplanando, redondeando, alargando la cabeza de sus hijos, hayan imaginado también hacer entrar el cuello en los hombros. Para dar pie a todas esas extravagancias, sólo se requiere la idea de que, con esas deformaciones, pueden volverse más espantosos y más terribles para sus enemigos. Los escitas, en otro tiempo tan salvajes como ahora lo son los americanos, aparentemente tenían las mismas ideas, que realizaban de la misma manera; y eso es lo que sin duda ha dado pie a que los antiguos hayan escrito a propósito de hombres acéfalos,¹²⁵ cinocéfalos, etcétera.

Los salvajes de Brasil son más o menos de la estatura de los europeos, pero más fuertes y más ágiles, y viven por lo común más tiempo; sus cabellos, que son negros, se les ponen rara vez blancos en la vejez. Son morenos y de un color oscuro que tira algo al rojo; tienen la cabeza grande, la espalda ancha y los cabellos largos. Se depilan la barba, el pelo del cuerpo, e incluso las pestañas y las cejas, lo que les da una mirada extraordinaria y feroz. Se horadan el labio superior para pasar por allí un huesito pulido como marfil, o una piedra verde bastante grande. Las madres aplastan la nariz de sus hijos poco tiempo después del nacimiento. Todos andan absolutamente desnudos y se pintan el cuerpo de diferentes colores. Los que habitan en las tierras cercanas a las costas marinas se han civilizado un poco por el comercio voluntario o forzado que tienen con los portugueses; pero los del interior de las tierras son aún, en su mayoría, absolutamente salvajes. Ni siquiera por la fuerza, y queriéndolos reducir a una dura esclavitud, se logra civilizarlos; en esas naciones bárbaras las misiones han formado más hombres que los que han subyugado los ejércitos victoriosos.¹²⁶ Paraguay sólo ha sido

"en el orden de las cosas que el azar haya compuesto pueblos de hombres sin mujeres, menos aún de mujeres sin hombres". Se ve que el problema estaba mal planteado. Sobre el mito de las "amazonas" ver A. Metraux, *Les incas*, Seuil, 1962, pp. 9 y 10.

¹²³ Arauak.

¹²⁴ Su *Relation de la Guyane* (original inglés: 1596) se encuentra en 1722, después de los *Voyages*... de François Coréal.

¹²⁵ Una excelente representación de esos "acéfalos" se encuentra en Lafitau, *Moeurs de sauvages américains*, 1724. De Pauw acertadamente dice que esos pueblos son "monstruosos por artificio" (artículo "América" de los *Suppléments* de la *Encyclopédie*).

¹²⁶ Este elogio de las "reducciones" del Paraguay se encuentra en la mayoría de los filósofos, incluso cuando son hostiles a los jesuitas. Cfr. Voltaire: "Los jesuitas en verdad se han servido de la religión para quitar la libertad a las poblaciones de Paraguay, pero

conquistado de esta manera: la dulzura, el buen ejemplo, la caridad y el ejercicio de la virtud, constantemente practicados por los misioneros, han conmovido a esos salvajes y vencido su desconfianza y su ferocidad; a menudo han venido ellos mismos a pedir conocer la ley que volvía a los hombres tan perfectos; se han sometido a esta ley y se han reunido en sociedad. Nada da más honor a la religión que haber civilizado a esas naciones y haber sentado los cimientos de un imperio sin más armas que las de la virtud.

Los habitantes de esta región del Paraguay comúnmente tienen la estatura muy bella y bastante elevada; tienen la cara un poco larga y el color oliváceo. Entre ellos a veces reina una enfermedad extraordinaria: es una especie de lepra que les cubre todo el cuerpo, y forma en él una costra semejante a las escamas de pescado. Esa incomodidad no les causa ningún dolor, ni siquiera ningún otro trastorno en la salud.

Los indios de Chile son, según el señor Frezier,¹²⁷ de color moreno, que tira algo al de cobre rojo, como el de los indios de Perú. Este color es diferente del de los mulatos; como éstos vienen de un blanco y de una negra, o de una blanca y un negro, su color es oscuro, es decir mezclado de blanco y negro, mientras que, en todo el continente de América meridional, los indios son amarillos o más bien rojizos. Los habitantes de Chile son de buena estatura; tienen los miembros gruesos, el pecho ancho, la cara poco agradable y sin barba, los ojos pequeños, las orejas largas, los cabellos negros, lacios y gruesos como crin; se alargan las orejas y se arrancan la barba con pinzas hechas de conchas. La mayoría de ellos andan desnudos, aunque el clima sea frío; sólo llevan sobre sus hombros algunas pieles de animales. Es en el extremo de Chile, hacia las tierras magallánicas, donde se encuentra, según se afirma, una raza de hombres cuya estatura es gigantesca. El señor Frezier dice haber oído de varios españoles que habían visto a algunos de esos hombres, que medían cuatro varas de alto,¹²⁸ es decir nueve o diez pies. Según él, esos gigantes, llamados *patagones*, habitan el lado este de la costa desierta de la que han hablado las relaciones antiguas que después se han considerado como fábulas, pues se han visto indios en el estrecho de Magallanes cuya estatura no sobrepasaba la de los otros hombres. Eso es, dice, lo que ha podido engañar a Froger,¹²⁹ en su relación del viaje del señor de Gennes; pues algunos barcos han visto al mismo tiempo a unos y a otros. En 1709, la gente del barco *Jacques*, de Saint-Malo, vio a siete de esos gigantes en la bahía Gregorio; y los del barco *Saint-Pierre*, de Marsella, vieron seis, a los que se acercaron para ofrecerles pan, vino

los han civilizado, las han vuelto industriosas (...)." (*Essai sur les Moeurs*, cap. CLIV). Sin embargo, en *L'Histoire des deux Indes*, libro VIII, cap. XVII, se encuentra un ataque de Diderot contra ese gobierno monacal y despótico. El testimonio de Bougainville y de sus compañeros de viaje alrededor del mundo ha contribuido a destruir un mito.

¹²⁷ *Voyages dans les mers du Sud*, 1716.

¹²⁸ Medida de longitud española, igual a 0.848 m.

¹²⁹ *Relation d'un voyage aux côtes d'Afrique*..., 1698.

y aguardiente, que rechazaron, aunque dieron a esos marineros algunas flechas y ayudaron a llevar a tierra la canoa del navío. Por lo demás, como Frezier no dice haber visto él mismo ninguno de esos gigantes, y como las relaciones que hablan de ellos están llenas de exageraciones sobre otras cosas, se puede aún dudar de que en efecto exista una raza de hombres totalmente compuesta de gigantes, sobre todo cuando se les supone de diez pies de altura, pues el volumen del cuerpo de tal hombre sería ocho veces más grande que el de un hombre común. Parece que al ser de cinco pies la altura ordinaria de los hombres, los límites no se extienden más que a un pie por encima o por debajo; un hombre de seis pies es en efecto un hombre muy alto, y un hombre de cuatro pies es muy pequeño. Los gigantes y los enanos que están por encima o por debajo de esos términos de tamaño deben ser considerados como variedades individuales y accidentales, y no como diferencias permanentes que producirían razas constantes.

Por lo demás, si esos gigantes de las tierras magallánicas existen, constituyen un número muy pequeño, pues los habitantes de las tierras del estrecho y de las islas vecinas¹³⁰ son salvajes de estatura mediocre; son de color oliváceo, tienen el pecho ancho, el cuerpo bastante cuadrado, los miembros gruesos, los cabellos negros y lacios; en una palabra, se parecen en la estatura a todos los otros hombres, y en el color y los cabellos a los otros americanos.

Sólo hay pues, por decirlo así, en todo el nuevo continente una sola y misma raza de hombres, y todos son más o menos morenos; y con excepción del norte de América, donde se encuentran hombres semejantes a los lapones y también algunos hombres con cabellos rubios, parecidos a los europeos del norte, todo el resto de esta vasta parte del mundo sólo contiene hombres entre los cuales casi no hay ninguna diversidad; mientras que en el antiguo continente hemos encontrado una prodigiosa variedad en los diferentes pueblos. Me parece que esta razón de la uniformidad en los hombres de América proviene de que todos viven de la misma manera; todos los americanos naturales eran, o son aún, salvajes o casi salvajes; los mexicanos y los peruanos se habían civilizado tan recientemente que no deben constituir una excepción. Cualquiera que sea el origen de esas naciones salvajes, parece serles común a todas; todos los americanos surgen de un mismo tronco, y han conservado hasta el presente las características de su raza sin gran variación, porque todos han permanecido salvajes, todos han vivido más o menos de la misma manera, su clima no es tan desigual en el frío y el calor como el del antiguo continente, y al haberse establecido recientemente en su región, las causas que producen las variedades no han podido actuar el tiempo suficiente para llevar a cabo efectos muy sensibles.

Cada una de las razones que acabo de exponer merece ser considerada en particular. Los americanos son pueblos nuevos; me parece que no se

¹³⁰ Los fueguinos. Sobre los patagones ver más adelante la importante *Addition* de 1777.

puede dudar cuando se pone atención a su pequeño número, a su ignorancia y al poco progreso que los más civilizados entre ellos habían hecho en las artes; pues, aunque las primeras relaciones del descubrimiento y de las conquistas de América nos hablen de México, de Perú, de Santo Domingo, etc., como de países muy poblados, y nos digan que los españoles tuvieron que combatir por doquiera a ejércitos muy numerosos, es fácil darse cuenta de que esos hechos están muy exagerados, en primer lugar por los pocos monumentos que restan de la supuesta grandeza de esos pueblos; segundo, por la naturaleza misma de su región, que, aunque poblada de europeos más industrioses sin duda que los nativos, sin embargo aún es salvaje, inculta, cubierta de bosques y, por otra parte, sólo forma un grupo de montañas inaccesibles, inhabitadas que, por consiguiente, no dejan más que pequeños espacios propios para ser cultivados y habitados; en tercero, por la tradición misma de esos pueblos sobre el tiempo que llevan reunidos en sociedad (los peruanos sólo cuentan doce reyes, el primero de los cuales había empezado a civilizarlos; así, hacía trescientos años que habían dejado de ser, como los otros, enteramente salvajes);¹³¹ en cuarto, por el pequeño número de hombres que han sido empleados para realizar la conquista de esas vastas regiones; por más ventaja que la pólvora haya podido darles, no habrían nunca subyugado a esos pueblos si hubiesen sido numerosos; una prueba de lo que enuncio es que nunca se ha podido conquistar al pueblo de los negros ni sujetarlos, aunque los efectos de la pólvora fuesen tan nuevos y tan terribles para ellos como para los americanos; la facilidad con que se han apoderado de América me parece probar que estaba muy poco poblada, y en consecuencia recientemente habitada.

En el nuevo continente la temperatura de los diferentes climas es mucho más estable que en el antiguo; esto es también por el efecto de varias causas: hace mucho menos calor en la zona tórrida de América que en la zona tórrida de África; los países comprendidos en esta zona de América son México, Nueva España, Perú, la tierra del Amazonas, Brasil y la Guyana. El calor nunca es demasiado intenso en México, en la Nueva España y en Perú, porque esas regiones son tierras extremadamente elevadas por encima del nivel ordinario de la superficie del globo; el termómetro, en los grandes calores, no sube tan alto en Perú como en Francia; la nieve que cubre la cima de las montañas enfría el aire y esta causa, que sólo es un efecto de la primera, influye mucho en la temperatura de ese clima; así, los habitantes, en vez de ser negros o muy oscuros, solamente son morenos. En la tierra del Amazonas hay una prodigiosa cantidad de extensiones de agua, de ríos y de bosques; el aire es pues extremadamente húmedo, y en consecuencia más fresco de lo que sería en una región más seca. Por otra parte, debe observarse que el viento del este, que sopla constantemente entre los trópicos, no

¹³¹ El imperio inca comienza hacia 1200. Pero la civilización andina tiene una antigüedad de alrededor de 4000 años. Ver el libro de Alfred Métraux ya citado.

llega en Brasil hasta la tierra del Amazonas y a la Guyana, sino después de haber atravesado un vasto mar, sobre el que adquiere una frescura que lleva después a todas las tierras orientales de la América equinoccial; por esta razón, tanto como por la cantidad de aguas y bosques, y por la abundancia y la continuidad de las lluvias, esas partes de América son mucho más templadas de lo que serían en efecto sin esas circunstancias particulares. Pero cuando el viento del este ha travesado las tierras bajas de América y llega a Perú, ha adquirido un grado de calor más considerable; así, haría más calor en Perú que en Brasil o en la Guyana si la elevación de esa comarca y las nieves que allí se encuentran, no enfriaran el aire y no le quitaran al viento del este todo el calor que puede haber adquirido al atravesar las tierras; sin embargo, le queda lo suficiente para influir bastante en el color de los habitantes, pues los que, por su situación, están más expuestos, son los más amarillos, y los que habitan los valles entre las montañas y están al abrigo de ese viento son mucho más blancos que los otros. Por otra parte, ese viento, que llega a golpear las altas montañas de las cordilleras, debe reflejarse a distancias bastante grandes en las tierras cercanas a esas montañas y llevar la frescura que ha adquirido en las nieves que cubren sus cimas; esas nieves mismas deben producir vientos fríos en la época del deshielo. Al contribuir, pues, todas esas causas a volver el clima de la zona tórrida en América mucho menos caliente, no es pues asombroso que no se hallen hombres negros, ni siquiera oscuros, como se encuentran en la zona tórrida de África o Asia, donde las circunstancias son muy diferentes, como lo diremos enseguida. Sea que se suponga, pues, que los habitantes de América se hayan naturalizado en su región muy antiguamente, o que hayan llegado más recientemente, no deben encontrarse hombres negros, puesto que su zona tórrida es un clima templado.

La última razón que he dado de que se encuentren pocas variedades en los hombres de América es la uniformidad en su manera de vivir; todos eran salvajes o muy recientemente civilizados; todos vivían o habían vivido de la misma manera. Suponiendo que todos tuviesen un origen común, las razas se habían dispersado sin haberse cruzado; cada familia formaba una nación, siempre semejante a sí misma y siempre semejante a las otras, porque el clima y la alimentación eran también más o menos semejantes; no tenían ningún medio para degenerar ni para perfeccionarse; no podían, pues, más que seguir siendo más o menos los mismos, siempre y dondequiera.

En cuanto a su origen primero, no dudo, independientemente incluso de las razones teológicas, que sea el mismo que el nuestro; la semejanza de los salvajes de América septentrional con los tártaros orientales debe hacer sospechar que vienen antiguamente de esos pueblos. Los nuevos descubrimientos¹³² que los rusos han hecho más allá de Kamchatka,

¹³² Buffon hace alusión a las dos expediciones de Behring (1725-1728 y 1741-1743) y al descubrimiento de las islas Aleutianas. Un relato de la expedición apareció en inglés en la colección de Harris en 1744-1749. El tomo XV de la *Histoire des voyages* (1759) con-

de varias tierras y de varias islas que se extienden hasta la parte oeste del continente de América, no dejarían ninguna duda sobre la posibilidad de comunicación si estuvieran bien comprobados y si esas tierras estuvieran más o menos contiguas; pero, incluso suponiendo que haya intervalos de mares bastante considerables, ¿no es muy posible que los hombres hayan atravesado esos intervalos y que hayan ido por sí mismos a buscar esas nuevas tierras, o que hayan ido allí por la tempestad? Tal vez hay un mayor intervalo de mar entre las islas Marianas y el Japón que entre alguna de las tierras que están más allá de Kamchatka y de América; y, sin embargo, las islas Marianas se han encontrado pobladas de hombres que sólo pueden venir del continente oriental. Me vería, pues, inclinado a creer que los primeros hombres que han llegado a América arribaron a las tierras que están al noroeste de California; que el frío excesivo de ese clima los obligó a alcanzar las partes más meridionales de su nueva morada; que se establecieron primero en México y en Perú, de donde después se extendieron por todas las partes de América septentrional y meridional, pues México y Perú pueden ser considerados como las tierras más antiguas de ese continente y las más antiguamente pobladas, ya que son las más elevadas y las únicas en las que se han encontrado hombres formando una sociedad. Puede también presumirse, con mucha verosimilitud, que los habitantes del norte de América, en el estrecho de Davis y las partes septentrionales de la tierra de Labrador, han llegado de Groenlandia, que sólo está separada de América por el ancho de ese estrecho, que no es muy considerable; pues, como lo hemos dicho, esos salvajes del estrecho de Davis y los de Groenlandia se parecen perfectamente; y, en cuanto a la manera en la que Groenlandia haya sido poblada, se puede creer, con igual verosimilitud, que los lapones han pasado desde el Cabo Norte, que sólo está alejado alrededor de ciento cincuenta leguas; y por otra parte, como la isla de Islandia está casi contigua a Groenlandia, y esta isla no está alejada de las Orcadas septentrionales, y como ha estado desde hace mucho tiempo habitada e incluso ha sido frecuentada por pueblos de Europa, y como los daneses incluso habían hecho establecimientos y formado colonias en Groenlandia,¹³³ no sería asombroso que en esa región se hallaran hombres blancos y de cabello rubio, que provendrían de esos daneses, y hay probabilidad de que los hombres blancos que se encuentran también en el estrecho de Davis vengan de esos blancos de Europa que se han establecido en las tierras de Groenlandia, de donde habrían pasado fácilmente a América, atravesando el pequeño intervalo de mar que forma el estrecho de Davis.

tiene también una relación de ese viaje, pero las observaciones de los naturalistas Gamelin, Krashenninikov y Steller, compañeros de Behring, fueron traducidas con unos veinte años de retraso, respecto al acontecimiento.

¹³³ Hans Egede y su hijo, discípulos de Linneo, fundaron en 1729 una misión en Groenlandia, y allí encontraron las huellas de una civilización medieval. Son ellos los que hicieron conocer el mundo esquimal, al cual pertenece Groenlandia. La hipótesis de que los lapones hayan poblado esta región ya no es sostenida por Buffon en 1777.

Así como se encuentra uniformidad en el color y la forma de los habitantes de América, así existe variedad en los pueblos de África. Esta parte del mundo está muy poblada y desde muy antiguamente; allí el clima es ardiente y, sin embargo, de una temperatura desigual, según las diferentes regiones, y las costumbres de los pueblos son también todas diferentes, como se ha podido observar en las descripciones que de ello hemos ofrecido. Todas esas causas han contribuido, pues, a producir en África una variedad en los hombres más grande que en cualquier otra parte; pues, al examinar primero la diferencia de la temperatura de las regiones africanas, encontraremos que al no ser excesivo el calor en Berbería y en toda la extensión de las tierras cercanas al mar Mediterráneo, los hombres son allí blancos y solamente algo morenos. Toda esa tierra de Berbería está refrescada, por una parte, por el aire del mar Mediterráneo, y por la otra, por las nieves del monte Atlas; además está situada en la zona templada más acá del trópico; así, todos los pueblos que se encuentran desde Egipto hasta las islas Canarias son solamente un poco más o un poco menos morenos. Más allá del trópico y del otro lado de los montes Atlas el calor se vuelve mayor, y los hombres son muy oscuros, pero todavía no son negros. Después, en el grado 17 o 18 de latitud norte, se encuentran Senegal y Nubia, cuyos habitantes son completamente negros, pues el calor allí es excesivo. Se sabe que en Senegal es tan grande que el líquido del termómetro sube hasta 38 grados, mientras que en Francia sube raramente a 30 grados, y en Perú, aunque situado en la zona tórrida, está casi siempre en el mismo grado y no sube casi nunca por encima de los 25 grados. No tenemos observaciones hechas con el termómetro en Nubia; pero todos los viajeros están de acuerdo en que allí el calor es excesivo; los desiertos arenosos que están entre el Alto Egipto y Nubia calientan el aire a tal grado que el viento septentrional de los nubios debe ser ardiente; por otra parte, el viento del este, que reina más comúnmente entre los trópicos, sólo llega a Nubia después de haber recorrido las tierras de Arabia, en las que toma un calor que el pequeño intervalo del Mar Rojo no puede temperar. No debe resultar sorprendente, pues, encontrar allí hombres completamente negros; sin embargo, deben serlo aún más en Senegal, pues el viento del este no puede llegar más que después de haber recorrido todas las tierras de África en su mayor anchura; lo que debe volverlo de un calor insoportable. Si se toma, pues, en general toda la parte de África que está comprendida entre los trópicos, donde el viento del este sopla más constantemente que cualquier otro, fácilmente se concebirá que todas las costas occidentales de esta parte del mundo deben experimentar, y en efecto sienten, un calor mucho más grande que las costas orientales, porque el viento del este llega a las costas orientales con la frescura que ha adquirido al recorrer un vasto mar; mientras que adquiere un ardor quemante al atravesar las tierras de África, antes de llegar a las costas occidentales de esta parte del mundo; así, las costas de Senegal, de Sierra Leona, de Guinea, en una palabra todas las tierras occidentales de África,

situadas en la zona tórrida, son los climas más calientes de la tierra, y no hace, ni de lejos, tanto calor en las costas orientales de África como en Mozambique, en Mombasa, etc. No dudo, pues, que sea por esta razón que se encuentra a los verdaderos negros, es decir los más negros entre los negros, en las tierras occidentales de África, y que, por el contrario, se encuentran los cafres, es decir negros menos negros, en las tierras orientales. La marcada diferencia que hay entre esas dos especies de negros viene del calor de su clima, que no es tan grande en la parte oriental de África, pero es excesivo en la occidental. Más allá del trópico, por el lado sur, el calor ha disminuido considerablemente, en principio por la gran altitud y también porque la punta de África se estrecha y, al estar esta punta de tierra rodeada de mar por todos lados, el aire debe ser mucho más templado de lo que sería en medio de un continente; así, los hombres de esta región empiezan a blanquearse, y naturalmente son más blancos que negros, como hemos dicho antes. Nada me parece probar más claramente que el clima es la principal causa de la variedad en la especie humana que este color de los hotentotes, cuya negrura sólo parece haberse debilitado por la temperatura del clima; y si a esta prueba se unen todas las que se pueden sacar de los argumentos que acabo de exponer, me parece que ya no se podrá dudar.

Si examinamos todos los otros pueblos que están en la zona tórrida más allá de África, estaremos aún más convencidos de esta opinión. Los habitantes de las islas Maldivas, de Ceilán, de la punta de la península de la India, de Sumatra, de Malaca, de Borneo, de las Célebes, de las Filipinas, etc., son todos extremadamente oscuros, sin ser absolutamente negros, porque todas esas tierras son islas o penínsulas. El mar tempera en esos climas el ardor del aire que, por otra parte, no puede ser nunca tan grande como en el interior o en las costas occidentales de África, porque el viento del este o del oeste, que reine alternativamente en esta parte del globo, sólo llega a esas tierras del archipiélago indio después de haber pasado por mares de vasta extensión. Todas esas islas están, pues, pobladas sólo por hombres oscuros, porque el calor no es tan excesivo; pero en la Nueva Guinea, o en la tierra de los papúas, se encuentran hombres negros que parecen ser verdaderos negros, según las descripciones de los viajeros; porque esas tierras forman un continente del lado del este, y el viento que atraviesa esas tierras es mucho más ardiente que el que reina en el Océano Índico. En Nueva Holanda, donde el ardor del clima no es tan grande porque esta tierra empieza a alejarse del ecuador, se vuelven a encontrar pueblos menos negros y bastante semejantes a los hotentotes. Esos negros y esos hotentotes que se encuentran en la misma latitud, a una distancia tan grande de los otros negros y de los otros hotentotes, ¿no prueban que su color sólo depende del ardor del clima? Pues no se puede suponer que jamás haya habido comunicación del África con ese continente austral y, sin embargo, se hallan las mismas especies de hombres, porque se encuentran las circunstancias que pueden ocasionar los mismos grados de calor. Un ejemplo tomado de los

animales podrá confirmar aún más todo lo que acabo de decir. Se ha observado que en el Delfinado todos los cerdos son negros, y que por el contrario en Vivarais, del otro lado del Ródano, donde hace más frío que en el Delfinado, todos los puercos son blancos. No es probable que los habitantes de esas dos provincias se hayan puesto de acuerdo para sólo criar, unos, puercos negros, y otros, puercos blancos, y me parece que esta diferencia sólo puede provenir de la temperatura, combinada tal vez con la alimentación de esos animales.

Los negros que se han encontrado, pero en muy pequeño número, en las Filipinas y en algunas otras islas del océano Índico, vienen aparentemente de los papúas o negros de la Nueva Guinea, que los europeos sólo conocen desde hace alrededor de cincuenta años. Dampier, en 1700, descubrió la parte más oriental de esa tierra, a la cual dio el nombre de *Nueva Bretaña*; pero aún se ignora la extensión de dicha región; solamente se sabe que no está muy poblada en las partes que se han explorado.

No se encuentran, pues, negros más que en los climas de la tierra en donde están reunidas todas las circunstancias para producir un calor constante y siempre excesivo; este calor es tan natural, no sólo para la producción de negros sino también para su conservación, que se ha observado en nuestras islas, donde el calor, aunque muy fuerte, no es comparable al del Senegal, que los niños recién nacidos de negros son tan susceptibles a las impresiones del aire que se está obligado a mantenerlos durante los primeros nueve días, después de su nacimiento, en cuartos bien cerrados y bien calientes; si no se toman esas precauciones y se los expone al aire en el momento de nacer, les sobreviene una convulsión en la mandíbula que les impide tomar sus alimentos y que los hace morir. El señor Littre,¹³⁴ quien en 1702 hizo la disección de un negro, observó que el extremo del glande que no estaba cubierto por el prepucio era negro como toda la piel, y que el resto, que estaba cubierto, era perfectamente blanco. Esta observación prueba que la acción del aire es necesaria para producir la negrura de la piel de los negros. Sus hijos nacen blancos, o más bien rojos, como los de los otros hombres, pero dos o tres días después de que han nacido el color cambia; parecen de un amarillo moreno que se oscurece poco a poco, y al séptimo u octavo día ya están completamente negros. Se sabe que, dos o tres días después del nacimiento, todos los niños tienen una especie de ictericia; dicha ictericia sólo tiene un efecto pasajero en los blancos y no deja en la piel ninguna impresión; por el contrario, en los negros da a la piel un color imborrable, y que ennegrece cada vez más. El señor Kolbe dice haber notado que los hijos de los hotentotes, que nacen blancos como los europeos, se volvían oliváceos por efecto de dicha ictericia que se extiende en toda la piel a los tres o cuatro días del nacimiento del niño, que después ya no

¹³⁴ Varias relaciones de Alexis Littre han sido publicadas por la *Académie des Sciences*. Esta data de 1702.

desaparece; sin embargo, esta ictericia y la impresión real del aire sólo me parecen ser causas ocasionales de la negrura y no la causa primera; pues se observa que los hijos de los negros, en el momento mismo de su nacimiento, tienen negro en la raíz de las uñas y en las partes genitales. La acción del aire y la ictericia servirán, si se quiere, para extender tal color; pero es cierto que el germen de la negrura es comunicado a los hijos por los padres y las madres; que en cualquier país en que llegue al mundo un negro será negro como si hubiera nacido en su propio país, y que si hay alguna diferencia desde la primera generación, es tan insensible que no se ha dado cuenta uno de ella. Sin embargo, eso no basta para que tenga uno derecho a asegurar que después de un cierto número de generaciones este color no cambiará sensiblemente; por el contrario, hay todas las razones del mundo para presumir que, como sólo vienen originalmente del ardor del clima y de la acción por largo tiempo continua del calor, se borraría poco a poco con la temperatura de un clima frío, y que, en consecuencia, si se transportaran negros a una provincia del norte, sus descendientes en la octava, décima o decimosegunda generación serían mucho menos negros que sus antepasados, y tal vez blancos como los pueblos originarios del clima frío donde habitaran.

Los anatomistas han buscado en qué parte de la piel residía el color negro de los negros. Unos afirman que no está ni en la piel ni en la epidermis, sino en la membrana reticular que se encuentra entre la epidermis y la piel;¹³⁵ que esta membrana, lavada y mantenida en agua tibia durante mucho tiempo, no cambia de color y permanece siempre negra, mientras que la piel y la epidermis parecen ser más o menos tan blancas como las de los otros hombres. El doctor Towns y algunos otros han afirmado que la sangre de los negros era mucho más negra que la de los blancos. No he tenido ocasión de verificar ese hecho, que me vería muy inclinado a creer, pues he observado entre nosotros que los hombres que tienen la tez morena, amarilla u oscura tienen la sangre más oscura que los otros; y esos autores afirman que el color de los negros viene del de su sangre.¹³⁶ El señor Barrère, que parece haber examinado la cosa más de cerca que cualquier otro, dice, así como el señor Winslow, que la epidermis de los negros es negra, y que si les ha parecido blanca a los que la han examinado es porque es extremadamente delgada y transparente, pero que realmente es tan negra como un cuerno negro que se hubiera reducido a un espesor tan pequeño. También aseguran que la piel de los negros es de un rojo oscuro que se aproxima al negro. Este color de la epidermis y de la piel de los negros es producido, según el señor Barrère,¹³⁷ por la bilis, que en los negros no es amarilla sino siempre negra como tinta, como cree haberse asegurado a través de varios cadáveres

¹³⁵ Malpighi y Ruysch.

¹³⁶ Towns, *Mémoire [...] sur la couleur du sang des negres*.

¹³⁷ Naturalista francés, que fue por mucho tiempo médico botánico del rey en Guyana. Publicó un *Essai sur l'histoire naturelle de la France équinoxiale* y una *Relation de su estancia*. Su informe sobre las causas de la negrura de los negros es de 1741.

de negros que tuvo la oportunidad de disecar en Cayena. En efecto, la bilis tiñe de amarillo la piel de los hombres blancos cuando se derrama, y puede suponerse que, si fuera negra, la teñiría de negro; pero desde el momento en que la efusión de la bilis cesa, la piel retoma su blancura natural; haría falta, pues, suponer que la bilis siempre está derramada en los negros, o bien que, como dice el señor Barrère, fuera tan abundante que se separara naturalmente en la epidermis en una cantidad bastante grande para darle este color negro. Por lo demás, es probable que la bilis y la sangre sean más oscuras en los negros que en los blancos, como la piel es también más negra; pero uno de esos hechos no puede servir para explicar la causa del otro, pues si se afirma que son la sangre o la bilis las que por su negrura dan este color a la piel, entonces, en vez de preguntar por qué los negros tienen la piel negra, se preguntará por qué tienen la bilis o la sangre negras; eso no es, pues, más que alejar la cuestión en vez de resolverla. En cuanto a mí, confieso que siempre me ha parecido que la misma causa que nos oscurece cuando nos exponemos al aire y a los ardores del sol, causa que hace que los españoles sean más oscuros que los franceses y los moros más que los españoles, también hace que los negros lo sean más que los moros; por otra parte, aquí no queremos buscar cómo actúa esa causa, sino solamente asegurarnos de que actúa, y de que sus efectos no son tanto más grandes y más sensibles en cuanto actúan más fuertemente y durante más tiempo.

El calor del clima es la principal causa del color negro; cuando este calor es excesivo, como en Senegal y en Guinea, los hombres son completamente negros; cuando es un poco menos fuerte, como en las costas orientales de África, los hombres son menos negros; cuando empieza a volverse un poco más temperado, como en Berbería, en el Mogol, en Arabia, etc., los hombres son oscuros, y, por último, cuando es completamente templado, como en Europa y Asia, los hombres son blancos; se notan únicamente algunas variedades que sólo provienen de la manera de vivir; por ejemplo, todos los tártaros son morenos, mientras que los pueblos de Europa que están en la misma latitud son blancos. Me parece que se debe atribuir esa diferencia al hecho de que los tártaros siempre están expuestos al aire: no tienen ciudades ni moradas fijas, se acuestan en el suelo, viven de una manera dura y salvaje; eso basta para que sean menos blancos que los pueblos de Europa, a los cuales no les falta nada de lo que puede volver la vida agradable. ¿Por qué los chinos son más blancos que los tártaros, a los cuales se parecen, por otra parte, en todos los rasgos de la cara? Es porque viven en ciudades, porque son civilizados, porque tienen todos los medios para protegerse de la agresión del aire y de la tierra, mientras que los tártaros están perpetuamente expuestos a ella.

Pero, cuando el frío se vuelve intenso, produce algunos efectos semejantes a los del calor excesivo: los samoyedos, los lapones, los groenlandeses son muy morenos; incluso se asevera, como hemos dicho, que entre los groenlandeses se encuentran hombres tan negros como los de África.

Los dos extremos, como se ve, se tocan aquí; un frío muy vivo y un calor ardiente producen el mismo efecto en la piel, porque ambas causas actúan por una cualidad que les es común; esta cualidad es la sequedad que, en un aire muy frío, puede ser tan grande como en un aire caliente; el frío, como el calor, debe reseca la piel, alterarla y darle ese color moreno que se encuentra entre los lapones. El frío estrecha, achica y reduce a un menor volumen todas las producciones de la naturaleza; así los lapones, que están perpetuamente expuestos al rigor del mayor frío, son los más pequeños de todos los hombres. Nada prueba mejor la influencia del clima que esta raza lapon, que se encuentra situada a todo lo largo del círculo polar en una zona muy prolongada, cuyo ancho está limitado por la extensión del clima excesivamente frío y termina en cuanto se llega a una región un poco más templada.

El clima más templado está desde el grado 40 hasta el 50; también es, en esta zona, donde se encuentran los hombres más bellos y mejor formados; en ese clima se debe formar la idea del verdadero color natural del hombre; de ahí se debe tomar el modelo o la unidad a la que hay que referir los otros matices de color o de belleza; los dos extremos están igualmente alejados de lo verdadero y de lo bello; los países civilizados situados en esta zona son Georgia, Circasia, Ucrania, la Turquía europea, Hungría, Alemania meridional, Italia, Suiza, Francia y la parte septentrional de España; todos esos pueblos son también los más bellos y los mejor formados de toda la tierra.

Se puede pues considerar al clima como la causa primera, y casi única, del color de los hombres; pero el alimento, que tiene menos que ver con el color que el clima, tiene mucho que ver con la forma. Los alimentos burdos, malsanos o mal preparados pueden hacer degenerar a la especie humana; todos los pueblos que viven miserablemente son feos y mal hechos; entre nosotros mismos las gentes del campo son más feas que las de las ciudades, y a menudo he observado que en las aldeas donde la pobreza es menor que en las aldeas vecinas los hombres están mejor formados y sus caras son menos feas. El aire y la tierra influyen mucho en la forma de los hombres, de los animales, de las plantas; si se examina en el mismo cantón a los hombres que habitan las tierras altas, como los collados o las cimas de las colinas, y se los compara con los que ocupan el centro de los valles vecinos, se encontrará que los primeros son ágiles, activos, bien formados, ingeniosos, y que las mujeres por lo regular son bonitas; mientras que en la región plana, donde la tierra es crasa, el aire espeso y el agua menos pura, los campesinos son burdos, pesados, mal hechos, estúpidos, y las campesinas son casi todas feas. Si se llevan caballos de España o de Berbería a Francia no será posible perpetuar su raza; comienzan a degenerar desde la primera generación, y a la tercera o cuarta esos caballos de raza berber o española, sin ninguna mezcla de otras razas, no dejarán de volverse caballos franceses; de manera que, para perpetuar los caballos bellos, se está obligado a cruzar las razas haciendo traer nuevos sementales de España o de Berbe-

ría. El clima y la alimentación influyen, pues, en la forma de los animales de una manera tan notoria que no puede dudarse de sus efectos; y aunque éstos sean menos rápidos, menos aparentes y menos sensibles en los hombres, debemos concluir, por analogía, que esos efectos tienen lugar en la especie humana y que se manifiestan a través de las variedades que en ella se encuentran.

Todo contribuye, pues, a probar que el género humano no está compuesto de especies esencialmente diferentes entre sí; que, por el contrario, sólo ha habido originalmente una sola especie de hombres, que al haberse multiplicado y esparcido por toda la superficie de la tierra, ha sufrido diferentes cambios debido a la influencia del clima, a la diferencia de alimentación, a la manera de vivir, a las enfermedades epidémicas y, también, a la mezcla variada al infinito de los individuos más o menos semejantes; que, en principio, esas alteraciones no eran tan notorias y no producían más que variedades individuales; que después se han vuelto variedades de la especie, porque se han tornado más generales, más sensibles y más constantes debido a la acción continua de esas mismas causas; que se han perpetuado y se perpetúan de generación en generación, como las malformaciones o las enfermedades que los padres y las madres pasan a sus hijos; y que, por último, como han sido producidas originalmente sólo por el concurso de causas exteriores y accidentales, que no han sido confirmadas y no se han vuelto constantes más que por el tiempo y la acción continua de esas mismas causas, es muy probable que desaparecerían también poco a poco con el tiempo, o incluso que se volverían diferentes de lo que son en la actualidad, si esas mismas causas ya no subsistieran o si llegaran a variar en otras circunstancias y por medio de otras combinaciones.

AÑADIDO AL ARTÍCULO PRECEDENTE (1777)

En la sucesión entera de mi obra sobre la historia natural no hay, tal vez, uno solo de los artículos que sea más susceptible de añadidos e incluso de correcciones que el de las variedades de la especie humana. No obstante, he tratado este asunto con mucha extensión y le he dedicado toda la atención que merece, pero bien se aprecia que me he visto obligado a referirme, para la mayoría de los hechos, a las relaciones de los viajeros más acreditados. Desgraciadamente esas relaciones, fieles en ciertos aspectos, no lo son en otros; los hombres que se toman el trabajo de ir lejos a ver cosas, creen resarcirse de sus penosas tareas volviendo esas cosas más maravillosas: ¿para qué salir de su país si no se tiene nada extraordinario que presentar o decir a su regreso? De ahí las exageraciones, los cuentos y relatos extravagantes con que tantos viajeros han ensuciado sus escritos creyendo adornarlos. Un espíritu alerta, un filósofo instruido, reconoce fácilmente los hechos puramente controvertidos que chocan con la verosimilitud o el orden de la naturaleza; igualmente distingue lo falso

de lo verdadero, lo maravilloso de lo verosímil, y se pone sobre todo en guardia contra la exageración; pero en las cosas que sólo son de simple descripción, en las que la inspección e incluso la mirada bastarían para designarlas, ¿cómo distinguir los errores que parecen sólo relacionarse con hechos tan simples como indistintos? ¿Cómo rehusarse a admitir como verdades todo lo que el relator asegura, cuando no se da uno cuenta de la fuente de sus errores, e incluso no se adivinan los motivos que han podido determinarlo a decir falsedades? Sólo con el tiempo este tipo de errores pueden ser corregidos, es decir, cuando un gran número de nuevos testimonios llegan a destruir los primeros. Hace treinta años que escribí ese artículo de las variedades de la especie humana, y en ese intervalo se han hecho varios viajes, de los cuales unos han sido llevados a cabo y referidos por hombres instruidos; a partir de los nuevos conocimientos que nos han sido transmitidos, voy a tratar de reintegrar las cosas en su más exacta verdad; ya sea suprimiendo algunos hechos que he afirmado a la ligera confiando en los primeros viajeros, o bien confirmando los que algunos críticos han impugnado y negado equivocadamente.

Para seguir el mismo orden que me he trazado en este artículo comenzaré por los pueblos del norte. He dicho que los lapones, los de Zembla, los borandos, los samoyedos, los tártaros septentrionales y tal vez los ostiacos en el antiguo continente, los groenlandeses y los salvajes que viven al norte de los esquimales en el otro continente, parecen ser todos de una sola y misma raza que se ha extendido y multiplicado a lo largo de las costas de los mares septentrionales, etc. El señor Klingstedt, en una relación impresa en 1762, afirma que me he equivocado: primero, en el hecho de que los de Zembla no existen más que en mi imaginación. "Es cierto —dice— que la región que se llama *Nova-Zembla*, lo que en lengua rusa significa *nueva tierra*, no tiene habitantes." Pero por pocos que haya, ¿no deberían llamarse zemblanos? Por otra parte, los viajeros holandeses los han descrito e incluso han dado sus retratos grabados; han hecho un gran número de viajes a esta Nueva Zembla, y han invierno allí desde 1596, en la costa oriental a 15 grados del polo; hacen mención de los animales y de los hombres que han encontrado. No me he equivocado pues, y es más probable que el señor Klingstedt sea quien yerre al respecto. No obstante, voy a referir las pruebas que él da de su opinión:

La Nueva Zembla¹³⁸ es una isla separada del continente por el estrecho de Waigats, en el grado 71, y se extiende en línea recta hacia el norte hasta el grado 75. La isla está separada en la mitad por un canal o estrecho que la atraviesa en toda su extensión girando hacia el noroeste, y cae en el mar del Norte, del lado de occidente, a 73 grados, 3 minutos de latitud. Ese estrecho corta la isla en dos porciones casi iguales; se ignora si es a veces navegable; lo que de cierto hay es que siempre se lo ha visto cubierto de

¹³⁸ La isla de Novaia Zemlia está separada del continente por el estrecho de Kara. La *Mémoire* de Timothée Merzahn von Klingstöd, sobre los samoyedos y los lapones, había sido traducida en 1762.

hielos. La región de la Nueva Zembla, al menos lo poco que se conoce, está completamente desierta y es estéril; sólo produce pocas hierbas y está por entero desprovista de bosques, incluso carece de maleza. Es verdad que nadie ha penetrado a la isla más allá de cincuenta o sesenta verstas, y en consecuencia se ignora si, en su interior, hay algún terreno más fértil y tal vez habitantes; pero como las costas son frecuentadas sucesivamente y desde hace varios años por un gran número de gente a la que atrae la pesca, sin que se haya jamás descubierto la menor huella de habitantes, y como se ha notado que no se encuentran otros animales más que los que se alimentan de peces que el mar arroja a la playa, o bien de musgo, como los osos blancos, los zorros blancos y los renos, y pocos de esos otros animales que se alimentan de vainas, raíces y yemas de plantas o de malezas, es muy probable que la región no albergue habitantes, y que esté tan poco provista de bosques en el interior como en las costas. Debe, pues, presumirse que el pequeño número de hombres que algunos viajeros dicen haber visto no eran naturales de la región, sino extranjeros que, para evitar el rigor del clima, se habían vestido como samoyedos, porque los rusos tienen la costumbre, en esos viajes, de cubrirse de vestidos a la usanza de los samoyedos... El frío de la Nueva Zembla es muy moderado en comparación con el de Spitzberg. En esta última isla no se goza, durante los meses de invierno, de ninguna luz o crepúsculo; sólo por la posición de las estrellas, que son continuamente visibles, se puede distinguir el día de la noche, mientras que, en la Nueva Zembla, se los distingue por una débil luz que siempre se hace notar a mediodía, incluso en las épocas en que el sol no aparece.

Los que tienen la desgracia de verse obligados a invernar en la Nueva Zembla no perecen, como se cree, por exceso de frío, sino por el efecto de las nieblas espesas y malsanas, ocasionadas a menudo por la putrefacción de las hierbas y los musgos de la orilla del mar, cuando el deshielo tarda demasiado en llegar.

Por una antigua tradición se sabe que hubo algunas familias que se refugiaron y se establecieron con sus mujeres e hijos en la Nueva Zembla, en el tiempo de la destrucción de Novgorod. Bajo el reinado del zar Iván Vasilievich, un siervo prófugo, perteneciente a la casa de los Stroganoff, también se había retirado allí con su mujer y sus hijos; y los rusos conocen todavía hasta el presente los lugares en que moraron esas personas, y los indican por sus nombres; pero los descendientes de esas desgraciadas familias han perecido todos al mismo tiempo, aparentemente por la infección de las mismas nieblas.

A través del relato del señor Klingstedt se ve que los viajeros han encontrado hombres en la Nueva Zembla: ¿no han debido, a partir de eso, tomar a esos hombres por naturales de la región, puesto que estaban vestidos más o menos como los samoyedos? Habrán llamado, pues, *zemblanos* a esos hombres que han visto en Zembla. Este error, si lo es, es muy perdonable; pues al ser tal isla de una gran extensión y estar muy cerca del continente, costaría trabajo persuadirse de que estuviera enteramente deshabitada con anterioridad a la llegada de ese campesino ruso.

En segundo lugar, el señor Klingstedt dice que yo "no parezco mejor fundado en lo que respecta a los borandos, de los que incluso se ignora el nombre en todo el norte y a los que, por otra parte, se podría reconocer difícilmente con la descripción que doy". Este último reproche no debe recaer sobre mí. Si la descripción de los borandos, dada por los viajeros holandeses en el *Recueil des voyages du Nord*, no es bastante detallada para que pueda reconocerse dicho pueblo, no es mi culpa; no he podido añadir nada a sus indicaciones. Sucede lo mismo en lo que respecta al nombre: no lo he imaginado; lo he encontrado no sólo en esa recopilación de viajes, que el señor Klingstedt hubiera debido consultar, sino también en mapas y globos ingleses del señor Senex, miembro de la Sociedad Real de Londres, cuyas obras tienen una gran reputación tanto por la exactitud como por la precisión. No veo pues, hasta el momento, que el testimonio negativo del señor Klingstedt deba prevalecer contra los testimonios positivos de los autores que acabo de citar. Pero, para ponerlo más al alcance de reconocer a los borandos, le diré que ese pueblo, cuya existencia niega, ocupa no obstante un vasto territorio, que no está más que a doscientas leguas de Arcángel hacia el oriente; que la aldea de Boranda, que ha tomado o dado el nombre a la región, está situada a veintidós grados del polo, sobre la costa occidental de un pequeño golfo en el que desemboca el gran río de Pechora; que esa región habitada por los borandos está limitada al norte por el mar Glacial, frente a las islas de Kolgo y las pequeñas islas Toxar y Maurice; en el poniente, separada de las tierras de la provincia de Jugori por montañas bastante grandes; al mediodía, limita con las provincias de Ziranía y de Permía, y por el levante con las provincias de Condoria y de Montizar, las cuales limitan también con la región de los samoyedos. Aún podría añadir que, independientemente de la aldea de Boranda, existen en la región varios otros establecimientos notables, como Ustzilma, Nicolai, Issemskaia y Pechora; que, por último, esa misma región está marcada en varios mapas con el nombre de *Petzora, sive Boranda*. Me asombra que el señor Klingstedt y el señor de Voltaire,¹³⁹ que lo ha copiado, hayan ignorado todo eso y me hayan igualmente reprochado haber descrito un pueblo imaginario, del que se ignora incluso el nombre. El señor Klingstedt ha permanecido durante varios años en Arcángel, adonde, dice, llegan los lapones moscovitas y los samoyedos todos los años en número bastante grande con sus mujeres y sus hijos, y algunas veces incluso con sus renos, para llevar aceites de pescado; a partir de eso parece que debería uno referirse a lo que él dice de esos pueblos, y tanto más cuanto que empieza su crítica con estas palabras: "El señor de Buffon, que ha adquirido un gran renombre en el mundo de las letras, y a cuyo mérito distinguido rindo toda la justicia que es debida, se equivoca, etc."

¹³⁹ Voltaire, para la *Histoire de la Russie sous Pierre le Grand*, había conseguido varias relaciones inéditas, entre ellas la de Klingstöd. Le reprocha a Buffon haber confundido "la especie de los lapones con la especie de los samoyedos", y haber inventado un pueblo que no existía. (*Oeuvres historiques*, Pléiade, pp. 370 y 372).

El elogio unido a la crítica la vuelve más plausible, de manera que el señor de Voltaire o algunas otras personas que han escrito a partir de la crítica del señor Klingstedt han tenido cierta razón al creer que, en efecto, me había equivocado sobre los tres puntos que me reprocha. No obstante, creo haber demostrado que no he cometido ningún error respecto a los *zemblanos*, y que sólo he dicho la verdad respecto a los *borandos*. Cuando se quiere criticar a alguien cuyas obras se estiman o a quien se elogia, al menos es necesario instruirse bastante para estar al nivel del autor al que se ataca. Si el señor Klingstedt hubiese revisado tan sólo todos los viajes del norte, de los que saco fragmentos; si hubiese buscado en los diarios de los viajeros holandeses y los globos del señor Senex,¹⁴⁰ habría reconocido que no he afirmado nada que no estuviera bien fundado. Si hubiera consultado la *Géographie* del rey Alfredo, obra escrita a partir de los testimonios de los antiguos viajeros Othere y Wulfstant,¹⁴¹ habría visto que los pueblos que yo he llamado *borandos*, según las indicaciones modernas, antiguamente se llamaban *beormas* o *boranas* en el tiempo de ese rey geógrafo, que de *boranas* se ha derivado fácilmente Boranda, y que es, por consiguiente, el verdadero y antiguo nombre de esa misma región que actualmente se llama Pechora, la cual está situada entre los lapones moscovitas y los samoyedos, en la parte de la tierra cortada por el círculo polar, y atravesada en su largura, del mediodía al norte, por el río Pechora. Si no se conoce ahora en Arcángel el nombre de los borandos no habría por eso que concluir que eran un pueblo imaginario, sino únicamente un pueblo cuyo nombre había cambiado; lo que ha sucedido a menudo no sólo en las naciones del norte, sino entre varias otras, como tendremos oportunidad de señalar después, incluso entre los pueblos de América, aunque no haga más de doscientos o doscientos cincuenta años que se hayan impuesto esos nombres, que ya no subsisten ahora.^o

En tercer lugar, el señor Klingstedt asegura que he declarado "una cosa carente de todo fundamento, cuando tomo por una misma nación a los lapones, samoyedos y todos los pueblos tártaros del norte, puesto que sólo hay que poner atención a la diversidad de fisonomías, de costumbres y del mismo lenguaje de esos pueblos para convencerse de que son de una raza diferente, como tendré —dice— oportunidad de probarlo después". Mi respuesta a esta tercera imputación será satisfactoria para todos aquellos que, como yo, sólo buscan la verdad. No he tomado por una misma nación a los lapones, samoyedos y tártaros del norte, puesto que los he nombrado y descrito separadamente; no he ignorado que sus lenguas eran diferentes, y he expuesto en particular sus usos

¹⁴⁰ El Atlas de John Senex es de 1710.

¹⁴¹ Se trata de la *Histoire d'Orosius*, corrigée par le roi Alfred, d'après les récits des voyageurs Othere... et Wulfstant. Una traducción inglesa de ese texto anglosajón había aparecido en Londres en 1773.

^o Un ejemplo notable de esos cambios de nombre es que Escocia se llamaba *Irland* o *Irland* en la misma época en que los borandos o borandas se llamaban *beormas* o *boranas*.

y costumbres; pero lo que únicamente he afirmado y sostengo aún es que todos esos hombres del círculo ártico son más o menos semejantes entre sí; que el frío y las otras influencias de ese clima los han vuelto muy diferentes de los pueblos de la zona templada; que, independientemente de su corta estatura, tienen tantas otras relaciones de semejanza entre sí que puede considerárselos como de una misma naturaleza o de una misma "raza que se ha extendido y multiplicado a lo largo de las costas de los mares septentrionales, en los desiertos y en un clima inhabitable para todas las otras naciones". He usado aquí, como se ve, la palabra *raza* en el sentido más amplio, y el señor Klingstedt la usa, por el contrario, en su sentido más estrecho; así, su crítica se derrumba. Las grandes diferencias que se encuentran entre los hombres dependen de la diversidad de los climas; en ese punto de vista general hay que considerar lo que yo he dicho y, en ese sentido, es muy cierto que no solamente los lapones, los borandos, los samoyedos y los tártaros del norte en nuestro continente, sino también los groenlandeses y los esquimales de América, son hombres a los que el clima ha convertido en razas semejantes, hombres de una naturaleza igualmente empuñecida y degenerada, y que a partir de eso se pueden considerar como una sola y misma raza en la especie humana.

Ahora que he respondido a sus críticas, a las cuales no hubiera prestado ninguna atención si gente célebre por su talento no las hubiese copiado, voy a rendir cuenta de los conocimientos particulares que le debemos al señor Klingstedt respecto a los pueblos del norte.

Según él, "el nombre de *samoyedo* sólo se conoce desde hace alrededor de cien años; el inicio de los establecimientos de los samoyedos se encuentra más allá del río de Mezene, a tres o cuatrocientas verstas de Arcángel... Esa nación salvaje, que no es numerosa, ocupa no obstante una extensión de más de treinta grados de longitud a lo largo de las costas del océano del Norte y del mar Glacial, entre los 66 y 70 grados de latitud, contando desde el río de Mezene hasta el río Yenisei y tal vez más lejos".

Observé que hay alrededor de treinta grados de longitud, tomados en el círculo polar, desde el río Yenisei hasta el de Pechora; así, los samoyedos se encuentran en efecto después de los borandos, los que ocupaban la dicha comarca de Pechora. Se ve que el testimonio del señor Klingstedt confirma lo que he anticipado, y prueba que hacía falta en efecto distinguir a los borandos, es decir, los habitantes naturales del distrito de Pechora, de los samoyedos, que están más allá del lado de oriente.

Los samoyedos —dice el señor Klingstedt— son, por lo regular, de estatura inferior a la mediana; tienen el cuerpo duro y nervioso, de una estructura ancha y cuadrada, las piernas cortas y menudas, los pies pequeños, el cuello corto y la cabeza grande en proporción al cuerpo; la cara aplanada, los ojos negros y la abertura de los ojos pequeña pero alargada; la nariz de tal manera aplastada que la punta está más o menos al nivel del hueso de la mandíbula superior, que tienen muy fuerte y alta; la boca grande y los labios

delgados. Sus cabellos, negros como azabache, son extremadamente duros, muy lacios y cuelgan sobre sus hombros; su tez es de un oscuro muy amarillento; tienen las orejas grandes y realzadas. Los hombres sólo tienen poco o nada de pelo en la barba, y no tienen vello, que se arrancan, como las mujeres, en todas las partes del cuerpo. Se casa a las muchachas a la edad de diez años, y a menudo son madres a los once o doce años; pero pasada la edad de treinta dejan de tener hijos. La fisonomía de las mujeres se asemeja perfectamente a la de los hombres, excepto porque tienen los rasgos un poco menos burdos, el cuerpo más delgado, las piernas más cortas y los pies muy pequeños; se ven sujetas, como las otras mujeres, a las evacuaciones periódicas, pero débilmente y en muy pequeña cantidad; todas tienen los senos planos y pequeños, blandos en todo tiempo, incluso cuando aún son vírgenes, y el pezón siempre está negro como carbón, defecto que les es común con las laponas.

Esta descripción del señor Klingstedt concuerda con la de los otros viajeros que han hablado de los samoyedos, y con lo que yo mismo he dicho, sólo que es más detallada y parece más exacta; es lo que me ha llevado a referirla aquí. El único hecho que me parece dudoso es que, en un clima tan frío, las mujeres maduren tan pronto; si, como dice este autor, producen comúnmente a partir de los once o doce años, no sería asombroso que dejaran de producir a los treinta; pero confieso que me cuesta trabajo persuadirme de esos hechos, que me parecen contrarios a una verdad general y bien comprobada: que mientras más calientes son los climas, más precoz es la producción de las mujeres, como todas las otras producciones de la naturaleza.

El señor Klingstedt dice además, en la parte que sigue de su *Relación*, que los samoyedos tienen la vista penetrante, el oído fino y la mano firme; que tiran el arco con precisión admirable; que son de una ligereza extraordinaria para correr, y que, por el contrario, tienen el gusto burdo, débil el olfato, el tacto rudo y embotado.

La caza les provee de su alimento ordinario en invierno, y la pesca en verano. Sus renos son sus únicas riquezas; comen la carne siempre cruda, y beben con deleite la sangre caliente; no conocen el uso de extraerles la leche; también comen el pescado crudo. Se hacen tiendas cubiertas de pieles de renos y las transportan a menudo de un lugar a otro. No habitan bajo tierra, como algunos escritores han asegurado; se mantienen siempre alejados a cierta distancia unos de otros, sin formar nunca sociedad. Dan renos para tener muchachas, de las que hacen sus mujeres: les es permitido tener tantas como les plazca; la mayoría de ellos se limitan a dos mujeres y es raro que tengan más de cinco. Hay muchachas por las cuales pagan al padre cien e incluso ciento cincuenta renos; pero tienen el derecho de devolver a sus mujeres y recuperar sus renos si llegan a estar descontentos; si la mujer confiesa que ha tenido comercio con algún hombre de nación extranjera la devuelven inmediatamente a sus padres; así, no ofrecen, como lo dice el señor de Buffon, sus mujeres y sus hijas a los extranjeros.

Lo he dicho, en efecto, a partir del testimonio de un número tan grande de viajeros¹⁴² que el hecho no me parece dudoso. No sé siquiera si el señor Klingstedt tiene derecho a negar esos testimonios, al no haber visto de los samoyedos más que los que llegan a Arcángel o a otros lugares de Rusia, y al no haber recorrido su región como los viajeros de los que he sacado los hechos que he referido fielmente. En un pueblo salvaje, estúpido, grosero, tal como el mismo señor Klingstedt pinta a esos samoyedos, que no forman nunca una sociedad, que toman mujeres en la cantidad que les place, que las devuelven cuando les disgustan, ¿sería asombroso que a los extranjeros les ofrecieran cuando menos a éstas? ¿Hay en un pueblo tal leyes comunes, costumbres constantes? Los samoyedos de Yenisei, ¿se conducen como los de los alrededores de Pechora que están distantes más de cuatrocientas leguas? El señor Klingstedt sólo ha visto a estos últimos, y no ha juzgado más que por la relación que ellos le han hecho; no obstante, esos samoyedos occidentales no conocen a los que están en oriente y no han podido darles informaciones exactas, e insisto en referirme a los testimonios precisos de los viajeros que han recorrido toda la región. Al respecto puedo dar un ejemplo, que no debe ignorar el señor Klingstedt, pues lo tomo de los viajeros rusos; en el norte de Kamchatka están los coriacos sedentarios y fijos, establecidos sobre toda la parte superior de Kamchatka, desde el río Ouka hasta el Anadyr; esos coriacos son mucho más semejantes a los kamchadales que los coriacos errantes, que difieren mucho en los rasgos y en los hábitos. Esos coriacos errantes matan a sus mujeres y a sus amantes cuando los sorprenden en adulterio; por el contrario, los coriacos sedentarios ofrecen, por cortesía, sus mujeres a los extranjeros, y sería una injuria negarse a tomar su lugar en el lecho conyugal. ¿No puede suceder lo mismo con los samoyedos, cuyos hábitos y costumbres, por otra parte, son más o menos los mismos que los de los coriacos?

He aquí ahora lo que el señor Klingstedt dice respecto a los lapones:

Tienen la fisonomía semejante a la de los fineses, de los que no se les puede distinguir, excepto porque *tienen el hueso de la mandíbula superior un poco más fuerte y alto*; además de eso, tienen los ojos azules, grises y negros, abiertos y cerrados como los de las otras naciones de Europa; sus cabellos son de diferentes colores, aunque generalmente tiran hacia el moreno oscuro y hacia el negro; tienen el cuerpo robusto y bien formado; los hombres tienen la barba muy espesa y pelo, así como las mujeres, en todas las partes del cuerpo donde la naturaleza lo produce ordinariamente; son, en su mayoría, de *estatura inferior a la mediana*; finalmente, como hay mucha afinidad entre su lengua y la de los fineses, mientras que a este respecto difieren enteramente de los samoyedos, es una prueba evidente de que los

¹⁴² Por ejemplo, Regnard, en su *Voyage en Laponie*; La Pereyre, en su *Relation du Groenland*; Egede. Pero muchos, como Klingstöd, se niegan a admitir la existencia de una costumbre tan "indecente". Buffon juzga de otra manera, pero los argumentos empleados demuestran ampliamente que considera esa costumbre como un indicio de barbarie.

lapones deben su origen a los fineses. En cuanto a los samoyedos, sin duda descienden de alguna raza tártara de los antiguos habitantes de Siberia... Se han contado muchas fábulas respecto a los lapones; por ejemplo, se ha dicho que lanzan la jabalina con una destreza extraordinaria y es, sin embargo, cierto que al menos ahora ignoran enteramente su uso, igual que el del arco y de las flechas; sólo utilizan fusiles para la caza. La carne de oso nunca les sirve de alimento; no comen nada crudo, ni siquiera el pescado; pero eso es lo que hacen siempre los samoyedos; estos últimos no hacen ningún uso de la sal, mientras que los lapones la consumen en todos sus alimentos. Es también falso que hagan harina con los huesos de pescados molidos; eso sólo está en uso entre algunos fineses habitantes de Carelia, mientras que los lapones no utilizan más que esa sustancia dulce y tierna, o esa película fina y delgada, que se encuentra bajo la corteza del abeto, y de la que hacen provisión en el mes de mayo; después de haberla hecho secar bien, la muelen convirtiéndola en polvo, y la mezclan con harina, con lo que hacen su pan. El aceite de ballena no les sirve nunca de bebida; pero es verdad que para sazonar sus pescados utilizan el aceite fresco que se saca del hígado y de las entrañas del bacalao; aceite que no es desagradable y no tiene ningún mal olor, mientras está fresco. Los hombres y las mujeres llevan camisas; el resto de sus vestidos es semejante al de los samoyedos, que no conocen el uso del lienzo... En varias relaciones se hace mención de lapones independientes, aunque yo no sé de su existencia, a menos que se quiera hacer pasar por tales a un pequeño número de familias establecidas en las fronteras, que se encuentran en la obligación de pagar el tributo a tres soberanos. La caza y la pesca, de las que únicamente viven, requieren que cambien a menudo de morada; pasan, sin problemas, de un territorio a otro; por otra parte, es la única raza de lapones, enteramente semejante a los otros, que no ha abrazado aún el cristianismo y que tiene todavía mucho de salvaje; sólo entre ellos se encuentran la poligamia y los usos supersticiosos... Los fineses han habitado, en tiempos alejados, la mayor parte de las comarcas del norte.

Comparando este relato del señor Klingstedt con las relaciones de los viajeros y los testigos que le han precedido, es fácil reconocer que, desde hace alrededor de un siglo, los lapones se han civilizado en parte; que se les llama *lapones moscovitas* y que son los únicos que frecuentan Arcángel, únicos en consecuencia que puede haber visto el señor Klingstedt; han adoptado por completo la religión y en parte las costumbres rusas; por lo tanto, ha habido alianzas y mezclas. No es pues asombroso que no tengan ahora las mismas supersticiones, los mismos hábitos extravagantes que tenían en el tiempo en que los han descrito los viajeros. No se debe pues acusarlos de haber contado fábulas; han dicho, y yo a partir de ellos, lo que entonces sucedía y aún sucede entre los lapones salvajes. No se han encontrado, y no se encuentran entre ellos, ojos azules y mujeres bellas; y si el autor los ha visto entre los lapones que llegan a Arcángel, nada prueba mejor la mezcla que se ha hecho con las otras naciones; pues los suecos y los daneses también han civilizado a sus más próximos vecinos lapones; y desde el momento en que la religión se establece y se vuelve común a dos pueblos, todas las mezclas

se siguen, ya sea en lo moral a través de las opiniones, o bien en lo físico por medio de las acciones.

Todo lo que hemos dicho a partir de las relaciones hechas hace ochenta o cien años, no debe pues aplicarse más que a los lapones que no han abrazado el cristianismo; sus razas aún son puras y sus figuras tal y como las hemos presentado. Los lapones, dice el señor Klingstedt, se asemejan en su fisonomía a los otros pueblos de Europa, y particularmente a los fineses, excepto en que los lapones tienen los huesos de la mandíbula superior más altos; ese último rasgo los une a los samoyedos; su estatura, que está por encima de la media, los une también, así como sus cabellos negros o castaño oscuro. Tienen pelo y barba porque han perdido el hábito de arrancárselos, como hacen los samoyedos. La tez de unos y otros es del mismo color; los senos de las mujeres igualmente blandos y los pezones igualmente negros en las dos naciones. Los ropajes son los mismos, así como el cuidado de los renos, la caza, la pesca, la estupidez y la pereza. Tengo, pues, el derecho a persistir en decir que los lapones y los samoyedos sólo forman una única y misma raza de hombres muy diferente de los de la zona templada.

Si nos tomamos la molestia de comparar la relación reciente del señor Hoegstroem * con el relato del señor Klingstedt, nos convenceremos de que, aunque los hábitos de los lapones hayan variado un poco, son no obstante los mismos en general de lo que antes eran, y tal y como los primeros relatores los han presentado:

Son —dice el señor Hoegstroem— de pequeña estatura, de tez morena. Las mujeres, en la época de sus enfermedades periódicas, se mantienen a la puerta de las tiendas, y comen solas... Los lapones fueron desde todos los tiempos hombres pastores; tienen grandes rebaños de renos, de los que hacen su principal alimento; no hay familia que no consuma al menos un reno por semana, y esos animales los proveen además de abundante leche, con la que se nutren los pobres. No comen en el suelo como los groenlandeses y los kamchadales, sino en platos hechos de fieltro grueso, o en canastas puestas sobre una mesa. Prefieren como bebida el agua de nieve fundida en lugar de la de los ríos... Cabellos negros, mejillas hundidas, cara ancha, mentón puntiagudo son los rasgos comunes a los dos sexos. Los hombres tienen poca barba y el talle espeso; sin embargo, son muy ligeros para correr... Habitan en tiendas hechas de pieles de reno o de fieltro; se acuestan sobre hojas, encima de las cuales extienden una o varias pieles de renos... Este pueblo en general es más errante que sedentario; es raro que los lapones permanezcan más de quince días en el mismo lugar; al aproximarse la primavera, la mayoría se transporta con su familia a veinte o treinta millas de distancia en la montaña, para tratar de evitar pagar el tributo... No hay ningún asiento en sus tiendas, cada cual se sienta en el suelo... Uncen sus renos a trineos para transportar sus tiendas y otros efectos; tienen también barcos para viajar por agua y para pescar... Su primera arma es el arco simple sin empuñadura, sin mira, de alrededor

* En 1748, el sueco Pehr Hogstrom publicó una descripción de Laponia en alemán.

de una toesa de longitud... Bañan a sus hijos, al salir del seno de su madre, en una decocción de corteza de aliso... Cuando los lapones cantan, se diría que aullan; no hacen ningún uso de la rima, pero tienen refranes frecuentes... Las mujeres laponas son robustas, dan a luz con poco dolor; bañan a menudo a sus hijos, y los sumergen hasta el cuello en el agua fría. Todas las madres amamantan a sus hijos y, en caso de necesidad, utilizan leche de reno... La superstición de ese pueblo es idiota, pueril, extravagante, baja y vergonzosa; cada persona, cada año, cada mes, cada semana, tiene su dios; todos, incluso los que son cristianos, tienen ídolos; tienen fórmulas de adivinación, tambores mágicos y ciertos nudos con los que pretenden atar o desatar los vientos.

Por el relato del viajero moderno, se ve que ha visto y juzgado a los lapones de manera diferente que el señor Klingstedt, y con más conformidad a las antiguas relaciones. Así, la verdad es que son aún, más o menos, tal y como los hemos descrito. El señor Hoegstroem dice, como todos los viajeros que lo han precedido, que los lapones tienen poca barba; sólo el señor Klingstedt asegura que tienen la barba espesa y bien provista, y da ese hecho como prueba de que difieren mucho de los samoyedos. Sucede lo mismo con el color de los cabellos; todos los relatores están de acuerdo en decir que sus cabellos son negros; sólo el señor Klingstedt dice que entre los lapones hay cabellos de todos colores, y ojos azules y grises. Si esos hechos son verdaderos, no desmienten por eso a los viajeros; indican solamente que el señor Klingstedt ha juzgado a los lapones en general a partir del pequeño número que ha visto, y de los cuales probablemente los de ojos azules y cabellos rubios provienen de la mezcla de algunos daneses, suecos o moscovitas rubios con lapones.

El señor Hoegstroem coincide con el señor Klingstedt en decir que los lapones tienen su origen en los fineses. Eso tal vez sea verdad; no obstante, esta cuestión exige alguna discusión. Los primeros navegantes que dieron la vuelta completa a las costas septentrionales de Europa son Othere y Wulfstant, en tiempos del rey Alfredo, anglosajón, al cual le hicieron una relación que ese rey geógrafo nos ha conservado, y de la que ha dado un mapa con los nombres propios de cada comarca en ese tiempo, es decir en el siglo ix. Ese mapa, comparado con los mapas recientes, demuestra que la parte occidental de las costas de Noruega, hasta el grado 65, se llamaba entonces *Halgoland*. El navegante Othere vivió durante algún tiempo con esos *noruegos*, que él llama *Northmen*; de ahí continuó su ruta hacia el norte, costeando las tierras de Laponia, de las que denomina *Finna* a la parte meridional, y *Terfenna* a la parte boreal. En seis días de navegación recorrió trescientas leguas, hasta cerca del Cabo Norte, que al principio no pudo doblar por falta de viento del oeste; pero, después de una corta estancia en las tierras cercanas a ese cabo, lo pasó y dirigió su navegación al este durante cuatro días. Así costó el Cabo Norte más allá de Wardhus; después, con un viento del norte, giró hacia el mediodía, y no se detuvo sino cerca de la desembocadura de un gran río habitado por pueblos llamados *boermas* que, según su

relación, fueron los primeros habitantes sedentarios que encontró en todo el curso de esa navegación, no habiendo, dice, visto habitantes fijos en las costas de Finna y de Terfenna, es decir sobre las costas de Laponia, sino solamente cazadores y pescadores, e incluso en pequeño número. Debemos observar que Laponia aún ahora se llama *Finmark* o *Finnamark*, en danés, y que, en la antigua lengua danesa, *mark* significa comarca. Así, no podemos dudar que en otro tiempo la Laponia se haya llamado *Finna*; los lapones, por consiguiente, eran entonces fineses, y eso es lo que probablemente ha hecho creer que los lapones tenían su origen en los fineses. Pero si se observa que la Finlandia actual está situada entre la antigua tierra de Finna (o Laponia meridional), el golfo de Bosnia, el de Finlandia y el lago Ladoga, y que esta misma región que ahora llamamos *Finlandia* se llamaba entonces *Cwenland*, y no *Finmark* o *Finland*, se debe creer que los habitantes de *Cwenland*, hoy los finlandeses o fineses, eran un pueblo diferente de los verdaderos y antiguos fineses, que son los lapones; y como *Cwenland*, o Finlandia actual, sólo ha estado separada de Suecia y de Livonia por un brazo de mar bastante estrecho, los habitantes de esa comarca han debido comunicarse desde siempre con esas dos naciones; así, los finlandeses actuales son semejantes a los habitantes de Suecia o de Livonia, y al mismo tiempo muy diferentes de los lapones o fineses de antes, quienes, desde tiempos inmemoriales, han formado una especie o raza particular de hombres.¹⁴³

En lo que concierne a los boermas o bormais, es, como he dicho, muy probable que sean los *borandois* o *borandos*, y que el gran río del que hablan Othere y Wulfstant sea el río Pechora, y no el Duna, pues los antiguos viajeros encontraron vacas marinas en la costa de los boermas, e incluso le llevaron dientes de estos animales al rey Alfredo. Ahora bien, no hay morsas o vacas marinas en el Mar Báltico, ni en las costas occidentales, septentrionales y orientales de Laponia; se las ha encontrado en el Mar Blanco y más allá de Arcángel, en los mares de Siberia septentrional, es decir, en la costa de los borandos y de los samoyedos.

Por lo demás, desde hace un siglo las costas occidentales de Laponia han sido reconocidas e incluso pobladas por los daneses, las costas orientales por los rusos y las del golfo de Bosnia por los suecos; de manera que propiamente no les queda a los lapones más que una pequeña parte del interior de su península.

En Egedesminda —dice el señor P.—, en el grado 68, 10 minutos de latitud, hay un mercader, un asistente y marinos daneses que viven ahí todo el año. Las casetas de Christians-Haab y de Claus-Haven, aunque situadas a 68 grados, 34 minutos de latitud, están ocupadas por dos jefes negociantes, dos ayudantes y un grupo de grumetes. Esas casetas —dice el autor— tocan con la desembocadura del Eyssiord... En Jacob-Haven, en el grado 69, acampan en todo tiempo dos asistentes de la compañía de Groenlandia, con

¹⁴³ Los lapones, los ostiacos y los samoyedos son, en efecto, tres grupos ugro-fineses.

dos marineros y un predicador para el servicio de los salvajes... En Rittin-benk, en los 69 grados, 36 minutos, está el establecimiento fundado en 1755 por el negociante Dalager; hay un empleado, pescadores, etc. La casa de pesca de Noogsoack, en el grado 71, 6 minutos, es dirigida por un comerciante, con un grupo conveniente, y los daneses que allí moran desde ese tiempo llevarían su establecimiento a quince leguas hacia el norte.

Los daneses se han establecido, pues, hasta el grado 71 o 72, es decir, a poca distancia de la punta septentrional de Laponia, y del otro lado los rusos tienen los establecimientos de Waranger y de Ommegan, en la costa oriental, a la misma altura más o menos de 71 a 72 grados, mientras que los suecos han penetrado muy adentro en las tierras por encima del golfo de Bosnia, remontando los ríos de Calis, de Torneo, de Kimi, hasta el grado 68, donde tienen los establecimientos de Lapyerf y Píala. Así, los lapones están cercados por todas partes y, pronto, ya no serán un pueblo, si, como dice el señor Klingstedt, desde ahora están reducidos a mil doscientas familias.

Aunque desde hace mucho tiempo los rusos van a pescar ballenas hasta el golfo de Linchidolin, y en los últimos treinta o cuarenta años han emprendido grandes viajes a Siberia, hasta Kamchatka, que yo sepa no han publicado nada sobre la región de la Siberia septentrional situada más allá de los samoyedos, al oriente, es decir, más allá del río Yenisei.

Sin embargo, hay una vasta tierra situada bajo el círculo polar, que se extiende mucho más allá hacia el norte, la cual es designada con el nombre de *Piasida*, y sus límites son en el occidente el río Yenisei hasta su desembocadura; en el oriente, el golfo Linchidolin; en el norte, las tierras descubiertas en 1664 por Jelmorse, a las que se ha dado el nombre de *Jelmorland* y, en el sur, por los tártaros tunguses. Los habitantes de esta región, que se extiende desde el grado 61 hasta el 73 de latitud, son designados con el nombre de *patati*, quienes, debido al clima y a su situación a lo largo de las costas del mar, deben parecerse mucho a los lapones y a los samoyedos; apenas están separados de estos últimos por el río Yenisei; pero no he podido conseguir ninguna relación ni noticia sobre esos pueblos *patates*, que los viajeros tal vez han reunido con los samoyedos o con los tunguses.

Avanzando hacia el oriente y en la misma latitud se encuentra todavía una gran extensión de tierra situada en el círculo polar, cuya punta se extiende hasta el grado 73; esta tierra constituye el extremo oriental y septentrional del antiguo continente. Sus habitantes son llamados *schelati* y *tsuktschi*, pero no sabemos de ellos casi nada, aparte del nombre. Sin embargo, pensamos que como esos pueblos están al norte de Kamchatka, los viajeros rusos los han reunido, en sus relaciones, con los kamchadales y los coriacos, de los que nos han proporcionado buenas descripciones que merecen ser referidas aquí.

“Los kamchadales —dice el señor Steller—¹⁴⁴ son pequeños y morenos;

¹⁴⁴ Su relación de Kamchatka había aparecido en alemán en 1774. Todos los textos

tienen los cabellos negros, poca barba, el rostro ancho y plano, la nariz aplastada, los rasgos irregulares, los ojos hundidos, la boca grande, los labios gruesos, los hombros anchos, las piernas delgadas y el vientre colgante."

Esta descripción, como vemos, acerca mucho a los kamchadales y los samoyedos o los lapones que, sin embargo, están tan prodigiosamente alejados que no se puede ni siquiera sospechar que vengan los unos de los otros; y su parecido sólo puede provenir de la influencia del clima, que es el mismo, y que, por lo tanto, ha formado hombres de la misma especie a mil leguas de distancia entre sí.

Los coriacos habitan la parte septentrional de Kamchatka; son errantes como los lapones y tienen manadas de renos que constituyen toda su riqueza. Creen curar las enfermedades tocando una especie de pequeños tambores. Los más ricos se casan con varias mujeres, que mantienen en lugares separados, con renos que ellos les dan. Estos coriacos errantes difieren de los coriacos fijos y sedentarios no sólo en las costumbres, sino también un poco en los rasgos. Los coriacos sedentarios se parecen a los kamchadales; pero los coriacos errantes son aún más pequeños de estatura, más flacos, menos robustos, menos valientes; tienen el rostro oval, los ojos sombreados por gruesas cejas, la nariz corta y la boca grande. Ambos se visten con pieles de renos, y los coriacos errantes viven en tiendas y se establecen dondequiera haya musgo para sus renos. Parece, pues, que esta vida errante de los lapones, los samoyedos y los coriacos depende de la pastura para los renos; como esos animales constituyen no sólo sus únicos bienes, sino que además les son útiles, se ven obligados a cambiar de lugar cuando sus manadas han acabado con el musgo.

Los lapones, los samoyedos y los coriacos, tan semejantes en su estatura, su color, su figura, su manera de ser y sus costumbres, deben, pues, ser considerados como una especie de hombres, una misma raza en la especie humana tomada en general, aunque sea muy cierto que no son de la misma nación. Los renos de los coriacos no provienen de los renos lapones y, sin embargo, son animales de la misma especie. Sucede lo mismo con los coriacos y los lapones: su especie o raza es la misma; y, sin provenir una de la otra, provienen igualmente de su clima, cuya influencia es la misma.

Esta verdad puede probarse también comparando a los groenlandeses con los coriacos, los samoyedos y los lapones; aunque los groenlandeses parecen estar separados entre sí por extensiones de mar bastante grandes, no se les parecen menos, porque el clima es el mismo. Es, pues, muy inútil para nuestro objeto averiguar si los groenlandeses tienen su origen en los islandeses o en los noruegos, como han afirmado algunos autores, o si, como supone el señor P.,¹⁴⁵ provienen de los americanos; pues, cualesquiera

citados aquí provienen de la *Histoire des voyages*, tomos XVIII y XIX publicados en 1768 y 1777

¹⁴⁵ De Pauw, en sus *Recherches philosophiques sur les américains* (1768, I, 253),

ra que fuere el origen primero de los hombres de cualquier país, el clima al que se acostumbren influirá a la larga de manera tan fuerte en su primera naturaleza que, después de cierto número de generaciones, todos esos hombres se parecerán, aunque hayan llegado de diversas regiones muy alejadas unas de otras y aunque, en un principio, hayan sido muy diferentes entre sí. Que los groenlandeses provengan de los esquimales de América o de los islandeses; que los lapones tengan su origen en los finlandeses, en los noruegos o en los rusos; que los samoyedos provengan o no de los tártaros, y los coriacos de los mongoles o de los habitantes de Yeso, no por ello será menos cierto que todos esos pueblos distribuidos en el círculo ártico se han convertido en hombres de la misma especie en toda la extensión de esas tierras septentrionales.

A la descripción que hemos dado de los groenlandeses, añadiremos algunas características tomadas de la reciente relación que ha dado de ellos el señor Crantz.¹⁴⁶ Son de baja estatura: pocos son los que alcanzan cinco pies de altura; tienen el rostro ancho y plano, las mejillas redondas, cuyos huesos, sin embargo, son prominentes; los ojos pequeños y negros, la nariz poco saliente, el labio inferior un poco más grueso que el superior; el color oliváceo, los cabellos lacios, tiesos y largos; tienen poca barba, porque se la arrancan; tienen también la cabeza grande, pero las manos y los pies pequeños, así como las piernas y los brazos; el pecho elevado, los hombros anchos y el cuerpo muy musculoso. Todos son cazadores o pescadores, y sólo viven de los animales que matan: las morsas y los renos son su principal alimento; hacen secar su carne antes de comerla, aunque beban su sangre caliente; también comen pescado seco, cercetas y otros pájaros que cuecen en agua de mar; hacen una especie de tortilla con los huevos de estos animales que mezclan con bayas de zarzales y con angélica en aceite de foca. No beben aceite de ballena; sólo lo utilizan como combustible y mantienen encendidas sus lámparas con él. El agua pura es su bebida común. Las madres y las nodrizas tienen un tipo de vestido lo suficientemente amplio por detrás, como para llevar allí a sus hijos. Esa ropa, hecha de pieles, es abrigadora, y hace las veces de vestido y de cuna; allí se pone al recién nacido totalmente desnudo.

Por lo general, son tan sucios que uno no puede acercárseles sin sentir asco; huelen a pescado podrido; las mujeres, para combatir este mal olor, se lavan con orina, y los hombres nunca se lavan. Tienen tiendas para el verano, y unas como casitas para el invierno, y la altura de estas habitaciones no es más que de cinco o seis pies; son construidas o tapizadas con pieles de focas y de renos; estas pieles les sirven también de camas. Sus vidrios son vejigas transparentes de peces marinos. Tenían arcos y

afirma: "Se ha aceptado que los esquimales de América no difieren en nada de los groenlandeses, y que constituyen un mismo pueblo, una misma raza de hombres..." De Pauw se apoyaba en el testimonio de Hans Egede, cuya *Description et histoire naturelle du Groenland* había sido traducida en 1763 (original danés, 1729).

¹⁴⁶ *Histoire du Groenland*, 1767.

ahora tienen fusiles para la caza y, para la pesca, arpones, lanzas y jabalinas, con punta de fierro o de hueso de pescado; y barcos, incluso bastante grandes, de los cuales algunos llevan velas hechas del cáñamo o lino que obtienen de los europeos, así como el hierro y varias cosas más, a cambio de las pieles y el aceite de pescado que les dan. Generalmente se casan a la edad de veinte años, y pueden, si tienen una posición desahogada, tomar varias mujeres. El divorcio, en caso de descontento, no sólo está permitido, sino que es una costumbre bastante común; todos los hijos siguen a la madre, e incluso después de su muerte no regresan al lado de su padre. Por lo demás, el número de hijos nunca es grande; es raro que una mujer tenga más de tres o cuatro. Las mujeres dan a luz fácilmente, y se levantan el mismo día para trabajar; dan de mamar a sus hijos hasta los tres o cuatro años. Las mujeres, aunque se encargan de la educación de sus hijos, de cuidar la preparación de los alimentos, de la ropa y de los muebles de toda la familia; aunque se ven forzadas a conducir los barcos de remos, e incluso a construir las tiendas de verano y las chozas de invierno, no dejan, a pesar del trabajo continuo, de vivir mucho más que los hombres, quienes no hacen más que cazar o pescar. El señor Crantz dice que apenas llegan a la edad de cincuenta años, mientras que las mujeres viven de setenta a ochenta años. Este hecho, si fuera general en este pueblo, resultaría ser más singular que todo lo que acabamos de referir.

Por lo demás, añade el señor Crantz que tiene la certeza, a través de testigos oculares, de que los groenlandeses se parecen más a los kamchadales, a los tunguses y a los calmuco de Asia que a los lapones de Europa. En la costa occidental de América septentrional, frente a Kamchatka, se han visto naciones que, hasta en los mismos rasgos, se parecen mucho a los kamchadales. Los viajeros afirman haber observado en general, en todos los salvajes de América septentrional, que se parecen mucho a los tártaros orientales, sobre todo en los ojos, el vello del cuerpo y el cabello largo, lacio y abundante.

Para abreviar, omito las otras costumbres y las supersticiones de los groenlandeses, que el señor Crantz expone profusamente; bastará con decir que esas costumbres, ya sean supersticiosas o razonables, son bastante parecidas a las de los lapones, los samoyedos y los coriacos; mientras más se los compare, más se estará de acuerdo en que todos esos pueblos vecinos de nuestro polo no constituyen más que una sola y misma especie de hombres, es decir, una sola raza diferente de todas las demás de la especie humana, a la que hay que añadir todavía la de los esquimales del norte de América, que se parecen a los groenlandeses y más aún a los coriacos de Kamchatka, según el señor Steller.

Apenas descendiendo un poco del círculo polar hacia Europa, se encuentra la raza más bella de la humanidad. Los daneses, los noruegos, los suecos, los finlandeses, los rusos, aunque un poco diferentes entre sí, se parecen lo bastante como para no constituir, junto con los polacos, los alemanes e incluso todos los otros pueblos de Europa, una sola y

misma especie de hombres, diversificada infinitamente por la mezcla de las diferentes naciones. Pero en Asia se encuentra, debajo de la zona fría, una raza tan fea como bella es la de Europa; me refiero a la raza tártara que se extendía antiguamente desde Moscovia hasta el norte de China; en ella incluyo a los ostiacos, que ocupan vastas tierras al medio día de los samoyedos, a los calmuco, a los yakutos, a los tunguses y a todos los tártaros septentrionales, cuyos usos y costumbres no son los mismos, pero se parecen en la figura del cuerpo y en la deformidad de los rasgos. Sin embargo, desde que los rusos se establecieron en toda la extensión de Siberia y en las regiones adyacentes, ha habido muchas mezclas entre los rusos y los tártaros, y esas mezclas han cambiado prodigiosamente la figura y las costumbres de los pueblos de esta vasta región. Por ejemplo, aunque los antiguos viajeros nos presenten a los ostiacos como semejantes a los samoyedos; aunque aún sean errantes y cambien, como ellos, de morada, según su necesidad de procurarse la subsistencia por medio de la caza y la pesca; aunque construyan tiendas y chozas de la misma manera y utilicen también arcos, flechas y muebles de corteza de abedul; aunque tengan renos y tantas mujeres como puedan mantener, y beban la sangre caliente de los animales; aunque, en una palabra, tengan casi todas las costumbres de los samoyedos, los señores Gmelin y Muller¹⁴⁷ aseguran que sus rasgos difieren poco de los de los rusos, y que sus cabellos son siempre rubios o pelirrojos. Si los ostiacos de ahora tienen los cabellos rubios ya no son los mismos que eran antes, pues todos tenían los cabellos negros y las facciones del rostro semejantes a las de los samoyedos. Por lo demás, los viajeros pudieron confundir el rubio con el pelirrojo; y, sin embargo, en la naturaleza del hombre estos dos colores deben distinguirse cuidadosamente, pues el pelirrojo no es más que el castaño o el negro demasiado vivo; mientras que el rubio es el blanco teñido de un poco de amarillo, y el opuesto del negro o del castaño. Esto me parece tanto más verosímil cuanto que los *votjacks* o *tártaros vagolisses* son todos pelirrojos, según la relación de estos mismos viajeros, y en general los pelirrojos son tan comunes en el Oriente como raros son los rubios.

Respecto a los tunguses, parece, por el testimonio de los señores Gmelin y Muller, que antes tenían manadas de renos y varias costumbres semejantes a las de los samoyedos, y que actualmente ya no tienen renos y utilizan caballos. Dicen estos viajeros que se parecen bastante a los calmuco, aunque no tienen la cara tan ancha y son de estatura más pequeña. Todos tienen los cabellos negros y poca barba; la arrancan tan pronto como aparece. Son errantes, y transportan sus tiendas y sus muebles con ellos. Se casan con tantas mujeres como desean. Tienen ídolos de madera o de barro, ante los que pronuncian sus oraciones para obtener una buena pesca o una caza afortunada, únicos medios que tienen para

¹⁴⁷ Compañeros de Behring. El *Voyage en Sibérie* de Johann Gmelin fue traducido en 1767; la relación de los *Voyages et découvertes faites par les russes...* de Muller, en 1766.

procurarse la subsistencia. Puede inferirse de esta relación que los tunguses son un matiz entre la raza de los samoyedos y la de los tártaros, cuyo prototipo o, si se quiere, cuya *caricatura*, se encuentra en los calmucos, que son los más feos de todos los hombres. Por lo demás, esta vasta parte de nuestro continente, que comprende Siberia y se extiende de Tobolsk a Kamchatka y del mar Caspio a China, sólo está poblada por tártaros, algunos independientes, otros más o menos sometidos al imperio de Rusia, o bien al de China; pero todos son aún demasiado poco conocidos como para que podamos añadir algo a lo que ya hemos dicho.¹⁴⁸

Pasaremos de los tártaros a los árabes, que no son tan diferentes en las costumbres como en el clima. El señor Niebuhr,¹⁴⁹ de la Sociedad Real de Gotinga, publicó una relación curiosa y erudita sobre Arabia, de la que hemos sacado algunos hechos que vamos a referir. Los árabes tienen todos la misma religión sin tener las mismas costumbres; unos viven en ciudades o aldeas, otros en tiendas, en familias separadas. Los que viven en las ciudades rara vez trabajan en verano de las once de la mañana a las tres de la tarde, debido al fuerte calor: de ordinario pasan ese tiempo durmiendo en un subterráneo al que llega el viento de arriba por una especie de tubo, para hacer circular el aire. Los árabes toleran todas las religiones y dejan el libre ejercicio a los judíos, a los cristianos, a los banianos. Son más afables con los extranjeros, más hospitalarios, más generosos que los turcos. Cuando están a la mesa, invitan a los que llegan de improviso a comer con ellos, al contrario de los turcos, que se esconden al comer para no tener que invitar a los que podrían encontrarlos en la mesa.

El tocado de las mujeres árabes, aunque sencillo, es galante; cubren con un velo la mitad o la cuarta parte de su cabeza. El vestido del cuerpo es aún más excitante: no es más que una camisa sobre un ligero calzón, bordada o adornada con pasamanerías de diferentes colores. Se pintan las uñas de rojo, los pies y las manos de amarillo pardo, y las cejas y el borde de los párpados de negro. Las que viven en el campo, en las llanuras, tienen la tez y la piel del cuerpo de un color amarillo oscuro, pero en las montañas se encuentran bellos rostros, incluso entre las campesinas. La costumbre de la inoculación, tan necesaria para conservar la belleza,¹⁵⁰ es antigua y se practica con éxito en Arabia. Los pobres árabes beduinos, que carecen de todo, inoculan a sus hijos con una espina, a falta de mejores instrumentos.

En general, los árabes son muy sobrios, e incluso no comen de todo, ya sea por superstición o por falta de apetito; sin embargo, no es por

¹⁴⁸ Sin embargo, en las *Époques de la Nature*, 1778 (Sixième époque) se encontrarán otras precisiones acerca de los pueblos del norte de Asia. En el espacio de esos años, Buffon tuvo conocimiento de una relación de Domascheneff, presidente de la Sociedad Imperial de Petersburgo. En la "Septième époque" Buffon sitúa la primera civilización en las regiones septentrionales de Asia, sin pensar, no obstante, como Bailly, en sus *Lettres sur l'Atlantide*..., que la Atlántida debía ser la Nueva Zembla.

¹⁴⁹ Niebuhr.

¹⁵⁰ La inoculación contra la viruela.

delicadeza de gusto, pues la mayoría come saltamontes. Desde Bab-el-Mandeb hasta Bara enhebran saltamontes para llevarlos al mercado. Muelen el trigo entre dos piedras, de las cuales a la superior se le da vueltas con la mano. Las muchachas se casan muy jóvenes, a los nueve, diez y once años, en las llanuras; pero en las montañas sus padres las obligan a esperar hasta los quince años.

Los habitantes de las ciudades árabes —dice el señor Niebuhr—, sobre todo de las que están situadas en las costas marítimas o en la frontera, se han mezclado tanto con los extranjeros, debido a su comercio, que ya han perdido mucho de sus costumbres y usos antiguos; pero los beduinos, los verdaderos árabes, que siempre han apreciado más su libertad que la comodidad y las riquezas, viven en tribus separadas, en tiendas, y conservan aún la misma forma de gobierno, las mismas costumbres y los mismos usos que tenían sus antepasados desde los tiempos más remotos. En general, llaman a todos sus nobles *jeques* o *sheiks*. Cuando estos jeques son demasiado débiles para defenderse de sus vecinos, se unen con otros y escogen uno entre ellos para que sea su caudillo. Varios de los grandes eligen finalmente, con el consentimiento de los pequeños jeques, uno aún más poderoso, a quien llaman *sheik-el-kbir* o *scheches-schiuch*, y entonces la familia de este último da su nombre a toda la tribu... Puede decirse que todos nacen siendo soldados y que todos son pastores. Los jefes de las grandes tribus tienen muchos camellos, que utilizan para la guerra, el comercio, etc. Las pequeñas tribus crían rebaños de borregos... Los jeques viven en tiendas y dejan la agricultura y otros trabajos pesados a cargo de sus súbditos, que habitan chozas miserables. Estos beduinos, acostumbrados a vivir al aire libre, tienen el olfato muy fino: las ciudades les agradan tan poco que no comprenden por qué la gente que presume de amar la limpieza pueda vivir en medio de un aire tan impuro... Entre esos pueblos la autoridad queda en la familia del gran o pequeño jeque que reina, sin que se vean obligados a escoger al mayor; eligen al más capaz de los hijos o de los padres como sucesor en el gobierno; pagan muy poco o nada a sus superiores. Cada uno de los pequeños jeques es el portavoz de su familia, así como su jefe y su guía; el gran jeque está obligado a considerarlos más como sus aliados que como sus súbditos, pues, si su gobierno les disgusta y no pueden deponerlo, hacen que su ganado pase a ser posesión de otra tribu, a la que por lo general le complace fortalecer así su bando. A cada pequeño jeque le interesa guiar bien a su familia, si no quiere ser depuesto o abandonado... Esos beduinos nunca han podido ser totalmente subyugados por extranjeros...; pero los árabes que viven cerca de Bagdad, Mosul, Orfa, Damasco y Haleb están, aparentemente, sometidos al sultán.

A esta relación del señor Niebuhr podemos agregar que todas las regiones de Arabia, aunque muy alejadas entre sí, están igualmente sujetas a grandes calores y gozan constantemente del cielo más sereno, y que todos los monumentos históricos atestiguan que Arabia estaba poblada desde la más alta antigüedad. Los árabes, con una estatura bastante pequeña, un cuerpo flaco, una voz aguda, tienen una constitución recia, el pelo castaño, el rostro moreno, los ojos negros y vivos, aspecto alerta, pero

rara vez agradable; atribuyen dignidad a su barba, hablan poco, sin gestos, sin interrumpirse, sin tropezar en sus expresiones; son flemáticos, pero temibles en la cólera; tienen inteligencia e incluso disposición para las ciencias, que cultivan un poco; los de nuestra época no tienen ningún monumento de genio. El número de árabes establecidos en el desierto puede llegar a dos millones; sus vestidos, sus tiendas, sus cuerdas, sus alfombras, todo se hace con la lana de sus ovejas, el pelo de sus camellos y de sus cabras.

Los árabes, aunque flemáticos, lo son menos que sus vecinos los egipcios; el caballero Bruce, que ha vivido mucho tiempo con ambos pueblos, me asegura que los egipcios son mucho más taciturnos y más melancólicos que los árabes, que se han mezclado muy poco entre sí, y que cada uno de estos dos pueblos conserva separadamente su lengua y sus costumbres. Este ilustre viajero, el señor Bruce, me dio además las notas siguientes,¹⁵¹ que me complazco en publicar.

Al artículo en el que digo que en Persia y en Turquía hay una gran cantidad de bellas mujeres de todos colores, el señor Bruce añade que cada año se venden en Moka más de tres mil jóvenes abisinias y más de mil en los otros puertos de Arabia, todas destinadas a los turcos. Estas abisinias sólo son morenas; las mujeres negras llegan de las costas del Mar Rojo, o bien las traen del interior de África, y principalmente del distrito de Darfour; pues, aunque haya pueblos negros en las costas del Mar Rojo, todos esos pueblos son mahometanos, y nunca se venden mahometanos, sino únicamente cristianos o paganos, los primeros provenientes de Abisinia y los segundos del interior de África.

He dicho, a partir de algunas relaciones, que los árabes son muy resistentes al trabajo; el señor Bruce señala con razón que, por ser todos los árabes pastores, no tienen trabajo continuo, y que eso sólo puede explicarse por las grandes carreras que emprenden; parecen infatigables y soportan el calor, el hambre y la sed mejor que los demás hombres.

He dicho que los árabes, en lugar de pan, se nutren de algunos granos silvestres, que remojan y amasan con leche de su ganado. El señor Bruce me hizo saber que todos los árabes se alimentan de *cuscús*, especie de harina cocida en agua. También se alimentan de leche, sobre todo de camellas; sólo los días de fiesta comen carne, y esta comida no es más que de camello y de oveja. Respecto a su ropa, el señor Bruce dice que todos los árabes ricos andan vestidos, que sólo los pobres andan desnudos, pero que en Nubia el calor es tan fuerte en verano que se ve uno forzado a quitarse la ropa, por más ligera que sea. En cuanto a las marcas que los árabes se hacen en la piel, observa que se hacen esas señales o marcas con pólvora y plomo; utilizan para este fin una aguja, y no una lanceta. Sólo algunas tribus de la Arabia desierta y los árabes de Nubia se pintan los labios; pero los negros de Nubia tienen todos los labios pintados o las

¹⁵¹ La relación del viaje de Bruce sólo aparecerá en 1790, pero el viaje data de los años 1768-1773.

mejillas cicatrizadas y marcadas con ese polvo negro. Por otra parte, las diferentes impresiones que se hacen los árabes en la piel designan generalmente sus diferentes tribus.

Sobre los habitantes de Berbería, el señor Bruce no sólo asegura que los hijos de los berberiscos son muy blancos al nacer, sino que añade un hecho que no he encontrado en ninguna parte: que las mujeres que viven en las ciudades de Berbería son de una blancura casi repulsiva, de un blanco de mármol que contrasta demasiado con el rojo muy vivo de sus mejillas, y que esas mujeres aman la música y la danza a tal grado que caen en convulsión y en síncope cuando se entregan a ellas con exceso. Ese blanco mate de las mujeres de Berbería se encuentra a veces en Languedoc y en todas nuestras costas del Mediterráneo. He visto a varias mujeres de estas provincias que tenían la tez blanco mate y los cabellos castaños o negros.

Respecto a los coptos, el señor Bruce observa que son los antepasados de los egipcios actuales y que antiguamente eran cristianos, y no mahometanos; que muchos de sus descendientes son aún cristianos, y que son obligados a llevar una especie de turbante diferente y menos honorable que el de los mahometanos. Los otros habitantes de Egipto son árabes sarracenos que conquistaron el país y se mezclaron por la fuerza con los nativos. Solamente desde hace unos cuantos años, dice el señor Bruce, esos hospicios, o más bien casas de libertinaje, establecidos para ser vicio de los viajeros, fueron suprimidos; así, actualmente esa costumbre ha sido abolida.

En cuanto a la estatura de los egipcios, el señor Bruce observa que la diferencia entre la estatura de los hombres, que son bastante grandes y delgados, y la de las mujeres, que generalmente son bajas y rechonchas en Egipto, y sobre todo en el campo, no proviene de la naturaleza, sino de que los muchachos nunca llevan cargas pesadas en la cabeza, mientras que las muchachas del campo van todos los días varias veces a traer agua del Nilo, que siempre llevan en una tinaja sobre la cabeza, lo que les hunde el cuello y el talle, las vuelve rechonchas y más cuadradas de los hombros; sin embargo, tienen los brazos y las piernas bien hechos, aunque muy gruesos; andan casi desnudas, y sólo visten un pequeño refajo muy corto. El señor Bruce señala también que, como ya dije, el número de ciegos en Egipto es considerable, y que hay veinticinco mil personas ciegas a las que prestan ayuda los hospitales tan sólo en la ciudad de El Cairo.

Referente al valor de los egipcios, el señor Bruce observa que nunca han sido valientes, que antiguamente sólo hacían la guerra utilizando tropas extranjeras a sueldo; que tenían tanto miedo de los árabes que, para defenderse de ellos, habían construido una muralla desde *Pelusium* hasta *Heliópolis*, pero que esta defensa no logró impedir que los árabes los dominaran. Por otra parte, los egipcios actuales son muy perezosos, grandes bebedores de aguardiente, tan tristes y tan melancólicos que tienen necesidad de más fiestas que ningún otro pueblo. Los que son

cristianos sienten mucho más odio por los católicos romanos que por los mahometanos.

Acerca de los negros, el señor Bruce me hizo una observación de suma importancia; dice que sólo hay negros en las costas, es decir, en las tierras bajas de África, y que en el interior de esta parte del mundo los hombres son blancos, incluso en el ecuador, lo que prueba de una manera aún más definitiva de lo que yo pude hacerlo que, en general, el color de los hombres depende enteramente de la influencia y del calor del clima, y que el color negro es tan accidental en la especie humana como el moreno, el amarillo o el rojo; por último, que este color negro depende únicamente, como ya lo dije, de las circunstancias locales y particulares de ciertas regiones en las que el calor es excesivo.

Los negros de Nubia, me dijo el señor Bruce, no se extienden hasta el Mar Rojo; todas las costas de este mar están habitadas por árabes o por sus descendientes. Desde el grado 18 de latitud norte comienza el pueblo de Galles dividido en varias tribus, que se extiende de allí quizás hasta los hotentotes, y esos pueblos de Galles son en su mayoría blancos. En esas vastas regiones, comprendidas entre el grado 18 de latitud norte y el grado 18 de latitud sur, sólo se encuentran negros en las costas y las regiones bajas cercanas al mar; pero en el interior, donde las tierras son elevadas y montañosas, todos los hombres son blancos. Son casi tan blancos como los europeos, porque toda esta tierra del interior de África está muy elevada sobre la superficie del globo, y no está sujeta a excesivos calores; además, caen allí fuertes lluvias continuas en ciertas estaciones, que refrescan aún más la tierra y el aire hasta el punto de hacer de ese clima una región templada. Las montañas que se extienden desde el Trópico de Cáncer hasta la punta de África dividen esta gran península en su longitud y todas están habitadas por pueblos blancos. Sólo en las regiones en que disminuye la altura de estas tierras hay negros; ahora bien, las tierras se deprimen mucho del lado occidental hacia los países del Congo, Angola, etc., e igualmente del lado oriental hacia Melinda y Zanguenar; en esas regiones bajas, excesivamente calientes, hay hombres negros; en el occidente los negros y los cafres en el oriente. Todo el centro de África es una tierra templada y bastante lluviosa, una región muy elevada y en casi todas partes poblada por hombres blancos o sólo morenos, y no negros.

Sobre los barbarinos el señor Bruce hace una observación: dice que este nombre es equívoco; los habitantes de Barberena, a quienes los viajeros han llamado *barbarinos* y que viven en la parte alta del río Níger o Senegal, son en efecto hombres negros, incluso más bellos que los de Senegal; pero los barbarinos propiamente dichos son los habitantes de Beréber o Barabra, región situada entre los grados 16 y 22 o 23 de latitud norte; esta región se extiende a lo largo de las dos orillas del Nilo y comprende la región de Dongola. Ahora bien, los habitantes de esta tierra, que son los verdaderos barbarinos vecinos de los nubios, no son negros como ellos, sino sólo morenos: tienen cabellos y pelo crespo como lana;

su nariz no es aplastada; sus labios son delgados; finalmente se parecen a los abisinios montañeses, de los cuales provienen.

Respecto a lo que he dicho sobre la bebida común de los etíopes o abisinios, el señor Bruce señala que no utilizan los tamarindos, que este árbol incluso les es desconocido. Tienen un grano que se llama *teef*, con el cual hacen pan; también hacen con él una especie de cerveza, dejándolo fermentar en el agua, y este licor tiene un sabor un poco agrio, por lo cual tal vez se ha confundido esta bebida con la de tamarindo.

Respecto a la lengua de los abisinios, de la que dije que no tenía ninguna regla, el señor Bruce observa que en realidad hay varias lenguas en Abisinia, pero que todas esas lenguas están más o menos sujetas a las mismas reglas que las demás lenguas orientales; la manera de escribir de los abisinios es más lenta que la de los árabes; sin embargo, escriben casi tan rápido como nosotros. Respecto a su ropa y a su manera de saludar, el señor Bruce asegura que los jesuitas han inventado cuentos en sus *Lettres édifiantes*, y que nada de lo que dicen sobre esto es cierto: los abisinios se saludan sin ceremonias; no usan chales, sino vestidos muy amplios, cuyos dibujos he visto en las carpetas del señor Bruce.

Sobre lo que dije de los *acridófagos* o *comedores de saltamontes*, el señor Bruce observa que los saltamontes no sólo se comen en los desiertos cercanos a Abisinia, sino también en la parte interior de Libia, cerca del *Palus-Tritonides* y en algunos lugares del reino de Marruecos. Esos pueblos fríen o asan los saltamontes con mantequilla; los aplastan enseguida para mezclarlos con leche y hacer pasteles. El señor Bruce dice que ha comido frecuentemente esos pasteles sin haberse enfermado.

He dicho que probablemente los árabes invadieron en otro tiempo Etiopía o Abisinia, y que echaron a los nativos de ese país. Sobre esto, el señor Bruce observa que los historiadores abisinios que ha leído aseguran que desde siempre, o por lo menos desde épocas muy remotas, la Arabia Feliz pertenecía por el contrario al imperio de Abisinia, y esto se verificó en efecto con el advenimiento de Mahoma. Los árabes tienen también épocas o fechas muy antiguas de la invasión de los abisinios a Arabia y de la conquista de su propio país. Pero es cierto que, después de Mahoma, los árabes se extendieron por las regiones bajas de Abisinia, las invadieron y se esparcieron a lo largo de las costas marítimas hasta Melinda, sin haber penetrado nunca a las tierras elevadas de Etiopía o alta Abisinia; estos dos nombres sólo designan a la misma tierra, conocida por los antiguos con el nombre de *Etiopía*, y por los modernos con el de *Abisinia*.

Cometí un error al decir que los abisinios y los pueblos de Melinda tienen la misma religión, pues los abisinios son cristianos y los habitantes de Melinda son mahometanos, como los árabes que los sometieron; esta diferencia de religión parece indicar que los árabes nunca se establecieron en la alta Abisinia.

Aludiendo a los hotentotes y a esa excrecencia de piel que los viajeros llamaron *delantal de las hotentotas*, y que Thévenot dice que se encuentra también entre las egipcias, el señor Bruce asegura, con toda razón,

que esto no es cierto en el caso de las egipcias y muy dudoso en el de las hotentotas. Esto es lo que refiere el señor vizconde de Querhoent en su diario de viaje, que tuvo la bondad de facilitarme:¹⁵²

Es falso que las mujeres hotentotas tengan un delantal natural que cubra las partes de su sexo; todos los habitantes del Cabo de Buena Esperanza aseguran lo contrario, y se lo he oído decir a lord Gordon¹⁵³ que pasó un tiempo entre estos pueblos para comprobarlo; pero me aseguró al mismo tiempo que todas las mujeres que había visto tenían dos protuberancias carnosas que salían de entre los labios mayores, encima del clitoris, y caían más o menos el ancho de dos o tres dedos;¹⁵⁴ a primera vista estas dos excrescencias no parecen separadas. Me dijo también que a veces estas mujeres se envolvían el vientre con alguna membrana de animal, y que eso es lo que pudo haber dado origen a la historia del delantal. Es muy difícil verificarlo; estas mujeres son, por naturaleza, muy modestas; hay que emboracharlas para lograr este propósito. Este pueblo no es tan excesivamente feo, como la mayoría de los viajeros quieren hacerlo creer; he descubierto que tenían los rasgos más parecidos a los europeos que los negros de África. Todos los hotentotes que vi eran de estatura muy mediocre; son poco valientes, afectos en exceso a los licores fuertes y parecen muy fle-máticos. Un hotentote y su mujer iban por una calle juntos y conversaban sin parecer agitados; de pronto vi que el marido daba a su mujer una bofetada tan fuerte que la echó por tierra; él parecía tener la misma sangre fría después de esta acción que antes; siguió su camino, sólo que sin poner atención a su mujer, quien, recuperada un instante después de su aturdimiento, apresuró el paso para alcanzar a su marido.

En una carta que me escribió el señor de Querhoent, el 15 de febrero de 1775, añade:

Me hubiera gustado verificar por mí mismo si el delantal de las hotentotas existe; pero es algo muy difícil, en primer lugar por el rechazo que tienen a dejarse ver por los extranjeros, y en segundo lugar por la gran distancia que hay entre sus casas y la ciudad del Cabo, de la que los hotentotes se alejan cada vez más. Lo único que puedo decirles al respecto es que los holandeses del Cabo que me han hablado de ello creen lo contrario, y el señor Bergh, hombre instruido, me aseguró que él mismo había tenido la curiosidad de verificarlo.

Estos testimonios del señor Bergh y del señor Gordon me parece bastante para negar la existencia de este supuesto delantal, que siempre

¹⁵² Se conservan cartas del vizconde de Querhoent a Buffon en el Museo de Historia Natural, ms. 369 pero no ese diario de viaje.

¹⁵³ Robert J. Gordon era un oficial escocés que acompañó en 1779 al teniente Patterson en su viaje de exploración a la tierra de los hotentotes y de los cafres. Diderot lo encontró en Holanda y lo interrogó sobre la anatomía de los hotentotes (*Voyage en Hollande*, en A.T.XVII, 446), El *Voyage...* de Petterson no fue publicado sino hasta 1789.

¹⁵⁴ La anatomía de las mujeres hotentotas presenta en efecto esta particularidad. La palabra "delantal" no es en efecto adecuada. La esteatopigia o protuberancia excepcional de la región glútea, por su parte, no llamó la atención de ninguno de los viajeros u observadores de los siglos XVI a XVIII.

me ha parecido contra todo orden natural. El hecho, aunque afirmado por varios viajeros, no tiene quizás otro fundamento que el vientre colgante de algunas mujeres enfermas o mal atendidas después de sus partos. Pero, respecto a las protuberancias entre los labios, que provienen del excesivo crecimiento de las ninfas, es un defecto conocido y común en la mayoría de las mujeres africanas. Así, hay que dar crédito a lo que dice aquí el señor de Querhoent a partir del señor Gordon, pues se puede sumar a sus testimonios el del capitán Cook.¹⁵⁵ Las hotentotas, dice, no tienen ese delantal de carne del que se ha hablado con frecuencia. Un médico del Cabo, que ha curado de enfermedades venéreas a varias de esas mujeres, asegura que únicamente ha visto dos apéndices de carne, o más bien de piel, en la parte superior de los labios, y que de alguna manera se asemejaban a las ubres de una vaca, sólo que eran más planos. Añade que pendían ante las partes naturales y que eran de diferentes tamaños en distintas mujeres; que en algunas medían media pulgada, y en otras de tres a cuatro pulgadas de largo.

Sobre el color de los negros

Todo lo que he dicho sobre la causa del color de los negros me parece una gran verdad. Es el calor excesivo en algunas regiones del globo lo que da este color o, mejor dicho, ese tinte a los hombres, y este tinte penetra en el interior, pues la sangre de los negros es más negra que la de los hombres blancos. Ahora bien, este calor excesivo no se encuentra en ninguna región montañosa, ni en ninguna tierra muy elevada en el globo; por esta razón, en el mismo ecuador, los habitantes de Perú y los del interior de África no son negros. Asimismo, este calor excesivo no se encuentra en el ecuador, en las costas o tierras bajas cercanas al mar del lado del oriente, porque el viento del este que pasa por los grandes mares refresca continuamente esas tierras bajas; por esta razón, los pueblos de la Guyana, los brasileños, etc., en América, así como los pueblos de Melinda y de las otras costas orientales de África, y los habitantes de las islas meridionales de Asia, no son negros. Este calor excesivo sólo se encuentra, pues, en las costas y tierras bajas occidentales de África, donde el viento del este que sopla sin cesar, al tener que atravesar una inmensa extensión de tierra, se calienta necesariamente y, por lo tanto, aumenta en varios grados en esas regiones occidentales de África; por esta razón, es decir, por este exceso de calor proveniente de las dos circunstancias combinadas: la depresión de las tierras y la acción del viento caliente, se encuentran sobre esta costa occidental de África los hombres más negros. Estas dos circunstancias producen más o menos el mismo efecto en Nubia y en las tierras de Nueva Guinea, porque, en esas dos regiones bajas, el

¹⁵⁵ Primer viaje de Cook. En la edición en 8 volúmenes de 1774, esta descripción de los hotentotes se encuentra en el tomo VIII, pp. 177-178.

viento del este sólo llega después de haber atravesado una vasta extensión de tierra. Por el contrario, cuando ese mismo viento llega después de haber atravesado grandes mares de los cuales toma su frescura, no basta el solo calor de la zona tórrida, ni el que proviene de la depresión del terreno, para producir negros, y es la verdadera razón por la que no se los encuentra más que en tres regiones del globo, a saber: 1o. Senegal, Guinea y las otras costas occidentales de África; 2o. Nubia o Nigritia; 3o. La tierra de los papúas o Nueva Guinea. Así, el terreno de los negros no es tan vasto ni su número tan grande como se podría imaginar; y no sé en qué se fundamenta el señor P.¹⁵⁶ para creer que el número de los negros es al de los blancos como uno es a veintitrés. Sólo puede tener sobre eso una idea muy vaga, pues, en lo que puedo juzgar, la especie entera de los verdaderos negros es mucho menos numerosa; ni siquiera creo que constituyan la centésima parte del género humano, ya que hoy sabemos que el interior de África está poblado por hombres blancos.

El señor P. se pronuncia afirmativamente en una gran cantidad de cosas sin citar a sus informantes, lo que sería deseable, sobre todo en los hechos importantes.

Son absolutamente necesarias —dice— cuatro generaciones mezcladas para hacer desaparecer enteramente el color de los negros, y éste es el orden que la naturaleza observa en las cuatro generaciones mezcladas:

1o. De un negro y de una mujer blanca nace el mulato medio blanco de cabellos largos.

2o. Del mulato y de la mujer blanca proviene el cuarterón moreno de cabellos largos.

3o. Del cuarterón y de una mujer blanca sale el octavón, menos moreno que el cuarterón.

4o. Del octavón y de una mujer blanca sale un hijo completamente blanco.

Se necesitan cuatro filiaciones en sentido inverso para volver negros a los blancos:

1o. De un blanco y de una negra sale el mulato de cabellos largos.

2o. Del mulato y de la negra nace el cuarterón, que tiene tres cuartos de negro y un cuarto de blanco.

3o. Del cuarterón y de una negra proviene el octavón, que tiene siete octavos de negro y un octavo de blanco.

4o. De este octavón y de la negra proviene, finalmente, el verdadero negro de cabellos rizados.

No quiero contradecir esas aserciones del señor P.; sólo quisiera que nos informara de dónde ha tomado esas observaciones, que yo no he podido hallar de manera tan precisa en las investigaciones que he hecho. En la *Histoire de l'Academie des Sciences*, año 1724, página 17, se encuentra la observación, o, mejor dicho, la nota siguiente:

¹⁵⁶ En sus *Recherches philosophiques sur les Américains*, segunda parte, sección 2.ª "Del color de los americanos". De Pauw obtuvo sus informaciones del libro de Antonio Ulloa y Jorge Juan Santacilia, *Relación histórica del viaje de la América meridional*, 1752.

"Todo el mundo sabe que los hijos de un blanco y de una negra, o de un negro y una blanca, que es lo mismo, son de un color amarillo, y que tienen los cabellos negros, cortos y rizados; se los llama *mulatos*. Los hijos de un mulato y de una negra, o de un negro y de una mulata, a quienes se llama *grifos*, son de un amarillo más negro y tienen los cabellos negros; de manera que parece que una nación originariamente formada de negros y de mulatos regresaría al negro perfecto. Los hijos de los mulatos y de las mulatas, a los que se les da el nombre de *cascos*, son de un amarillo más claro que los grifos y, aparentemente, una nación que estuviera originariamente formada por éstos regresaría al blanco."

Parece, por esta nota proporcionada a la Academia por el señor de Hauterive, que no sólo todos los mulatos tienen cabellos, y no lana, sino que los grifos nacidos de un padre negro y de una mulata también tienen cabellos, y no lana, lo que dudo. Es enojoso que sobre este tema importante no se tenga un buen número de observaciones bien hechas.

Sobre los enanos de Madagascar

Los habitantes de las costas orientales de África y de la isla de Madagascar, aunque más o menos oscuros, no son negros; y hay en las partes montañosas de esa gran isla, como en el interior de África, hombres blancos. Incluso se ha propalado recientemente que había en el centro de la isla, cuyas tierras son más elevadas, un pueblo de enanos blancos; el señor Meunier, médico, que pasó una temporada en esta isla, me ha referido este hecho, y he encontrado en los papeles del difunto señor Commerson la siguiente relación: ¹⁵⁷

Los aficionados a lo maravilloso, que sin duda no nos agradecerían el haber reducido a seis pies la estatura supuestamente gigantesca de los patagones, aceptarán tal vez como compensación una raza de pigmeos que cae en el extremo opuesto; me refiero a esos semihombres que viven en las altas montañas del interior en la gran isla de Madagascar, y que forman en ella un cuerpo de nación considerable, llamada *quimos* o *limos* en lengua malgache. Si se les quitara la palabra, o se les diera a los monos grandes y pequeños, sería el paso insensible de la especie humana a los cuadrúpedos. El carácter natural y distintivo de esos hombrecillos es que son blancos, o al menos de color más pálido que todos los negros conocidos; tienen los brazos muy alargados, de tal manera que la mano llega hasta abajo de la rodilla sin doblar el cuerpo; y, en las mujeres, el sexo apenas está marcado por los senos, salvo en la época en que amamantan; incluso se pretende asegurar que la mayoría de ellas se ven forzadas a recurrir a la leche de vaca para alimentar a sus recién nacidos. Respecto a las facultades intelectuales, estos

¹⁵⁷ Las relaciones de Commerson sobre Madagascar se conservan en el Muséum. Pero ese texto sobre los quimos no se encuentra allí. Había sido publicado en 1772 por el señor de Fréville en un *Supplément au voyage de Bougainville*, que Buffon no parece conocer, y que obviamente no tiene ninguna relación con el de Diderot, salvo en el título.

quimos van a la par que los otros malgaches (así se llama en general a todos los nativos de Madagascar), que, según se sabe, son muy ingeniosos y muy hábiles, aunque extremadamente perezosos. Pero se asegura que los quimos, mucho más activos, son también más belicosos; así, su valor es el doble de su estatura, si puedo expresarme de esta manera, por lo que nunca han podido ser oprimidos por sus vecinos, quienes frecuentemente disputan con ellos. Aunque atacados con fuerza y armas desiguales (pues no utilizan fusiles y pólvora como sus enemigos), siempre han combatido valientemente y se han mantenido libres en sus peñascos, cuyo difícil acceso sin duda contribuye en mucho a su conservación. Allí viven de arroz, de diferentes frutos, legumbres y raíces; y crían una gran cantidad de ganado (cebúes y borregos de cola ancha) de los que también obtienen en parte su subsistencia. No tienen comunicación con las diferentes castas malgaches que los rodean, ni por medio del comercio, ni por alianzas, ni de ninguna otra manera; consiguen satisfacer sus necesidades con el terreno que poseen. Como el objeto de todas las pequeñas guerras que se producen entre ellos y los otros habitantes de la isla es quitarse recíprocamente algo de ganado o algunos esclavos, aunque la pequeña estatura de los quimos los protege en parte de esta última injuria, logran, por amor a la paz, decidirse a sufrir la primera hasta cierto punto; es decir, cuando ven desde lo alto de sus montañas un formidable aparato de guerra que avanza en la llanura, ellos mismos toman el partido de atar en la entrada de los desfiladeros por donde tienen que pasar para ir a ellos algo de lo superfluo de su ganado, que, dicen, sacrifican voluntariamente a la indigencia de sus hermanos mayores, pero con la amenaza al mismo tiempo de combatir a muerte si avanzan a mano armada en su terreno, prueba de que entregan los regalos no por debilidad ni menos aún por cobardía. Sus armas son la azagaya y los dardos, que tiran con la mayor precisión. Se supone que, si pudieran, como es su vivo deseo, ponerse en contacto con los europeos para obtener fusiles y municiones de guerra, pasarían de buena gana de la defensiva a la ofensiva contra sus vecinos, que entonces estarían tal vez muy felices de poder mantener la paz.

A tres o cuatro jornadas del fuerte Dauphin, que está casi en el extremo sur de la isla de Madagascar, la gente de la región muestra con mucha complacencia una serie de pequeños montículos o túmulos que tienen su origen, aseguran, en una gran matanza de quimos derrotados en campo raso por sus antepasados, lo que parecería probar que nuestros pequeños y valerosos guerreros no han estado siempre arrinconados y sin chistar en sus altas montañas, que tal vez han aspirado a la conquista de la llanura, y que sólo después de esta derrota calamitosa se vieron obligados a volver a su áspera morada. Sea lo que fuere, esta tradición constante en estos cantones, así como la idea, generalizada en Madagascar, de la existencia actual de los quimos, no permite dudar de que por lo menos una parte de lo que se cuenta es verdadera. Es sorprendente que lo único que se sabe de esta nación provenga sólo de testimonios de pueblos vecinos, que no se cuenta aún con ninguna observación hecha en el lugar, y que ni los gobernadores de las islas de Francia y de Bourbon ni los comandantes particulares de los diferentes cuarteles que hemos tenido en las costas de Madagascar, se hayan decidido a penetrar en el interior de las tierras con la finalidad de unir este descubrimiento a tantos otros que han podido hacerse al mismo tiempo. La empresa fue intentada últimamente, pero sin éxito: el hombre que se envió a tal

propósito, carente de resolución, abandonó al segundo día su gente y su equipaje, y sólo dejó, cuando fue necesario reclamar este último, el germen de una guerra en la que perecieron algunos blancos y una gran cantidad de negros. Las desavenencias que desde entonces sucedieron a la confianza que antiguamente reinaba entre las dos naciones por tercera vez podrían volverse funestas para este puñado de franceses que se dejaron en el puerto Dauphin, al retirar a los que allí se encontraban anteriormente, y digo por tercera vez porque ya ha habido dos *noches de San Bartolomé* contra nuestras guarniciones en esa isla, sin contar la de los portugueses y los holandeses que nos habían precedido.

Para volver a nuestros quimos y terminar la nota sobre ellos, afirmaré, como testigo ocular, que en el viaje que acabo de hacer al fuerte Dauphin (a fines de 1770), el señor conde de Modave,¹⁵⁸ último gobernador, que ya me había facilitado una parte de sus observaciones, me proporcionó finalmente la satisfacción de dejarme ver entre sus esclavos a una mujer quimo, de alrededor de treinta años, que medía tres pies y siete u ocho pulgadas, cuyo color tenía en efecto el matiz más claro que haya visto entre los habitantes de esa isla; me di cuenta de que era muy fornida, a pesar de su pequeña estatura, y no se parecía a las personas pequeñas y débiles, sino más bien a una mujer de proporciones normales en el detalle, sólo que acortada en su altura...; sus brazos eran efectivamente muy largos y alcanzaban, sin que ella se inclinara, la rótula de la rodilla; sus cabellos eran cortos y lanosos, la fisonomía bastante agradable, más cercana a la europea que a la malgache; por lo general tenía el aspecto risueño, el humor suave y complaciente, y buen sentido común, a juzgar por su conducta, pues no sabía hablar francés. Respecto al hecho de los senos, también fue verificado y sólo se le encontró el pezón como el de una niña de diez años sin la menor flacidez de la piel que pudiera hacer creer que había pasado de esa edad. Pero esta única observación está muy lejos de bastar para establecer una excepción a la ley común de la naturaleza; ¡cuántas muchachas y mujeres europeas, en la flor de la vida, presentan con demasiada frecuencia esta defectuosa conformación!... Por último, poco antes de nuestra partida de Madagascar, el deseo de recuperar su libertad, así como el temor a un próximo embarco, llevaron a la pequeña esclava a huir por el bosque; la trajeron de regreso varios días después, totalmente extenuada y casi muerta de hambre, porque, al desconfiar tanto de los negros como de los blancos, durante su vida de cimarrona, sólo había comido malos frutos y raíces crudas. Probablemente a esta causa, así como a la tristeza por haber perdido de vista las cumbres de las montañas donde había nacido, haya que atribuir su muerte, acaecida más o menos un mes después, en Saint-Paul, isla de Bourbon, donde hizo una escala de algunos días la nave que nos llevaba de regreso a Île-de-France. El señor de Modave había recibido a esta mujer quimo como regalo de un jefe malgache; había pasado por las manos de varios amos, pues la habían raptado muy joven en los confines de su región.

Habiendo considerado todo eso, termino por creer bastante firmemente,

¹⁵⁸ El *Journal* del conde de Maudave fue publicado en 1886 por Pouget de Saint André en su libro sobre la *Colonisation de Madagascar sous Louis XV*. En él se encuentran observaciones sobre los quimos. La tradición, respecto a la existencia de dicho pueblo, existe aún en la isla.

a partir de este ejemplo y de las pruebas adicionales, en esa nueva degradación de la especie humana, que tiene sus señales características, así como sus propias costumbres. . . Y si alguien demasiado difícil de persuadir no se rinde ante las evidencias (cuya cantidad realmente uno desearía que fuera mayor), que observe por lo menos que existen lapones en el extremo boreal de Europa. . .; que la disminución de nuestra estatura a la del lapón es más o menos gradual, como la del lapón al quimo. . .; que uno y otro pueblo viven en las zonas más frías o en las montañas más elevadas de la tierra. . .; que las de Madagascar tienen tres o cuatro veces más altura que las de Île-de-France, es decir, alrededor de mil seiscientas o mil ochocientas toesas sobre el nivel del mar. . . Las plantas que crecen naturalmente en esas grandes alturas no parecen ser más que abortos, como el pino y el abedul enanos y tantos otros que de la categoría de árboles pasan a la de los más humildes arbustos, por la única razón de que se han vuelto alpicolas, es decir, habitantes de las más altas montañas. . .; que finalmente sería el colmo de la temeridad pretender, antes de conocer todas las variedades de la naturaleza, fijar sus límites, como si no pudiera haberse acostumbrado, en algunos rincones de la tierra, a hacer en toda una raza lo que sólo parece habernos esbozado, como por extravío, en ciertos individuos que a veces no hemos visto superar en estatura a las muñecas o a las marionetas.

Me permití presentar aquí esta relación íntegra debido a su novedad, aunque dudo mucho aún de la realidad de los hechos descritos y de la existencia verdadera de un pueblo de tres pies y medio de estatura; eso es, por lo menos, exagerado. Seguramente sucederá con esos quimos de tres pies y medio como con los patagones de doce pies; éstos se redujeron a siete u ocho pies cuando mucho, y los quimos se elevarán por lo menos a cuatro pies o cuatro pies y tres pulgadas. Si las montañas en las que viven están situadas a mil seiscientas o mil ochocientas toesas sobre el nivel del mar, debe hacer el frío suficiente como para blanquearlos y disminuir su estatura a la misma medida que la de los groenlandeses y los lapones, y sería bastante singular que la naturaleza hubiera situado el extremo del producto del frío en la especie humana en regiones cercanas del ecuador, pues se supone que existe en las montañas de Tucumán una raza de pigmeos de treinta y una pulgadas de altura, más arriba de la región habitada por los patagones. Incluso se asegura que los españoles transportaron a Europa a cuatro de esos hombrecillos a fines del año de 1755. Algunos viajeros hablan también de una raza de americanos blancos y sin ningún pelo en el cuerpo, que se encuentra igualmente en las tierras cercanas a Tucumán, pero hay una gran necesidad de verificar todos estos hechos.

Por lo demás, la opinión o el prejuicio de la existencia de los pigmeos es extremadamente antiguo; Homero, Hesíodo y Aristóteles también los mencionan. El señor abate Banier ha hecho una erudita disertación sobre este tema, que se encuentra en la colección de las *Mémoires de l'Académie des Belles-Lettres*, tomo V, página 101. Después de haber comparado todos los testimonios de los antiguos sobre esta raza de hombrecillos, opina que constituían, en efecto, un pueblo de las montañas de Etiopía, y

que ese pueblo era el mismo que los historiadores y los geógrafos designaron con el nombre de *péchinien*s; pero piensa, con razón, que esos hombres, aunque de estatura muy pequeña, medían más de uno o dos codos de altura y que eran más o menos de la estatura de los lapones. Los quimos de las montañas de Madagascar y los *péchinien*s de Etiopía podrían ser la misma raza, que se ha mantenido en las montañas más altas de esa parte del mundo.

Sobre los patagones

No tenemos nada que añadir a lo que hemos escrito sobre los otros pueblos del antiguo continente, y como acabamos de hablar de los hombres más pequeños, hay que mencionar también a los más grandes: se trata, en efecto, de los patagones; pero como aún hay muchas incertidumbres sobre su tamaño y sobre la región en la que viven, creo que complaceré al lector ofreciéndole un fragmento fiel de todo lo que se sabe sobre ellos.¹⁵⁹

Es muy singular —dice el señor Commerson— que no se quiera salir del error de que los patagones son gigantes, y no deja de sorprenderme que algunas personas a quienes habría tomado como testigos de lo contrario, al suponer en ellas cierto amor por la verdad, se atrevan, contra su propia conciencia, a afirmar frente al público que han visto en el estrecho de Magallanes a esos titanes prodigiosos que nunca han existido más que en la imaginación febril de los poetas y de los marineros. . . *Ed io anche*. ¡Y yo también he visto esos patagones! Me encontré en medio de más de un centenar de ellos (a fines de 1769) con el señor de Bougainville y el señor príncipe de Nassau, a quienes acompañé al desembarcar en la bahía de *Boucault*. Puedo asegurar, y estos señores son lo suficientemente veraces como para certificarlo, que los patagones sólo son de una estatura un poco superior a la nuestra, que es por lo general de cinco pies y ocho pulgadas a seis pies; vi pocos de ellos que rebasaran ese límite, pero ninguno que excediera los seis pies y cuatro pulgadas. Es cierto que, para esa estatura, tienen casi la corpulencia de dos europeos, pues son muy anchos de espaldas y tienen la cabeza y los miembros proporcionados. Sin embargo, están muy lejos del *gigantismo*, si puedo utilizar ese término inusitado pero expresivo. Además de esos patagones, con los cuales permanecimos cerca de dos horas llenándonos mutuamente de muestras de amistad, vimos otros en mucho mayor número que nos seguían a galope a lo largo de sus costas; eran de la misma índole que los primeros. Por otra parte, no está fuera de lugar observar, para acabar de una vez con las exageraciones que se han propalado sobre estos salvajes, que son errantes como los escitas, y casi siempre andan a caballo. Ahora bien, siendo sus caballos de raza española, es decir verdaderas *jacas*, ¿cómo se pretende que vayan *montados* por gigantes? Incluso aunque sea normal la estatura de nuestros patagones, se ven obligados a extender las piernas hacia adelante, lo que no les impide ir siempre a galope, ya sea al montarlos o bien al bajar de ellos, pues sus caballos sin duda se

¹⁵⁹ Esas notas sobre los patagones se conservan en el *Muséum* (ms. 301).

han acostumbrado a este ejercicio desde hace mucho tiempo. Además, la especie se ha multiplicado en los fértiles pastos de la América meridional que ya no se le procuran muchos cuidados.

El señor de Bougainville, en la curiosa relación de su gran viaje, confirma los hechos que acabo de citar proporcionados por el señor Commerson.

La relación uniforme de los franceses —dice este célebre viajero—, que tuvieron el tiempo suficiente para hacer sus observaciones sobre este pueblo de los patagones, parece atestiguar que son en general de la más alta estatura y de la complexión más robusta que se conozcan entre los hombres; ninguno media menos de cinco pies y cinco o seis pulgadas, y varios medían seis pies. Sus mujeres son casi blancas y de rostro bastante agradable; algunos de nuestros hombres que se atrevieron a ir hasta su campamento encontraron ancianos que tenían aún en su rostro un aspecto vigoroso y saludable.

En otra parte de su relación el señor de Bougainville dice:

Lo que me pareció gigantesco, para la estatura de los patagones, es la gran anchura de sus espaldas, el tamaño de su cabeza y el grosor de sus miembros; son robustos y están bien alimentados; sus músculos son tensos, y su carne firme y fuerte; su rostro no es duro ni desagradable, y en algunos casos se bonito; su cara es larga y un poco aplastada; sus ojos son vivos y sus dientes extremadamente blancos, sólo que demasiado anchos. Llevan sus largos cabellos negros atados arriba de la cabeza. Algunos de ellos tienen bajo la nariz bigotes que son más largos que bien poblados; su color es bronceado, como lo es, sin excepción, el de todos los americanos, tanto de los que viven en la zona tórrida como de los que nacen en las zonas templadas y frías del mismo continente; algunos de esos mismos patagones tenían las mejillas pintadas de rojo. Su lengua es bastante dulce, y nada anuncia en ellos un carácter feroz. Su ropa es un simple braguero de cuero que cubre sus partes pudendas, y un gran abrigo de piel de guanaco (llama) o de *sourillos* (probablemente el zorrillo, especie de mofeta); este abrigo va atado alrededor del cuerpo con un cinturón, baja hasta los talones, y por lo general dejan caer la parte hecha para cubrir los hombros, de manera que, a pesar del rigor del clima, casi siempre andan desnudos de la cintura para arriba. La costumbre sin duda los ha vuelto insensibles al frío, pues aunque estuvimos allí en verano —dice el señor de Bougainville— el termómetro de Réaumur sólo subió un día a 10 grados por encima del punto de congelación... Las únicas armas que les vimos fueron dos piedras redondas atadas a los dos extremos de una tripa retorcida, semejante a la que utilizan en toda esta parte de América. Sus caballos, pequeños y muy flacos, estaban ensillados y embriados a la manera de los habitantes del Río de la Plata.¹⁰⁰ Su alimento principal parecía ser la carne de llama y de vicuña; llevaban trozos de estos animales atados a sus caballos,

¹⁰⁰ Los patagones fueron, en efecto, los primeros que utilizaron caballos en América del Sur, introducidos en su continente por los europeos.

y los vimos comer pedazos de esta carne cruda. Tenían con ellos perros pequeños, y feos, los cuales, al igual que sus caballos, beben agua del mar, pues el agua dulce es muy escasa en esta costa e incluso en el interior. Algunos de estos patagones nos dijeron unas palabras en español. Parece que, como los tártaros, llevan una vida errante en las inmensas llanuras de la América meridional; hombres, mujeres y niños andan todo el tiempo a caballo, siguiendo la caza y el ganado que abundan en las llanuras, y se visten y hacen sus cabañas con pieles. Terminaré este artículo —añade el señor Bougainville— diciendo que después encontramos en el mar Pacífico una nación de una estatura más elevada que la de los patagones...

Se refiere a los habitantes de la isla de Otahiti, a quienes mencionaremos a continuación.

Estos relatos de los señores de Bougainville y Commerson me parecen muy fieles, pero hay que tomar en cuenta que sólo hablan de los patagones que viven en los alrededores del estrecho, y que tal vez los haya aún más grandes en el interior. El comodoro Byron¹⁰¹ asegura que a cuatro o cinco leguas de la entrada del estrecho de Magallanes vio de pronto un tropel de hombres, unos a caballo, otros a pie, que alcanzaban tal vez el número de quinientos; que esos hombres no tenían armas y que, habiéndolos invitado por señas a que se acercaran, uno de ellos fue a su encuentro; que ese hombre era de una estatura *gigantesca*; la piel de un animal salvaje le cubría las espaldas; tenía el cuerpo pintado de una manera horrorosa; un círculo negro rodeaba uno de sus ojos y un círculo blanco el otro. El resto de la cara estaba surcado extrañamente por líneas de diversos colores; su altura parecía alcanzar los siete pies ingleses.

Aproximándose después al resto del grupo, vieron a varias mujeres de estatura proporcionada a la de los hombres. Todos estaban pintados y eran más o menos *del mismo tamaño*. Sus dientes, que tienen la blancura del marfil, están juntos y bien alineados. Casi todos andaban desnudos, a excepción de esa piel de animal que llevan en los hombros con el pelo hacia dentro; algunos llevaban botines, que tenían en cada talón una clavija de madera que les sirve de espuela. Ese pueblo parece tranquilo y apacible. Tenían con ellos una gran cantidad de perros y caballos muy pequeños, pero muy rápidos para correr; las riendas son correas de cuero con un palo que utilizan como freno; sus sillas se parecen a las almohadillas que usan los campesinos en Inglaterra. Las mujeres montan a caballo como los hombres, y sin estribos. Pienso que no hay exageración en este relato, y que los patagones vistos por Byron pueden ser un poco más grandes que los que vieron los señores de Bougainville y Commerson.

El mismo viajero Byron refiere que, desde el cabo *Monday* hasta la

¹⁰¹ Los viajes de Byron, de Wallis y de Carteret precedieron al de Cook y lo prepararon. Sus *Relations*, publicadas primero separadamente, fueron reunidas por Hawkesworth en una colección de 8 volúmenes (1774, en octavo). En esta colección, que es la que utiliza Buffon, las observaciones de Byron sobre los patagones se encuentran en el tomo I (41-50) y las de Wallis en el tomo III.

salida del estrecho, se ve a lo largo de la bahía *Tuesday* a otros salvajes muy estúpidos y desnudos a pesar del rigor del frío, que sólo llevan una piel de lobo marino en los hombros; que son tranquilos y dóciles; que viven de carne de ballena, etc.; pero no hace ninguna mención de su tamaño, de manera que puede presumirse que estos salvajes son diferentes de los patagones y que su estatura es la del común de los hombres.

El señor P. observa con razón la poca proporción que se encuentra entre las medidas de estos hombres gigantes dados por diferentes viajeros. ¿Quién diría, pregunta, que los diferentes viajeros que hablan de los patagones hagan variar su estatura en ochenta y cuatro pulgadas? Sin embargo esto es cierto.

Según La Giraudais, miden alrededor de	6 pies
Según Pigafetta	8 "
Según Byron	9 "
Según Harris	10 "
Según Jautzon	11 "
Según Argensola	13 "

Este último sería, según el señor P., el más mentiroso de todos, y el señor De la Giraudais ¹⁶² el único de los seis cuya observación es verídica. Pero, independientemente de que el pie es muy diferente en las diversas naciones, debo observar que Byron dice solamente que el primer patagón que se le acercó era de una estatura gigantesca y que su altura parecía ser de siete pies ingleses; así, la cita del señor P. no es exacta a este respecto. Samuel Wallis, cuya relación se imprimió a continuación de la de Byron, se expresa con más precisión:

Al ser medidos —dice—, resultó que los más grandes alcanzan una estatura de seis pies y siete pulgadas, otros más llegaban a los seis pies y cinco pulgadas, pero la mayoría no medía más de cinco pies y diez pulgadas. Su tez es color de cobre oscuro; tienen los cabellos lacios, casi tan duros como las cerdas del puerco... Están bien hechos y son robustos; tienen grandes huesos, pero sus pies y sus manos son de una pequeñez notoria... Cada uno llevaba en la cintura un arma de tiro de una especie singular: eran dos piedras redondas cubiertas de cuero, cada una de las cuales pesaba alrededor de una libra, y estaban atadas a los dos extremos de una cuerda de cerca de ocho pies de largo; la utilizan como una honda, teniendo una de las piedras en la mano y haciendo girar la otra alrededor de la cabeza hasta que haya adquirido la fuerza suficiente; entonces la lanzan contra el objeto que quieren alcanzar; son tan hábiles para manejar esta arma que a una distancia de quince varas pueden dar en un blanco que no es más grande que un chelín. Cuando van a la caza del guanaco (llama), arrojan su honda de tal manera que, al alcanzar la cuerda las patas del animal, las rodea por la fuerza de rotación y del movimiento de las piedras y lo detiene.

¹⁶² Un fragmento del *Journal* de La Giraudais fue publicado por Pernety después de su *Voyage aux îles Malouines*.

La primera obra en la que se menciona a los patagones es la relación del viaje de Magallanes en 1519, y esto es lo que se encuentra al respecto en el resumen que hizo Harris de esta relación:

Cuando pasaron la línea y vieron el polo austral, continuaron su ruta hacia el sur y llegaron a la costa de Brasil, alrededor del grado 22: observaron que todo este país era un continente, el más alto después del Cabo de San Agustín. Al continuar navegando todavía 2 grados y medio, siempre hacia el sur, llegaron a una región habitada por un pueblo muy salvaje y de una estatura prodigiosa; esos gigantes hacían un ruido espantoso, más parecido al mugido del toro que a la voz humana. A pesar de su estatura gigantesca, eran tan ágiles que ningún español ni portugués podía darles alcance en la carrera.

Observaré que, según esta relación, parece que esos hombres grandes fueron encontrados a 24 grados y medio de latitud sur; sin embargo, al ver el mapa, parece que hay aquí un error, pues el Cabo San Agustín, que la relación sitúa en el grado 22 de latitud sur, se encuentra en el mapa en el grado 10, de manera que es ambiguo si esos gigantes fueron encontrados en el grado 12 y medio o en el 24 y medio; pues si fue a 2 grados y medio más allá del Cabo San Agustín, fueron vistos en el grado 12 y medio; pero, si fue 2 grados y medio más allá de esa parte de la costa de Brasil que el autor ubica en el grado 22, fueron encontrados en el grado 24 y medio: tal es la exactitud de Harris. Sea lo que fuere, la relación continúa así:

Avanzaron en seguida hasta el grado 49 y medio de latitud sur, donde el rigor del clima los obligó a levantar sus cuarteles de invierno y a permanecer allí cinco meses. Durante mucho tiempo pensaron que la región no estaba habitada, pero finalmente fue a visitarlos un salvaje de tierras cercanas; tenía el aspecto vivo, alegre y vigoroso; cantaba y bailaba a lo largo del camino. Al llegar al puerto se detuvo y esparció polvo sobre su cabeza; en este punto algunas personas de la nave descendieron, fueron hacia él y, después que esparcieron igualmente polvo sobre sus cabezas, los acompañó a la nave sin temores ni sospechas; su estatura era tan alta que la cabeza de un hombre de estatura media de la tripulación de Magallanes sólo le llegaba a la cintura y su gordura era proporcionada.

Magallanes dio de comer y beber a ese gigante, que estuvo muy alegre hasta que miró por casualidad un espejo que le habían dado junto con otras bagatelas; se estremeció y, alejándose espantado, derribó a dos hombres que se encontraban junto a él. Tardó mucho tiempo en recuperarse de su terror. A pesar de eso, se encontraba tan bien con los españoles que pronto éstos tuvieron la compañía de varios de esos gigantes, uno de los cuales se familiarizó rápidamente con ellos y mostraba tanta alegría y buen humor que los europeos estaban muy a gusto con él.

Magallanes quiso capturar a algunos de esos gigantes; para esto, les llenaron las manos de diversas baratijas que les causaban curiosidad, y, mientras las examinaban, les pusieron grilletes en los pies; primero creyeron que se trataba de otra curiosidad, y parecieron divertirse con el ruido de esos

grilletes; pero cuando se vieron presos y traicionados imploraron la ayuda de un ser invisible y superior, llamado *Setebos*. En esta ocasión, su fuerza pareció proporcionada a su estatura, pues uno de ellos superó todos los esfuerzos de nueve hombres, aunque lo habían derribado y le habían atado fuertemente las manos; se liberó de todas sus ataduras y se escapó, a pesar de todo lo que pudieron hacer para evitarlo. El apetito de estos hombres es proporcionado a su estatura. Magallanes los llamó *patagones*.

Ésos son los detalles que da Harris sobre los patagones, después de haber pasado muchos trabajos, dice, comparando las relaciones de los diversos escritores españoles y portugueses.

También se habla de estos gigantes en la relación de un viaje alrededor del mundo realizado por Thomas Cavendish; el siguiente resumen es del mismo Harris:

Navegando desde Cabo Frío en Brasil, llegaron a la costa de América situada a 47 grados, 20 minutos de latitud sur. Avanzaron hasta el puerto Deseado, en el grado 50 de latitud. Allí los salvajes hirieron a dos de sus hombres con flechas que estaban hechas de caña con punta de guijarros. Era gente salvaje y burda y, por lo visto, una raza de gigantes, pues la medida de uno de sus pies era de dieciocho pulgadas de largo, lo que, siguiendo la proporción común, les da una estatura de alrededor de siete pies y medio.

Harris añade que esto está perfectamente de acuerdo con el relato de Magallanes; pero, en su resumen de la relación de Magallanes, dice que la cabeza de un hombre de estatura mediana de la tripulación de Magallanes sólo llegaba a la cintura de un patagón; ahora bien, suponiendo que ese hombre midiera únicamente cinco pies o cinco pies y dos pulgadas, eso da a los patagones por lo menos una altura de ocho pies y medio. Dice, verdaderamente, que Magallanes los llamó *patagones*, porque su estatura era de cinco codos o siete pies y seis pulgadas. Pero, si así es, hay contradicción en su propio resumen; tampoco dice en qué lengua la palabra *patagón* expresa esa estatura.

Sebald de Noort,¹⁶³ holandés, en su viaje alrededor del mundo, vio en una isla cercana al estrecho de Magallanes, siete canoas a bordo de las cuales iban unos salvajes cuya estatura le pareció de diez u once pies.

En la relación del viaje de George Spilberg se dice que en la costa de la Tierra del Fuego, que está al sur del estrecho de Magallanes, su tripulación vio a un hombre de estatura gigantesca que escalaba las montañas para mirar la flota; pero, aunque fueron a la costa, no vieron otras criaturas humanas; únicamente vieron tumbas que contenían cadáveres de estatura normal, o incluso menor; y los salvajes que vieron de vez en cuando en las canoas les parecieron menores de seis pies.

¹⁶³ Buffon confunde a Sebald de Weert, que llevó a una mujer patagona a Holanda y cuya relación se encuentra en la *Cosmographie* de Heylyn, y a Olivier van Noort, otro viajero holandés.

Frézier¹⁶⁴ habla de gigantes en Chile, de nueve o diez pies de altura.

El señor Le Cat¹⁶⁵ refiere que en el estrecho de Magallanes, el 17 de diciembre de 1615, vieron en el puerto Désiré tumbas cubiertas por montones de piedras, y que, al apartar las piedras y abrir las tumbas, encontraron esqueletos humanos de diez a once pies.

El padre de Acuña¹⁶⁶ habla de gigantes de dieciséis palmos de altura, que viven en las fuentes del río Cuchigán.

El señor de Brosse,¹⁶⁷ primer presidente del parlamento de Borgoña, parece compartir la opinión de los que creen en la existencia de los gigantes patagones, y afirma, con cierto fundamento, que los que la niegan no han visto a los mismos hombres ni los mismos lugares.

Observemos en primer lugar —dice— que la mayoría de los que afirman su existencia hablan de los pueblos patagones que viven en las costas de la América meridional en el este y en el oeste, y que, por el contrario, la mayoría de los que la niegan hablan de los habitantes del estrecho en la punta de América en las costas del norte y del sur. Las naciones de uno y otro cantón no son las mismas. Si los primeros fueron vistos algunas veces en el estrecho, esto no tiene nada de extraordinario a una distancia tan poco alejada del puerto San Julián, donde parecen vivir generalmente. La tripulación de Magallanes los vio allí varias veces; comerció con ellos, tanto a bordo de las naves como en sus propias cabañas.

El señor de Brosse cita viajeros que dicen haber visto a estos gigantes patagones: nombra a Loise, Sarmiento, Nodal,¹⁶⁸ entre los españoles; Cavendish, Hawkins, Knivet, entre los ingleses; Sebald de Noort, Le Maire, Spilberg, entre los holandeses; las tripulaciones de nuestros barcos de Marsella y de Saint-Malo, entre los franceses. Menciona, como acabamos de decir, tumbas que encerraban esqueletos de diez a once pies de altura.

Esto —dice con razón— es un examen hecho a sangre fría, en el que el terror no ha podido aumentar los objetos... Sin embargo, Narborough niega formalmente que su estatura sea gigantesca... Su testimonio es preciso a este respecto, así como el de Jacques l'Hermite, sobre los nativos de la Tierra del Fuego, de quienes dice que son fuertes, bien proporcionados, más o menos de la misma estatura que los europeos. Por último, entre los que el señor de Gennes vio en el puerto de Famine, ninguno medía seis pies de altura.

Al ver todos estos testimonios, a favor o en contra, uno no puede evitar creer que todos han dicho la verdad; es decir, que cada uno ha referido las cosas como las vio, de donde hay que concluir que la existencia de esta

¹⁶⁴ Frézier, en su *Voyage dans les mers du Sud* (1716), describe el archipiélago de los chonos y habla de una raza de gigantes que viven en el interior.

¹⁶⁵ En su *Cours abrégé d'ostéologie*, 1767.

¹⁶⁶ Su *Relation de la rivière des Amazones* fue incluida en 1761 en el *Voyage autour du monde* de Woodes Rogers.

¹⁶⁷ Su *Histoire des navigations aux terres australes* contiene una selección de relaciones poco conocidas (1756).

¹⁶⁸ Es decir García de Loisa, Sarmiento de Gamboa y García de Nodal.

especie de hombres peculiares es un hecho real, y que no basta, para tratarlos de apócrifos, con que una parte de los marineros no haya percibido lo que los otros vieron muy bien. Esta es también la opinión del señor Frézier, escritor juicioso, que tuvo la oportunidad de reunir los testimonios en los mismos lugares...

Parece una constante que los habitantes de las dos riberas del estrecho son de estatura normal, y que la especie particular (los patagones gigantes) tenía, hace dos siglos, su morada habitual en las costas del este y del oeste, varios grados más arriba del estrecho de Magallanes... Probablemente la llegada demasiado frecuente de naves a esa ribera los hizo tomar la decisión de abandonarla por entero, o de no ir más que en ciertas épocas del año, y de residir, como nos dicen, en el interior de la región. Anson presume que viven en las cordilleras, hacia la costa de occidente, de donde sólo van a la orilla oriental en intervalos poco frecuentes, de tal manera que si las naves que, desde hace más de cien años, han llegado a la costa de los patagones sólo los han visto rara vez; la razón, según las apariencias, es que este pueblo arisco y tímido se ha alejado de la ribera del mar desde que vio llegar tan frecuentemente barcos de Europa y que, siguiendo el ejemplo de tantas naciones indias, se retiró a las montañas para ocultarse a la vista de los extranjeros.

Se ha podido observar en mi obra que siempre he parecido dudar de la existencia real de ese supuesto pueblo de gigantes. No se puede estar lo suficientemente en guardia contra las exageraciones, sobre todo en las cosas recientemente descubiertas; sin embargo, estaría muy inclinado a creer, junto con el señor de Brosse, que la diferencia de estatura dada por los viajeros a los patagones sólo proviene de que no han visto a los mismos hombres, ni en las mismas regiones, y que, al comparar todo bien, resulta que, desde el grado 22 de latitud sur hasta el 40 o 45, existe, en efecto, una raza de hombres más alta y más poderosa que ninguna otra en el universo. No todos esos hombres son gigantes, pero todos son más altos y mucho más anchos y cuadrados que los otros hombres; y, como hay gigantes en casi todos los climas, de siete pies o siete y medio de altura, no es sorprendente que haya entre los patagones hombres de nueve y diez pies.¹⁶⁹

De los americanos

Respecto a las otras naciones que viven en el nuevo continente, me parece que el señor P.¹⁷⁰ supone y afirma, sin ningún fundamento, que en general

¹⁶⁹ Buffon retomará este problema en las notas de la "Sixième Époque" de las *Époques de la Nature* para concluir que es "casi seguro que en las primeras edades de la naturaleza viva han existido no sólo individuos gigantes en gran cantidad, sino incluso algunas razas constantes y sucesivas de gigantes, de las cuales la única que se ha conservado es la de los patagones". La estatura de los patagones fue objeto en el siglo XVIII de una larga disputa. Los individuos de esta subdivisión de los indios "pampas", hoy casi desaparecida, eran en efecto de estatura elevada (1.68 a 1.80 m).

¹⁷⁰ *Recherches philosophiques sur les Américains*, quinta parte, sección I, "Du génie abruti des américains".

todos los americanos, aunque ligeros y ágiles en la carrera, estaban desprovistos de fuerza, que sucumbían a la menor carga, y que la humedad de su constitución es la causa de que no tengan barba, y que son calvos porque su temperamento es frío (página 42); más adelante dice que tienen largas cabelleras, como las mujeres, porque carecen de barba; que nunca se ha visto un solo americano que tenga el cabello crespo o ensortijado, que casi nunca encanecen y en ninguna edad pierden su cabello (página 60), mientras que acaba de señalar (página 42) que la humedad de su temperamento los vuelve calvos, mientras que no debería ignorar que los caribes, los iroqueses, los hurones, los floridanos, los mexicanos, los tlaxcaltecas, los peruanos, etc., eran hombres nerviosos, robustos e incluso más valientes de lo que parecía permitirlo la inferioridad de sus armas frente a las de los europeos.

El mismo autor da un cuadro genealógico de las generaciones mezcladas de los europeos y de los americanos, que, como el de las mezclas de los negros y de los blancos, exigiría garantías, y supone por lo menos informantes seguros que el señor P. no cita. Dice:

19 De una mujer europea y de un salvaje de la Guyana nacen mestizos, dos cuartos de cada especie; son morenos, y los muchachos de esta primera combinación tienen barba, aunque el padre americano sea imberbe; el híbrido obtiene, pues, esta singularidad únicamente de la sangre de su madre.

29 De una mujer europea y de un mestizo proviene la especie cuarterona; es menos morena, porque sólo hay un cuarto de americano en esta generación.

39 De una mujer europea y de un cuarterón o cuarto de hombre viene la especie octavona, que tiene una octava parte de sangre americana; su color es apenas bronceado, pero lo suficiente como para diferenciarlo de los verdaderos hombres blancos de nuestros climas, aunque goce de los mismos privilegios a consecuencia de una bula del papa Clemente XI.

49 De una mujer europea y del octavón macho sale la especie que los españoles llaman *puchuella*; es totalmente blanca y no es posible distinguirla de los europeos. Esta cuarta raza, que es la raza perfecta, tiene los ojos azules o cafés, los cabellos rubios o negros, según hayan sido de uno u otro color en las cuatro madres que han servido para esta filiación.

Confieso que no tengo los conocimientos suficientes para poder confirmar o quitar valor a estos hechos, de los cuales no dudaría tanto si este autor no hubiera afirmado otros que han sido desmentidos, o directamente opuestos a las cosas más conocidas y mejor comprobadas. Sólo me tomaré la molestia de citar aquí los monumentos de los mexicanos y de los peruanos, cuya existencia niega, y cuyos vestigios no obstante aún existen y demuestran la grandeza y el genio de esos pueblos,¹⁷¹ que

¹⁷¹ Buffon, mejor informado, cambió de opinión sobre los "monumentos" de los mexicanos y de los peruanos. El tomo XIII de la *Histoire des voyages*, publicado en 1756, y el testimonio de los naturalistas Joseph de Jussieu y Joseph Dombey, lo convencieron de la importancia de esos vestigios.

él trata como a seres estúpidos, degenerados de la especie humana, tanto en relación al cuerpo como al entendimiento. Parece que el señor P. quiso relacionar todos los hechos con esta opinión: los escogió con este fin. Me indigna que un hombre de mérito, y que además parece ser instruido, se entregue a ese exceso de parcialidad en sus juicios y que los apoye en hechos equívocos. ¿No comete el mayor error al censurar acremente a los viajeros y naturalistas que han podido afirmar algunos hechos dudosos, puesto que él mismo proporciona muchos que son más que dudosos? Admite y afirma estos hechos cuando están de acuerdo con sus opiniones; pretende que basten sus palabras para creerle, sin citar a sus informantes; por ejemplo, sobre esas ranas que mugen, dice, como becerros; sobre la carne de la iguana, que produce enfermedades venéreas en quienes la comen; sobre el frío glacial de la tierra a uno o dos pies de profundidad, etcétera. Afirma que los americanos en general son hombres degenerados; que no es fácil concebir que hay seres que, apenas creados, puedan encontrarse en un estado de decrepitud o de caducidad, y que ése es el estado de los americanos; que no hay conchas ni otros residuos marinos en las altas montañas, ni siquiera en las de mediana altura; que no había toros en América antes de su descubrimiento; que sólo los que no han reflexionado lo suficiente sobre la constitución del clima de América han creído que se podía considerar muy nuevos a los pueblos de este continente; que más allá del grado 80 de latitud los seres constituidos como nosotros no podrían respirar durante los doce meses del año, debido a la densidad de la atmósfera; que los patagones son de una estatura semejante a la de los europeos, etc. Pero es inútil hacer una enumeración más amplia de todos los hechos falsos o dudosos que este autor se permitió afirmar con una confianza que molestará a cualquier lector amigo de la verdad.

La imperfección de la naturaleza que él reprocha gratuitamente a América en general sólo debe alcanzar a los animales de la parte meridional de ese continente, los cuales parecen ser mucho más pequeños y totalmente diferentes de los de las partes meridionales del antiguo continente.

"Y esta imperfección, como muy bien lo dice el juicioso y elocuente autor de la *Histoire des deux Indes*, no prueba la novedad de ese hemisferio, sino su renacimiento; debió ser poblado al mismo tiempo que el antiguo, pero posteriormente pudo haberse sumergido. Los huesos de elefantes, de rinocerontes, que se encuentran en América, prueban que esos animales vivieron allí antiguamente."¹⁷²

¹⁷² Este pasaje está en el tomo VIII de la edición de Neuchatel, 1780 (p. 20). En los *Animaux communs aux deux continents* (1761), Buffon no sólo hablaba del "empequeñecimiento" de los cuadrúpedos, sino también del hombre americano: "(...) aunque el salvaje del Nuevo Mundo sea más o menos de la misma estatura que el hombre de nuestro mundo, eso no basta para que pueda constituir una excepción al hecho general del empequeñecimiento de la naturaleza viviente en ese continente. El salvaje es débil y pequeño en sus órganos de la generación; no tiene pelos ni barba, y ninguna foga por su hembra... es también mucho menos sensible y, sin embargo, más temeroso

Es cierto que hay algunas regiones de la América meridional, sobre todo en las partes bajas del continente, como la Guyana, el Amazonas, las tierras bajas del istmo, etc., en las que los nativos parecen ser menos robustos que los europeos; pero es por causas locales y particulares. En Cartagena los habitantes, tanto indios como extranjeros, viven, por decirlo así, en un baño caliente durante los seis meses del verano; una traspiración demasiado fuerte y continua les da el color pálido y lívido de los enfermos. Sus movimientos se ven afectados por la suavidad del clima que afloja las fibras. Se da uno cuenta de ello incluso a través de las palabras que salen de su boca en voz baja y en intervalos largos y frecuentes. En la parte de América situada en las orillas del Amazonas y del Napo las mujeres no son fecundas, y su esterilidad aumenta cuando las hacen cambiar de clima; sin embargo, bastante a menudo se hacen abortos. Los hombres son débiles y se bañan con demasiada frecuencia como para poder adquirir fuerzas. El clima no es sano, y las enfermedades contagiosas muy frecuentes. Pero hay que considerar estos ejemplos como excepciones o, mejor dicho, como diferencias comunes a los dos continentes; pues, en el antiguo, los hombres de las montañas y de las regiones elevadas son notoriamente más fuertes que los habitantes de las costas y de las otras tierras bajas. En general, todos los habitantes de la América septentrional y los de las tierras elevadas en la parte meridional, como Nuevo México, Perú, Chile, etc., eran hombres tal vez menos activos, pero tan robustos como los europeos. Sabemos, gracias a un testimonio respetable, el del célebre Franklin, que en veintiocho años la población de Filadelfia se duplicó sin ayuda extranjera.¹⁷³ Así, me cuesta trabajo aceptar una especie de imputación que el señor Kalm hace a esta afortunada región: dice que en Filadelfia se creería que los hombres no son de la misma naturaleza que los europeos.¹⁷⁴

"Según él, su cuerpo y su razón se forman más pronto; también envejecen antes. No es raro ver allí niños que respondan con todo el buen sentido propio de la edad madura, pero no lo es menos encontrar ancianos octogenarios. Esta última observación sólo se refiere a los colonos, pues los antiguos habitantes alcanzan la vejez extrema, aunque mucho menos desde que beben licores fuertes. Los europeos degeneran allí notoriamente. En la última guerra se observó que los hijos de los europeos nacidos en América no eran capaces de soportar las fatigas de la guerra y el cambio de clima como los que habían sido criados en Europa. Desde la edad de treinta años las mujeres dejan de ser fecundas."

En una región en la que los europeos se multiplican tan rápidamente y la vida de los nativos es más larga que en otras partes, no es muy

y más cobarde; no tiene ninguna vivacidad, ninguna actividad en el alma." Raynal también retoma estos pasajes (VIII, 18). Fue Buffon quien provocó esta *Dispute du Nouveau Monde*, sobre la cual puede leerse el libro de Antonello Gerbi (en italiano, 1955, o en español, México, 1960).

¹⁷³ Véase *An historical review of the constitution and government of Pennsylvania*.

¹⁷⁴ *Histoire naturelle et politique de la Pennsylvanie...*, París, 1768.

posible que los hombres degeneren, y temo que esta observación del señor Kalm esté tan mal fundada como aquella sobre esas serpientes que, según él, encantan a las ardillas y las obligan, por la fuerza de la fascinación, a ir a parar a su boca.

Sólo se encontraron hombres fuertes y robustos en Canadá y en todas las demás regiones de la América septentrional; todas las relaciones están de acuerdo sobre eso. Los californianos, que fueron los últimos en ser descubiertos, están bien formados y son muy robustos; son más morenos que los mexicanos, aunque viven en un clima más templado, pero esta diferencia se debe a que las costas de California son más bajas que las partes montañosas de México donde, por otra parte, sus habitantes tienen todas las comodidades de la vida, de las que carecen los californianos.

Al norte de la península de California se extienden vastas tierras descubiertas por Drake en 1578, a las que se les dio el nombre de *Nueva Albión*; y más allá de las tierras descubiertas por Drake hay otras tierras en el mismo continente, cuyas costas fueron vistas por Martín de Aguilar en 1603. Esta región fue reconocida después en varios lugares de las costas del grado 40 de latitud hasta el 65, es decir, a la misma altura que las tierras de Kamchatka, por los capitanes Chirikov y Behring. Estos viajeros rusos descubrieron varias tierras que se extienden más allá, hacia la parte de América que nos es aún muy poco conocida. El señor Kracheninnikov,¹⁷⁵ profesor en Petersburgo, en su descripción de Kamchatka, impresa en 1749, refiere los siguientes hechos:

Los habitantes de la parte de América más cercana a Kamchatka son tan salvajes como los coriacos o los tsuktschi. Su estatura es grande; tienen los hombros anchos y redondos, los cabellos largos y negros, los ojos negros como el azabache, la barba rala y el cuello corto. Sus calzones y sus botas, que hacen con pieles de morsa, y sus sombreros hechos de plantas, plegados en forma de sombrilla, se parecen mucho a los de los kamchadales. Viven, como ellos, de pescado, de morsas y de hierbas dulces, que preparan de la misma manera. Hacen secar la corteza tierna del álamo y del pino, que les sirve de alimento en caso de necesidad; esas mismas costumbres son conocidas no sólo en Kamchatka, sino también en toda Siberia y Rusia hasta Viatka. Pero los licores espirituosos y el tabaco no son conocidos en esta parte noroeste de América, prueba segura de que sus habitantes no han tenido comunicación anteriormente con los europeos. Éstas son —añade el señor Kracheninnikov— las semejanzas que se han observado entre los kamchadales y los americanos:

- 1o. Los americanos se parecen a los kamchadales en el rostro.
- 2o. Comen hierbas dulces de la misma manera que los kamchadales, cosa que no se ha observado en otras partes.
- 3o. Utilizan el mismo aparato de madera para encender el fuego.
- 4o. Existen varios motivos para suponer que usan hachas de piedra o de hueso, y no carece de fundamento el hecho de que Steller suponga que antiguamente tenían comunicación con el pueblo de Kamchatka.

¹⁷⁵ *Histoire et description du Kamtschatka*, traducida en 1770.

5o. Sus ropas y sus sombreros no difieren en nada de los de los kamchadales.

6o. Tiñen las pieles con el zumo del aliso, como en Kamchatka.

7o. Utilizan como armas arco y flechas; no puede decirse cómo están hechos los arcos, pues nunca han sido vistos, pero las flechas son largas y muy pulidas, lo que hace creer que usan herramientas de hierro. (Nota. Esto parece estar en contradicción con el artículo 4.)

8o. Estos americanos utilizan canoas hechas de pieles, como los coriacos y tsuktschi, que miden catorce pies de largo por dos de altura; las pieles son de perros marinos, pintadas de color rojo. Sólo usan un remo, con el cual adquieren tanta velocidad que los vientos contrarios casi no los detienen, incluso cuando el mar está agitado. Sus canoas son tan ligeras que las cargan con una sola mano.

9o. Cuando los americanos ven en sus costas gente que no conocen, reman hacia ellas y hacen un gran discurso; pero se ignora si se trata de algún encantamiento o de una ceremonia particular que acostumbra para recibir a los extranjeros, pues ambos usos se encuentran también entre los kuriles. Antes de acercarse se pintan el rostro con lápiz negro y se tapan las ventanas de la nariz con algunas hierbas. Cuando tienen entre ellos a algún extranjero parecen afables y quieren conversar con él, sin apartar la mirada de la de éste. Lo tratan con mucha sumisión, y le ofrecen grasa de ballena y plomo negro con el cual se embadurnan el rostro, sin duda porque creen que esas cosas son tan agradables para los extranjeros como para ellos mismos.

Creo que he referido aquí todo lo que ha llegado a mi conocimiento sobre esos pueblos septentrionales de la parte occidental del norte de América, pero imagino que los viajeros rusos, que descubrieron esas tierras llegando por los mares que están más allá de Kamchatka, han dado descripciones más precisas de esa región, a la cual parece que también se podría llegar por el otro lado, es decir, por la bahía de Hudson o por la de Baffin. Sin embargo, este camino fue intentado en vano por la mayoría de las naciones comerciantes, y sobre todo por los ingleses y daneses; y es de suponerse que por el oriente se acabará de descubrir el occidente, ya sea partiendo de Kamchatka, o bien subiendo de Japón o de las islas de Ladrones hacia el norte y el noreste; pues puede suponerse, por varias razones que he referido en otra parte, que los dos continentes están contiguos, o por lo menos muy cercanos, hacia el norte, al oriente de Asia.¹⁷⁶

No añadiré nada a lo que he dicho sobre los esquimales, nombre con el cual se designa a todos los salvajes que se encuentran desde la tierra del Labrador hasta el norte de América, y cuyas tierras probablemente

¹⁷⁶ La búsqueda de un paso hacia la India y China por el norte de América (paso del noroeste) o por el norte de Europa y de Asia (paso del noreste) dio lugar a largas controversias. Se encuentran resumidas en el artículo "Paso por el norte", redactado para los *Suppléments de la Encyclopédie* por el suizo Samuel Engel, autor de numerosas relaciones sobre esta cuestión. Engel concluye que en el noreste se encuentra el único paso transitable. Basándose en los resultados del viaje de Phipps (1773), Buffon, en las *Époques de la nature* (Sixième Époque), concluye por el contrario que existe un paso por el noroeste. Pero sólo será descubierto en 1850. Véase Marthe Emmanuel, *La France et l'exploration polaire*, 1959, tomo I.

se unen a las de Groenlandia. Se ha reconocido que los esquimales no difieren en nada de los groenlandeses; y no dudo, dice el señor P., que los daneses, al acercarse más al Polo, se den cuenta un día de que los esquimales y los groenlandeses se comunican. Este mismo autor presume que los americanos ocupaban Groenlandia antes del año 700 de nuestra era, y apoya su conjetura en el hecho de que los islandeses y los noruegos encontraron desde el siglo VIII, en Groenlandia, habitantes que llamaron *skralins*. Esto me parece probar únicamente que Groenlandia siempre ha estado poblada y que tenía, como todas las otras regiones de la Tierra, sus propios habitantes, cuya especie o raza resulta semejante a los esquimales, a los lapones, a los samoyedos, a los coriacos, porque todos estos pueblos se encuentran en la misma zona y todos han recibido las mismas impresiones de ésta.

La única cosa singular en relación con Groenlandia es, como ya lo he observado, que esta parte de la Tierra ha sido conocida desde hace mucho siglos, e incluso habitada por colonias de Noruega del lado oriental, que es el más cercano de Europa, pero esta misma costa está actualmente perdida para nosotros, inaccesible por los hielos; y cuando Groenlandia fue descubierta por segunda vez en tiempos más modernos, este segundo descubrimiento se llevó a cabo por la costa occidental situada frente a América, y que es la única que frecuentan nuestras naves actualmente.

Si pasamos de estos habitantes de las tierras árticas a los que, en el otro hemisferio, son los menos alejados del círculo antártico, encontraremos que, en la latitud de 50 a 55 grados, los viajeros dicen que el frío es igualmente intenso y sus habitantes aún más miserables que los groenlandeses o los lapones, que sin embargo están veinte grados, es decir 600 leguas, más cerca de su polo.

Los habitantes de la Tierra del Fuego —dice el señor Cook— viven en cabañas hechas burdamente con estacas enterradas, inclinadas en la punta, que forman una especie de cono semejante a nuestros panales. Están cubiertas del lado del viento por algunos ramajes y por una especie de heno; a sotavento hay una abertura de cerca de la octava parte del círculo, que sirve de puerta y de chimenea... Un poco de heno esparcido en la tierra sirve a la vez de asiento y de cama. Todos sus muebles consisten en una cesta que llevan en la mano, un saco sobre sus espaldas y la vejiga de algún animal para guardar el agua.

Su color es semejante al del moho del hierro mezclado con aceite; tienen largos cabellos negros. Los hombres son gordos y mal hechos; su estatura es de cinco pies y ocho pulgadas a cinco pies y diez pulgadas. Las mujeres son más pequeñas y apenas pasan de los cinco pies; todo su vestido consiste en una piel de guanaco (llama) o de morsa echada sobre los hombros en el mismo estado en que le fue quitada al animal, un pedazo de la misma piel que les envuelve los pies y que se cierra como una bolsa arriba de los tobillos, y un pequeño delantal que hace las veces en las mujeres de la *hoja de parra*; los hombres llevan su abrigo abierto, las mujeres lo atan alrededor de la cintura con una correa, pero, aunque estén casi desnudas, tienen un gran

deseo de parecer bellas. Se pintan el rostro, las partes cercanas a los ojos, generalmente de blanco, y el resto de líneas horizontales rojas y negras; pero todos los rostros son pintados de manera diferente.

Los hombres y las mujeres llevan pulseras de cuentas, que hacen con conchas pequeñas y huesos; las mujeres tienen una en la muñeca y otra en la parte baja de la pierna, los hombres únicamente en la muñeca.

Parece que se alimentan de mariscos; aunque sus costas son abundantes en morsas, carecen de instrumentos para cazarlas. Sus armas consisten en un arco y flechas de una madera muy pulida, cuya punta es un guijarro.

Este pueblo parece ser errante, pues antes se habían visto chozas abandonadas; y, por otra parte, al agotarse los mariscos en un lugar de la costa, se ven obligados a establecerse en otro sitio; además, no tienen barcos, ni canoas ni nada semejante. En todo, estos hombres son los más miserables y los más estúpidos de las criaturas humanas; su clima es tan frío que dos europeos perecieron allí en pleno verano.¹⁷⁷

Puede verse, a través de esta relación, que hace mucho frío en esta Tierra del Fuego, que sólo fue llamada así por algunos volcanes que allí fueron vistos de lejos. Se sabe, además, que en estos mares australes hay hielo en algunos lugares desde el grado 47, y en general apenas se puede dudar que el hemisferio austral sea más frío que el boreal, porque el sol permanece menos en él, y también porque este hemisferio austral está compuesto de mucha más agua que de tierra, mientras que nuestro hemisferio boreal presenta más tierra que agua. Sea lo que fuere, estos hombres de la Tierra del Fuego, donde se supone que el frío es tan fuerte y donde viven más miserablemente que en ninguna otra parte del mundo, no por ello han perdido las dimensiones del cuerpo; y como no tienen otros vecinos más que los patagones, los cuales, deducción hecha a partir de todas las exageraciones, son los hombres más grandes conocidos, debe presumirse que el frío del continente austral ha sido exagerado, puesto que no ha marcado sus impresiones en la especie humana. Hemos visto, en las observaciones citadas anteriormente, que en la Nueva Zembla, que está 20 grados más cerca del polo ártico que la Tierra del Fuego del antártico, hemos visto, digo, que no es el rigor del frío, sino la humedad malsana de las nieblas lo que hace perecer a los hombres; debe suceder lo mismo y con mayor razón en las tierras rodeadas por los mares australes, donde la bruma parece velar el aire en todas las estaciones y volverlo aún más malsano que frío; esto me parece demostrado por el simple hecho de la diferencia de ropa: los lapones, los groenlandeses, los samoyedos y todos los hombres de las regiones verdaderamente frías en exceso, se cubren todo el cuerpo de pieles, mientras que los habitantes de la Tierra del Fuego y del estrecho de Magallanes andan casi desnudos y con un simple abrigo en los hombros. El frío no es, pues, tan fuerte como en las tierras árticas, pero la humedad del aire debe ser más grande, y probablemente esta humedad fue la que hizo perecer, incluso en verano, a los dos europeos de los que habla el señor Cook.

¹⁷⁷ Primer viaje de Cook, ed. citada, IV-25 a 30. Buffon cita de manera muy libre.

Isleños del Mar del Sur

Respecto a las tribus que se han encontrado en todas las islas recientemente descubiertas en el mar del Sur y en las tierras del continente austral, referiremos simplemente lo que han dicho de ellas los viajeros, cuya relación parece demostrarnos que los hombres de nuestras antípodas son, al igual que los americanos, tan robustos como nosotros, y que no se los puede acusar ni a unos ni a otros de haber degenerado.

En las islas del Mar Pacífico, situadas a 14 grados, 5 minutos de latitud sur y a 145 grados, 4 minutos de longitud oeste del meridiano de Londres, el comodoro Byron¹⁷⁸ afirma haber encontrado hombres armados con picas de por lo menos dieciséis pies de largo, que blandían con actitud amenazante. Estos hombres son de color moreno, bien proporcionados en su estatura y parecen unir a una apariencia de vigor una gran agilidad; no recuerdo, afirma este viajero, haber visto hombres tan ligeros en la carrera.

En varias otras islas de este mismo mar, y particularmente en las que él ha llamado *islas del Príncipe de Gales*, situadas en el grado 15 de latitud sur y en el grado 151 y 53 minutos de longitud oeste, y en otra a la cual su tripulación dio el nombre de *isla Byron*, situada a 18 grados, 18 minutos de latitud sur y 173 grados, 46 minutos de longitud, este viajero encontró numerosas tribus: "Estos insulares —dice— son de buena estatura, de miembros firmes y proporcionados; su tez es bronceada pero clara; los rasgos de su rostro no tienen nada de desagradable; se nota en ellos una mezcla de intrepidez y de jovialidad que sorprende; sus cabellos, que dejan crecer, son negros; algunos de ellos llevan largas barbas, otros sólo bigote, y otros unas cuantas barbas en la punta del mentón."

En varias otras islas situadas más allá del ecuador, en este mismo mar, el capitán Carteret¹⁷⁹ dice que encontró hombres en gran cantidad, algunos en especies de aldeas fortificadas con parapetos de piedra, otros en pleno campo, pero todos armados de arcos y flechas o de lanzas y mazas, todos muy vigorosos y muy ágiles; estos hombres andan desnudos o casi desnudos, y asegura que observó en varias de esas islas, y principalmente en las que se encuentran a 11 grados, 10 minutos de latitud sur y a 164 grados, 43 minutos de longitud, que los nativos tienen la cabeza lanosa como la de los negros, pero que son menos oscuros que los negros de Guinea. Dice que sucede lo mismo con los habitantes de la isla de Egmont,¹⁸⁰ que está a 10 grados, 40 minutos de latitud sur y a 160 grados, 49 minutos de longitud, e incluso con los que se encuentran en las islas descubiertas por Abel Tasman, las cuales están situadas a 4 grados, 36 minutos de latitud sur y a 154 grados, 17 minutos de longitud. Están

¹⁷⁸ Byron, ed. citada, I, 174.

¹⁷⁹ Misma edición, *Voyage* de Carteret, II, 96: islas de Carteret y de Gower.

¹⁸⁰ Carteret, ed. citada, II, 83: isla de Egmont.

llenas, dice Carteret,¹⁸¹ de habitantes negros que tienen la cabeza lanosa como los negros de África. En las tierras de la Nueva Bretaña también observó que los nativos de la región tienen lana en la cabeza como los negros, pero que se diferencian de éstos en que no tienen la nariz aplastada ni los labios gruesos. Estos últimos, que parecen ser de la misma raza que los de las islas anteriores, polvean de blanco sus cabellos e incluso su barba. He observado que este uso del polvo blanco en los cabellos se encuentra en los papúas, que son también negros bastante cercanos a los de Nueva Bretaña. Esta especie de hombres de cabeza lanosa parece encontrarse en todas las islas y tierras bajas entre el ecuador y el trópico, en el mar del Sur. Sin embargo, en algunas de estas islas, se encuentran hombres que no tienen lana en la cabeza y que son color de cobre,¹⁸² es decir más rojos que negros, con poca barba y gruesos y largos cabellos negros; no andan enteramente desnudos como los otros de que hemos hablado, sino que llevan una trenza en forma de cinturón, y aunque las islas en las que viven están más cerca del ecuador, parece que el calor no es tan grande como en todas las tierras en las que los hombres andan absolutamente desnudos y en las que, al mismo tiempo, tienen lana en lugar de cabellos.

Los isleños de Otahiti —dice Samuel Wallis¹⁸³— son grandes, bien hechos, ágiles, despiertos y de un rostro agradable. La estatura de los hombres es, por lo general, de cinco pies y siete pulgadas a cinco pies y diez pulgadas; la de las mujeres es de cinco pies y seis pulgadas. La tez de los hombres es morena; sus cabellos son generalmente negros y a veces castaños, pelirrojos o rubios, lo que es de llamar la atención, porque los cabellos de todos los nativos del Asia meridional, de África y de América son negros; los de los niños de ambos sexos son generalmente rubios. Todas las mujeres son bonitas, y algunas de una gran belleza. Estas isleñas no parecen considerar la continencia como una virtud, puesto que las mujeres venden libremente sus favores en público. Con frecuencia las ofrecen sus mismos padres o hermanos. Ellos conocen el precio de la belleza, pues el tamaño de los clavos que pedían por el goce de una mujer siempre era proporcional a sus encantos. La ropa de los hombres y de las mujeres está hecha de una especie de tela blanca^p que se parece mucho al papel grueso de China; como el papel, es fabricada con *liber* o corteza interior de los árboles, que se ha puesto a macerar. Las plumas, las flores, las conchas y las perlas forman parte de sus adornos; son sobre todo las mujeres quienes llevan perlas. Es una costumbre común, tanto en los hombres como en las mujeres pintarse las nalgas y la parte posterior de los muslos con líneas negras muy juntas que representan diferentes figuras. Los muchachos y las muchachas menores de doce años no llevan esas marcas.

Se alimentan de puercos, de aves, de perros y de pescados que hacen cocer; del fruto del pan, de plátanos, de ñames y de otro fruto agrio que no

¹⁸¹ Carteret, ed. citada, II, 115: isla de la Nueva Bretaña.

¹⁸² *Ibid.*, 130.

¹⁸³ *Ibid.*, *Voyage* de Wallis, III, 186 a 193.

^p Puede verse en el gabinete del rey un vestido completo de una mujer de Otahiti.

es muy bueno en sí, pero que da un sabor agradable al *fruto del pan* asado, con el cual lo comen frecuentemente. Hay muchas ratas en la isla, pero no se ha visto que las coman. Tienen redes para pescar. Las conchas les sirven de cuchillos. No tienen vasijas ni utensilios de barro que vayan al fuego. Parece que su única bebida es el agua.

El señor de Bougainville nos ha proporcionado conocimientos aún más exactos sobre esos habitantes de la isla de Otahiti o Tahití. Parece, según lo que dice este célebre viajero, que los tahitianos alcanzan una gran vejez sin ninguna molestia y sin perder la delicadeza de sus sentidos.

El pescado y los vegetales —dice— son sus principales alimentos; rara vez comen carne; los niños y las muchachas nunca la comen. Sólo beben agua; el olor del vino y del aguardiente les causa repugnancia, así como el tabaco, las especias y todas las cosas fuertes.

El pueblo de Tahití está compuesto de dos razas de hombres muy diferentes, que tienen sin embargo la misma lengua, las mismas costumbres, y que parecen mezclarse sin distinción. La primera, que es la más numerosa, produce hombres de la más grande estatura; es común ver algunos que alcanzan seis pies o más; están bien hechos y bien proporcionados. Sus rasgos no se distinguen en nada de los de los europeos, y, si anduvieran vestidos, si vivieran menos al aire libre y se expusieran menos al sol, serían tan blancos como nosotros; en general sus cabellos son negros.

La segunda raza es de estatura mediocre, con los cabellos crespos y duros como cerda, el color y los rasgos poco diferentes de los de los mulatos. Ambos se dejan crecer la parte inferior de la barba, pero se rasuran el bigote y la parte alta de las mejillas; dejan crecer sus uñas en toda su extensión, excepto la del dedo de en medio de la mano derecha. Tienen la costumbre de untarse los cabellos y la barba con aceite de coco. La mayoría de ellos andan desnudos, sin otra ropa que un cinturón que les cubre las partes pudendas; no obstante, los más importantes se envuelven por lo general en una gran pieza de tela que dejan caer hasta las rodillas; éste es también el único vestido de las mujeres; como éstas nunca andan bajo el sol sin cubrirse, y un sombrerito de caña adornado con flores protege su rostro de los rayos, son mucho más blancas que los hombres; tienen los rasgos bastante delicados, pero lo que las distingue es la belleza de su talle y los contornos de su cuerpo, que no están deformados, como en Europa, por quince años de tortura con pañales y corsés.

Por lo demás, mientras que en Europa las mujeres se pintan de rojo las mejillas, las de Tahití se pintan de azul oscuro de la cintura a las nalgas; es un adorno y al mismo tiempo una marca de distinción. Tanto los hombres como las mujeres tienen las orejas horadadas para ponerse perlas o flores de todo tipo; su limpieza es excepcional y se bañan sin cesar. Su única pasión es el amor; un gran número de mujeres es el único lujo de los ricos.

Sigue ahora el fragmento de la descripción que da el capitán Cook de esta misma isla de Otahiti y de sus habitantes; presentaré los hechos que deben añadirse a las relaciones del capitán Wallis y del señor de Bougainville, y que los confirman sin que quede lugar a dudas.

La isla de Otahiti está rodeada por un arrecife de peñascos de coral.⁴ Las casas allí no forman aldeas; hay una distancia de alrededor de cincuenta varas entre cada una. Esta isla, según señala un nativo, puede proporcionar seis mil setecientos combatientes.

Estos pueblos son de un tamaño y de una estatura superiores a los de los europeos. Los hombres son grandes, fuertes, bien conformados y bien hechos. Las mujeres de rango distinguido son, en general, más altas que el promedio de nuestras europeas, pero las de una clase inferior son más bajas, y algunas incluso muy pequeñas, lo que tal vez proviene de su comercio prematuro con los hombres.

Su tez natural es café claro u oliváceo; es muy oscura en los que se exponen al aire o al sol. La piel de las mujeres de clase superior es delicada, suave y fina; la forma de su rostro es agradable, los pómulos no son muy grandes. No tienen los ojos hundidos ni la frente prominente, pero en general tienen la nariz un poco aplastada; sus ojos, y sobre todo los de las mujeres, están llenos de expresión, a veces brilla en ellos el fuego o reflejan una dulce sensibilidad; sus dientes son blancos y parejos, y su aliento puro.

Tienen los cabellos comúnmente tiesos y un poco ásperos. Los hombres llevan la barba de diferentes maneras; sin embargo, siempre arrancan una parte muy grande de ella y mantienen el resto muy limpio. Los dos sexos tienen también la costumbre de depilarse todos los pelos que les crecen en las axilas. Sus movimientos están llenos de vigor y de soltura, su modo de andar es agradable, sus maneras nobles y generosas, y su conducta entre ellos mismos y con los extranjeros afable y cortés. Parece que tienen un carácter valiente, sincero, sin recelo ni perfidia, y sin inclinación a la venganza y a la crueldad, pero son dados al robo. Se han visto en esta isla personas cuya piel era de un color blanco mate; tenían también los cabellos, la barba, las cejas y las pestañas blancas, los ojos rojos y débiles, la vista corta, la piel tiñosa y revestida de una especie de pelusa blanca; pero parece que son individuos desdichados a los que la enfermedad ha vuelto anormales.

Las flautas y los tambores son sus únicos instrumentos. Les importa muy poco la castidad; los hombres ofrecen a los extranjeros a sus hermanas o a sus hijas, por cortesía o a manera de recompensa. Llevan la licencia de las costumbres y la lubricidad a un punto que las otras naciones, de las que se ha hablado desde el inicio del mundo hasta la actualidad, no habían alcanzado aún.

El matrimonio entre ellos no es más que una convención entre el hombre y la mujer, en la que no tienen nada que ver los sacerdotes. Han adoptado la circuncisión, sin otro motivo que la limpieza. Esta operación, propiamente hablando, no debe ser llamada *circuncisión*, porque no hacen una amputación circular del prepucio; sólo lo cortan a través de la parte superior para evitar que cubra el glande; y únicamente los sacerdotes pueden hacer esta operación.

Según el mismo viajero, los habitantes de la isla Huaheine, situada a 16 grados, 43 minutos de latitud sur y a 150 grados, 52 minutos de longitud oeste, se asemejan mucho a los otahitianos en el rostro, la ropa, la lengua y todas las otras costumbres. Sus habitaciones, como en Ota-

⁴ Esta expresión, *peñascos de coral*, sólo significa una roca rojiza como el granito.

hiti, únicamente constan de un techo sostenido por postes. En esta isla, que sólo está a treinta leguas de Otahiti, los hombres parecen ser más vigorosos y de una estatura mayor: algunos alcanzan hasta seis pies de altura o más; las mujeres son muy bonitas. Todos estos isleños se alimentan de cocos, de ñames, de aves, de cerdos que allí abundan, y todos hablan la misma lengua, y esta lengua de las islas del mar del Sur se ha extendido hasta Nueva Zelanda.

Habitantes de las tierras australes

Para no omitir nada de lo que se conoce sobre las tierras australes, creo que debo dar aquí en resumen los hechos comprobados en los descubrimientos de los viajeros que sucesivamente han visitado las costas de estas vastas regiones, y terminar con lo que dice el señor Cook, quien, él solo, ha descubierto más que todos los navegantes que lo han precedido.

Parece, según la declaración que hizo Gonneville en 1503 al almirantazgo, que la Australasia está dividida en pequeños cantones gobernados por reyes absolutos, que se hacen la guerra y que pueden poner hasta quinientos o seiscientos hombres en campaña; pero Gonneville no da la latitud ni la longitud de esta tierra cuyos habitantes describe.

En la relación de Fernando de Quirós se ve que los indios de la isla llamada por los españoles *isla de la Bella Nación*, que está situada en el grado 13 de latitud sur, tienen más o menos las mismas costumbres que los otahitianos. Esos isleños son blancos, bellos y bien formados: "Es sumamente sorprendente —dice— la blancura extrema de este pueblo en un clima en el que el aire y el sol deberían broncearlos y ennegrecerlos. Las mujeres opacarían a nuestras bellezas españolas si se arreglaran; se visten de la cintura para abajo con una fina estera de palma y con un pequeño abrigo del mismo material en los hombros."

En la costa oriental de Nueva Holanda, que Fernando de Quirós llama *Tierra del Espíritu Santo*, dice que vio habitantes de tres colores; unos totalmente negros; otros muy blancos, con cabellos y barba rojos; otros mulatos, lo que le sorprendió mucho y le pareció un indicio de la gran extensión de esa región. Fernando de Quirós tenía razón, pues, gracias a los nuevos descubrimientos del gran navegante, el señor Cook, ahora se tiene la seguridad de que esa región de Nueva Holanda es tan extensa como toda Europa. En la misma costa, a cierta distancia, Quirós vio otra nación de mayor estatura y de un color más grisáceo, con la cual no fue posible tener una entrevista; venían en tropel disparando flechas a los españoles, y sólo lograron que se retiraran con tiros de mosquete.

Abel Tasman encontró en las tierras cercanas a una bahía en Nueva Zelanda, a 40 grados, 50 minutos de latitud sur y a 191 grados, 41 minutos de longitud, nativos que tenían la voz áspera y la estatura grande... Tenían un color entre café y amarillo, y llevaban los cabellos negros, casi tan largos y tan gruesos como los de los japoneses, sujetos arriba de la

cabeza con una pluma larga y gruesa en medio... tenían el centro del cuerpo cubierto, unos con tejidos de palma, otros con tela de algodón; pero el resto del cuerpo estaba desnudo.

He hablado, en este volumen, de los descubrimientos de Dampier y de algunos otros navegantes, respecto a Nueva Holanda y Nueva Zelanda. El primer descubrimiento de esta última tierra austral fue realizado en 1642 por Abel Tasman y Diemen, que dieron sus nombres a algunas partes de las costas; pero todas las nociones que teníamos eran muy incompletas antes de la bella navegación del señor Cook.

La estatura de los habitantes de Nueva Zelanda —dice este gran viajero— es, por lo general, igual a la de los europeos más grandes; tienen los miembros carnosos, fuertes y bien proporcionados, pero no son tan gordos como los ociosos isleños del mar del Sur. Son vivos, vigorosos y hábiles con las manos. Su tez es por lo general morena; hay pocos que la tengan más oscura que la de un español que ha estado expuesto al sol, y la de la mayoría lo es mucho menos.

Debo observar de paso que la comparación que hace aquí el señor Cook de los españoles con los zelandeses es tanto más justa, puesto que los unos son casi los antípodas de los otros.

Las mujeres —prosigue el señor Cook— no tienen mucha delicadeza en sus rasgos; sin embargo, su voz es de una gran dulzura; por eso se las distingue de los hombres, pues su ropa es la misma; como las mujeres de otras regiones, tienen más alegría, jovialidad y vivacidad que los hombres. Los zelandeses tienen los cabellos y la barba negros; sus dientes son blancos y regulares. Gozan de una salud sólida y hay algunos muy viejos. Su principal alimento es el pescado, que sólo pueden conseguir en las costas, las cuales no se los proporciona en abundancia más que durante cierto tiempo. No tienen cerdos, ni cabras, ni aves, y no saben atrapar pájaros en suficiente cantidad como para alimentarse de ellos; aparte de los perros que comen, sus únicos medios de subsistencia son las raíces de helecho, los ñames y las papas... Son tan decentes y modestos como los isleños del mar del Sur voluptuosos e indecentes, pero no son tan limpios... porque al no vivir en un clima tan caliente no se bañan con tanta frecuencia.

Su ropa es, a primera vista, totalmente extraña. Consta de hojas de una especie de gladiolo, que, cortadas en tres franjas, se entrelazan y forman un tejido que está entre la red y el paño; los extremos de las hojas se alzan como la felpa o las esteras que ponemos en nuestras escaleras. Dos piezas de este tejido forman un vestido completo. Una de ellas se ata a los hombros con un cordón y cuelga hasta las rodillas; en el extremo de ese cordón va una aguja de hueso que une las dos partes de este vestido. La otra pieza rodea la cintura y cuelga casi hasta el suelo. Los hombres sólo llevan en algunas ocasiones esta parte de abajo; usan un cinturón del cual cuelga un cordón destinado a un fin muy singular: los isleños del mar del Sur se cortan el prepucio para impedir que cubra el glande; los zelandeses, por el contrario, cubren el glande con el prepucio y, para evitar

que se retire, atan el extremo de éste con el cordón unido a su cinturón, y el glande es la única parte de su cuerpo que muestran con una vergüenza extrema.

Esta costumbre, más que singular, parece ser muy contraria a la limpieza, pero tiene una ventaja, y es la de mantener esta parte sensible y fresca más tiempo, pues se ha observado que todos los circuncisos, e incluso los que, sin estar circuncidados, tienen el prepucio corto, pierden, en la parte descubierta, la sensibilidad más pronto que los otros hombres.

Al norte de Nueva Zelanda —prosigue el señor Cook— hay plantaciones de ñame, de papa y de coco; no se observaron plantaciones semejantes en el sur, lo que hace creer que los habitantes de esta parte del sur sólo deben de vivir de raíces de helecho y de pescado. Parece que no tienen otra bebida que el agua. Gozan ininterrumpidamente de buena salud, y no se ha visto uno solo de ellos que pareciera afectado por alguna enfermedad. Entre los que andaban completamente desnudos no se vio que ninguno tuviera la más ligera erupción en la piel, ni ningún rastro de pústulas o de granos; por otra parte, hay entre ellos una gran cantidad de ancianos, ninguno de los cuales está decrepito...

Parecen hacer menos caso de las mujeres que los isleños del mar del Sur; sin embargo comen con ellas, y los otahitianos siempre comen solos; pero las semejanzas que se encuentran entre esta tierra y las islas del mar del Sur, respecto a las otras costumbres, son una gran prueba de que todos estos isleños tienen el mismo origen... La conformidad del lenguaje parece establecer este hecho de manera incuestionable. Tupia, joven otahitiano que teníamos con nosotros, se hacía entender perfectamente por los zelandeses.

El señor Cook piensa que estos pueblos no provienen de América, que está situada al este de esas regiones; y dice que, a no ser que haya en el sur un continente bastante extenso, resultará que vienen del oeste. Sin embargo, la lengua es totalmente distinta en Nueva Holanda, que es la tierra más cercana al oeste de Zelanda; y como esta lengua de Otahiti y de las otras islas del mar Pacífico, así como la de Zelanda, tienen varias relaciones con las lenguas de la India meridional, puede suponerse que todas esas pequeñas tribus tienen su origen en el archipiélago indico.

Ninguno de los habitantes de Nueva Holanda lleva la menor ropa —añade el señor Cook—; hablaban en un lenguaje tan áspero y tan desagradable que Tupia, joven otahitiano, no entendía una sola palabra. Estos hombres de Nueva Holanda dan la impresión de ser intrépidos; van armados de lanzas y parecen ocuparse de la pesca. Sus lanzas tienen una longitud de seis a quince pies, con cuatro brazos, cada uno de los cuales es muy puntiagudo y está armado con hueso de pescado... En general, parecen de una naturaleza muy salvaje, pues nunca se logró que permitieran acercarse a ellos. Sin embargo, se llegó a ver, por vez primera, algunos nativos de la región en el río de *Endeavour*. Éstos iban armados de jabalinas y de lanzas; sus miembros eran de una pequeñez notable; no obstante, su estatura era común,

Su piel era color de hollín o de chocolate oscuro. Sus cabellos eran negros, sin ser lanosos, pero muy cortos; unos los tenían lacios y otros ensortijados. Los rasgos de su rostro no eran desagradables; sus ojos eran muy vivos, sus dientes blancos y unidos, y su voz dulce y armoniosa, y repetían con mucha facilidad algunas palabras que se les hacía pronunciar. Todos se han hecho un hoyo en el cartílago que separa las fosas nasales, en el cual ponen un hueso de pájaro del tamaño de un dedo, y de cinco o seis pulgadas de largo. También tienen horadadas las orejas, aunque no llevan aretes; tal vez algunos que no vimos los usan... Después nos dimos cuenta de que su piel no era tan morena como había parecido al principio; lo que habíamos tomado por su tez natural sólo era efecto del polvo y del humo, en el cual tal vez se ven obligados a dormir, a pesar del calor del clima, para protegerse de los mosquitos, insectos muy molestos. Andan completamente desnudos, y parecen tener una actividad y una agilidad extremas...

Por lo demás, Nueva Holanda... es mucho más grande que ninguna otra región del mundo conocido, aunque no lleve nombre de continente. La longitud de la costa por la que navegamos, reducida a línea recta, no consta de menos de veintisiete grados, de manera que su superficie cuadrada debe ser mucho más grande que la de toda Europa.

Los habitantes de esta vasta tierra no parecen ser numerosos; los hombres y las mujeres andan completamente desnudos... No se percibe en su cuerpo ningún rastro de enfermedad o de plaga, sino sólo grandes cicatrices en líneas irregulares, que podrían ser consecuencia de las heridas que ellos mismos se habían hecho con un instrumento obtuso...

No se vio en toda la región nada que se asemejara a una aldea. Sus casas, si es que se les puede dar ese nombre, son hechas con menos industria que las de los otros pueblos que habíamos visto antes, excepto las de los habitantes de la Tierra del Fuego. Esas habitaciones sólo tienen la altura necesaria para que un hombre pueda estar de pie, pero no son lo suficientemente anchas como para que pueda estirarse en toda su extensión en ningún sentido. Están construidas en forma de horno, con varillas flexibles, casi tan gruesas como un pulgar; encajan los dos extremos de esas varillas en la tierra y las cubren en seguida con palmas y grandes pedazos de corteza. La puerta no es más que una abertura opuesta al lugar en el que se hace el fuego. Se acuestan en esos cobertizos plegando el cuerpo en círculo, de manera que los talones de uno tocan la cabeza del otro; en esta posición incómoda cada choza cobija a tres o cuatro personas. Al avanzar hacia el norte el clima se vuelve más caliente y las cabañas aún más ligeras. Una horda errante construye esas cabañas en los lugares que les proporcionan su subsistencia durante un tiempo, y las abandonan cuando ya no pueden vivir allí. En los lugares en los que sólo permanecen una o dos noches duermen bajo los matorrales o en la hierba, que mide cerca de dos pies de altura.

Su principal alimento es el pescado. A veces matan *canguros* (grandes gerbos), e incluso pájaros... Asan la carne sobre carbones, o la cuecen en un hoyo con piedras calientes, como los isleños del mar del Sur.

He creído que debía proporcionar, en resumen, este artículo de la relación del capitán Cook, porque él fue el primero que dio una descripción detallada de esa parte del mundo.

Nueva Holanda es, pues, una tierra quizás más extensa que toda nuestra Europa, y está situada bajo un cielo aún más afortunado; sólo parece estéril por la falta de población. Siempre será inútil para el mundo, mientras se limiten a visitar únicamente sus costas y no se intente penetrar en el interior de las tierras, que, por su posición, parecen prometer todas las riquezas que la naturaleza ha acumulado más en las regiones cálidas que en las tierras frías o templadas.

A través de la descripción de todos estos pueblos recientemente descubiertos, cuya enumeración no pudimos hacer en nuestro artículo de *Variedades en la especie humana*, parece que las grandes diferencias, es decir las principales variedades, dependen por completo de la influencia del clima. Debe entenderse por clima no sólo la latitud más o menos elevada, sino también la altura o la depresión de las tierras, su cercanía o su lejanía del mar, su situación en relación con los vientos y, sobre todo, el viento del este; en una palabra, todas las circunstancias que contribuyen a formar la temperatura de cada región; pues de esta temperatura, más o menos caliente o fría, húmeda o seca, dependen no sólo el color de los hombres sino la existencia misma de las especies de animales y de plantas, que se producen en ciertas regiones y no se encuentran en otras; de esta misma temperatura depende, por lo tanto, la diferencia de la alimentación de los hombres, segunda causa que influye mucho en su temperamento, su manera de ser, su tamaño y su fuerza.

Sobre los pálidos y los negros blancos

Pero, independientemente de las grandes variedades producidas por esas causas generales, hay unas particulares, de las cuales algunas me parece que tienen características muy extrañas, y cuyos matices aún no hemos podido apreciar plenamente. Esos hombres pálidos de los que hemos hablado y que son diferentes de los blancos, de los negros pertenecientes a la raza de los negros, de los negros cafres, de los morenos, de los rojos, etcétera, se encuentran más extendidos de lo que se ha dicho. Se los conoce en Ceilán con el nombre de *bedas*, en Java con el de *chacrelas* o *kacrelas*, en el istmo de América con el nombre de *albinos*, en otros lugares con el de *dondos*; también se los ha llamado *negros blancos*. Se encuentran en las Indias meridionales en Asia, en Madagascar en África, en Cartagena y en las Antillas en América. Acaba de verse que se encuentran también en las islas del mar del Sur. Nos vemos, pues, obligados a creer que los hombres de cualquier raza y de cualquier color producen a veces individuos pálidos, y que en todos los climas calientes hay razas sujetas a este tipo de degradación; no obstante, a través de todos los conocimientos que he podido obtener me parece que esos hombres pálidos, más que un tronco o una verdadera raza en la especie humana, constituyen ramas estériles de degeneración; pues estamos seguros, por así decirlo, de que los pálidos machos son incapaces o poco capaces para la generación, y que no se repro-

ducen con sus hembras pálidas, ni siquiera con las negras. Sin embargo, se supone que las hembras pálidas producen con los negros hijos píos, es decir, con manchas negras y blancas, grandes y muy distintas, aunque esparcidas irregularmente. Esta degradación de la naturaleza parece, pues, ser aún mayor en los machos que en las hembras, y hay varias razones para creer que es más una especie de enfermedad o una suerte de detracción en la organización del cuerpo que una afección de naturaleza que pueda propagarse; pues es cierto que sólo se encuentran individuos de este tipo y nunca familias enteras; y se asegura que, cuando por casualidad estos individuos procrían hijos, se acercan al color primitivo del que habían degenerado los padres o las madres. Se afirma también que los dondos procrían con los negros hijos negros, y que los albinos de América con los europeos procrían mulatos. El señor Schreber, de quien he tomado estos dos últimos datos, añade que puede ponerse incluso entre los dondos a los negros amarillos o rojos que tienen los cabellos de este mismo color, y de los que sólo se encuentran también muy pocos individuos; dice que se han visto en África y en la isla de Madagascar, pero que nadie ha observado aún que con el tiempo cambien de color y se vuelvan negros o morenos; por último, que siempre se ha visto que conservan su primer color; pero dudo mucho de la realidad de todos esos hechos.

Los pálidos de Darién —dice el señor [Pauw]— se asemejan tanto a los negros blancos de África y de Asia que nos vemos obligados a asignarles una causa común y constante. Los dondos de África y los kakerlaks de Asia son notables por su estatura, que rara vez pasa de cuatro pies y cinco pulgadas. Su tez es de un blanco soso, como el del papel o el de la muselina, sin el menor matiz de encarnado o de rojo; pero a veces hay en ella pequeñas manchas lenticulares grises; su epidermis no es oleaginosa. Estos pálidos no tienen el menor vestigio de negro en toda la superficie de su cuerpo; nacen blancos y no se ennegrecen a ninguna edad; no tienen barba ni pelo en las partes naturales; sus cabellos son lanosos y rizados en África, largos y colgantes en Asia, o de una blancura de nieve, o de un rojizo tirando a amarillo; sus cejas y sus pestañas se parecen a las plumas o al más fino plumón que cubre el cuello de los cisnes; su iris es a veces de un azul moribundo y singularmente pálido; en otras ocasiones, y en otros individuos de la misma especie, el iris es de un amarillo vivo, rojizo y como sangui-nolento.

No es verdad que los pálidos albinos tengan una membrana titilante; el párpado cubre incesantemente una parte del iris, y se cree que carece del músculo que lo eleva, lo que sólo les permite percibir una pequeña sección del horizonte.

El porte de los pálidos anuncia la debilidad y la perturbación de su constitución viciada; sus manos están tan mal conformadas que debería llamarlas patas; el movimiento de los músculos de su mandíbula inferior sólo se lleva a cabo con dificultad; el tejido de sus orejas es más delgado y más membranoso que el de la oreja de los demás hombres; el caracol carece también de capacidad, y el lóbulo es alargado y colgante.

Los pálidos del nuevo continente son de mayor estatura que los del antiguo; su cabeza no está provista de lana, sino de cabellos de siete a ocho pulgadas de largo, blancos y poco rizados; su epidermis está llena de vello desde los pies hasta el nacimiento del pelo; su rostro es velludo; sus ojos son tan malos que casi no ven a plena luz del día, y la luz les produce vértigos y deslumbramiento; estos pálidos sólo existen en la zona tórrida hasta el grado diez de cada lado del ecuador.

El aire es muy pernicioso en toda la extensión del istmo del Nuevo Mundo; en Cartagena y en Panamá las negras dan a luz a niños pálidos con más frecuencia que en otras partes.

Existe en Darién —dice el autor, realmente filósofo, de la *Histoire philosophique et politique des deux Indes*— una raza de hombrecitos blancos, cuya especie se encuentra también en África y en algunas islas de Asia; están cubiertos de un plumón de resplandeciente blancura de leche; no tienen cabellos, sino lana; tienen la pupila roja; sólo ven bien durante la noche; son débiles, y su instinto parece más limitado que el de los demás hombres.

Vamos a comparar con esas descripciones las que yo mismo hice de una negra blanca que tuve oportunidad de examinar y de hacer pintar del natural. Esta muchacha, llamada Geneviève, tenía cerca de dieciocho años, en abril de 1977, cuando la describí; nació de padres negros en la isla de la Dominica, lo que prueba que nacen albinos no sólo a 10 grados del ecuador, sino hasta 16 y tal vez 20 grados, pues se asegura que los hay en Santo Domingo y en Cuba. El padre y la madre de esta negra blanca habían sido llevados de la Costa de Oro, en África, y los dos eran perfectamente negros. Todo el cuerpo de Geneviève era blanco; medía cuatro pies, once pulgadas y seis líneas de altura, y su cuerpo estaba bastante bien proporcionado; esto concuerda con lo que dice el señor P., que los albinos de América son más altos que los pálidos del antiguo continente. Pero la cabeza de esta negra blanca no estaba tan bien proporcionada como el cuerpo; al medirla la encontramos demasiado grande y sobre todo demasiado larga; medía nueve pulgadas y nueve líneas de altura, lo que es casi un sexto de la altura completa del cuerpo, mientras que, en un hombre o una mujer bien proporcionados, la cabeza sólo debe medir un séptimo y medio de la altura total. El cuello, por el contrario, era demasiado corto y grueso; sólo medía diecisiete líneas de altura y doce pulgadas y tres líneas de circunferencia. El largo de los brazos era de dos pies, dos pulgadas y tres líneas; del codo a la muñeca, nueve pulgadas y diez líneas; de la muñeca al extremo del dedo de en medio, seis pul-

	pies	pulg.	líneas
* Circunferencia del cuerpo encima de las caderas	2	2	6
Circunferencia de las caderas en la parte más carnosa	2	11	6
Altura desde el talón hasta arriba de las caderas	3	11	6
Desde las caderas a las rodillas	1	9	6
De la rodilla al talón	1	3	9
Largo del pie (lo que es un tamaño desmesurado en comparación con las manos)	„	9	5

gadas y seis líneas; y en su totalidad los brazos eran demasiado largos. Todos los rasgos de la cara eran absolutamente semejantes a los de las negras oscuras; sólo las orejas estaban situadas más arriba; lo alto del cartílago de la oreja se alzaba por encima de la altura del ojo, mientras que lo bajo del lóbulo sólo descendía a la altura de la mitad de la nariz; ahora bien, lo bajo de la oreja debe estar en el nivel de lo bajo de la nariz, y lo alto de la oreja en el nivel de arriba de los ojos; sin embargo, esas orejas elevadas no parecían constituir una gran deformidad y eran semejantes, en la forma y en el grosor, a las orejas comunes; eso no concuerda, pues, con lo que dice el señor P., que el tejido de la oreja de estos pálidos es más delgado y más membranoso que el de la oreja de los demás hombres. Sucede lo mismo con el caracol; no carecía de capacidad, y el lóbulo no era alargado ni colgante, como él dice. Los labios y la boca, aunque conformados como los de las negras muy negras, parecían singulares por la falta de color; eran tan blancos como el resto de la piel y sin ningún rastro de rojo. En general, el color de la piel, tanto del rostro como del cuerpo de esta negra blanca, eran de un blanco de sebo que aún no se hubiera refinado, o, si se quiere, de un blanco mate pálido e inanimado; sin embargo, se veía un ligero tono encarnado en sus mejillas cuando se acercaba al fuego, o cuando se trastornaba por la vergüenza de dejarse ver desnuda. También observé en su rostro algunas manchas pequeñas, apenas lenticulares, de color rojizo. Los senos eran grandes, redondos, muy firmes y bien situados; los pezones de un rojo bastante bermejo; la areola que rodea a los pezones tenía dieciséis líneas de diámetro, y parece que se esparcían en ella pequeños tubérculos color carne; esta muchacha no había tenido hijos, y su dueña aseguraba que era doncella. Alrededor de las partes pudendas tenía muy poca lana y nada en las axilas; pero su cabeza estaba bien provista de ella; sólo medía una pulgada y media de largo y era tosca, tupida y rizada naturalmente, blanca en la raíz y rojiza en las puntas; no había otra lana, pelo o vello en ninguna parte de su cuerpo. Las cejas apenas estaban marcadas por un pequeño vello blanco, y las pestañas eran un poco más notorias, los ojos medían una pulgada de un ángulo a otro, y la distancia entre éstos era de quince líneas, mientras que ese intervalo entre los ojos debe ser igual al tamaño del ojo.

Los ojos eran notables por un movimiento muy singular: las órbitas parecían inclinadas hacia el lado de la nariz, mientras que, en la conformación común, las órbitas están más elevadas hacia la nariz que hacia las sienes; en esta negra, por el contrario, estaban más elevadas del lado de las sienes que del lado de la nariz, y el movimiento de sus ojos, que vamos a describir, seguía esta dirección inclinada. Sus párpados no eran más grandes de lo común; podía cerrarlos, pero no abrirlos hasta el punto de descubrir la parte de arriba de la pupila, de tal manera que el músculo elevador parece tener menos fuerza en estos negros blancos que en los demás hombres; así, los párpados no pestañean, sino que siempre están a medias cerrados. El blanco del ojo era bastante puro, la pupila bastante ancha; el iris estaba compuesto en su interior, alrededor de la

pupila, por un círculo amarillo indeterminado, después por un círculo en que se mezclaban el amarillo y el azul y, finalmente, por un círculo azul oscuro, que formaba la circunferencia de la pupila, de manera que, vistos de un poco lejos, los ojos parecían de un azul oscuro.

Expuesta a plena luz del día, esta negra blanca soportaba la luz sin parpadear y sin que le molestara; sólo apretaba la abertura de sus párpados bajando un poco más el de arriba. El alcance de su vista era muy corto; me aseguré de ello por medio de monóculos y de anteojos; sin embargo, veía distintamente los objetos más pequeños acercándolos a sus ojos a tres o cuatro pulgadas de distancia; como no sabía leer, no se pudo observarla a este respecto con más exactitud. Esta vista corta sin embargo era aguda en la oscuridad, a tal grado que veía casi tan bien de noche como de día. Pero el rasgo más notable en los ojos de esta negra blanca era un movimiento de oscilación o de balanceo rápido y continuo, a través del cual los dos ojos juntos o se alejaban regularmente del lado de la nariz y del lado de las sienes alternativamente; puede estimarse en dos o dos líneas y media la diferencia de los espacios que los ojos recorrían en ese movimiento, cuya dirección se inclinaba un poco al bajar de las sienes hacia la nariz. Esa muchacha no era capaz de detener el movimiento de sus ojos, ni siquiera por un momento; era tan rápido como el del péndulo de un reloj, de tal manera que debía perder y recuperar, por decirlo así, a cada instante, los objetos que miraba. Cubrí sucesivamente cada uno de sus ojos con mis dedos, para reconocer si su fuerza era desigual; uno de ellos era más débil, pero la desigualdad no era tan grande como para producir la mirada bizca, y sentí en mis dedos que el ojo cerrado y cubierto seguía balanceándose como el que estaba descubierto. Tenía los dientes bien alineados y con un esmalte muy bello, el aliento puro, sin mal olor en la transpiración ni la piel aceitosa como las negras muy negras; su piel, por el contrario, es demasiado seca, gruesa y dura. Las manos no están mal conformadas, sólo un poco grandes; pero estaban cubiertas, al igual que la muñeca y una parte del brazo, por un número tan grande de arrugas que, con sólo mirar sus manos, se hubiera pensado que pertenecían a una vieja decrepita de más de ochenta años; los dedos eran gruesos y bastante largos; las uñas, aunque un poco grandes, no estaban deformes. Los pies y la parte baja de las piernas también estaban cubiertos de arrugas, mientras que los muslos y las nalgas presentaban una piel firme y bastante tensa. El talle era incluso redondo y bien formado y, si pudiera juzgarse por la forma entera del cuerpo, se consideraría que esa muchacha estaba capacitada para la reproducción. El flujo periódico no apareció sino a los dieciséis años, mientras que en las negras muy negras sucede por lo común a los nueve, diez y once años. Se asegura que con un negro muy negro habría producido un negro pío, como el que describiremos en seguida; pero se supone al mismo tiempo que con un negro blanco que se le pareciera no habría producido nada, porque en general los negros blancos machos no son prolíficos.

Por lo demás, las personas a las que pertenece esta negra blanca me aseguraron que casi todos los negros machos y hembras que se han traído de la Costa de Oro, en África, y se han llevado a la Martinica, la Guadalupe y la Dominica, han producido en esas islas negros blancos, no en gran cantidad, sino uno de cada seis o siete hijos; el padre y la madre de ésta no tuvieron otro hijo blanco, y todos los otros hijos eran negros. Esos negros blancos, sobre todo los machos, no viven mucho tiempo, y la diferencia más común entre las hembras y los machos radica en que éstos tienen los ojos rojos y la piel aún más pálida y más inanimada que la de las hembras.

Creemos poder inferir de este examen y de los hechos expuestos anteriormente que estos pálidos no constituyen una raza real que, como la de los negros y la de los blancos, pueda igualmente propagarse, multiplicarse y conservar perpetuamente, a través de la generación, todas las características que podrían distinguirlas de las otras razas; debe creerse, por el contrario, con bastante fundamento, que esta variedad no es específica, sino individual, y que sufre quizás tantos cambios como individuos diferentes contiene, o por lo menos como los diversos climas existentes; pero sólo multiplicando las observaciones se podrán reconocer los matices y los límites de esas diferentes variedades.

Además, parece bastante cierto que las negras blancas producen, con los negros muy negros, negros píos, es decir, marcados por grandes manchas blancas y negras. Presento aquí ¹⁸⁴ la figura de uno de esos negros píos nacido en Cartagena, en América, y cuyo retrato me envió el señor Taverne, antiguo burgomaestre y subdelegado de Dunkerque, con los siguientes datos contenidos en una carta de la cual incluyo un fragmento:

Le envío, señor, un retrato que se encontró en un botín inglés obtenido en la última guerra por el corsario *La Royale*, de cuya tripulación yo formaba parte. Es el de una niña cuyo color es mitad negro y mitad blanco; las manos y los pies son completamente negros, así como la cabeza, a excepción del mentón, hasta el labio inferior incluido; parte de la frente, incluido el nacimiento de los cabellos o lana, son igualmente blancos, con una mancha negra en medio de la mancha blanca; todo el resto del cuerpo, brazos, piernas y muslos, están marcados de manchas negras más o menos grandes, y en las manchas negras se encuentran otras más pequeñas aún más negras. Sólo se puede comparar a esta niña, por la forma de sus manchas, con los caballos pardos o atigrados; el negro y el blanco se unen a través de tintes imperceptibles del color de los mulatos.

Pienso —dice el señor Taverne—, a pesar de lo que dice la leyenda inglesa " que está abajo del retrato de esta niña, que proviene de la unión de un blanco y de una negra, y que sólo para salvar el honor de la madre y de la sociedad de la cual era esclava se dijo que esta niña era hija de padres negros.

¹⁸⁴ En esta edición no se incluyen las ilustraciones a que se refiere Buffon (NE).
 s Abajo del retrato de esta negra pia se lee la siguiente descripción: *Marie Sabina, nacida el 12 de octubre de 1736 en Matuna, plantación perteneciente a los jesuitas de Cartagena en América, de dos negros esclavos, llamados Martiniano y Padrona.*

Respuesta del señor de Buffon

Montbard, 13 de octubre de 1772.

Recibí, señor, el retrato de la niña negra y blanca que tuvo la gentileza de enviarme; y me maravilló mucho, pues no conocía un ejemplar semejante en la naturaleza. Estaríamos inclinados a pensar como usted, señor, que esa niña, nacida de una negra, tuvo como padre a un blanco, y que de ahí proviene la variedad de sus colores; pero, cuando se reflexiona en que hay miles y millones de ejemplos de que la mezcla de la sangre negra con la blanca nunca ha producido más que el color moreno, siempre distribuido uniformemente, se llega a dudar de esta suposición; y creo que, en efecto, estaría más fundado relacionar el origen de esa niña con negros entre los cuales haya individuos blancos o pálidos, es decir, de un blanco totalmente diferente del de los demás hombres blancos; pues esos negros blancos de los que usted tal vez ha oído hablar, señor, y a los que he mencionado en mi libro, tienen lana en lugar de cabellos, y todos los demás atributos de los verdaderos negros excepto el color de la piel y la estructura de los ojos, que esos negros blancos tienen muy débiles. Yo pensaría pues que, si alguno de los ascendientes de esa niña pía fuera un negro blanco, el color pudo reaparecer en parte, y distribuirse como lo vemos en ese retrato.

Respuesta del señor Taverne

Dunkerque, 29 de octubre de 1772.

Señor, el original del retrato de la niña negra y blanca fue encontrado a bordo del barco *Le Chrétien*, de Londres, procedente de Nueva Inglaterra en dirección a Londres. Ese barco fue capturado en 1746 por la nave llamada *Le Comte-de-Maurepas*, de Dunkerque, comandada por el capitán François Meyne.

El origen y la causa de la mezcla de color de la piel de esa niña, que usted tuvo la bondad de comunicarme en la carta con la cual me honra, parecen muy probables; un fenómeno semejante es raro, y quizás único. Sin embargo, puede ser que, en el interior de África, donde se encuentran negros muy negros y otros blancos, el caso sea más frecuente. No obstante, aún me queda una duda sobre lo que me hace el honor de señalarme a este respecto; y a pesar de los miles y millones de ejemplos que cita de que la mezcla de la sangre negra con la blanca nunca ha producido más que el color moreno distribuido uniformemente, creo que, como los cuadrúpedos, los hombres pueden nacer, por la mezcla de individuos negros y blancos, unas veces morenos como los mulatos, otras atigrados con pequeñas manchas negras o blancuzcas, y otras píos con grandes manchas o franjas, como ocurrió con la niña mencionada. Lo que vemos suceder a través de la mezcla de las razas negras y blancas entre los caballos, las vacas, las ovejas, los puercos, los perros, los gatos, los conejos, etc. podría suceder igualmente

entre los hombres; incluso es sorprendente que no suceda con más frecuencia. La lana negra de la que está provista la cabeza de esa niña en la piel negra, y los cabellos blancos que nacen en las partes blancas de su frente, hacen suponer que las partes negras provienen de una sangre negra y las partes blancas de una sangre blanca, etcétera.

Si siempre fuera cierto que la piel blanca hace nacer cabellos y la piel negra produce lana, podría creerse en efecto que esos negros píos provienen de la mezcla de una negra y un blanco; pero no podemos saber, al examinar el retrato, si hay en efecto cabellos en las partes blancas, lana en las partes negras; por el contrario, ambas partes están aparentemente cubiertas de lana. Así, estoy convencido de que esa niña pía debe su nacimiento a un padre muy negro y a una madre negra blanca. Ya lo sospechaba en 1772, cuando escribí al señor Taverne; y ahora estoy casi completamente seguro, gracias a las nuevas investigaciones que he hecho a este respecto.

En los animales el calor del clima cambia la lana en pelo. Se puede citar como ejemplo a las ovejas de Senegal, los bisontes o cebúes, que están cubiertos de lana en las regiones frías y cuyo pelo se vuelve áspero como el de nuestros bueyes en los climas calientes, etc. Pero sucede lo contrario en la especie humana: los cabellos sólo se vuelven lanosos en los negros, es decir, en las regiones más calientes de la tierra, donde todos los animales pierden su lana.

Se afirma que, entre los pálidos de los diferentes climas, unos tienen lana, otros cabellos, y otros no tienen lana ni cabellos, sino un simple plumón; que unos tienen el iris de los ojos rojo, y otros de un azul pálido; que todos en general son menos vivos, menos fuertes y más pequeños que los demás hombres, sea cual fuere su color; que algunos de estos pálidos tienen el cuerpo y los miembros bastante bien proporcionados; que otros parecen deformes por la longitud de sus brazos, y sobre todo por los pies y las manos, cuyos dedos son demasiado gruesos o demasiado cortos. Todas estas diferencias referidas por los viajeros parecen indicar que hay pálidos de bastantes especies, y que en general esta degeneración no proviene de un tipo de naturaleza, de una marca particular que deba propagarse sin alteración y formar una raza constante, sino más bien de una desorganización de la piel más común en los países cálidos que en otras partes, pues los matices que van del blanco al pálido se pueden ver en los países templados e incluso fríos. El blanco mate y soso de los pálidos se encuentra en varios individuos de todos los climas; incluso hay en Francia varias personas de ambos sexos cuya piel es de este blanco inanimado; este tipo de piel no produce nunca más que cabellos y pelos blancos o amarillos. Estos pálidos de nuestra Europa tienen por lo común la vista débil, el contorno de los ojos rojo, el iris azul, la piel llena de manchas del tamaño de las lentejas, no sólo en el rostro, sino incluso en el cuerpo, y esto me afirma aún más en la idea de que los pálidos en general sólo deben ser considerados como individuos más o

menos desfavorecidos de la naturaleza, cuyo vicio principal reside en la textura de la piel.

Vamos a dar ejemplos de lo que puede producir esta desorganización de la piel. Se vio en Inglaterra un hombre al que se le había dado el apodo de *puercoespín*; nació en 1710 en la provincia de Suffolk. Toda la piel de su cuerpo estaba llena de pequeñas excrescencias o verrugas en forma de espina del tamaño de un tornillo. El rostro, la palma de las manos y la planta de los pies, eran las únicas partes que no tenían espinas; eran de un moreno rojizo, y duras y elásticas al mismo tiempo, al punto de producir ruido al pasar la mano por ellas; medían media pulgada de largo en ciertos lugares, y menos en otros. Esas excrescencias o espinas sólo aparecieron dos meses después de su nacimiento. Lo que era aún más singular es que esas verrugas caían cada invierno para volver a salir en la primavera. Por lo demás, este hombre tenía muy buena salud; tuvo seis hijos, los seis, como su padre, cubiertos de las mismas excrescencias. Puede verse la mano de esos niños grabada en las *Glanures* del señor Edwards, lámina CCXII, y la mano del padre en las *Transactions Philosophiques*, volumen XLIX, página 21.

Presentamos aquí la figura de una niña que hice dibujar ante mis ojos, y que fue vista por todo París en el año de 1774. Era una niña llamada Anne-Marie Héring, nacida el 11 de noviembre de 1770 en Dakstul, condado del mismo nombre en la Lorena alemana, a siete leguas de Treves; ni su padre, ni su madre, ni ninguno de sus parientes tenía manchas en la piel, según la relación de un tío y una tía que se encargaban de ella; sin embargo, esa niña tenía todo el cuerpo, el rostro y los miembros salpicados y cubiertos en muchos lugares de manchas más o menos grandes, la mayoría de las cuales estaban coronadas por un pelo semejante al pelo del becerro; otras partes cubiertas por un pelo más corto, semejante al del corzo. Todas esas manchas eran de color leonado, tanto la piel como el pelo. Había también manchas sin pelo, y la piel, en esos lugares desnudos, parecía cuero curtido; así eran las pequeñas manchas redondas y otras, del tamaño de una mosca, que esa niña tenía en los brazos, en las piernas, en el rostro y en algunas partes del cuerpo. Las manchas velludas eran mucho más grandes, y estaban en las piernas, los muslos, los brazos y la frente. Estas manchas, cubiertas con mucho pelo, eran prominentes; es decir, un poco elevadas sobre la piel desnuda. Por lo demás, esta niña tenía un rostro muy agradable; sus ojos eran bastante hermosos, aunque coronados por unas cejas muy extraordinarias en las que se mezclaban pelos humanos y pelos de corzo; la boca pequeña, la fisonomía alegre, los cabellos castaños. Sólo tenía tres años y medio cuando la observé en el mes de junio de 1774, y medía dos pies y siete pulgadas de altura, que es la estatura común en las niñas de esa edad, sólo que tenía el vientre un poco más grande que los demás niños. Era muy viva y gozaba de excelente salud, pero mejor en invierno que en verano; pues el calor la incomodaba mucho, porque, independientemente de las manchas que acabamos de describir, y cuyo

pelo le calentaba la piel, también tenía el estómago y el vientre cubiertos de un pelo claro bastante largo, de un color leonado del lado derecho y un poco menos oscuro del lado izquierdo; y su espalda parecía cubierta por una túnica de piel velluda, que sólo se adhería al cuerpo en algunos lugares y que estaba formada por una gran cantidad de nudos o tubérculos muy cercanos entre sí, los cuales nacían en las axilas y cubrían toda la parte de la espalda hasta la cintura. Estas especies de nudos o excrescencias de una piel que era, por decirlo así, ajena al cuerpo de esta niña, no le causaban ningún dolor, ni siquiera cuando la pellizcaban; eran de diferentes formas, totalmente cubiertas de pelo sobre un cuero granoso y arrugado en algunos lugares. Surgían de esas arrugas unos pelos cafés bastante malos, y los intervalos entre cada excrescencia estaban provistos de un pelo café más largo que el otro; por último, la parte baja de la espalda y los hombros estaba cubierta por un pelo de dos pulgadas de largo. Esas dos partes del cuerpo eran las más notables por el color y la cantidad de pelo, pues el de la parte alta de las nalgas, de los hombros y del estómago era más corto y parecía pelo de becerro fino y sedoso, mientras que los pelos largos de la cintura y de los hombros eran ásperos y muy cafés. El interior de los muslos, la parte baja de las nalgas y las partes pudendas carecían por completo de pelo, y su piel era muy blanca, muy delicada y muy fresca. Todas las partes del cuerpo que no estaban manchadas presentaban igualmente una piel muy fina, e incluso más bella que la de los demás niños. Los cabellos eran de color castaño claro y finos. El rostro, aunque muy manchado, no dejaba de parecer agradable por la regularidad de los rasgos y la blancura de la piel. Sólo con repugnancia se dejaba vestir esta niña, pues toda la ropa le molestaba por el gran calor que daba a su cuerpecito, ya vestido por la naturaleza; así, no era en absoluto sensible al frío.

Con motivo del retrato y de la descripción de esta niña, personas dignas de fe me aseguraron que habían visto en Bar a una mujer que, desde las clavículas hasta las rodillas, estaba completamente cubierta por un pelo de becerro leonado y tupido. Esta mujer también tiene varios pelos dispersos por el rostro, pero no pudieron darme una mejor descripción. Vimos en París, en el año de 1774, a un ruso cuya frente y todo el rostro estaban cubiertos de un pelo negro como su barba y sus cabellos. Ya dije que se encuentran esos hombres de rostros velludos en Yeso y en algunos otros lugares, pero, como su número es reducido, debe suponerse que no se trata de una raza particular o una variedad constante, y que esos hombres de rostro velludo sólo son, como los pálidos, individuos cuya piel está organizada de manera diferente de la de los demás hombres, pues el pelo y el color pueden ser considerados como cualidades accidentales producidas por circunstancias particulares, que otras circunstancias particulares, con frecuencia tan ligeras que no se pueden adivinar, pueden sin embargo hacer variar e incluso cambiar completamente.

Pero, volviendo a los negros, se sabe que ciertas enfermedades les dan comúnmente un color amarillo o pálido, y a veces casi blanco; sus quema-

duras y sus cicatrices conservan durante mucho tiempo el color blanco; las marcas de las viruelas son al principio amarillentas, y sólo se vuelven negras, como el resto de la piel, mucho tiempo después. Al envejecer, los negros pierden una parte de su color negro, palidecen o se vuelven amarillentos; su cabeza y su barba encanecen. El señor Schreber afirma que se han encontrado entre ellos varios hombres manchados, y que incluso en África los mulatos tienen a veces marcas blancas, cafés o amarillas; finalmente que, entre los que son morenos, hay algunos que, sobre un fondo de este color, tienen manchas blancas; éstos son, dice, los verdaderos chacrelas, a quienes por su color se les ha dado ese nombre por la semejanza que tienen con el insecto del mismo nombre. Añade que también han sido vistos en Tobolsk, y en otras regiones de Siberia, hombres con marcas cafés y cuyas manchas eran de una piel áspera, mientras que el resto de la piel, que era blanca, era fina y muy suave. Uno de esos hombres de Siberia tenía incluso el cabello blanco de un lado de la cabeza, y negro del otro lado, y se supone que son los restos de una nación que llevaba el nombre de *piegaga* o *piestra horda*, la horda abigarrada o atigrada.

Creemos que se puede relacionar a esos hombres manchados de Siberia con el ejemplo que acabamos de dar de la niña con pelo de corzo; y añadimos al de los negros que pierden su color un hecho muy cierto y que prueba que, en ciertas circunstancias, el color de los negros puede cambiar del negro al blanco.

La llamada Françoise (negra), cocinera del coronel Barnet, nacida en Virginia, de alrededor de cuarenta años, con muy buena salud, con una constitución fuerte y robusta, tuvo originalmente la piel tan negra como el africano más quemado; pero, desde los quince años más o menos, se dio cuenta de que las partes de su piel cercanas a las uñas y los dedos se volvían blancas. Poco tiempo después, el contorno de su boca sufrió el mismo cambio, y el blanco, a partir de ese momento, continuó extendiéndose poco a poco por su cuerpo, de manera que todas las partes de su superficie se vieron más o menos afectadas por esta sorprendente alteración.

En su estado actual, en cuatro quintas partes del cuerpo más o menos, la piel es blanca, suave y transparente como la de una bella europea, y deja ver agradablemente las ramificaciones de los vasos sanguíneos que se encuentran debajo. Las partes que permanecieron negras pierden diariamente su negrura, de manera que unos cuantos años acarrearían un cambio total.

El cuello y la espalda a lo largo de las vértebras son las partes que más han conservado su antiguo color, y aún parecen, a través de ciertas manchas, dar testimonio de su estado primitivo. La cabeza, la cara, el pecho, el vientre, los muslos, las piernas y los brazos han adquirido casi completamente el color blanco; las partes pudendas y las axilas no son de un color uniforme, y la piel de estas partes está cubierta de pelo blanco (lana) donde es blanca y de pelo negro donde es negra.

Siempre que se han excitado pasiones en ella, como la cólera, la vergüenza, etc., se ha visto inmediatamente que su rostro y su pecho se inflaman de rubor. De igual manera, cuando estas partes del cuerpo se han expuesto

a la acción del fuego, se han visto aparecer algunas marcas de color rojo. Esta mujer nunca se ha visto en el caso de quejarse de un dolor que haya durado veinticuatro horas seguidas; sólo ha dado a luz una vez, hace cerca de diecisiete años. No recuerda que sus reglas se hayan suprimido alguna vez, fuera del tiempo de su embarazo. Nunca ha estado expuesta a ninguna enfermedad de la piel, ni ha usado ningún medicamento aplicado exteriormente, al cual pudiera atribuírsele ese cambio de color. Como se sabe que por las quemaduras la piel de los negros se vuelve blanca, y esta mujer se ocupa todos los días de las labores de la cocina, se podría suponer tal vez que ese cambio de color habría sido efecto del calor; pero no hay manera de aceptar esta suposición en este caso, pues esta mujer siempre ha estado bien vestida, y el cambio es tan notable en las partes que están protegidas del fuego como en las que están más expuestas a él.

La piel, considerada como emuntorio, parece cumplir todas sus funciones tan perfectamente como es posible, puesto que el sudor atraviesa indistintamente con la mayor libertad las partes negras y las partes blancas.

Pero si hay ejemplos de mujeres o de hombres negros que se han vuelto blancos, no los hay, que yo sepa, de hombres blancos que se hayan vuelto negros. El color más constante en la especie humana es, pues, el blanco, que el frío excesivo de los climas del polo cambia a gris oscuro, y que el calor demasiado fuerte de algunos lugares de la zona tórrida cambia a negro; los matices intermedios, es decir, los colores moreno, amarillo, rojo, oliváceo y café, dependen de las diferentes temperaturas y de las otras circunstancias locales de cada región; sólo se puede atribuir, pues, a esas mismas causas la diferencia en el color de los ojos y de los cabellos, en el cual, sin embargo, hay mucha más uniformidad que en el color de la piel; pues casi todos los hombres de Asia, de África y de América tienen los cabellos negros o castaños; y entre los europeos hay tal vez aún más morenos que rubios, los cuales son también casi los únicos que tienen los ojos azules.

Sobre los monstruos

A esas variedades, tanto específicas como individuales, en la especie humana, podrían añadirse las monstruosidades; pero sólo tratamos de los hechos comunes de la naturaleza y no de los accidentes; sin embargo, debemos decir que todos los monstruos posibles se pueden reducir a tres clases: la primera es la de los monstruos por exceso; la segunda, de los monstruos por carencia, y la tercera de los que lo son por la inversión o falsa posición de las partes. De la gran cantidad de ejemplos que se han obtenido de los diferentes monstruos de la especie humana, sólo citaremos aquí uno de cada una de esas tres clases.

En la primera, que comprende a todos los monstruos por exceso, ninguno es más impresionante que los que tienen un cuerpo doble y forman dos personas. El 26 de octubre de 1701 nacieron en Tzoni, en Hungría, dos niñas que se mantenían unidas por la cintura; vivieron veintiún años.

A los siete años fueron llevadas a Holanda, a Inglaterra, a Francia, a Italia, a Rusia y a casi toda Europa; a la edad de nueve años, un buen sacerdote las compró para meterlas a un convento en Petersburgo, donde permanecieron hasta los veintiún años, es decir, hasta su muerte, que tuvo lugar el 23 de febrero de 1723. El señor Justus-Joannes Tortos, doctor en medicina, dio a la sociedad real de Londres, el 3 de julio de 1757, una historia detallada de estas gemelas, que había encontrado entre los papeles de su suegro Carl Rayger, cirujano del convento en el que ellas estaban.

Una de esas gemelas se llamaba *Hélène* y la otra *Judith*. En el parto *Hélène* apareció al principio hasta el ombligo, y tres horas después tiraron de sus piernas, y con ella apareció *Judith*. *Hélène* se volvió grande y andaba muy erguida; *Judith* fue más pequeña y un poco jorobada; estaban unidas por la cintura y, para verse, sólo podían girar la cabeza. No había más que un ano. Al verlas a cada una de frente, cuando no caminaban, no se veía nada que las hiciera diferentes de las demás mujeres. Como el ano era común, sólo había una misma necesidad de ir al retrete; pero, para el paso de la orina, era diferente; cada una tenía sus necesidades, lo que les causaba frecuentes disputas, porque cuando la necesidad se apoderaba de la más débil y la otra no quería detenerse, ésta se la llevaba a pesar de ella; por lo demás, estaban de acuerdo, pues parecían amarse tiernamente. A los seis años *Judith* se volvió tullida del lado izquierdo, y aunque pareció curarse, siempre le quedó una huella de ese mal, y el espíritu pesado y débil. Por el contrario, *Hélène* era bella y alegre; tenía inteligencia e incluso ingenio. Las dos tuvieron al mismo tiempo viruelas y sarampión, pero todas sus otras enfermedades o indisposiciones les sucedían separadamente a cada una, pues cuando *Judith* tenía tos y fiebre *Hélène* estaba bien. A los dieciséis años sus reglas aparecieron casi al mismo tiempo, y siempre continuaron apareciendo separadamente en cada una. Cuando iban a cumplir veintidós años, a *Judith* le dio fiebre, cayó en estado de letargo y murió el 23 de febrero; la pobre *Hélène* se vio obligada a seguir su muerte: tres minutos antes de la muerte de *Judith* cayó en agonía y murió casi al mismo tiempo. Al hacer la disección se descubrió que las dos tenían sus entrañas completas, que incluso cada una tenía un conducto separado para los excrementos, el cual, sin embargo, terminaba en el mismo ano.

Los monstruos por carencia son menos comunes que los monstruos por exceso; no podemos dar un ejemplo más notable que el de la niña que hemos representado, a partir de una cabeza de cera que hizo la señorita Biheron, cuyo gran talento para el dibujo y la representación de los temas anatómicos es bien conocido. Esta cabeza pertenece al señor Dubourg, hábil naturalista y médico de la Facultad de París: fue modelada a partir de una niña que vino al mundo viva en el mes de octubre de 1776, pero que sólo vivió algunas horas. No daré la descripción detallada de ello, porque se incluyó en los periódicos de esa época, y particularmente en el *Mercur de France*.

Por último, en la tercera clase, que contiene a los monstruos por inversión o falsa posición de las partes, los ejemplos son aún más escasos, porque al ser interna esta especie de monstruosidad sólo se descubre en los cadáveres que son abiertos.

El señor Méry hizo, en 1688, en el hospital real de los Inválidos, la disección de un soldado que tenía setenta y dos años de edad, y encontró en él por lo general todas las partes internas del pecho y del bajo vientre situadas en sentido contrario; las que, en el orden común de la naturaleza, ocupan el lado derecho, estaban situadas en el lado izquierdo, y las del lado izquierdo en el derecho; el corazón estaba situado transversalmente en el pecho; su base, vuelta hacia el lado izquierdo, ocupaba precisamente el centro, y todo su volumen y su punta se inclinaban del lado derecho... La aurícula mayor y la vena cava estaban colocadas a la izquierda, y ocupaban también el mismo lado en el bajo vientre hasta el hueso sacro... El pulmón derecho sólo estaba dividido en dos lóbulos, y el izquierdo en tres.

El hígado estaba colocado del lado izquierdo del estómago, y su gran lóbulo ocupaba por completo el hipocondrio de ese lado... El bazo estaba situado en el hipocondrio derecho, y el páncreas estaba colocado transversalmente de derecha a izquierda en el duodeno.¹

El señor Winslow cita otros dos ejemplos de una trasposición de vísceras semejante; la primera observada en 1650, y referida por Riolan; la segunda observada en 1657, en el cadáver del señor Audran, comisario del regimiento de Guardias, en París. Esas inversiones o trasposiciones son tal vez más frecuentes de lo que nos imaginamos, pero, como son internas, sólo pueden observarse por casualidad. Sin embargo, pienso que existen algunas indicaciones externas; por ejemplo, los hombres que naturalmente utilizan la mano izquierda en lugar de la derecha muy bien podrían tener las vísceras invertidas, o al menos el pulmón izquierdo más grande y compuesto por más lóbulos que el pulmón derecho; pues la mayor extensión y la superioridad de fuerza del pulmón derecho son la causa de que utilicemos la mano, el brazo y la pierna derechos preferentemente a la mano o a la pierna izquierdas.

Terminaremos observando que algunos anatomistas, preocupados por el sistema de los gérmenes preexistentes, han creído de buena fe que había también gérmenes monstruosos preexistentes como los demás, y que Dios había creado a esos gérmenes monstruosos desde el principio; ¿pero no es eso añadir un absurdo ridículo e indigno del Creador a un sistema mal concebido, que hemos refutado bastante anteriormente, y que no puede ser adoptado ni sostenido cuando uno se toma la molestia de examinarlo?

¹ *Mémoires de l'Académie des Sciences*, año 1733, página 374.